

Biblioteca Hispano-Americana

de divulgación.

SHAKESPEARE Y SU TIEMPO

(HISTORIA Y FANTASÍA)

POR

EDUARDO JULIÁ MARTÍNEZ



Retrato "Droeshout" publicado en el In folio de 1623.

(Reproducción.)

MADRID
Imprenta Renacimiento

SAN MARCOS, 42

Teléfono 4.967

1916

Es propiedad, según las
condiciones legales.

Al ilustre y bondadoso crítico

D. José de Armas y Cárdenas,

con reconocimiento y afecto.



—It is not for you: I have heard it over
And it is nothing, nothing in the world;
Unless you can find sport in their intents,
Extremely stretch'd, and conn'd with cruel pain,
To do you service.

Midsummer- night's dream- Act. V.

Según lo dispuesto en el Real decreto de 22 de Abril de 1914, se constituyó una Junta organizadora del Centenario del Príncipe de los Ingenios españoles, de Miguel de Cervantes y Saavedra. Se aproximaba la memorable fecha del 23 de Abril de 1916; en este día se cumplirán los trescientos años del fallecimiento del Manco de Lepanto. Un disculpable error ha venido dando como verificadas las pérdidas de nuestro compatriota y la del primer autor dramático de la literatura británica en el mismo día; la diferencia es corta; pero en el Real decreto citado no se podía olvidar al autor de *Hamlet*, y en el art. 12 se encarga a la Junta «la organización de representaciones de algunas obras de Cervantes y del gran dramaturgo inglés Guillermo Shakespeare, cuya muerte

ocurió en los mismos días que la del autor del *Quijote*». España no podía menos de recordar al genio de Stratford (a). Confiemos, pues, en que nuestros más ilustres literatos se apresurarán a cumplir lo que el artículo citado ordena. Nuestra empresa es más modesta.

Querer presentar a Shakespeare como figura viviente será siempre osadía inaudita: quizá esté únicamente reservado al talento genial de Tamayo y Baus el triunfar en semejante empresa. Encerrar el cuadro de su tiempo en pocas páginas es, sencillamente, imposible. Sin embargo, no se encuentra lo suficientemente conocido el autor inglés por aquellos que están alejados del campo de la erudición, y el único medio de hacerle conocer es dedicándole un trabajo que exponga las verdades entre las apariencias del entretenimiento. Este es el que me he propuesto llevar a cabo. Si se viera en él tal cual acierto, repútese que pertenece por completo al protagonista; si se vieran los defectos que abundarán, discúlpeleme, pues que son míos, ya que la intención que guía mi pluma la creo sana y ella me mueve a no temer mis yerros, sobre todo cuando la memorablemente triste fecha que se aproxima brinda la ocasión más propicia para tributar admiración a aquel que los ingleses colocan a la cabeza de los literatos y nosotros debemos poner des-

(a) El Real decreto de 30 de Enero último ha dejado aplazadas las fiestas del Centenario indefinidamente con motivo de las actuales circunstancias. Celébrese pronto esta fiesta de paz, ya que, con tales determinaciones, va a servir para conmemorar al genio a la par que la vuelta a los hogares de la tranquilidad y el bienestar.

pués de Cervantes y al lado, o hasta delante, del portentoso Lope de Vega.

Un trabajo de esta índole es el que mejor tiende a realizar el programa de divulgación puesto en práctica por la Biblioteca de que forma parte el presente volumen.

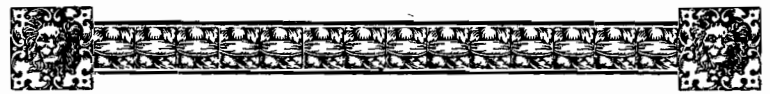
Madrid, 1916.

PARTE PRIMERA

AMANECER

Ille deum vitam accipiet, divisque videbit
Permixtos heroas, et ipse videbitur illis.

Virgilio.—Egloga IV, vv. 15-16.



I

Un niño duerme. La habitación está envuelta en el misterio de la obscuridad. Diríase que el manto de la noche sirve de velo para que bajo de él se cobije la poesía; no la poesía ñoña de rayos de luna, sino la verdadera de una realidad soñada: la vida del pensamiento es la poesía suprema del mundo, y el pensamiento no necesita forjar monstruos para existir.

Son los niños una de las causas más legítimas del arte, porque son una esperanza levantada sobre base cierta; con ellos se tiene un presente que promete un porvenir, y nuestro amor se encarga de pintarlo siempre de color de rosa. En una mañana de Abril acaricia nuestra frente el beso de la brisa, y nos sentimos felices. ¿Qué puede ser la brisa al crecer? Viento que trae la tempestad, viento que la aleja, huracán: ¡quién sabe!... Algo que renueve la vida, algo que la destruya. Como la brisa es el niño, y cuando crece, si nos van contando sus hazañas, volvemos a pensar en aquellos instantes de la infancia, y si la noticia que nos dan es beneficiosa, parece como que torna a nuestra alma el placer recibido al contemplar la pasividad infantil con que correspondía a nues-

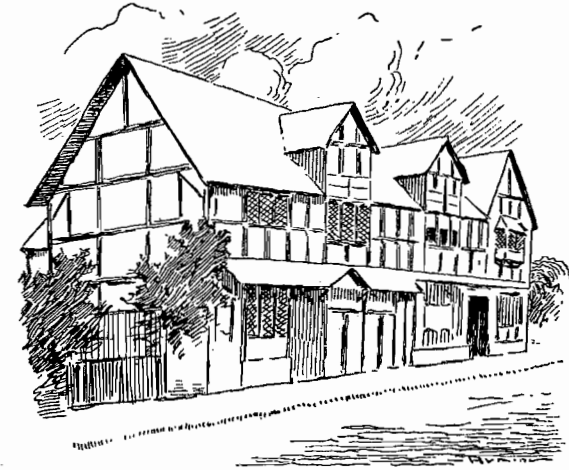
tros halagos, y nos deleitamos con fruición y procuramos conservar la imagen del pasado. Si la noticia es funesta, quisiéramos volverlo a las horas de la inconsciencia, y no nos dolemos del hombre de hoy, sino del niño de ayer. Para quien nos conoció en la cuna, siempre tenemos algo de la niñez, y quien nos recuerda como niños, nos quiere con un amor que no encuentra ya igual en la tierra. Y es que en la infancia somos los seres que el mundo mimas, cual si quisiera conquistarnos y que no temamos ser conquistados; pero luego nos llena de sus miserias y nos muestra por único consuelo el espejo de Job; y en aquellos días de mimo, nos presentamos como inocentes a quienes se les engaña con facilidad; en tales días somos buenos...; después... pagamos con moneda de miseria la miseria que el mundo nos arroja.

Somos como el arroyuelo, que apenas sale del lecho materno va recogiendo y haciendo suyo el caudal de los demás que a su lado llegan, y cuando conseguimos ser fuertes, si algo se opone a nuestro paso, nos convertimos en torrente devastador; si el camino se abre por sí solo, corremos con majestad, y llegamos al mar de la opulencia con la serenidad de un Ebro, de un Danubio, de un Nilo, de un Amazonas.

Nuestro niño duerme. Levantad en el aire un hermoso castillo, que en su vida ha de ser este infante como una de esas catedrales góticas que parece desafían al espacio por huír de la confusión que reina a ras de tierra. Acariciadle con exceso, que después os deleitaréis recordando estas caricias.

Hay niños que duermen con una sonrisa tan dulce, que hacen sospechar si están viendo el cielo y tienen todavía algo de ángeles; otros fruncen el ceño con sequedad, cual si al caer en la tierra se regocijasen ante la idea de poder vegetar toda la vida; otros parece que ya quieren expresar algo

de cólera... Nuestro niño duerme como quien ha hecho una jornada larga y anhela reparar el desgaste. Su rostro es sereno, su sonrisa plácida. Su madre está junto a él, y él parece que comprende que tiene con ello suficiente defensa para entrar en el vivir: y en verdad que la madre es solícita. En



su rostro se descubre una alegría infinita; sus labios murmuran un nombre.

Es el 26 de Abril de 1564. Nuestro niño duerme como quien ha hecho una jornada larga; el día del bautismo es un motivo de júbilo para la religión, de fiesta para la familia y de cansancio para los niños. El nuestro ya tiene nombre: se llama GUILLERMO SHAKESPEARE (1).



II

¡Pobre madre! Apenas había podido dar el primer beso al nuevo infante, sentía el mayor tormento que madre puede sentir. Más que para gozar el idilio de Belén, parecía haber nacido para sufrir en el Gólgota.

María Arden había visto morir a su padre, Roberto, ocho años antes, y aunque en medio de su dolor encontró el cariño de un hombre, que la llevó al altar al siguiente año (2), fué esto causa de nuevas penas. Pronto una niña vino a alegrar el nuevo hogar, y a los cuatro años nacía otra, destinada al mismo fin que su hermana: las dos murieron sin haber podido conocer del mundo más que el llanto de los primeros días. Juana y Margarita (3) fueron dos grandes espinas que se clavaron para siempre en el corazón de la joven.

Borró las huellas de toda lágrima el nacimiento de Guillermo; pero los primeros días de Julio se presentaron llenos de nubes luctuosas.

El pequeño pueblo de Stratford estaba altamente conmovido. Una, dos, tres...: ¡cuántas, cuántas caravanas fúnebres! La plaga hacía sus estragos como banda de bárbaros en ciudad conquistada.

Y María miraba a su hijo, diciendo:

—¿También tú vas a ser una de las víctimas? ¿No va a querer el buen Dios que tenga yo un instante de tranquilidad, ya que no de alegría?

La sonrisa del niño, que en su inocencia tomaba aquellas preguntas de dolor como halagüeñas caricias, eran nuevo acicate para que los ojos, hechos fuentes, perdiesen hermosura y acrecieran la pena.

Así la encontró su esposo. Venía con un amigo, después de haber cumplido el último tributo que puede ofrendar el amor humano.

—¿Ya descansa?—preguntó María.

—¡Ya!—respondió su esposo. Y al ver al compañero, añadió ella:

—¿Y su hijo?

—Está bien. Nos dió un gran susto al principio, porque ahora todo parece la peste; pero, afortunadamente, Ricardito es un roble y no pueden contra él ni cien mil a caballo. De Ricardo Field se ha de hablar en el mundo; me lo dice el corazón.

—¡Quién sabe! No estamos seguros en la vida. Ya ve usted, fuerte como el castillo de Warwick era Miguel Barry, y ya está durmiendo por una eternidad.

—Pero Miguel era viejo...

—No tanto. Nadie hubiera dicho hace tres días que ahora teníamos que hablar de él como un recuerdo.

—Mi Ricardito ha de dar que hablar. Parece que me lo dice una voz...

—No sea usted supersticioso, Enrique—terminó María—. Y se acercó a su esposo, quien se había sentado a la mesa, para hacer números, durante este diálogo. —¿Qué haces, Juan?

—Nada. Que se ha acordado repartir unas limosnas a los pobres, porque da espanto ver algunas casas. Me han contado de unos infelices que han muerto en el suelo porque en una sola cama que tenían ya había dos cadáveres.

—¡Pobres!

—Y hemos de remediar tanta miseria.

—Sí, sí; con todo lo que podamos.—Y tomando a su pequeño en brazos, empezó a llenarle de besos, exclamando: —Con tal que nos quede esto, ¿qué más queremos? (4)

Y ¡crueldades de la vida! El niño, para corresponder a aquellas muestras maternas, comenzó a llorar.



III

Pasó todo peligro con los días (5), y con los días pasaron los años, y el niño fué adquiriendo inteligencia y sintiendo los goces y las penas del vivir. Afortunadamente, las penas de aquel tiempo quedaban reducidas a las dificultades de ver cumplido algún capricho infantil.

Cuatro años hacía que viniera al mundo, cuando oyó decir que iba a haber una fiesta inusitada en el pueblo. Su alegría fué inmensa, y su imaginación pugnaba por forjarse la realidad del hecho. Para hacer comentarios disparatados, buscaba a su hermanillo Gilberto (6), nacido dos años antes, quien apenas podía responder a las frases que, con su corta lengua, más quería decir que conseguía expresar Guillermo. ¡Cómicos, iban a llegar cómicos! Tal era el grito mágico que traía en confusión a mayores y menores. Las Compañías de la Reina y del Conde de Worcester habían salido de Londres e iban dando representaciones por los pueblos, y a Stratford tocábale en suerte disfrutar de aquella distracción.

Llegarían pronto, y Guillermo veía a su padre con un ajeteo grande, porque Juan Shakespeare había

alcanzado elevados cargos públicos, que le obligaban a recibir a los actores y atenderles (7).

—Y ¿qué hacen los cómicos?—preguntaba el pequeño a su madre.

—Historias—contestaba ella.

—¿Como las que usted me cuenta?

—Más bonitas aún.

Esforzábese el niño, entonces, por adivinar cuáles serían aquellas historias tan hermosas, y hasta hubo noche que soñó en que los santos de las iglesias se movían y le decían cosas que él no podía entender.

Llegó al fin el día de la representación, y allá fué llevado Guillermo, más alegre, más despierto y más satisfecho que si lo llevaran a conquistar los tesoros del Gran Turco.

Pero ¡ay!, que era poco su cabeza para entender lo que allí pasó, y aunque todo fué ojos y oídos, ni veía ni oía cosas inteligibles: hablaban los actores en la escena como los santos en los altares de sus ensueños; pero cuando él oía a los santos sentía cierto temor, y oyendo a los actores sentía ganas de reír y de mover los brazos como ellos, y hasta de pronunciar algún discurso como los que ellos pronunciaban.

Solamente entendió que mataban a uno que parecía muy bueno...; y preguntó:

—¿Por qué le matan?

Nadie le contestaba, aunque insistía en la pregunta.

—¿No es bueno? ¿Por qué le matan?—seguía diciendo.

—Por eso, porque es bueno—le dijo al fin su padre.

Y le sacaron del teatro. La función se había terminado.

¡Los cómicos, los cómicos!... Pasaron al fin; fué se la farándula, para llevar a otros lugares la fiesta... Otros niños soñarían con ellos, como él había

soñado, y al verlos ¿sentirían lo mismo que él sintió? Ya no eran los santos los que le hablaban; cuando se dormía veía a los verdaderos cómicos que mataban al hombre bueno, y cuando despertaba decía a su hermanillo:

—Ven, ven; haremos cómicos, y yo te mataré..

Y Gilberto, descontento del papel que le tocaba en suerte, gritaba:

—No, no; matar, no.



IV

Como al caer la nieve, antes de que toda la superficie se blanquee van apareciendo aquí y allá trozos aislados de nevado espacio, van los niños entre capricho y capricho formando su voluntad. Hoy es un deseo lo que aparece, mañana se convierte en una exigencia, después en un vicio, cuando aquel deseo fué pernicioso y no se le combatió; luego, en una virtud si el capricho fué sano. Son los padres los que deben procurar que esa nueva voluntad sea como planicie nevada de virtud y no semejante a erial vicioso.

Creciendo fué Guillermo, y con los años creciendo fué su voluntad. Felizmente no era su madre de las que dejan arraigar defectos, y el niño, al convertirse en hombre, iba poco a poco adquiriendo la idea de la justicia antes que la del egoísmo. Horas enteras pasaba María Arden con su pequeño; pero ya no eran sólo dos sus hijos, que habían nacido dos niñas, y esto empezó a impedir que prosiguiesen los cotidianos cuidados. El 15 de Abril de 1569 bautizaron a la primera de aquellas niñas, y recordando al primer fruto de su matrimonio, hizo imponerle la buena madre el nombre de Juana.

Apenas había cumplido siete años el mayor de los hijos, nació una nueva niña, a la que llamaron Anita (8). Con todo esto, amenazaba descarriarse la educación del jovenzuelo, porque la madre no podía atender a tantos asuntos; y aunque Guillermo procuraba aprovechar toda coyuntura para perfeccionarse en leer y escribir, con grandísimo esfuerzo conseguía algo más que deletrear, y eran de ver los garabatos de que llenaba todo papel que en sus manos caía, con la intención de que fuesen letras.

Un día vió entrar en su casa a Ricardo Field con su padre. Era Ricardo uno de esos niños para quienes parece hecho el estudio, y que son el orgullo de su familia, el modelo impuesto a los de su edad y el troquel en que mejor se vacía un hombre honrado y un ciudadano perfecto. Había crecido mucho desde aquellos días en que temieran por su salud sus padres, como habían temido todos los que presenciaron los estragos de la pasada peste.

Guillermo le miraba con cierta admiración, porque había oído decir que era de los alumnos más aventajados de la escuela y porque en sus conversaciones hablaba de cosas que él no entendía. ¡Como que hasta sabía algunas frases latinas y empezaba a estudiar su poco de griego!

Enrique Field estaba verdaderamente satisfecho de su hijo.

—¿Qué tal anda este muchacho?—le preguntaba María Arden.

—Muy bien, muy bien; cada día mejor. Cuando vaya a Londres va a dar que hablar; porque en cuanto el maestro me lo diga, le mando allí. Ricardito ha de hacer carrera.

—Amén—contestó María.

—Y su chico, ¿cuándo va a ir a la escuela? Porque parece listo, y es lástima que pierda el tiempo. Ya tiene edad para que le manden ustedes.

—Eso le digo a Juan. Yo he procurado atender-

le lo mejor que he podido, y hasta le he enseñado a leer; claro que muy poco. Y aprende muy bien. Yo creo que cuando vaya a la escuela va a ser de los mejores.

Al oír esto, Guillermo sintió cierta satisfacción interna. ¡El iba a ser como su amiguito!... Y miraba a Ricardo como diciendo: ¡Conque tú y yo podremos ser camaradas!

—Creo que no debían retrasarse mucho. Ustedes, con todos sus hijos tienen ya bastante mareo, y si tardan...: el tiempo es oro, y lo que no se hace de niño no se hace nunca.

—Es verdad. Cuando venga Juan he de decírselo.

—¿Adónde fué?

—A Warwick. Tiene que vender unas lanas, y ha ido porque le hablaron sobre el negocio.

—Pues no se descuiden, que el nuevo maestro vale un imperio. El pobre Walter Roche, como estaba ya para pocos trotes, aunque sabía mucho, no servía. Tenía un geniecillo endiablado, y los chicos le habían tomado un miedo atroz.

—Sí, ya sé que Simón Hunt (9) es muy querido de los muchachos.

—Es muy bueno—dijo Ricardo—, y nos quiere como nuestros padres.

—Así lo dicen todos.

La entrada de Guillermo en la escuela fué un día de emoción. Al salir de casa hubo de despedirse de la pequeña Anita como si partiese para el otro mundo; su madre le besó como nunca lo había hecho; Ricardo vino para acompañarle, y el propio Juan Shakespeare le tomó de la mano para conducirlo y hacer la presentación.

Pero ¡ay!, que todos los halagüeños presagios que había hecho su madre resultaban contrariados en parte. ¡No era Guillermo de los mejores! La misma facilidad que tenía para aprender le per-

judicaba, porque le hacía innecesario el estudio. Los libros para él eran un ligero tormento.

El latín resultaba una especie de monstruo que amenazaba quitarle el buen humor; solamente consiguió congraciarse con él el día en que le dieron para que tradujese una obra de Plauto: *Los gemelos*. Aquello ya no era el horrible martilleo del *musa*, *musæ*, ni las disquisiciones exuberantes e intrincadas de Cicerón. Aquello le hacía reír y recordar a los cómicos que pasaron por Stratford cuando apenas podía darse cuenta de los hechos. El maestro quedó pasmado cuando le oyó traducir con aplomo y gracia. ¡El, que en medio del más hermoso pasaje de Virgilio había tenido que ser castigado porque estaba haciendo bolitas de papel para echarlas a las narices de sus compañeros, aquel día era una verdadera reproducción del poeta latino (10)!

El único libro que no se le caía de las manos era la Historia. ¡Con qué ilusión leía la vida de Julio César, los amores de Cleopatra, y cómo procuraba inquirir todo el misterio que rodeaba a Ricardo III! Simón Hunt se vió en no pocos compromisos ante las preguntas del muchacho. Todo lo quería saber; y lo peor era que le gustaba más saberlo por que se lo contasen que por estudiarlo (11).

Una tarde, al salir de la escuela, iba con su mejor amigo Ricardo hacia su casa, y le preguntó qué era lo que estudiaba aquellos días.

—Estamos estudiando una cosa muy linda. Es de teatro.

—¿Cómo se llama?

—*Electra* (12). Está en griego.

Detalle por detalle tuvo que contarle Ricardo todo el asunto, porque no se daba por satisfecho su amigo con simples esbozos. Cuando terminó, dijo Guillermo:

—¿Y es muy difícil el griego?

—Sí, bastante. Más que el latín.

Con esto llegó a su casa; y por la noche, en medio de la cena, dijo el pequeño a su padre:

—Mañana tiene usted que decirle al maestro que me enseñe el griego.

Al día siguiente fué Juan Shakespeare a ver al maestro para cumplir el deseo de su hijo; pero no fué poca la rociada que hubo de recibir. Simón Hunt contestó a su demanda refiriéndole todas las diabluras que hacía el chico en la escuela.

—Si he de decirle la verdad—añadía—, hay veces que me hace gracia, porque demuestra ingenio; pero todas esas genialidades debía guardarlas para la calle, y no venir a remover la clase.

Marchóse Juan con el disgusto consiguiente, y no fué menor el que recibió María al saber la conducta escolar de su hijo mayor; pero, previsores más que dolorosos, pensaron en enviar a Gilberto con su hermano, para ver si la aplicación del pequeño estimulaba al otro: al día siguiente tenía que empezar sus estudios formalmente el segundo hijo.

Terminada la clase, salió Guillermo en busca de Ricardo, para seguir preguntándole por todo aquello que le había contado el día antes, y entonces supo que en griego había muchas obras tan bonitas como *Electra*. Esquilo había escrito obras maravillosas: aquello era un mundo extraordinario; se gozaba lo indecible con sus tragedias.

—¿Qué son tragedias?

Su amigo se lo explicó lo mejor que supo. Separáronse al fin, y Guillermo entró en su casa. Sintió un ahogo muy grande cuando vió la tristeza con que le recibió su madre, y se fué a preguntar a su padre cuándo empezaría a estudiar el idioma de los helenos.

—¿Cuándo? El día que lo merezcas.

Esta contestación fué una de las cosas que más le dolieron en todos los días de su vida.

—Eres un haragán, que sólo piensas en perder

el tiempo. Estudia lo que te manden y no vuelvas a decir tonterías.

El niño se fué a un rincón, lleno de amargura y apuntándole las lágrimas, pensando:

—¿Cómo quieren que estudie esas cosas tan feas? ¡Yo quiero estudiar griego; yo quiero leer esas tragedias que escribía Esquilo!... (13).

Al fin consiguió lo que tanto deseaba; mas no fué poca su decepción cuando se vió envuelto en las declinaciones y conjugaciones griegas antes de que pudiese llegar a conocer las grandes obras del teatro helénico. Lo mismo que en latín, y sin que hubiese remedio alguno, había de pagar un tributo cruel al aprendizaje. Y siguió haciendo bolitas de papel para distraerse y buscando a Ricardo a fin de que le contase lo que para él todavía estaba vedado.

Que le castigasen lo sufría con paciencia, porque comprendía que era justicia; por lo que no podía pasar de ningún modo era por que castigasen a sus compañeros, y menos aún a su hermano. Entonces, reflexionaba con calma el medio de salvarlos del suplicio, y su imaginación, despierta, aunque no alocada, siempre sabía encontrar una solución satisfactoria. Y no era uno de los menores motivos de distracción que él tenía el de examinar las maneras cómo estudiaban sus condiscípulos, las tretas que ideaban...; y no era extraño verle parado en medio de una calle con el simple propósito de oír una conversación entre los vendedores o contemplar cómo hacían cualquier cachiva-

che, si algún trabajador se ponía a su alcance. ¡Y cómo mareaba a preguntas! Si veía un papel escrito en el suelo, lo recogía y no lo abandonaba hasta que había descifrado su contenido, y pretendía a veces adivinar lo que faltaba si era algún trozo roto (14).

Sólo diez veces había visto pasar el mes de Mayo, y nadie diría que Guillermo era un niño: tales eran sus discurso y aplomo. Unicamente se revelaba su infancia en el aspecto físico y en la alegría serena que disfrutaba siempre.

Era uno de sus gustos favoritos el del paseo, y hasta algunos ratos pretendía hacer versos, muy malos, en los que retrataba a sus compañeros, y aun a personas mayores, con sátira algo inocente, pero no exenta de mérito. Ahí quedaba toda la mortificación que ideaba contra el prójimo; cuando se encontraba presente a cualquier momento comprometido de algún amigo o desconocido, era el primero en acudir a sacarle del atolladero con todas sus fuerzas.

Un día de asueto estaba con su hermano Gilberto a la puerta de su casa, cuando vió a dos condiscípulos, Matías Sommers y Eugenio Quiney, quienes estaban jugando puestos en los extremos de una barra, pugnando por vencer el uno al otro haciéndole retroceder y aun derribándole.

Llegó Ricardo con sus padres, y en tanto que éstos entraron a visitar a los de Guillermo, quedaron los chicos presenciando el juego. Matías defendía su derecho con todas sus fuerzas, mientras Eugenio procuraba buscar una ocasión propicia en la que con su astucia pudiese vencer; y así ocurrió: siempre la picardía ha de encontrar el talón vulnerable de la nobleza. Cayó al suelo Matías, víctima de la estratagema ilícita de Eugenio, y el único fin lógico que halló para aquel desastre fué levantarse y corresponder a las carcajadas del vencedor con unos cuantos cachetes, que no quedaron sin

respuesta del mismo género. Ante aquel desenlace tan poco satisfactorio, corrió Guillermo para establecer la paz, cosa que consiguió mediante la eficaz ayuda de Ricardo, quien se impuso como un hombrecito, y el no menor apoyo de una vecina, la cual corrió también por apaciguar a los mozalbetes.

—¡Pegarse! He ahí la distancia que ponéis entre el amor y el odio: un juego. Debiérais jugar para divertirlos, y lo hacéis para llorar.

—Es que...—protestaba uno.

—Es un tramposo—decía el otro.

—Quejarse es lícito, siempre que tenga fundamento la queja; pero es más lícito todavía destruir ese fundamento. ¿Qué recompensa vais a conseguir con enemistaros, aunque sólo sea por un minuto? Y ¿quién os asegura que vuestra enemistad ha de durar un minuto solamente? Es el hilo débil, ¿por qué habéis de hacer fuerza para romperlo? ¿Sabéis cómo podréis unirlo otra vez?

Las protestas de los *beligerantes* eran cada vez más torpes: el razonamiento de Guillermo, más seguro; aquellos se batían en retirada: él comenzaba el asalto con todas las banderas desplegadas.

—¡Jugar! ¿Queréis jugar? Pues buscad el aire libre, corred un corto trecho y disputaos la victoria de ser el más fuerte; pero con medios iguales, de modo que no podáis utilizar tranquila alguna. ¿Queréis juegos de inteligencia? ¿Queréis vencer con ingenio? Reuníos y contad la historia más hermosa que conozcáis, y así, al obtener la derrota del contrario obtendréis también la satisfacción de haberle enseñado algo y habréis sido útiles.

—Tienes razón—dijo Ricardo Field.

Así asintieron también los demás, y Matías añadió:

—Pues empieza tú contando.

—¿Os gusta lo que propongo?

—Sí, sí.

—Pues si queréis, podemos juntarnos los días festivos, y nos contaremos cuentos, a ver quién sabe el más bonito.

Todos aprobaron la idea, y, sentándose, pidieron a Guillermo que empezara.

—No; que empiece Ricardo, ya que sabe más que yo—dijo él.

—¿Y qué voy a contar?

—Lo que quieras.

Después de una ligera pausa, tomando cierto aire de narrador interesante, empezó Ricardo Field, en medio de la más silenciosa atención de su auditorio:

—Este es un cuento que se titula *La fierecilla domada* (15).

VI

Una vez un borracho empedernido llegó a cierta venta, y cuando hubo apurado los toneles más de lo lícito, sintió una comezón extraña de romper cuantos vasos y botellas estaban a su alcance; y dando al gusto por donde quería, no dejó nada sano de cuanto con sus manos logró coger. Mil protestas hacía la ventera de tal desaguisado, y él a sus voces contestaba gritando:

«—A fe que os he de zurrar.

—Al cepo, bribón—decía ella.

—Indecente. Los Perillanes no son bribones—porque hay que advertir que al borracho llamaban Cristóbal Perillán—. Consultad las crónicas—seguía vociferando—. Vinimos de Ricardo el Conquistador. Por lo tanto, pocas palabras. Corra la bola. Cesad.

—¿No quieres pagar los vasos que has roto?

—No. Ni un maravedí. ¡Válgame San Jerónimo! Idos a vuestro frío lecho y abrigaos.

—Mi remedio sé cuál es—añadió la ventera con resolución repentina—. Iré en busca del alguacil primero.»

Y se fué, dejando solo a Cristóbal.

«Del primero, del segundo y del tercero. No me

muevo ni una pulgada, chiquillo. Que venga y que me trate con cariño...» (16).

Así iba diciendo, entre los horrores de la borrachera, cuando tropezando con un taburete dió en el suelo; y allí quedó, y allí se entregó al más profundo de los sueños.

Acertó a pasar entonces un noble con sus sirvientes, y al contemplar el estado en que se hallaba Perillán, pensó hacerle una jugarreta. Hizo que le tomasen sus criados y le trasladó al más rico aposento de su propio castillo; un paje se vistió de mujer para fingirse esposa del borracho, y los demás servidores ocuparon sus sitios respectivos, a fin de hacer creer al bueno de Cristóbal que era un distinguido señor cuando despertase de su papalina. Hasta el noble se vistió de sirviente.

Despertado que hubo el pobretón, todos a porfía le ofrecían sus cuidados.

«—¿Qué vestido desea vucencia ponerse hoy?

Al verse tratado de semejante forma, exclamó:

—Soy Cristóbal Perillán. No me tratéis de usía ni de vucencia...; ni me preguntéis qué vestido quiero ponerme, porque no tengo más gabán que mis espaldas, ni más calzas que mis piernas, ni más zapatos que mis pies. Es decir, tengo a veces más pies que zapatos, o zapatos tales que dejan asomar los pies por la pala.» (17).

Con gravedad suma le escuchaban algunos, y replicáronle que estaba equivocado pensando tales cosas, siendo ya hora, después de quince años de delirios, de que volviese en sí y no dijese más tonterías. Se presentó su pretendida esposa, y entre todos pusiéronle en tal evidencia que era un gran señor, que al fin Cristóbal Perillán creyó que nunca se había llamado de tal manera, ni había tenido disputas con ventera alguna, ni jamás se vió en estado de miseria digna de compasión. Cuando tal consiguieron, lleváronle a presenciar la representación de una comedia, porque el señor

noble había dispuesto que fueran a su palacio unos cómicos para que tomaran parte en la fiesta. Sentáronse todos, y corrióse la cortina, y apareció una plaza en el lugar de Padua (18).

He aquí la comedia que representaron:

Era Lucencio nacido en Pisa, y deseoso de ver a Padua, marchó a ella con su criado Tranio. Allí, entregado más a la diversión que al estudio, conoció a Blanca, una joven que era pretendida a la vez por el viejo Gremio y por cierto galán llamado Hortensio. Enamorado de la belleza de Blanca, decidió buscar los medios para casarse con ella. Sin embargo, Bautista, el padre de la muchacha, había decidido no casarla hasta que hubiese encontrado un marido para su hija mayor, Catalina, hermana, por tanto, de Blanca.

Difícil de todo punto era conseguir esto último, dado el carácter violento de Catalina. A todo el mundo contestaba con desprecio, y hasta a su mismo padre trataba peor que a un mal criado. ¿Quién, en tales circunstancias, casaría con ella? Gremio y Hortensio decidieron buscar un marido, o un demonio si lo primero no era posible, para conseguir, después de verificada la boda, poder cortejar a la hermana menor.

Lucencio, entretanto, como oyó que Bautista deseaba un profesor para Blanca, hizo que su criado vistiese sus ropas y él tomó las de Tranio, a fin de que éste se presentase al padre como si fuera su señor, pretendiendo a la hija, enzarzando así a los otros pretendientes, mientras él se aprovechaba cerca de la moza con las lecciones para enamorarla. No se dirá que era tonto el muchacho. Verificado el cambio de trajes, empezaron a querer poner en práctica su plan; pero he aquí que llegó a

Padua también Petruccio, aunque con bien diversa intención.

Dotado de un carácter adusto, inclinado a resoluciones prontas, y no pudiendo soportar que nadie intentase avasallarle, muerto su padre, decidió meterse en el confuso laberinto de la vida, casarse, y hacer fortuna.

—¿Dónde puede haber una mujer rica?—se preguntaba.—Y allá donde podía sospechar que la hubiese, allí iba. Al llegar a Padua encontró a sus amigos Gremio y Hortensio, y les preguntó si conocían a alguna joven de tales condiciones. Ellos temían ponerle en contacto con Catalina; pero ante los recelos que demostraron, respondió él:

—En mi canción de amor forma el estribillo el dinero. Ni me importa que sea fea, ni vieja, ni brava. Vengo a Padua buscando mujer rica; si la encuentro, sea bien venido (19).

Mientras todo esto pasaba en la escena, decía un sirviente al borracho:

«—Señor, *dais cabezadas. No atendéis a la comedia.*

—Sí, por Santa Ana—contestaba él—. *Estoy atendiendo. Muy bonito asunto. ¿Hay todavía más?*

—Señor, *está al principio.*

—*Es excelentísima obra, señora mía—añadió dirigiéndose a su falsa esposa—. Ojalá hubiera terminado.*» (20).

Y siguió la representación.

Catalina, en uno de sus arranques de fiereza, ató las manos a Blanca, y la castigó tan duramente que hubo de intervenir su propio padre para que cesase en su violencia. Apenas se terminó este incidente, llegaron los amantes: Lucencio, vestido de maestro, acompañado de Gremio; Hortensio, disfrazado de músico, en compañía de Petruccio, y

Tranio, haciendo las veces de Lucencio, con un criado, a quien llamaban Biondelio.

Era de ver la cara que puso Bautista cuando oyó las proposiciones de todos, especialmente las que se referían a Catalina. Lucencio, Hortensio y Biondelio quedaron admitidos como profesores, y fué limitado el negocio a las pretensiones de Petruchio. Este no dejaba hablar siquiera.

—Urge mi asunto—gritaba—; no puedo cortejar todos los días. Si consigo el amor de vuestra hija, ¿qué llevará de dote?

—La mitad de mis bienes cuando muera yo—replicó el padre—, y ahora veinte mil escudos.

—Firmemos escritura, y enviadme a la moza—contestó inmediatamente el joven.

¡Pobre Catalina! ¡No esperaba ella encontrar semejante montaña para resistir sus huracanes! ¡Ella era una hoguera espantosa, pero iba a mezclarse con un incendio irreductible! Poco pensaba en que apenas podría decir su pensamiento delante de aquella firme roca. El infeliz Hortensio fué la última víctima de genio tan irascible. Solamente había intentado enseñarle a colocar los dedos, cuando se encontró con el laúd puesto por collar. Al verle exclamó Petruchio:

—¡Qué graciosa es! ¡Ahora la quiero diez veces más! Que venga.

Quedaron solos en la escena Catalina y Petruchio.

Colocado un navío en alta mar, parece como una nuez juguete de las olas: aquí se alza y allá diríase que va a hundirse en el abismo; en este punto lo amenaza una gigantesca mole y en aquel se prepara otra como para recibirlo con mayor esfuerzo; pero el navío ataca de frente a uno y otro reto, y camina adelante, siempre adelante, siguiendo su ruta, llevado por la inteligencia del capitán, que desde el puente está con ojo avizor para sortear toda prueba. Semejante al navío,

fiado en su voluntad de hierro, iba atacando Petruchio a uno y otro de los retos de Catalina, siempre de frente, siempre sereno, siempre alcanzando la victoria. Y aunque la muchacha se resolvía queriendo encontrar el punto flaco, hallaba en todo momento la tajante proa de la ironía del joven, y sucumbió cansada, pero no rendida.

Aprovechó la ocasión de este momento de debilidad Petruchio; presentáronse los amigos, y anunció él su boda para el domingo más cercano, a la par que su viaje, a fin de arreglar varios asuntos y estar de vuelta el día convenido. De semejante modo se fraguó el matrimonio de *Catalina la fiera*.

Partido que hubo Petruchio, quiso Gremio discutir las condiciones de la boda de Blanca, y hubiera conseguido burlar a Hortensio, el cual estaba ausente, si no hubiese sido por Tranio. Este ofreció, como quien no poseía nada, mejores condiciones que aquél. Gremio hablaba de una casa: Tranio tenía tres o cuatro; Gremio poseía cien vacas: Tranio, tierras que rentaban dos mil ducados...; y así, fué el vencedor. Ahora, que como Bautista no tenía pruebas suficientes para cerciorarse de la verdad de tales ofertas, quedó concertado un plazo, para que pudiese llegar el padre del supuesto Lucencio y garantizase lo dicho por su hijo. Y así se ganó el tiempo que necesitaba el verdadero amante de Blanca para conseguir enamorarla.

No dejaba éste pasar los días en el ocio. El pobre Hortensio protestaba de las largas lecciones de latín y de las cortas de música; pero la joven tenía más afición a las traducciones que al arte del sonido. ¡Y qué traducciones! Una vez tenía que explicar lo siguiente:

*Hac ibat Simois; hic est Segeia tellus;
Hic steterat Priami regia celsa sentis.*

Y Lucencio enseñaba:

«—HAC IBAT, como os he dicho; SIMOIS, yo soy Lucencio; HIC EST, hijo de Vicencio el de Pisa; SEGEIA TELLUS, me he disfrazado para obtener vuestro amor; HIC STETERAT, y ese Lucencio que viene a cortejaros; PRIAMI, es mi criado Tranio; REGIA, representándome; CELSA SENIS, para despistar a ese arlequín vejete.»

Y ella contestaba:

«—Vamos a ver si yo acierto a traducir: HAC IBAT SIMOIS, no os conozco; HIC EST SEGEIA TELLUS, no me fío de vos; HIC STETERAT PRIAMI, cuidado que nos oye; PEGIA, ni confiéis; CELSA SENIS, ni desconfiéis» (21).

Llegado el domingo convenido, estaba todo dispuesto para celebrar la fiesta; pero Petruccio no aparecía por parte alguna. Rabiaba Catalina y decía:

—¿Tengo que casarme con un loco semejante? Quiere pasar por gracioso, y corteja y fija el día de la boda, y no piensa casarse; y así va burlando a mil mujeres. ¡Voy a ser motivo de las chanzas de la gente, que al verme pasar dirá: «Mirad a la esposa del loco Petruccio... cuando él quiera casarse.»

Afortunadamente, llegó Biondelio diciendo:

—¡Novedades, novedades! Llega Petruccio, con sombrero nuevo y jubón viejo, con unos calzones más que remendados, con un par de botas que fueron cajas para velas, una con hebillas y otra con cordones; con una espada que es más moho que acero, y que perdió la punta como la vaina perdió la contera, a fuerza de vejez. Pero el caballo va peor que él, porque él va caballero y el animalito tiene que andar, padeciendo de ictericia.

—¿Viene solo?

—Mejor fuera, que una visión no asusta tanto como dos, y su lacayo es todo lo menos parecido posible a sirviente cristiano ó lacayo de caballero.

Así aparecieron Petruccio y su criado Grumio, y con tales atavíos dirigiéronse a la iglesia, pues no hubo persona que consiguiera hacerles cambiar de vestiduras. Roja como amapola iba la novia, y no de pudor, sino de amarga vergüenza; pero creía que aún fuera mayor la que habría de sufrir resistiéndose a ir a la ceremonia, en la que hubo de ridículo más que de boda. Al serle preguntado al novio si quería a Catalina por esposa, gritó desahoradamente:

—Sí, ¡vive Dios!

Cuando terminó la misa, pidió vino, cual si estuviera en una taberna; bebió, y arrojando el poco líquido que en la copa quedaba por las barbas del sacristán, dijo:

—¡Vaya un poco de fuerza, para ver si no se mueren de hambre esas barbas tan raquíticas!

Y saliendo de la iglesia, envió a todos al banquete; y aunque su mujer protestaba, gritó:

—¡Bah! No patees; tengo que ser dueño de lo mío, y como tú eres mía, mando que nos vayamos a Padua.

Sacó la mohosa espada, y prosiguió:

—Abran paso. No te asustes, querida esposa mía; nadie te tocará: yo te serviré siempre de escudo.

Así terminó la boda, mientras todos pensaban:

—¡Vaya un par de locos!

Era un día infernal: se había abierto el cielo, y se había convertido el aire en agua; pero no fué bastante el mal tiempo para hacer retroceder a Petruccio. Montó en su jamelgo; hizo montar en otro a su mujer, y anduvieron, entre ríos y fangales, hasta que dió en tierra con la moza la caballería en que ella iba. Inútil es decir cómo quedó la pobre. Sin embargo, no pararon aquí sus desventuras. Llegaron a la casa, y protestando de que todos los criados eran malos y desvergonzados, los arrojó Petruccio a palos.

Catalina le rogó que tuviera paciencia; ella, que había hecho otro tanto, ahora se encontraba sobre-



cogida, porque temía ser igualmente víctima. Pidió la cena.

—¿Qué es esto?—vociferó al verla—. ¿Carnero?

—Sí, señor—musitó un criado.

—¡Carbón es esto! ¿Dónde está ese cocinero que así deja que se queme la cena? ¿Cómo os habéis atrevido a traer esto así?

Y fueron por el aire platos, vasos y todo cuanto sobre la mesa habían puesto, al mismo tiempo que caían sobre las espaldas de los que más cerca estaban golpes y más golpes. Su mujer se hallaba aterrada.

—Si estaba bien la carne—se atrevió a replicar, levantándose.

—No, estaba quemada. Ayunaremos esta noche. Vamos a dormir—contestó él, poniendo el grito en el cielo y levantándose igualmente.

Al otro día acudió la pobre joven a los criados, porque estaba desfallecida; pero tan bien les había enseñado su amo la obligación, que no consiguió ponerse de acuerdo con lo que deseaba comer, ya que todo les parecía poco para ella; y ¡tan poco era todo, que se quedó sin nada!

Mandó su esposo hacerle un traje; mas cuando se lo presentaron, fueron tantas las faltas que en él encontró, que despidió al sastre, y no tuvo Catalina más vestido que el que llevaba puesto.

—Vámonos a casa de tus padres—dijo a los pocos días el marido.

Y no se atrevió ella a protestar, porque no armase él nueva camorra. En medio del camino se paró. Era mediodía. Apenas había algunas nubes por Oriente y el sol caldeaba con toda su fuerza en el mes de Junio.

—¡Qué luna tan hermosa!—dijo.

—No ha salido la luna. Si es el sol—replicó ella.

—¡Que es la luna!

—¡Que es el sol!

—¡Por el hijo de mi madre, es la luna, o regresamos a casa!

—Sí, será la luna—confesó Catalina—: me había equivocado.

Encontráronse con Vicencio, el padre del joven pisano que adoraba a Blanca, y preguntó a su mujer.

—¿Quién será esa joven tan hermosa? Dale un abrazo.

—¿Adónde vais, linda joven?—preguntó ella sin protestar.

—Estás loca, Catalina—dijo él, riendo—: ¿no ves que es un viejo con más arrugas que pasa y más marchito que flor de cuatro años.

—Perdonad: me equivoqué.

Y al saber que el anciano llevaba su mismo camino, formaron todos una comitiva.

Al llegar a Padua encontraron grandes novedades. Tranio había presentado a un Dómine como si fuera su padre, y estaba discutiendo con Bautista para dar lugar a que la hija de éste pudiera ir a casarse secretamente con Lucencio. Gracioso resultó el encuentro de Vicencio con el Dómine. Salió éste a la ventana cuando aquél llamó, y al decir el anciano que anunciase a su hijo que había él llegado, replicó:

«—*Mentís. El padre de Lucencio hace ya rato que llegó de Pisa, y está aquí asomado a la ventana.*

—¿Sois vos su padre?

—Sí, señor. Eso dice su madre, a quien debo creer.»

A pique estuvo de que no diese con sus huesos en la cárcel el bueno de Vicencio; pero, afortunadamente para él, llegó su hijo y confesó de plano toda la verdad.

Abrazáronse Blanca y su hermana Catalina, y fuéronse a charlar con una joven que acababa de casarse con Hortensio, mientras los maridos empezaron a discutir sobre cuál de las tres mujeres

era la mejor. Claro que cada cual defendía a la propia.

—¿Qué apostamos?—dijo Hortensio.

—Veinte coronas—contestó Lucencio.

—Veinte veces lo que decís apuesto por mi mujer—replicó Petruchio.

—Van ciento—terminó Lucencio; y mandó a un criado para que buscase a Blanca.

—Está ocupada y no puede venir—fué la respuesta que dió el criado; y hubo de ir a llamar a la mujer de Hortensio.

—Que no gastéis bromas; si queréis verla, que vayáis—contestó; y fué a avisar a Catalina, la cual se presentó al momento.

—¿Qué quieres?—dijo a Petruchio.

—¿Dónde está tu hermana y la mujer de Hortensio?

—En la sala charlando.

—Tráelas aquí—y Catalina se fué por ellas.

—Si hubo milagros en el mundo, éste es uno—exclamó Lucencio, no pudiendo dar crédito a lo que estaba viendo.

No paró aquí la broma. Cuando llegó la joven trayendo a las dos desobedientes, le dijo su marido:

—¡Qué mal te está esa toca!—y ella en seguida se la quitó—. Tírala—añadió él. Y Catalina fué tan obediente como antes.

—Gané la apuesta.

Efectivamente, la había ganado con creces; la fierecilla estaba domada; y se acabó la comedia (22).

VII

Así terminó su narración Ricardo, y sus oyentes, durante toda ella, habían reído no poco; pero no le habían interrumpido una sola vez. Al callar el cuentista quedaron un poco confusos. Por fin, Eugenio, como más descaradillo, se atrevió a decir:

—Bueno, y al borracho ¿qué le pasó?

—¡Es verdad!—dijo Ricardo—. Pues ahora caigo en que no me dijeron nada de él cuando me enseñaron la historieta.

—Consecuencia de dividir las acciones—añadió Guillermo—: tan embebido te hallaste con tu fiera que dejaste al espectador en el asiento. Pero fácilmente podemos creer que terminada la obra se levantaría, se iría, se emborracharía... y que a su antigua vida volvería para pasarse la existencia creyendo que todo aquello había sido un puro sueño; porque no es de creer que el señor noble le tuviera a cuerpo qué quieres desde aquel punto hasta que diera con él en el sepulcro. Es la suerte veleidosa y se entra de rondón por la puerta de quien menos la espera; mas, para no desmentir su condición, se marcha también cuando más sujeta se le cree.

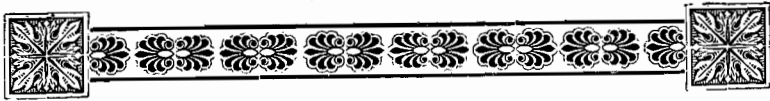
—Discretas son tus razones, y yo creo que has

dado con la verdad—replicó Ricardo—. Si alguna vez se terciara que hubieras de contar mi historia, creo que podrías ponerle ese fin, pues aunque no sea el que te hayan contado, al menos será el que dejará contento a quien te escuche; a más de que añade enseñanza a la enseñanza, y si el fin de los cuentos debe ser deleitar, mejor fin tienen si son espejo de sabiduría. Con el cuento de la *Fierrecilla* aprenderemos que a una voluntad fuerte nada se opone, aun la misma voluntad cuando está mal encaminada; con el cuento del borracho podríamos aprender que si algún bien recibimos en la vida, será conveniente que examinemos de dónde procede, ya que bien recibido por medios imprevistos, por tales medios se ha de alejar; y si en él hemos confiado, al perderlo perdemos más todavía.

Siguieron así platicando, fijándose más bien en la doctrina que acertaban a desprender que en los defectos que pudiera haber tenido la narración. ¿No es de alabar el gusto de aquellos muchachitos, que paraban mientes en resultados morales y despreciaban críticas que muchas veces nacen de la envidia? A más, de que hubieran revelado poco respeto criticando a quien, siendo mayor que ellos, poseía una experiencia y conocimiento superiores, cualidades que deben siempre causar admiración; y si el orgullo no nos deja admirar, al menos debe permitirnos reconocer nuestra impotencia para llegar a discutirlos.

Y como todavía no se precipitaba la noche, pidieron a Guillermo que imitase a Ricardo y les hiciera acabar de pasar agradablemente la tarde. No haciéndose de rogar, dijo aquél:

—Pues oíd lo que pasó a un *Mercader de Venecia*.



VIII

Hay una ciudad en Italia que se denomina Venecia; allí ocurrió el caso que voy a referir.

Era Antonio un mercader, tan rico en bienes de fortuna como en cualidades morales, y una de las prendas que más adornaban su alma era la amistad: vida y hacienda diera de buena gana, si era un amigo quien se las pedía. Así lo demostró en una ocasión; el amigo que tuvo necesidad de sus servicios fué Basanio.

—Hay una rica heredera en Belmonte, portento de belleza y espejo de virtudes, bien conocida del universo entero, pues de todas partes llegan nobles señores a pretender su amor. Su nombre es Porcia. Yo la amo, y si tuviera medios para rivalizar con la riqueza de mis rivales, presagia el corazón que no fuera desventurado al acometer la empresa.

—En el mar tengo mi hacienda—contestó Antonio a las anteriores palabras de Basanio—; pero mi crédito está aquí. Recorre la ciudad, indaga dónde hay dinero; yo haré lo propio, y allí donde lo encontremos, con todo lo mío serviré de fianza.

Separáronse para poner en práctica lo dicho. No pensaba mal Basanio cuando creía que sería po-

sible fuera el preferido, porque buen recuerdo de él conservaba Porcia.

Era ésta tan hermosa como había dicho su amante, y razonaba con un aplomo tal que más parecía varón encanecido en el estudio que mujer encerrada en una quinta para llorar la pérdida de su padre; porque debe advertirse que había quedado huérfana poco hacía. Pero aunque la joven conservaba buen recuerdo de Basanio, una dificultad grande tenía que ser vencida para lograr el propósito de los amantes: Porcia no podía elegir esposo. Su padre, al morir, había ordenado que a todo aquel que la pretendiese se le obligara a escoger entre tres cajitas, jurando de antemano que no había de confesar qué caja fué la preferida por él, y caso de no acertar con la que contenía un retrato de la muchacha, no se dirigiría a pretender a otra mujer nunca jamás.

«—Ni puedo elegir a quien me gustare, ni rehusar al que me enfadare—decía a su doncella Nerisa—. De tal modo está refrenada la voluntad de una hija viviente por la última voluntad de un padre difunto.

—Vuestro padre fué siempre un alma de Dios, y los justos, al morir, suelen tener buenas inspiraciones: por lo tanto, estad segura de que nadie acertará esta lotería que él ideó con las tres cajitas de oro, plata y plomo, y por la cual habréis de ser esposa del que logre dar con su intento, sino aquel que sea digno de vuestro amor» (23).

Así la consolaba la doncella.

Entretanto, Basanio había dado con un viejo juicio que tenía por costumbre la usura y por sentimiento la más completa animosidad al género humano, el cual se llamaba Shylock.

«—¿Tres mil ducados?...—murmuró al oír las pretensiones del apasionado joven—. Bien.

—Sí, señor, por tres meses.

—Por tres meses... Bien.

—*Por cuya suma saldrá fiador Antonio.*

—*Saldrá fiador Antonio... Bien.*

—*¿Me la podéis procurar?—preguntó con impaciencia el muchacho—. ¿Haréisme ese favor?... ¿Sabré al menos vuestra contestación?*

—*Tres mil ducados por tres meses... y Antonio por fiador...—musitaba Shylock, como quien no sabe qué partido tomar.*

—*¿Qué contestáis a eso?*

—*Antonio es hombre de bien...*

—*¿Habéis oído algo que implique lo contrario?*

—*¡Oh, no, no, no! Al decir que es hombre de bien, quiero que entienda vuesamerced que es solvente. Sin embargo, su capital está comprometido. Tiene un bajel destinado a Trípoli, otro a la India. He sabido, además, en el Rialto, que tiene un tercer bajel en Méjico y una nave destinada a Inglaterra, y otros muchos negocios tiene diseminados por el mundo. Pero los bajeles no son mas que tablas; los marinos no son mas que hombres. Hay ratas de tierra y hay ratas de mar; hay ladrones de mar y hay ladrones de tierra, quiero decir piratas; luego, hay el peligro de las olas, de los vientos y de las rocas. Sin embargo, el hombre es solvente... Tres mil ducados... Creo que podré admitir la fianza» (24).*

Con tales dudas quería disimular el placer que sentía el viejo avaro; porque, a fin de cuentas, lo que mediaba entre Shylock y Antonio era un odio profundo. El judío le odiaba por dos principales causas: por ser cristiano y por prestar dinero sin interés, con lo que había puesto en peligro a los que prestaban con miras de lucro. Además, en los mercados le había tratado el veneciano más de una vez con insulto y desprecio; todo lo cual era imposible que fuese perdonado por alma de tan bajo temple como la suya. No era corta su satisfacción, pues, cuando la hermosa casualidad le ofrecía co-

yuntura para conseguir venganza. Buscaron a Antonio y le dijo Shylock:

—*Fío en vos, y aunque no tengo yo la suma suficiente, mi amigo Túbal me ayudará a completarla. Vamos a casa de un notario y me firmaréis el recibo. Soy generoso, aunque creáis lo contrario, Antonio, y más amigo de bromas que de enemistades. Y para que os convenzáis, no quiero interés alguno por el préstamo. Pondremos en el contrato, para reirmos, que si en tal día y tal lugar no saldamos la deuda, me daréis una libra cabal de carne vuestra, cortada y arrancada por mi mano de la parte de vuestro cuerpo que me plazca.*

—*Convenido—contestó el mozo, riendo con gusto la jovialidad del avaro.*

Y se fueron a casa del notario, y firmaron el contrato según lo estipulado. Como cada cual tiene en el mundo su merecido, mientras el viejo estaba negociando tal empresa, su hija Jélica mandaba al criado Lanzarote Gobbo para que participase a su amado Lorenzo que estaba dispuesta a huír con él y hacerse cristiana, pues que a ello la inducían su pasión y la tiranía de su padre; y, efectivamente, por la noche, vestidos de máscaras, llegaron Lorenzo y sus amigos a casa de la amada de aquél, la cual, tomando cuantas riquezas pudo, salió vestida de paje y se marchó para siempre del lado del gruñón Shylock.

Precedido de clarines y guerreros, llegó en aquellos días el Príncipe de Marruecos a la quinta de Porcia, con ánimo de conquistar su amor. Para cumplir con la última voluntad del padre, le fueron presentadas las cajitas a fin de que eligiese, mientras el corazón de la hermosa doncella palpitaba con temor y los labios pugnaban por no dejar traslucir la plegaria que elevaba el alma para que el horrible pretendiente errase en la elección.

La primera caja era de plomo, y tenía esta inscripción: *Quien me eligiere habrá de dar y aventu-*

rarlo todo; la segunda, de luciente plata, y su inscripción decía: *Quien me eligiere, lo que merece alcanzará*; y la tercera, de oro legítimo, tenía este letrero: *Quien me eligiere logrará lo que muchos ambicionan*.

Después de no pocas dudas pidió el negro Príncipe la llave de la última, y al abrirla se encontró con una calavera que tenía delante un papel en el que estaba escrito:

No todo lo que reluce
es oro, dice el refrán,
y vos sabréis si el adagio
dice con ello verdad.
Su vida vendieron muchos
por mi apariencia no más;
en el sepulcro dorado
tan sólo gusanos hay.
Más que osadía, conviene
al hombre sagacidad;
si vos la hubierais tenido
no tendría yo que hablar
para deciros: marchaos,
loca fué vuestra ansiedad.

Triste se alejó el Príncipe; pero su tristeza era un grano de anís comparada con la desesperación de Shylock cuando al llegar a su casa se encontró con la fuga de su hija, y sobre todo con la falta de alhajas y dinero.

—¡Mi hija, mi hija!—gritaba bajando a grandes zancos la escalera de su casa y saliendo a la calle desatinado—. ¡Mis ducados, mis joyas!... ¡Justicia!... ¡Mi hija! ¡Huyó con un cristiano! ¡Que la busquen! ¡Me ha robado un verdadero tesoro!...

Los chicos le seguían y le remedaban. Seguramente no hubiera sido tanta la desesperación del viejo si hubiese sabido que entre Francia e Inglaterra había naufragado un navío veneciano que según todas las probabilidades era de Antonio.

No dejaban de acudir a la quinta de Porcia nue-

vos adoradores; después del Príncipe de Marruecos llegó el Infante de Aragón, al cual presentaron las cajitas tras las formalidades de rúbrica. Miró



y remiró, meditó largo rato, y al fin pidió la llave de la argentada arquilla, fiado en la leyenda: *Alcanzará, sin duda, lo que merece*. Pero, ¡oh decepción!: lo que allí encontró fué la cara de un

idiota, quien, guiñándole el ojo, le mostraba un papel en el que decía:

El fuego por siete veces
 probó esta caja, y así
 por siete veces el juicio
 se ha de probar, si elegir
 lo útil pretende. Hay algunos
 que toman una sutil
 sombra por la realidad,
 y ven que se pierde al fin
 su ventura como sombra.
 Tú te has encontrado aquí
 a un necio de plata, como
 muchos verás por ahí.
 Cásate con quien te plazca,
 me oirás siempre decir,
 que yo seré tu cabeza.
 Adiós, ya te puedes ir.

Y no menos despechado que el Príncipe salió el Infante de Aragón, con no poco gusto de la joven pretendida, quien no guardaba ni el más mínimo recuerdo de todos aquellos amantes. Y al igual que Porcia, de plácemes estaba el judío, pues se iban confirmando las noticias de los naufragios acaecidos a las naves de Antonio.

—¡Que mire por su fianza!—decía.

—Pero no tomaréis su carne, porque de nada os serviría—le replicaban.

—¿De nada? ¡De cebo para pescar! Si falta al contrato, le sacaré el corazón. Si él no estuviera en Venecia, haría yo los negocios como quisiese.

Y se marchaba hacia la Sinagoga frotándose las manos de gusto ante la idea de ver el corazón de Antonio en una bandeja, como Salomé a la cabeza del Bautista (25).

Parecía que también como él iba a conseguir el logro de su ilusión la bella Porcia, porque llegó a su quinta el verdadero amado: Basanio. ¡Oh, y cómo palpité su corazón al verlo! Emocionábanla al mismo tiempo la alegría y el temor. Sentía placer

por tenerle delante; sufría porque quizá le perdería para siempre. ¡Si pudiese decirle en qué caja estaba su retrato!

—No os apresuréis; esperemos un día o dos para que elijáis la arquilla—suplicaba.

—No, no; quiero perder la duda—contestaba él.

Fué llevado, según pedía, delante de las cajas, y la enamorada joven hizo que tocasen delicados instrumentos y que cantasen suavemente, como para que sirviesen de inspiración las canciones. Y así, mientras Basanio examinaba las leyendas, un coro entonaba con lánguida melancolía la siguiente canción:

¿Me podréis decir
 en dónde empieza a vivir
 la pasión.
 en la mente o corazón?
 ¿Cómo crece
 y con qué se fortalece?

—
 Nace en los ojos amor,
 y de mirar se alimenta,
 y muere con el dolor
 que en la cuna le atormenta.
 Doblen las campanas.
 Caiga el que cayere.
 Din, don.
 Doblen las campanas,
 que el amor se muere.
 Din, don, din, don.

Basanio abrió la caja elegida:

—¡Porcia!—gritó—. ¡Tu fiel imagen me sonrío desde el fondo de esta arquilla misteriosa! ¡Porcia, Porcia mía!

—Engañadoras son las apariencias—pensó—; y despreciando el oro y la plata, había abierto la caja de plomo, en donde se hallaba, juntamente con

el retrato de la linda joven, un papel en el que se leía:

Vos, el que de la apariencia
no se ha dejado engañar,
gozad siempre la fortuna
que habéis logrado alcanzar,
y no busquéis mayor dicha
ya que tan grande hoy os dan.
Si os agradase que el hado
traiga tal felicidad,
hacia la joven que os ama
vuestras miradas tornad,
y llamadla vuestra esposa,
porque vuestra esposa es ya.

En medio de tales alegrías estaban, cuando aparecieron Lorenzo y Jérica, la hija de Shylock, los cuales, en su huída, pensaron refugiarse en la quinta. En propicia ocasión llegaron para ser espléndidamente atendidos; pero como no hay pena que cien años dure ni dicha que no se acabe, apenas verificada la boda vino un mensajero con una carta de Antonio en la que participaba a su amigo su ruina.

¡Pobre Basanio! Requerido por su esposa, quien descubrió en seguida su dolor, contó la historia del préstamo con verdadera congoja.

—¿Por eso te disgustas?—dijo Porcia—: tomad de mi hacienda cuantos ducados queráis y liquidad la deuda.

Así lo hicieron. Marchó Basanio a Venecia, y presentóse al Tribunal de los Doce, en donde estaban discutiendo sus derechos Shylock y Antonio, una vez terminado el plazo del contrato. Entregó la suma convenida, pero Shylock no quiso aceptar; dobló la recompensa de la deuda; mas el vejete porfiaba con ahinco en que tenía que cobrarse con lo que el contrato le concedía. El Dux esperaba al doctor Belario, famoso jurisconsulto, para sentenciar el pleito iluminado por su clara inteligencia, y cuando más enfrascados estaban en

el pleito, fué anunciado un mensajero procedente de Padua, el lugar de residencia de Belario. Era portador de una carta en la cual participaba el paduano que por hallarse enfermo cumpliría su misión un letrado tan lleno de saber como de juventud.

Fué admitido el letrado, que era de arrogante presencia y todavía imberbe.

—¿Reconocéis el pacto?—preguntó.

—Lo reconozco—contestaron los dos litigantes.

—Senténciese, pues, en favor de Shylock, ya que de él es toda la justicia y no se inclina a la clemencia.

—Todos mis actos caigan sobre mi cabeza; cúmplase la pena como está pactado.

—Yo ofrezco pagar diez veces lo estipulado, y dar hasta mi cabeza y mi corazón—suplicaba Basanio—. Os ruego que variéis las leyes de Venecia en pro de un inocente.

—No puede ser—replicaba el letrado—. Nadie tiene poder para variar las leyes. Es imposible.

—¡Oh, qué juez tan sabio; es un Daniel!—murmuraba el viejo.

—Está cumplido el plazo del contrato; podéis reclamar una libra de carne de Antonio cortada y arrancada por vos. ¿Hay una balanza?

—Aquí tengo una—gritó el judío, mientras afilaba un cuchillo.

—¿Dónde está el cirujano, para que cierre las heridas?

—Nada de eso dice el contrato—murmuró el avaro.

—¿Tenéis algo que decir, Antonio?

—Despedirme de Basanio y rogarle que cuente a su mujer cuanto aquí ha sucedido. Y que no lamente mi muerte, pues yo no lamento el pago de la deuda.

—Pues ya podéis tomar una libra de su carne—pronunció el jurisconsulto.

—¡Oh docto juez! Prepárate.

—Pero tened en cuenta que ha de ser una libra exacta, y carne nada más; si tomáis una gota de sangre, todos vuestros bienes quedarán confiscados, según previenen las leyes.

—¡Oh juez íntegro y sabio; es un Daniel!—dijo un mozalbete remedando a Shylock. Aterrado éste, gritó:

—Que tripliquen la suma y así me doy por satisfecho.

—No puede ser. Ha de cumplirse el contrato. Además, como las leyes prescriben que al convicto del crimen de atentar contra la vida de un ciudadano, por medios directos o indirectos, tendrá la víctima derecho a la mitad de su fortuna y la otra mitad será para el Estado, todos tus bienes, avaro viejo, son para Venecia y para Antonio, pues has atentado contra la vida de éste.

—¡Favor, favor!—decía Shylock arrastrándose.

—Únicamente puedes ser salvado—sentenció el Dux—si Antonio te perdona.

—Con una condición—terminó éste—: que ha de bautizarse y nombrar por herederos de todo su tesoro a su yerno Lorenzo y a su hija Jésica.

Firmó el judío cuanto se le pidió, y el letrado sólo quiso por recompensa de sus servicios un anillo que llevaba Basanio: el que le diera Porcia. Mucho se hizo de rogar el joven, como era natural; pero al fin hubo de entregarlo.

Regresaron los amigos a la quinta, y no fué poca la sorpresa de Basanio cuando su mujer le enseñó el anillo que dió él al abogado: quien fué a defender el pleito era la misma linda y graciosa dama, que se había disfrazado para agradecer así a Antonio el sacrificio que, como buen amigo, había hecho por su esposo.



IX

—Atento estuviste a todas las partes de tu historia, para que no te repitiesen lo que a mí me dijeron con el borracho.

—¿Pues no tenía que servirme la experiencia? Aunque he de confesar que como yo no he sido el inventor del cuento (26), memoria fué lo que hube de tener para no dejar ningún cabo suelto.

—Eso que tenías tres historias mezcladas—comentó el díscolo de Eugenio.

—Pero las mezcló con arte—añadió Matías—. Yo te aseguro que no he tenido la menor duda siguiendo cada una de ellas.

—No fiaba yo mucho en mí—replicó Guillermo con modestia—, pues nunca he contado historia alguna, y apenas tuve para ayudarme a salir airoso de mi empeño el haber oído muchas y lo que hemos hablado esta tarde sobre la *Fierrecilla domada*.

—Lo cual me hace pensar en que si así empiezas, vas a ser un narrador notable, y los últimos cuentos que tú refieras me gustaría oír, ya que tal placer nos has proporcionado con el primero (27).

—Cuéntanos otro—suplicó Gilberto a su hermano.

—Ya es tarde. Otro día, si volvemos a reunirnos, os contaré muchas historietas, todas las que queráis, puesto que no sé pocas; hoy basta ya con lo contado, que la noche avanza. Lo que es menester que cuando volváis a querer reñir como esta tarde, antes de daros el primer bofetón penséis en Antonio, el mercader veneciano, y aprendáis así lo que vale una amistad; con lo que no consentiréis en perderla de tan necio modo.

—Yo te lo prometo—dijo seriamente Matías.

—No te daré motivo para que me repitas la lección—añadió Eugenio, contra quien iba más directamente la repulsa—. Y no solamente te prometo esto, sino que te agradezco me hayas hecho comprender lo mal que he obrado con mi picardía de tan agradable manera.

La noche cerraba a toda prisa, y los cinco amigos se separaron, después de sellar con un abrazo su nueva amistad los dos pequeños que horas antes estuvieron a punto de descalabrarse por una triquiñuela. De semejante modo era Guillermo el paladín de la justicia; de tal manera, a pesar de sus pocos años, iba comprendiendo el corazón humano, y, conocedor del orgullo, que impide ver lo que a veces se presenta con claridad de mediodía, si esa claridad tiende a humillarnos, ponía la sonrisa en los labios para deleitar y la intención en las palabras para corregir.



X

Era el mes de Julio de 1575. Guillermo estaba más que contento con la noticia que le había dado su padre: la Reina iba a visitar el castillo de Kenilworth, y con tal motivo se harían grandes fiestas, a las cuales asistiría toda la familia. Su madre protestaba por quedarse en Stratford, pues hacía poco más de un año que nació el último hijo, Ricardo (28), y no era el mejor equipaje para viajar, aunque sólo fuera unas millas, un niño de tal edad; pero Juan quería que presenciaran todos aquel acontecimiento, ya que pocas veces se repetiría.

Apenas llegó a la escuela comenzó a comentar con sus compañeros el viaje, y no fué poca su extrañeza cuando muchos de ellos le dijeron que no iban.

—¿Por qué?—preguntaba.

—No quiere mi padre—le contestaban.

—Debe de ser muy raro tu padre—añadía él—. ¡Viene la Reina a visitar al Conde de Leicester, y no quiere ir a verla! Van a hacer grandes fiestas. Habrá representaciones teatrales.

Para él toda aquella visita tenía dos puntos sobre los que convergía su atención: la Reina y los

cómicos; y eran de tales dimensiones, que no comprendía que ante ellos hubiera nadie que pudiese quedar, no en Stratford, sino en el mismísimo Londres, pues firmemente pensaba que encontraría en el castillo a todos los habitantes de la ribera del Támesis. En todo el día fué imposible hacerle estudiar; era su ilusión recordar las representaciones que vió en su niñez; decididamente, el teatro era una maravilla de la creación.

Salió de la escuela, y se fué a su casa. Oyó que su padre estaba hablando con un señor cuya voz le era desconocida. La habitación estaba cerrada; nombraban a la Reina, y escuchó. Era la voz desconocida áspera y con cierta inflexión mística. El sujeto en cuestión parecía que se esforzaba por convencer, y expresaba indignación resignada a la par que un temor profundo.

—Créame usted; yo no iría. Dios sólo sabe lo que puede ocurrir—decía.

—Nada—replicaba su padre—. Tengo el convencimiento absoluto de que no ha de suceder cosa alguna que no sea fiesta. En cualquier lugar podrá tener un grave percance la Reina, en su propio palacio, mejor que en el castillo. No olvide usted que el Conde de Leicester es su favorito, y el talento de la Reina Isabel para descubrir las intenciones ocultas es magnífico.

—Pero también sabe usted que María Estuardo es una sombra que constantemente se cierne sobre la cabeza de Isabel.

—María Estuardo está encerrada en buen lugar, y teniéndola a ella segura, se tiene seguro a quien por ella abogue.

—¡Quién sabe! Nosotros aquí estamos completamente ignorantes de lo que ocurre en el Reino; cuando tenemos una noticia es cuando nos dicen: ha pasado.

—Y así estamos en el mejor de los mundos.

—Cuando no nos envuelve el torbellino. Tran-

quilo estaba yo en Londres, y he tenido que salir de allí para conservar la cabeza sobre mis hombros. Cometí la tontería de hablar bien de la Reina de Escocia... Y, en verdad, me alegraría de que consiguiesen nuestros amigos dar un verdadero golpe; porque aunque usted quiere disimular, yo le cuento entre los nuestros.

—Creo que María Estuardo ha tenido varias desgracias: ser hermosa, ser católica en una nación que deja de serlo, y tener derecho a la Corona en frente de la Reina Isabel. Si pudiese cambiar alguna de estas tres cosas sería casi feliz; si se cambiasen las tres sería su suerte envidiable; así, sospecho que le van a costar la vida, y sus amigos, creyendo que le hacen un bien, me parece que están levantando el brazo del verdugo.

—O están construyendo la escalera del trono.

—Es más fácil convertir el trono en cadalso que lo contrario.

—¿Sabe usted nuestros planes? Me parece que usted no sólo es de los *nuestros*, sino que también de los más notables; y no dudo de que así sea, pues tiene usted talento e influencia en Stratford.

—Ni tengo uno ni otra. Me limito a cuidar de mi hacienda. He formado mi opinión, y nada más. Como buen católico, siento las desgracias de María Estuardo; como buen patriota, celebro las grandes cualidades de la Reina Isabel.

—Sí, es grande..., una grande cómica. Recuerdo la respuesta que dió al Parlamento cuando le propuso que se case. «*Estoy eternamente unida a Inglaterra*»—respondió, mostrando el anillo del día de la coronación (29). ¿Sabe usted, en secreto, cuál fué la causa de su negativa?... La Reina es estéril—. Aquí bajó la voz con gran misterio. (30)

—Quizás sea lo cierto que comprenda que para gobernar hoy nuestra nación se requiere una sola y férrea voluntad, y el unirse a un hombre debilitaría la suya.

—Quiere llevar la comedia hasta su tumba. Quiere que la posteridad lea un epitafio: *Aquí yace Isabel, virgen y Reina, y eso es todo.* (31)

—¡Quién sabe!—repito yo siempre—. La Reina tiene una gran voluntad, y no debemos preocuparnos en escudriñarla.

—¿Va a ir usted a Kenilworth?

—¿Por qué no? Ya he dicho que considero más seguro el castillo del Conde de Leicester que el Palacio real.

—¡No dirá usted que no le he aconsejado!

Guillermo se alejó, pues iban a sorprenderle a la salida, y pensó:

—Creo que mi padre ha hablado demasiado.

Y relacionaba la conversación que acababa de oír con lo que le habían dicho en la escuela sus amigos. Por algo no querían ir a las fiestas; la vida no es tan sencilla como en los primeros años parece. Pero calló. Su padre sabría mejor que él lo que conviniese, y además..., ¿iba a perder el gusto de ver a la Reina, y sobre todo a los cómicos?



XI

Grande era la envidia que todos sus compañeros sentían por Guillermo, pues era el único de ellos que había podido ir a Kenilworth, y su figura se engrandecía ante los ojos de los pequeñuelos.

Salieron de la escuela y corrieron a su lado, rogándole insistentemente que les contase cuanto había visto.

—¿Cómo es la Reina?

—¿La has conseguido ver?

—¡No que no! Todo fuí ojos desde el momento en que me dijeron que iba a llegar.

—Y ¿qué te pareció?

—Que si no fuese Reina, merecía serlo.

¿Quién sería capaz de afirmar si Guillermo dijo las últimas palabras con absoluto convencimiento? ¿Quién se atrevería a averiguar si su talento prodigioso había comprendido prematuramente que en sus días no podía decirse lo que se sentía, sino lo que conviniese que se oyera, aunque fuesen niños los que escuchasen?

—Dicen que es muy baja; más baja que María Estuardo.

—Entonces María Estuardo es alta; porque la Reina tiene una estatua regular (32).

—El cabello es muy hermoso, según cuentan.

—No he visto otro igual. (33)

—Debe de resultar muy majestuosa, pues.

—Si la veis entre ciento, no dudaráis para decir: ésta es Isabel.

—Y ¿qué ha pasado? Cuéntanoslo todo.

—Para mí ha sido como un sueño; si no lo hubiese visto con mis propios ojos, diría que me había dormido y había sido transportado a un país extraordinario. Lo que mejor recuerdo es la función que representaron.

Y ante la insistencia de sus amigos empezó a contar lo que llamaba el *Sueño de una noche de verano*.

La acción pasaba en Grecia—dijo—. Teseo, duque de Atenas, daba órdenes a Filostrato, director de las fiestas, para que reuniese a los jóvenes, pues iba a celebrar pronto sus bodas con Hipólita. En tales trotes estaba cuando presentóse a él Egeo con su hija Hermia, y los amantes Lisandro y Demetrio. Venía a quejarse de que la desobediente joven rehusaba casarse con Demetrio, como él proponía, pretendiendo dar su mano al otro amante. Al preguntar Hermia cuál sería la pena si desobedecía hasta el fin:—Morir, o el abandono de la Humanidad—respondió el duque.

—Así quiero vivir y así quiero morir, antes que ceder al yugo paterno—replicó la joven valientemente.

—Piénsalo bien. Con la nueva luna he de celebrar mis bodas; para entonces o has de acatar la voluntad de tu padre, o te prepararás a morir, o jurarás guardar austera vida ante el altar de Diana.

Lisandro, que no podía consentir en el sacrificio de su amada, rogaba que le olvidase, al mismo tiempo que acusaba a Demetrio de haber enamorado a Elena, la hija de Nadar, y haberla abando-

nado cuando ella le amaba con ciega idolatría. Entonces Teseo llamó en secreto a Egeo y Demetrio y quedaron solos los dos amantes.

Las quejas de uno y otro se sucedían cuando apareció Elena, quien creía que todas las palabras de cariño que le prodigaba Hermia eran falsas: cruel burla que hacía a su desgracia la rival favorecida; pero Hermia le contestó que no sintiese más celos, porque ella se alejaba de Atenas con Lisandro, pues su amor le ofrecía la felicidad y su olvido el infierno.

Corroboró el mancebo las palabras de su amada: al día siguiente, cuando el rocío adornase el prado, escaparían de Atenas y marcharían al bosque para contarse sus cuitas mutuamente y así ser dichosos.

Entonces Elena maquinó un plan inspirado por los celos: diría a Demetrio que fuese al bosque, y al encontrar a Hermia con Lisandro la aborrecería y volvería sus ojos hacia ella. ¡Desventurada amante! Con esto creía alcanzar su dicha, y dando vuelos a la esperanza marchó a poner en práctica su idea.

He aquí que en aquellos mismos días estaban unos pobres artesanos preparando una representación teatral en honor de Teresa Hipólita. Y con tal fin se reunieron Snug, Bottom, Snout, Quince y Starveling. Bottom, dicho sea de paso, era el más estúpido de todos.

—¿Qué vamos a representar?—preguntó.

—«La dolorosa comedia y cruelísima muerte de Píramo y Tisbe»—respondió Quince—. A ti te ha tocado representar a Píramo.

—«¿Qué es Píramo? ¿Amante o tirano?»

—Amante, que se mata gentilmente por razón de amores.

—Para representar bien ese papel fuerza será derramar algunas lágrimas. Si lo represento yo, cuide el auditorio de sus ojos. Provocaré tempesta-

des. Me lamentaré hasta el punto preciso. Sin embargo, mi fuerte es el papel de tirano» (34).

Así prosiguió diciendo tonterías y así se fué haciendo el reparto de la obra, costando no poco trabajo convencer a Bottom de que el único papel que debía representar era el de amante, pues quería encargarse de todos. Terminado el reparto se citaron en el bosque, junto a la encina del Duque, para hacer allí los ensayos.

¡Qué bosque tan encantador era aquel que estaba junto a Atenas! Era mansión de seres sobrenaturales. Allí vivía Oberón, rey de los genios, y Titania, reina de las hadas, quienes se hacían mutuos reproches por amar a Hipólita y Teseo, respectivamente, aumentando la disputa cuando el rey pidió a Titania un joven negro, que ésta había robado para convertirlo en paje suyo; y a tanto llegaron en sus quejas, que se separaron completamente enemistados, jurando el rey vengarse. Para ello llamó al travieso Puck y le habló de la flor que, blanca como la leche ayer, es hoy purpurina porque cayó sobre ella la gota de sangre que emanó de la herida de Amor, hecha a la diosa de la belleza por el dardo de Cupido. Esta flor tiene el poder de que, depositando su jugo en los ojos del hombre o mujer que duerme, quedan enamorados del primer ser que al despertar ven. Puck la conocía perfectamente.

—Tenga yo ese jugo en mi poder, y cuando Titania duerma lo verteré en sus ojos y enamórese del primero que viere, ya sea oso, león o lobo o toro, y antes de que la libre del encanto la he de obligar a que me entregue el mozo.

Terminó de hablar porque oyó que alguien se acercaba, y escuchó. Eran Demetrio y Elena, quienes llegaron al bosque, aquel buscando a su amada Hermia, y ésta siguiéndole como el acero sigue al imán. Compadecido Oberón de la desgraciada joven, cuando llegó Puck trayendo la flor

misteriosa le ordenó que buscara a la pareja y vertiese en los ojos del mancebo el jugo milagroso; él, entretanto, marchó en busca de Titania.

La dorada cabeza de la reina descansaba en un lecho de flores. Todo en derredor era poesía, embeloso. Los suspiros de las hadas formaban una canción apenas perceptible y más sublime que el monotonó ritmo con que las madres arrullan a sus hijos en la cuna.

Un ruiseñor, oculto entre las hojas de un copudo árbol, lanzaba sus trinos cual si el sol naciente empezase a besar a las flores que abrían sus corolas, como para dejar que todo su aroma embalsamase el ambiente que había de respirar la hermosa joven. Los enanos, con sus estrambóticos trajes, montaban sobre insectos y volaban en caprichosa marcha en torno de su soberana... La brisa susurraba como pretendiendo unirse a la canción de las vírgenes que formaban el séquito de Titania...

¡Misterio!... ¡Soledad!... Todos los encantos del vivir reunidos para que gozase de ellos la reina más hermosa de cuantas pudo forjar la fantasía: eso había en el bosque cuando Titania descansaba.

Como furtivo cazador que ve a la pieza dormida y quiere asegurar el golpe acercábase a ella el rey de los genios con la florecilla hechizada por única arma, sonriente, como solazándose con la idea de venganza, lindo como jardín primaveral y ligero como flecha de la diosa cazadora. Llegó junto a ella, y sin parar mientes en aquellos labios de rosa, que estaban entreabiertos cual si quisieran expresar todo el placer del alma al hallarse adormecida entre tanta ventura, restregó los suaves pétalos con fruición maliciosa por los ojos del hada de sus amores, y murmuró:

—Lo primero que con esos ojos vieres al despertar ha de ser amado por ti con locura.

Y como el vencedor de una decisiva batalla, se

alejó, saltando, en busca de Puck. Este acababa de hacer una verdadera atrocidad. Como su rey le había dicho que el joven que con tanto desdén trataba a su amante era un ateniense, al primero que de ellos encontró le aplicó el maleficio, y éste era Lisandro. Al despertar tropezó con Elena, y era de ver la sorpresa con que ésta escuchó las palabras amorosas del doncel; sin embargo, aun fué mayor la de Hermia al despertar, ya que estaba durmiendo a corta distancia, y no encontrar a su antiguo apasionado. Una serpiente amenazaba herirla, y ella gritaba:

—¡Lisandro, favor, por piedad!...

Y el inhumano joven seguía requiriendo de amores a la desdichada Elena.

En estas estaban cuando llegaron junto al paraje en que dormía Titania los míseros actores que pretendían ensayar su comedia. La bulla que movían era más que regular. Era preciso que saliera la luna durante la representación, y ante la dificultad de no poder modificar la carrera del astro de la noche, pensaron en que saldría un actor con un manojo de matas y una linterna y diría, al salir, que era la luz lunar. Necesitábase, igualmente, un muro, y al fin acordaron que otro actor apareciera con un poco de yeso en una mano, y extendiese la otra con los dedos separados para que por entre ellos hablasen Píramo y Tisbe. Con todo lo cual amenazaban despertar á la Reina.

Apareció Puck, el diablillo de Puck, atraído por los gritos, y con su gracia sempiterna ideó una jargarreta para reirse doblemente. Se ocultó y esperó ocasión propicia, la cual no tardó en presentarse.

El necio de Bottom tenía que salir de escena para volver en seguida, y cuando se internó en el bosque, tomóle por su cuenta y le puso una hermosísima cabeza de asno en lugar de la suya. Satisfecho de su treta, comenzó a hacer cabriolas y

se alejó del lugar para seguir sus fechorías en otro punto.

Salió a escena Bottom, y la falsa Tisbe huyó de su no menos falso amante como alma a quien se le presenta el diablo, y tras ella fueron todos dando voces, llenos de espanto y temiendo verse encantados como su compañero.

Ante la inesperada fuga de sus amigos, decidió el tonto pasear y cantar para que viesen que no tenía miedo, pues creía firmemente que todo lo que habían hecho era para hacerle pensar que estaba embriagado y se asustase. Aquella estridente voz que se lanzó a hacer las más duras filigranas en el más agudo de los registros despertó a la hermosa Titania, la cual, bajo el influjo del maleficio, quedó prendada de la horrible figura del que tenía delante. ¡Qué gracioso era ver a toda una reina de las misteriosas hadas decir a un hombre con cabeza de burro:

—Canta, que tu melodiosa voz es más armoniosa que la de las sirenas. Ven, que tu linda figura es más gallarda que palmera en el desierto. ¡Acércate, que te amo y juro amarte eternamente, más que los campos aman al rocío en tiempo de sequía!

—Poca razón me parece que hay para todo eso, señora—replicóle él—; mas la razón y el amor hacen malas migas en nuestro tiempo. ¡Eh!, también sé hablar en broma.

—Eres tan discreto como hermoso.

—Si tengo bastante discreción para salir de este bosque, tengo suficiente.

—No saldrás de aquí nunca. Soy la dueña del verano, es mi jerarquía superior y todo mi poder lo pondré a tu servicio para que seas dichoso.

Reían a mandíbula batiente Oberón y Puck ante este desenlace del sortilegio, cuando vieron llegar a Demetrio y Hermia recriminándose: él se quejaba del desdén de la moza; ella le acusaba de ha-

ber asesinado a Lisandro, pues que no acudía éste a remediar sus quejas.

—¿Qué has hecho? En lugar de unir a los dos amantes que reñían se ve que has separado a dos que eran felices.

—¡Vaya! También ha sido casualidad que fuese a topar con un hombre leal, cuando por uno que dice verdad en amores hay millones que mienten—contestó el travieso Puck.

—Es preciso poner remedio—dijo Oberón—. Marcha y trae inmediatamente a Elena.

Puck se alejó. El rey de los genios acercóse a Demetrio, que se había dormido, y restregó por sus ojos la flor, diciendo:

—Cuando despiertes encontrarás a tu amante más hermosa que la misma Venus.

Al punto llegó Puck con Elena y Lisandro, y cuando los dos hechiceros creyeron que todo estaba arreglado, resultó que el lío era más que morrocotudo. Despertó Demetrio, vió a Elena y no había en tierra y cielo cosa que fuese a ella semejante. ¡La pobre estaba ya a pique de dar en la locura más completa: Lisandro, el que era amante decidido de Hermia, la cortejaba con una insistencia horrible, y Demetrio, el que siempre la estaba despreciando, le prodigaba ahora mayores pruebas de pasión que Lisandro. ¡La burla era cruel! Hecha por su amado, era criminal, sin duda.

Los dos amantes, convertidos en rivales, se desafiaban más enconados que nunca. ¡Sería cierto! ¡Oh, aquello resultaba espantoso! Si era falso, hacían una ofensa inconcebible a su dignidad; si era cierto, iban a pelear hasta conseguir la muerte de uno de ellos... Angustiada en extremo vió llegar a Hermia y quiso encontrar remedio en sus brazos; pero no contaba con que entonces iba a embrollarse la cuestión más todavía. La joven, al ver a Lisandro, corrió amorosa a su lado; pero él

la rechazó brutalmente. Entonces culpó a Elena de que estaba burlándose de ella, y ésta, a su vez, creyó que todo era una comedia que había urdido para reirse de su desgracia de amar y no ser amada. Y entre las quejas de todos, lo único cierto era que Demetrio y Lisandro se citaban para matarse, en vista de lo cual Hermia amenazó a su rival y ésta huyó temerosa, no sin que fuese perseguida con saña por la despreciada ateniense.

Oberón no sabía qué partido tomar; pero Puck se ofreció a arreglarlo todo graciosamente. Tomó la forma, ya de uno, ya de otro de los combatientes, y fué alejándolos para que no pudiesen encontrarse hasta que, cansados unos y otros, cayeron rendidos y se durmieron juntos, aunque sin verse, en un extremo de la encantada arboleda.

Solucionada así, por entonces, aquella cómica tragedia, fuéronse a ver a Titania. Esta, más apasionada a cada instante, había llevado a Bottom al más poético rincón de sus dominios y allí le prodigaba mil caricias y coronó su frente de flores.

—Quiero dormir sobre tus hombros, y tú dormirás, igualmente, sobre mi regazo.

Abrazados así, fueron sorprendidos por Oberón y su travieso heraldo.

—¡Mira qué espectáculo! Me da pena ver a mi amada de esta suerte. Ya he conseguido que me entregue el negrilla por quien discutíamos, y le nombraré mi paje. Como no amaba mas que a ese idiota, me fué fácil conseguir que me le cediese. Quítale la cabeza a ese tonto, aunque la tiene bien merecida, y los despertaremos, así como a los cuatro amantes, y que lo recuerden todo como un sueño.

Y vertiendo un nuevo jugo sobre los ojos de Titania, dijo:

—Vuelve a tu ser y pierda su influjo la florecilla del amor. Despierta ya, Titania mía.

Sonó una música suave, y la Reina despertó.

—Reina mía, caminemos y alcancemos a la última estrella que se oculta.



—Dueño mío, volemos... He tenido un sueño horrible. ¿Cómo pudo ser? Tú me lo dirás. Estaba enamorada de un asno... Volemos, que el sol llega y nuestro reino es la noche.

Así perdió el encanto el bosque. A la mañana siguiente encontraron Teseo e Hipólita durmiendo a los cuatro amantes, los cuales, como ya el maleficio había cesado, terminaron también de ser rivales. Lisandro contó su fuga con Hermia; Demetrio declaró haber ido al bosque por haberle referido esa fuga su amada Elena, a la que amaba sin saber por qué extraño poder. Así, contentos, regresaron a Atenas. Una dificultad había para celebrar las fiestas de la boda de Teseo: la comedia no se podía representar sin Bottom. Pero como éste despertó al recibir de lleno los rayos del sol, presentóse a tiempo, y con gran suntuosidad se celebraron los festejos, y no hizo poca gracia la comedia de Píramo y Tisbe que representaron los sencillos atenienses (35).



XII

Eugenio Quiney, quien no había perdido la mala costumbre de criticarlo todo, dijo, apenas dió por terminada la narración Guillermo:

—Creí que venía al suelo, con la cabeza perdida, después de tanto personaje como nos has mezclado, cada uno de su clase; eso no lo has visto en el castillo; lo has visto en tu fantasía, y pudiéramos llamarte desde ahora el de la cabeza loca.

—Antes habremos de llamarte a ti el de las palabras descomedidas —replicó Ricardo Field, a quien dolió la censura más que si hubiese sido dirigida a él mismo—. Hablar de lo que no se entiende es lo mismo que echar piedras al cielo.

—Dirás tú cuanto quieras; pero yo tengo por cierto que si sólo de oírlo contar estoy mareado, ya estaría completamente sin juicio si hubiese visto entrar y salir a los actores tan sin orden ni concierto.

—A un aparente trastorno llamas falta de orden. Yo, por el contrario, aplaudo a quien nos ha sabido reflejar de tan exacto modo la disparatada alegría de nuestra imaginación cuando estamos entregados al descanso, y repito lo que en otra oca-

sión dije a Guillermo: si así narras al principio, tus últimos cuentos quiero oír.

Sin el menor disgusto por las frases de Eugenio ni la menor alteración por los elogios de Ricardo, añadió el genial Shakespeare:

—Será un gran disparate lo que he dicho; quizá no ocurriese todo como lo he contado; tal vez hubiese más o tal vez menos: lo que yo sé positivamente es que desde la reina hasta mí, el último de los que allí estábamos, todos reímos y todos quedamos satisfechos.

—No es para menos—asintió Matías, interviniendo en el debate—, y confieso haber reído con el relato, y que por esto supongo lo que me hubiera divertido de haber presenciado la representación.

Hablando así estaban los pequeños, cuando Guillermo sintió una de esas emociones que se graban en el alma para toda la vida. Los hechos de la niñez parecen aislados: hoy es una desilusión la que nos hace comprender los desengaños y empieza a formar el recelo y el dolor en nuestro corazón; mañana, una alegría que viene a enseñarnos el camino de la esperanza; después, un amigo que aparece para ser espejo de bondad o de malicia, y así vamos, poco a poco, moldeando nuestra idiosincrasia, y nuestra vida infantil semeja las perlas de un collar, todas aisladas, y unidas todas por un lazo interno. Después, ya formada nuestra voluntad, diríase que dominamos más a la vida, y ésta toma unidad, tiene un objetivo, es ya un camino que trazamos para dirigirnos a la ciudad de los inmortales, aunque a veces se corte para entrar, bien a pesar nuestro, en el campo santo de los innominados. En la vida de Shakespeare apareció una de las últimas perlas del collar para empezar a ser uno de los primeros trechos del camino.

Unos ojos, ojos azules, ojos de cielo, ojos en los que un alma aparecía para llorar, pasaron junto a

él. Apenas vistos, se eclipsaban, dejando en el corazón del niño, ya casi adolescente, una impresión de misericordia infinita. ¡Ojos tristes; ojos que parecían tener en ellos una perpetua lágrima!... ¡Feliz quien consiguiese borrar aquel dolor! ¡Y si fuese él...!

Se alejaban. El miraba a aquella figurita de joven misteriosa que huía de su lado... ¡Titania real que parecía sujeta a un sortilegio encargado de borrar las sonrisas del amor para dejar ver solamente imágenes de desconsuelo!... Ya no veía aquellos ojos, azulado cielo puesto en el rostro de una mujer... Sólo podía contemplar la cabellera, negra como la noche, abundante como las estrellas, hermosa como rayo de sol.

—Mira—dijo a Ricardo, su amigo del alma—. Más hermosa que la cabellera de la reina, ésa únicamente.

—¿Quién es?

—¿No la conoces? ¿No la has visto tú nunca?

—No; ni a la que va con ella.

—Está muy triste esa joven.

—No faltan nunca motivos para estarlo en la vida.

Separados de sus compañeros, entre los que se quedó Gilberto, el cual pretendía convencerles de que había ocurrido todo conforme había contado su hermano, marcharon como distraídamente tras de la joven. No era ninguna niña; pero tan delicado era su cuerpo, que parecía no haber cumplido los quince años.

Guillermo y su amigo hablaban de cosas indiferentes, cuando, de pronto, dijo aquél:

—Pues alguien la debe de conocer. Eso de las hadas está bien para las comedias, pero no para la vida.

—¿A quién?

—A ella, a esa niña. ¿No la ves?

—¡Ah! Ya no me acordaba.

Y siguieron hablando. A poco rato, añadió:

—¿Dónde estará?

—¿Quién?

—¡Ha desaparecido!

Después de una pausa, como cayendo en la cuenta, exclamó Ricardo:

—¿Todavía te acuerdas?...

Ya la noche se acercaba y fuéronse a sus casas los dos amigos. Guillermo iba pensando:

—¿Quién será? Yo lo tengo que saber... Y, ¿por qué estará triste? ¡Si yo pudiese alegrarla!... Si supiese hacer versos... Los poetas deben de alegrar a las mujeres con esas cosas tan hermosas que saben decir... ¡Hacer versos a sus ojos!... ¡Qué felicidad!...

Recordaba las inocentes sátiras que había compuesto algunas veces, e intentó versificar nuevamente.

Por la noche tomó una pluma, y con gran sorpresa suya escribió:

«Cansado de vagar el dios Cupido
en un bosque, llegó junto a una fuente;
a un lado colocó su antorcha ardiente,
se echó en el césped y quedó dormido.

Viendo una casta ninfa su descuido,
tiró al agua la antorcha refulgente;
pero en el acto, un manantial hirviente
brotó donde la antorcha había caído.

Dicen que el agua aquel cura mil males;
yo sólo sé que el dios renovó el fuego
de su antorcha en tus ojos celestiales,
y que el agua salud no me dió luego;
yo, como el dios, la luz casi apagada
de mi vida, renuevo en tu mirada.» (36).



XIII

Firme como el mármol fué la imaginación de Guillermo Shakespeare para conservar el retrato de la adorada joven. Al verla, el amor, el verdadero amor, ese que nace sin egoísmo, que todo lo daría por una hora de felicidad de la amada, había prendido en su corazón. Pero no le era posible ver la preciosa figura mas que en su fantasía: dos años habían transcurrido sin que volviese a encontrarla. ¡Si al menos supiese su nombre!...

Y cuando leía en los poemas homéricos la tierna despedida de Andrómaca, forjábese que la doliente dama era su ídolo; pero cuando hablaba de Elena pensaba que la hermosura de la griega era como la de su amada y que su amada debía de llamarse como la griega. Aquella jovencita era, en cuerpo, como la amante de París, y en el alma, como la esposa de Héctor. Nunca le pareció tan bello cuanto escribía Homero como entonces.

Con poca aplicación, pero con gran facilidad, había conseguido aprender el latín y el griego; había adquirido noticias no comunes en Historia y Bellas Letras, y hasta, casi furtivamente, manejaba cuestiones de Derecho. Con su prodigiosa memoria repetía discursos de los más celebrados orado-

res, y de vez en cuando mezclaba algo de su propia cosecha, imitando el estilo de los antiguos (37).

Todo amenazó perderse en un momento. No podía Guillermo quedar libre de la desequilibrada constitución de la época, y antes de lo que pudiese creer se encontró siendo verdadero participante de los hechos que ya había vislumbrado. A Simón Hunt iba a suceder Tomas Jenckins en el gobierno de la escuela (38), y aprovechando semejante coyuntura llamó Juan a su hijo para contarle secretos de tal índole, que solamente al reposado conocimiento que siempre había demostrado Guillermo era lícito confiar. Hízole entrar en aquella misma habitación en la que tuvo lugar la conversación que él sorprendió sobre las fiestas en el castillo de Roberto Dudley. Su padre cerró la puerta con misterio y empezó diciendo:

—¡Hijo mío! Bien a mi pesar, voy a darte un disgusto: el primero serio que en tu vida recibirás, y, por desgracia, no será el último, pues en los tiempos que corremos estamos más abocados a la desgracia que al favor.

—Ya lo sé—afirmó el futuro trágico, con seriedad tan grande, que resultaba un poco cómica dada la edad.

—No; no lo sabes bien. Tú habrás oído hablar de algo grave; pero lo más grave no lo has visto todavía. Aquí todos somos enemigos de todos, es decir, estamos rodeados de amigos y al verdadero no le conocemos, porque el que más lo parece es el que está trabajando nuestra ruina.

—Siendo amigos del fuerte, poco podrá contra nosotros el pequeño.

—Y ¿quién es el fuerte?

—La reina.

—Tú sabes quién es hoy la reina. ¿Puedes decir quién lo será mañana? ¿Qué derecho tiene Isabel a llamarse reina de Inglaterra?...

—Usted defiende a María Estuardo.

—Sí, hijo mío. Pero hablaré mejor diciendo que la defendería si pudiese. Estamos atados; estamos perseguidos... Lo que he de decirte, el disgusto que he de darte, es que estamos arruinados. ¿De dónde viene el golpe? No lo sé. Aquí se sabe que todo nace de Londres; mas cuando llega a uno mismo, la mano que lleva la maza está escondida, el rostro de quien te hiere se cubre con una máscara. Tú eres muy niño todavía y no puedes comprenderlo todo: tu obligación es callar. Ni defiendas a la reina, ni la ataques. Isabel tiene poderosos enemigos y es fácil que llegue el día de la venganza. Ella quiere engrandecer a Inglaterra, aunque para ello haya de cortar la cabeza a todos los ingleses; un inglés es nada, Inglaterra es todo, porque ella es la reina de Inglaterra. Siendo su nación la más poderosa, ella es la mayor majestad del mundo... Engrandece a su Estado porque así se engrandece ella... ¡Toda su virtud es un puro egoísmo!

—Y cuando caiga, ¿será la reina María Estuardo?

—Esa es la principal enemiga de Isabel; pero son muchos los enemigos. ¿Crees que el favorito Roberto Dudley no conspirará cuando pueda? El mal no es que ellos conspiran, es que a los tiranos los hacen los pueblos. El crimen necesita un criminal, y los crímenes de los reyes los cometen sus vasallos. Nosotros estamos arruinados; la orden de persecución viene de Londres; pero quien nos persigue está aquí, en el mismo Stratford, entre nosotros. ¡Quién sabe si ahora está en nuestra misma casa!

—¿Quién es?

—Si lo supiese... Lo que a ti importa es que no vas a poder ir ya a la escuela; te necesito. Es preciso trabajar. Como yo era de los principales, yo he sido de las primeras víctimas; todo me lo están robando para que claudique de mis creencias. ¡Hijo

mío, aunque te encuentres en la mayor miseria no reniegues de tu Dios ni de la justicia! Hoy parece que triunfa el crimen; pero su triunfo es efímero. ¿Sabes cómo murió el esposo de María Estuardo? Estaba durmiendo cuando voló su palacio por una explosión de pólvora que prepararon sus envidiosos rivales (39), y hasta se dice que antes de la explosión había ya sido ahorcado. Pues mira, ese crimen fué cometido para que él expiase otro: los mismos brazos de su esposa no pudieron evitar que fuese asesinado David Riccio por el mero hecho de haber aconsejado a su soberana con lealtad. La maldad de los hombres triunfa sólo aparentemente. Acuérdate bien de lo que te he dicho y aprende a vivir y a callar. Tú eres muy listo y ya te irás dando cuenta de todo. Mañana, a trabajar conmigo y a ser un hombre.

A ser un hombre, se repetía interiormente y se regodeaba ante la idea. Ser un hombre y comprender todas las malas artes de aquellos a quienes miraba con cierta admiración... Ser un hombre y descubrir quién perseguía a su padre. Es decir, poco trabajo tendría que hacer, pues cierto presentimiento se lo indicaba; pero calló, por ocultar el pecadillo de curiosidad que había cometido en otro tiempo; indudablemente, sería el malvado aquel que aconsejaba que no fuesen a Kenilworth.

Dos golpecitos dados en la puerta cortaron la conversación.

—¿Quién es?—preguntó Juan.

—Yo soy, mi buen amigo—contestó una voz muy conocida—. Abrió la puerta y entró Ricardo Hathaway, vecino del próximo lugar de Shotery y gran amigo de Juan; pero no era esto lo importante. Era lo más notable que tras él venían aquellos ojos, los mismos ojos azules, con la misma tristeza con que los vió hacía ya tiempo.

A ser un hombre, repitió otra vez interiormente, y miraba aquella cabellera negra junto a él.

¡Era posible! ¡En su propia casa! Cuando le acababan de decir: *A ser un hombre*.

—He sabido todo cuanto le ocurre a usted y yo soy agradecido. Hemos venido mi hija Anita y yo por si necesita usted de nosotros. No he querido venir solo porque, como estoy tan achacoso, siempre me acompaña alguno de mis hijos, como usted sabe muy bien.

—Sí, amigo mío. Agradezco tanta bondad, la cual, precisamente, me mueve a suplicaros que no os preocupéis de mí. Ya sabéis que cuando se señala a un árbol por maldito, queda maldito cuanto se cobija bajo su sombra.

—¿Qué importa? Yo iba a hundirme y usted me ayudó a salir de mi apuro (40); si por usted me hundo ahora, habremos ganado unos años.

—Yo no puedo admitir ese sacrificio. Gracias; se debe usted todo a sus hijos.

—Yo lo debo todo a quien favorece a mi padre—afirmó la joven.

¡Con qué dulzura y convencimiento lo dijo! Era un ángel.

—Todo está pagado con creces al darme este consuelo. La verdadera amistad llega siempre en los peores momentos a ser lenitivo en las penas.

Siguieron hablando Juan y Ricardo, y Guillermo se atrevió a preguntar:

—¿Conque se llama usted Anita?

—Ese es mi nombre.

—Ese es el de una hermana mía.

—Ya lo sé. Los conozco a todos ustedes; me habla mucho mi padre de tan buenos amigos. ¿Usted será Guillermo?

—Ese soy. ¿Y cómo no ha venido usted antes por aquí?

—Sí; ya he estado algunas veces.

—No la he visto.

—Era la hora de estar en la escuela...

¡Cómo le mortificó aquella frase!... ¡Le llamaba

chiquillo en tan delicada forma! Pero no se inmutó por ello, y replicó:

—Ya he dejado de ir; voy a trabajar con mi padre...; le ayudaré en todo cuanto pueda.

—Sí, ayúdele y quíerale mucho, pues es muy bueno y sufre.

—También usted debe sufrir... Tiene usted un sello de tristeza...

—No es extraño.

Y calló como diciendo: ¿Si querrá este muchacho que le cuente mis secretos?

Hubo una pausa. Al poco rato dijo Guillermo:

—Ahora nos veremos más.

—Es fácil.

—Lo que yo deseo es que cuando usted no me vea me recuerde con tanta alegría como la recuerdo yo a usted.

Los ojos azules le miraron. ¿Con indiferencia, con curiosidad, con ese cariño inconsciente con que se mira al principio a quien luego se ha de amar?... ¿Quién sabe? Lo único cierto es que le miraron, y aquella voz dulcísima preguntó:

—Pero, ¿me recuerda usted? ¿Cuándo me ha visto?

—Desde la escuela—contestó Guillermo con un poco de humorismo—. La he visto pasar alguna vez por la calle.

—¿Y por qué se fijó usted en mí?

—Porque vi sus ojos.

¿A qué mujer no le gusta que un hombre le haga semejante confesión, aun cuando se la haga desde las aulas de la primera enseñanza? Guillermo la seguía mirando, y Anita sonreía...



XIV

Empezó a sonar para ellos la tierna melodía del amor. Sí, se encontraban muchas veces. Guillermo tenía que pasar por la casa de su amada con frecuencia; se multiplicaban, por rara casualidad, los asuntos por los que debía hacer consultas, o simplemente se presentaban infinidad de casos que le obligaban a pasar muy cerca de la mansión querida, y, ¡claro es!, no iba a dejar de saludar a tan buenos amigos.

Y cuando estaba en casa, no quería mas que tener motivo para llamar a su hermana.

—¡Anita! ¡Anita!

Qué cariño tan grande le tomó y con qué dulzura la llamaba.

—¡Anita! ¡Anita!

Cuando no tenía causa justificada, siempre encontraba una frase ocurrente para salirse con la suya, y todo en el mundo era su Ana, y empezaba a ser él también el mundo entero para la joven. Los ojos azules ya no le miraban con tristeza; ya había conseguido él borrar todo el dolor... ¡Y cuán hermosos eran mirando con cariño! ¡Y qué suave era su voz en aquellas rápidas frases de despedida que se cruzaban!

No era la timidez patrimonio de Guillermo. Una tarde pasó a ver a su amada, y al marcharse le dijo:

—A la noche vendré a verte.

—No, pueden sorprendernos.

—Yo tengo que salir de casa, venir, regresar a Stratford y entrar sin que me adviertan; más difícil es mi empresa que la tuya. Y por ti la voy a llevar a cabo.

No fué posible resistir. Por la noche estaba hablando con su amada; al día siguiente trabajó como en los ordinarios, sin que nadie pudiese darse cuenta de su arriesgada visita. Y ya, aprendido el camino, fácilmente se renovó la aventura. La delicada Anita (41) le recibía cada vez con más amor: en sus nocturnas citas iban tomando vida los idilios que más tarde había de aplaudir la posteridad al verlos en la escena.

Era su vivir tan dulce que llegaron a olvidar el volcán sobre que ponían sus pies; pero los hechos vinieron a recordárselo.

—¡Anita, Anita!—llamó un día Guillermo en su casa, como muchas veces.

—Está enferma—le contestó su madre.

Al día siguiente la casa estaba en conmoción; la pobre niña se agravaba por momentos. María Arden lloraba... ¡No había llegado aún la hora en que pudiese brillar con claridad el sol de sus ojos! ¡Madre atribulada, junto al lecho del dolor, prodigando sus solícitos cuidados, pretendía defender la existencia de su hija; pero la carita de rosa se iba convirtiendo en pálido rostro; los labios de carmín semejaban de luciente cera; los ojillos de luz se tornaban desquiciadas sombras! ¡Débil cuerpo que exánime recibía inconscientemente todas las pruebas de cariño; mísera criatura que había caído herida de muerte: a esto quedaba reducido aquel objeto de amor!... La grácil cabecita se doblaba como la espiga con el peso del pajarillo

que sobre ella se posa: la muerte de los niños parece que llega con vuelo de golondrina. Es un hada la que nos arrebatara esos inocentes seres para llevarlos a un eterno jardín, en donde gocen eternamente de sus juegos.

Anita expiró en una mañana de Abril (42). Su cuerpecito quedó rígido; su carita, con la expresión del inocente que duerme.

Guillermo la miraba con espanto, y pensaba:

—Pero, ¿es posible? ¿Así se pierde una vida?

Y en su loco sufrimiento sentía como si una voz fatídica pronunciase a su oído el adorado nombre. ¡Ay! Como había muerto su hermana podía morir su amante...

Aquellos rubios cabellos se convertían en la negra cabellera de su amor; aquellos cerrados párpados parecían abrirse para mostrarle en las órbitas unos ojos azules... No, no; no era aquel cadáver el de su ilusión; allí llegaba... llena de vida estaba, y llena de sincera pena. Anita Hathaway fué a visitar a la dolorida familia con su padre.

Toda la casa era una desolación; mas ¿qué dolor podía compararse al de María Arden? Las madres que sufren diríase que son ángeles que entran en el infierno.

Un húmedo viento primaveral movía las hojas de los árboles y producía un rumor que sonaba a elegía de la Naturaleza, compuesta para llorar la desgracia de una nueva flor que se tronchaba cuando estaba todavía esperando el beso del alba.

Y llegó la hora fatal. La fúnebre comitiva era el último acto de los hombres en que iba a tomar parte la pobre niña. Ya la tomaban en brazos... ya partían silenciosos... ¡El alma se rompía!... Sólo quedaban los gritos de la madre, el callado sufrir del padre y los recuerdos que de su paso por la tierra dejaba la que ya no volvería nunca más.

Guillermo fué hasta el cementerio; allí dejó a

su hermana, y allí pensó por primera vez: *ser o no ser... éste es el problema.*

Cuando regresó a su casa oyó que su padre hablaba con aquel hombre... La voz áspera de mística inflexión hirió sus oídos nuevamente:

—Amigo mío—decía—, comprendo su dolor; al llegar a Charlecote me dieron la noticia y me he apresurado a venir a consolarle. Lo que he sufrido yo me hace adivinar su congoja. No se desanime usted. Ya sé que no ha podido usted pagar las contribuciones...; pero nuestro triunfo está próximo. Acabo de venir de Londres y lo sé todo. Ahora le perseguirán a usted... ¡Que aprieten cuanto quieran! ¡Ya nos llegará la hora!

—¡Pobre de mí! No sé por qué ha desatado Dios su saña contra mi casa... Crea usted que no merezco tanto daño.

—Ya lo sé, amigo mío. En lo que de mí dependa ya procuraré favorecerle. En confianza...

Dijo tan silenciosamente lo que siguió, que Guillermo no pudo oír nada. Su padre replicó:

—La conciencia es lo último que deben perder los hombres; aun después de la vida.

«Ese, ése es nuestro castigo; ése es nuestro perseguidor», decía para sí Guillermo, y cuando se marchó preguntó a su padre:

—¿Quién es ése?—Y Juan le respondió:

—Sir Tomás Lucy.



xv

«Bien vengas mal, si vienes solo», dice el refrán, porque la sabiduría popular ha visto comprobado que los dolores se encadenan como cerezas.

Grave disgusto tuvo Guillermo cuando una tarde le anunció su amigo Ricardo que iba a marcharse a Londres, con el fin de entrar en una imprenta. Ya había cumplido quince años y su padre le enviaba para que hiciese fortuna. Todo se reunía como queriendo trocar su jovial carácter en dura misantropía. Despidióse de su camarada con dolor y, sin embargo, no desapareció de su rostro la sonrisa.

El nacimiento de Edmundo no alegró la casa en un ápice; eran días demasiado aciagos aquéllos en que vino a este pícaro valle de lágrimas (43). Los ahogos económicos eran cada vez mayores. En el otoño de aquel año de 1580 hubo necesidad de hipotecar una de las fincas que en mayor estima tenían todos, por ser parte de la dote de María Arden: la de Asbies. Los negocios no se hacían, y cuando se intentaba alguno siempre había una sorpresa que lo llevaba al descalabro. La mano oculta aparecía siempre dando el golpe en la ocasión más oportuna.

—No se fíe usted de sir Tomás Lucy—se atrevió a decir un día Guillermo a su padre.

—Es un excelente caballero—replicó éste—, y se encuentra tan perseguido como nosotros.

—¿Lo cree usted así? Yo todavía no le he visto sufrir un contratiempo.

—No seas malicioso; sir Tomás Lucy es un hombre cabal.

—Precisamente por eso puede encargársele mejor una misión secreta.

—¿Y qué secreta misión puede tener contra mí?

—No es preciso que la tenga para nosotros; puede tenerla en el condado. No somos nosotros solos los que estamos perseguidos; y los que sufren son católicos.

—También él lo es.

—O finge serlo. No se fíe usted.

Algo receloso estaba también Juan Shakespeare, pues no era lerdo para dejarse engañar fácilmente, y los consejos que Lucy le había dado a veces de que no exteriorizase sus ideas católicas no eran indicios muy claros de sinceridad. Pero no confiando por completo en la discreción de Guillermo, pues al fin y a la postre apenas contaba diez y seis años, disimuló delante de su hijo, temeroso de que pudiera cometer alguna imprudencia. El muchacho tenía un claro juicio; pero también, de vez en cuando, era dado a resoluciones repentinas que había necesidad de prevenir.

Más duro golpe hubo de sufrir al poco tiempo. Los achaques de Ricardo Hathaway acabaron arrebatándole la vida; las tornas se cambiaron, y fué él quien tuvo que consolar a su amada, como ella le había consolado a él en la muerte de su hermanita.

Bien demostró no ser un espíritu pusilámene, pues nada de todo ello le amilanaba; antes bien, parecía que cada nueva pena era un éxito de su alma conseguido sobre las duras pruebas del vi-

vir. Pasaba por su mente un velo de melancolía, y su valeroso corazón lo destrozaba al punto poniendo la esperanza donde la realidad puso miseria; no la esperanza loca, sino la fe del varón fuerte, el cual, antes de sufrir el dolor, busca el medio de destruirlo o aminorarlo al menos.

Por eso, apenas las sombras de la noche rodearon la tierra, salió de su casa como cazador furtivo y fué en busca de Anita. La joven le recibió con los ojos arrasados en lágrimas; la luna asomó curiosamente entre las nubes para alumbrar a la amorosa pareja.

—No llores; yo tengo vida, y el mundo entero ha de rendirse ante ti para prestarte la dicha que en él haya. Un minuto de felicidad que exista sabré conquistarlo para que tú lo goces.

—¡Pobre de mí! Las horas de amargura se hicieron para mi alma.

—Por lo que te busqué yo, para destruirlas todas y regalarte las de ventura que para mí se hicieron...

La plática siguió dulce y apasionada; las horas transcurrieron sin sentirse; el Oriente llenábase de luz...

—Vete, vete; nos van a sorprender.

—¡Qué importa! Si has de ser mía, si yo he de borrar tu pena haciéndote vestir el traje de desposada; si has de venir a reír entre mis brazos para que no puedas llorar aquí sola tu desgracia. En vez de ocultarte en la sima del sufrir, he de llevarte yo a lo más alto del monte para que allí veas acariciar tu frente los más hermosos rayos del sol.

—¡Bueno! Pero, vete; ya la última estrella pierde su luz.

—Y ya mi cariño va llenando el mundo entero. Tranquilizando a su amada pasáronse unos minutos más... Al fin la dejó. El sol anunciaba ya su

aparición. Era una hermosa aurora primaveral. El cielo estaba verdaderamente despejado...

Sereno como el día llegó Guillermo a casa. Su padre había notado su falta.

—¿De dónde vienes?

No mintió.

—¿Estás loco?—dijo su padre—. ¡Si Anita Hathaway tiene seis años más que tú!

—Y ¿qué importa? Yo no quiero sus años, yo quiero su felicidad.

La escena fué tomando caracteres violentos. La joven era buena, demasiado buena; pero la locura era de las mayores del mundo. Mientras Juan Shakespeare viviese no cometería su hijo tontería semejante. El creía con eso hacer la felicidad de la muchacha y lo que iba a conseguir es la desgracia de todos. Guillermo calló.

No fueron pocas las lágrimas que Ana derramó cuando su amante tuvo ocasión de contarle la actitud de sus padres, porque María Arden, aunque con dulzura, le dijo poco más o menos lo mismo que su progenitor. Tenían razón, era una locura; debían darse cuenta de ello desde aquel momento.

.....

Fulk Sandells y John Richardson, ricos labradores de Warwick, el 28 de Noviembre de 1582 establecieron una fianza de 40 libras, asegurando que Guillermo Shakespeare y Ana Hathaway contraerían matrimonio legalmente dentro de breve plazo. A todas las negativas de la joven contestó Guillermo con más amor; a todas las palabras de sus padres procuró responder con respeto y firmeza. No se amilanó ante las amenazas, y en el mes de Agosto, puesto en combinación con Sandells y Richardson, dos excelentes amigos del difunto Ricardo Hathaway, contrajo matrimonio secreto ante testigos. Después presentáronse éstos al obispo de Worcester para que se verificase la boda con todas las formalidades de rigor.

Era tan buena Anita, había unido a Juan y Ricardo tan estrecha amistad, que fácilmente perdonaron a Guillermo sus padres.

Y como aun en las más melancólicas regiones luce alguna vez la más pujante luz del día, hubo también un rayo de consuelo en aquella casa, en donde parecía que no podría verse ya más que tristeza; Guillermo estaba fuera de sí de contento, María Arden reventaba de gozo, y hasta Juan Shakespeare sonreía con deleite.

Los ojos azules estaban alegres. Era el mes de Mayo... Anita Hathaway acariciaba con la más grande de las ilusiones a su primera hija (44).



XVI

—Ponedle una Biblia en la cuna—decía una oficiosa amiga—; no la hechice algún hada.

—Tienen mucho que hacer para acordarse de mi hija—contestaba Guillermo—, y si se acuerdan se encontrarán conmigo.

Fué una verdadera caricia del cielo el nacimiento de la niña. Los abuelos la recibieron con los brazos abiertos; sus padres, con el embeleso propio del primer hijo, y los hermanos de Shakespeare como un regalo precioso. Todos se disputaban el alegrar a Susana (45).

Hasta las desgracias económicas parecieron haber tocado a su fin. Era aquel el mejor de los mundos.

Pronto el joven matrimonio aumentó su descendencia: el 2 de Febrero de 1585 bautizaban a dos gemelos; al niño le pusieron el nombre de Hamnet y a la niña el de Judit.

Al salir de la iglesia, después de la ceremonia, encontráronse con sir Tomás Lucy que estaba paseando por la orilla del río.

—Si creyese en agujeros, diría que un mal muy grande nos amenazaba—exclamó el joven padre—. Ya hacía tiempo que no venía por aquí ese hombre.

Pero así quedó todo; el grave mal anunciado no llegaba. Al contrario; poco tiempo después tuvo noticias Guillermo de que las compañías de la Reina y del conde de Leicester (46) iban a pasar por Stratford; ofrecíasele nueva coyuntura para disfrutar de su diversión favorita. Su gozo fué inmenso; vería la función con su querida esposa.

Llegó el día de la fiesta. ¡Cuán diferentes resultaban los cómicos aquéllos de los que vió en su niñez! ¡Cómo seguía paso a paso la representación!

Era un hombre, mejor dicho, un sabio. Quería averiguarlo todo, quería poseer el libro maldito de los sortilegios. Un ángel bueno le aconsejaba que lo arrojase lejos de sí; el ángel malo le incitaba a proseguir el estudio en el libro del error. Y él, enamorado de la idea de hacer que los espíritus le llevasen cuanto deseara, mandó llamar a dos amigos que conocían las artes mágicas para practicarlas juntos. Trazando círculos y pronunciando las palabras misteriosas que en el libro leía, consiguió que apareciese Mefistófilis... ¡Pobre sabio! El diablo le exigía su alma para obedecerle, y él exclamaba: «Aunque poseyera más almas que luceros hay, las daría todas por ti.» En vano el ángel bueno le aconsejaba; todo cuanto él decía era destruído por el ángel malo.

Guillermo contemplaba el efecto que en el público hacía la aparición de los misteriosos ángeles, y sonreía ante la mirada de estupor que descubría en todos los semblantes. Aquel pueblo era el que ponía la Biblia en las cunas de los niños para evitar que duendes y tragos pudieran ejercer su influjo; aquel pueblo era altamente supersticioso y temblaba al ver en la escena los seres sobrenaturales. Sin saber por qué, más que en el tablado, tenía fija su atención en los espectadores, aunque sin perder un solo accidente de la obra.

Fausto, el sabio, entregaba á Mefistófilis una

cédula por la que le hacía dueño de su alma, y para escribirla utilizaba su propia sangre. Un escalofrío de terror estremeció al público entero cuando al terminar de escribir el contrato gritó Fausto: «*Homo fuge*, ¿adónde ir? ¿Por qué aparece esta inscripción en mi brazo? Mis sentidos se engañan; no hay escrito nada. Pero, sí; si está escrito: *Homo fuge*... ¡No! ¡Fausto no huye!» Y pedía al diablo una mujer; y Mefistófilis le traía a un demonio con traje femenino y arrojando llamas... ¡Infeliz!... Cada vez hacía menos caso del ángel bueno... Se condenaba...

Alguna cómica escena servía para aligerar a las almas de aquel horrible peso que sentían; y apenas habían conseguido distraerse un poco, volvía el ambiente de tragedia a estrangular el corazón. Tragedia primitiva, con un poco de monotonía, con su tanto de inocencia en la forma; pero con tal grandeza en el fondo y con tal preciosidad en ciertos detalles, que subyugaba, enternecía, dominaba.

Y al fin un anciano aparecía queriendo llevar el arrepentimiento al alma pecadora; pero ella succumbía a la tentación de Mefistófilis. Con una infernal sonrisa le mostraba un puñal el diablejo. El plazo señalado en el contrato iba a expirar... Y Fausto, en vez de volverse a Dios, pedía misericordia a Lucifer. Y se desesperaba y gemía: «Quiero precipitarme al fondo de la tierra»; y cuando se acordó del Omnipotente fué para gritar: «¿No has de tener compasión de mi alma, ni por el amor de Cristo, cuya sangre me rescató? Viva Fausto en el infierno mil años; pero que se salve al fin. ¿Por qué es inmortal mi alma? Si fuera cierta la metempsícosis yo me convertiría en un bruto y sería dichoso. ¡Malditos padres los que me engendraron! ¡Maldito sea yo mismo! ¡Maldito Lucifer que me ha privado de la gloria! ¡Quemaré mis libros! ¡Mefistófilis! ¡Socorro!...»

¡Ah! Los diablos, los fieros diablos le hacían pedazos y se le llevaban. El coro rogaba piedad por el que se había condenado (47).

—¿Quién habrá escrito esto?—decía—. He ahí un hombre de talento.

—Pues lo ha escrito Cristóbal Marlowe—contestó una voz muy conocida detrás de Guillermo—. Es un joven que está en Londres, y en verdad que le hace usted justicia al reconocerle como un genio.

Era sir Tomás Lucy quien hablaba.

—Me gustaría conocerle—replicó Shakespeare, disimulando el poco gusto que tenía de trabar conversación con tal personaje.

—Pues cuando vaya usted a Londres, métase en la última de las tabernas que encuentre y allí le verá usted piropeando a las más rústicas criadas.

—¿Es posible?

—Y tan cierto como que nos estamos viendo.

Salieron de la *Guildshall* en donde se había improvisado el teatro, y Lucy preguntó:

—Y su padre, ¿por qué no ha venido a ver la función?

—Se ha quedado en casa.

—Ha hecho mal. Como muchas cosas que se empeña en no hacerlas como debiera.

—Espera que usted le enseñe—replicó Guillermo un tanto amoscado.

—Bien pudiera, aunque a usted le extrañe.

—No me extraña. Ya he comprendido que sabe usted mucho.

—Más de lo que parece—añadió riendo el misterioso interlocutor—. Quizás algún día, y no muy lejano, se convenza usted y me hable con tonos más moderados.

Y se despidió. Guillermo pasó por delante de la *Grammar school*, la escuela en donde había aprendido las primeras letras, y miró con un poco de angustia la cerrada puerta.

¿Fué porque se enfadó por las palabras de Guillermo y era él verdaderamente la sombra que les perseguía? ¿Fué pura casualidad que coincidiesen los hechos? Lo cierto es que a los pocos días Juan Shakespeare se encontró con una orden de arresto. Su hijo protestaba; si habían de perseguir a alguien que fuese a él; ninguna culpa tenía su padre. Cuando consiguió que le pusiesen en libertad pensó en los medios de conjurar los peligros; pero no se hizo esperar el segundo arresto. En el mes de Septiembre recibió otra nueva prueba de persecución: Juan se encontró privado del cargo de alderman. Y cuando Guillermo estaba más indignado contra tales atropellos y pensaba en hallar una radical solución, se encontró con una sorpresa altamente desagradable. Su padre le llamó y dijo:

—Es necesario que veas la manera de salvarte. También a ti te va a tocar el turno. Estás hablando demasiado. Es preciso que aprendas a vivir. Esas violencias repentinas que tienes a veces te van a ocasionar muchos disgustos. No creas que me persiguen sin fundamento, aunque sea falso en su mayor parte lo que de mí sospechan. Quizás no tardes en conocer graves sucesos. Pero es absolutamente preciso que veas la manera de salvarte. La ruina nos amenaza a todos.

El efecto que produjeron en su ánimo semejantes palabras fué el que le producían todos los contratiempos: reanimarle. Afortunadamente para la humanidad, aquellas resoluciones repentinas le proporcionarían a él muchos disgustos; pero al mundo proporcionan un genio. Era el año 1586.

Por la noche dijo a su esposa:

—Me voy a Londres. Aquí hay un peligro, una amenaza continua, y todo nace de allá. Aquí nos arruinan... ¿Quién sabe si está allí nuestra rehabilitación?

—¿Y qué vas a hacer en Londres?—dijo Ana llena de angustia.

—No lo sé. Buscaré a Ricardo Field; siempre ha sido buen amigo y él me orientará. Es preciso.

—Y ¿cuándo te irás?

—Ahora mismo.

—¡Ahora!

—Sí, calla; mañana es fácil que sea tarde. Ocu-
rre algo grave. Es menester que seas fuerte y que
tengas confianza en mí.

—Eterna.

—Contigo quedan estos niños. No te digo que
seas madre solícita; sabes serlo. Cuando mañana
veas a mi madre, dale este beso. Volveré pronto.
Te llevaré a Londres. Seremos felices.

—Dios te oiga.

—Sin duda. No tengo más delito de que acusar-
me que el de quererte con locura, idolatrar a mis
hijos y adorar a mis padres. El que tales pecados
comete en la tierra debe ser feliz, y para que yo
lo sea necesito que lo seas tú. Por eso espero que
algún día nos veremos juntos. Tengamos esa es-
peranza.

Y dando un beso a los pequeños que dormían
y abrazando a su esposa, se marchó.

Ana Hathaway se arrodilló ante una Virgen y
pasó la noche rezando (48).

SEGUNDA PARTE

HORAS DE PRIMAVERA

It was the lark, the herald of the morn,
No nightingale.

Romeo and Juliet- Act. III.



I

Con la serenidad del inocente y con el misterio del que escapa del peligro, salió Guillermo de Stratford, pasó el hermoso puente que franqueaba el río (49) y tras penosa marcha dejó a sus espaldas a Banbury, y después de unas 96 millas de marcha llegó a las riberas del Támesis.

Encontró a su amigo de la infancia, y fué recibido por él con grandes muestras de afecto. Ricardo le reconvino ligeramente por su precipitación... Pero ya estaba allí y era preciso salir del atolladero lo mejor posible. ¿Proyectos?... ¡Si pensaba que él se los diese! El diálogo que sostuvieron merecía estar grabado con letras de oro en la historia:

—En mala época estamos. Se ha descubierto una gran conjuración en favor de María Estuardo y las sospechas son grandes. Se habla de que van a juzgar a la reina de Escocia.

—¿Es posible? ¿A una dama como ella se la va a someter a un Tribunal ordinario?

—¡Oh! La cosa no está para ir con paliativos. El día 20 fué ejecutado Babington, el alma de la conjura, y cinco de sus compañeros. Parece que se han llevado a María desde Charthley al castillo de Fotheringay, en el condado de Northampton.

—Pienso que mi padre debía de saber algo; por eso me habló con tal premura.

—Debe, pues, andar con cuidado.

—No creo que tenga culpa alguna. Yo me atrevería a afirmar su completa inocencia. Lo probable es que haya recibido noticias, y como la sospecha es tan fácil de suscitarse... Creo que su peligro pasó y que empezaba el mío. Yo hablaba con verdadera ignorancia; pero a veces la ignorancia misma hace que uno se condene inconscientemente; sin duda alguna he cometido alguna imprudencia, y este tunante de Lucy me la cogió al vuelo. Nunca he creído que era buena persona.

—La misión que le han encargado le obligaba a todo.

—Es verdad; pero debía haber tenido talento suficiente para comprender que yo no había intentado nada contra la Reina.

—Aquí lo importante es fijar tu situación. Estarás conmigo cuanto tiempo necesites; pero has de comprender que yo no he conseguido vencer todas las dificultades de la vida. Tengo grandes esperanzas; no puedo quejarme... Pero ¿quieres que te diga lo que pienso?

—Completamente.

—Tú tienes una viva imaginación, y, sobre todo, posees el don de deleitar... Recuerdo que hacías versos que me gustaban mucho. ¿Por qué no escribes? Yo procuraría que se impriese lo que hicieras... y si consigues el apoyo de algún noble...

—¿Quién me va a proteger?

—¡Oh! Eso se alcanza relativamente pronto. Ya verás. Lo importante es tener talento, y tú lo tienes. Aquí hay tanta afición a medrar como a las letras. Creo que debieras escribir un poema y dedicarlo a alguno de los magnates de la corte.

—Yo escribiría para el teatro.

—Me alegro. Eso es más factible todavía; ahora no están aquí las compañías; pero en cuanto

lleguen yo haré que conozcas a Ricardo Burbage, un gran trágico, y él te orientará. Sin embargo, no estará de más que escribas lo que te he dicho; se publicará; lo publicaré yo mismo.

—Y ¿sobre qué he de escribir?

—Tú conoces bien a los griegos. Busca un asunto; gustan mucho.

—Un asunto clásico...

—Cuando te oía contar cuentos en Stratford siempre pensaba en que debías escribirlos; y algunas veces, estando componiendo, se me figuraba que era tuyo el original y trabajaba con mayor gusto.

—Pronto tendrás en las cajas original mío: ya tengo asunto. Escribiré un poema sobre la diosa Venus.

—Es un tema bonito: a ver cómo lo desarrollas.

Y así empezó a pensar en las letras el gran Guillermo (50).



II

Una trágica historia tocaba a su fin. A consecuencia de la conjuración de Babington se reunió el Tribunal para juzgar a María Estuardo. El mes de Octubre fué verdaderamente emocionante. El día 12 empezaron las sesiones en Fotheringay; el 25 se firmó la sentencia, el 29 se reunió el Parlamento para confirmarla: el cadalso iba a levantarse sobre la base de las declaraciones de los secretarios de María, el francés Nau y el escocés Curle, y formado por la rivalidad perenne entre la desgraciada víctima y la verdadera Reina. Isabel y María eran ya incompatibles.

El 22 de Noviembre presentáronse ante la hermosa María los lores Buckurts y Beale con la penosa misión de notificarle la sentencia de muerte; la Reina no se inmutó al oírla. Sin embargo, no se iban a precipitar los acontecimientos: la agonía fué lenta, las vacilaciones de Isabel, grandes. Era una tormenta demasiado horrible para que se desatase en un momento (51).

En aquella cabeza, en la que se fraguaban los destinos de Inglaterra, ocupaba aquel problema un lugar eminente. Los soberanos de Europa intervenían en favor de la Reina de Escocia; el 27 de Noviembre llegaba a la corte inglesa M. Pomponne

de Belliévre, enviado por Enrique III, y era recibido en Richemond...; pero todo era inútil.

El 6 de Diciembre se hacía pública la sentencia en Londres, y fué recibida con grandes muestras de júbilo: encendiéronse hogueras y echáronse al vuelo las campanas durante todo el día. ¡Pobre víctima!

Su propio hijo, Jacobo VI, Rey de Escocia, en quien ella había abdicado, hizo débiles trabajos para salvarla; mas también fracasó. En Enero, ayudando los trabajos del Rey de Francia, fueron a Inglaterra los embajadores escoceses: el conde de Marr, Roberto Melvil y Keith.

Y llegaron los horribles días de 1587.

El 7 de Enero se descubrió una conspiración que tenía por objeto asesinar a la Reina Isabel. Los hechos se complicaban.

Se ahoga el alma siguiendo paso a paso todos los acontecimientos. Los buenos oficios de los embajadores semejan sombras que despertaban el temor de Isabel induciéndola al cumplimiento de la sentencia; las instigaciones de sus ministros para que la precipitase le parecían voces que le atraían a un abismo sin fondo y huía de ellos con terror... Sin embargo, la suerte de María estaba señalada: un fatalismo cruel se cernía sobre ella.

Paulet, su guardián, se había apresurado a quitar el dosel de la habitación en que estaba encerrada, desde el momento en que la sentencia de muerte había sido comunicada a la desdichada Reina de Escocia, y no volvió a ver ésta en su trato las consideraciones debidas a su jerarquía... Entre tales desprecios llegó Febrero.

El día primero de aquel fatídico mes firmó Isabel la sentencia, y ordenó a Davison que hiciese poner el sello de la Cancillería. El secretario de Estado no tardó en cumplir la orden. Al punto salió Beale, secretario del Consejo, hacia Fotheringay con objeto de tomar las medidas convenientes. Por fin, el 7 de Febrero entraron los condes de

Shrewsbury y Kent juntamente con el sheriff Andrews en la habitación de la víctima:

—Señora—dijeron—es preciso que os preparéis a morir. Mañana, a las ocho, ha de verificarse la sentencia.

—No esperaba que la Reina consintiese en mi muerte—contestó la pobre serenamente—. Supuesto que tal es su voluntad, bendigo el momento en que van a terminar las desgracias de mi vida; el alma, bastante débil para no sostener al cuerpo contra los horrores de este último trance, no es, en mi dictamen, digna de llegar a la morada de la bienaventuranza.

Y pidió que la acompañasen algunos criados de su casa, y sobre todo su confesor. Le fué negado esto último y se le propuso que la acompañaría el doctor Fletcher, deán de Petersborow. Ella decidió no escuchar al doctor.

Cuando quedó sola mandó apresurar la cena. Después hizo su testamento, bebió por la salud de sus criados, pidióles perdón, les consoló, y se dedicó a rezar.

Al amanecer vistióse con un traje de seda, diciendo que aquel día era demasiado memorable para ir pobremente ataviada, y se encaminó al caldoso.

Se arrodilló; presentó el cuello para que la hiriese el hacha del verdugo, y comenzó a rogar: *In manus tuas Domine commendo spiritum meum...* (52).

Se oyó un golpe seco. La cabeza fué herida torpemente. La infeliz no lanzó el menor gemido; los ojos se vidriaron... Un nuevo golpe dado por el verdugo separó la cabeza del tronco... Los labios de rosa que habían pronunciado tantas palabras de ternura, quedaron entreabiertos como pretendiendo acabar una oración...

Henry Talbot, hijo del conde de Shrewsbury, partió inmediatamente para decir a la Reina Isabel que todo había terminado.



III

Con verdadero terror llegó Ricardo Field a su casa.

—¡Ha sido ejecutada María Estuardo!—dijo a Guillermo.

—¡Se fué para siempre! ¡La rueda de la fortuna dió la vuelta completa!—contestó su amigo—. ¿Y la Reina ha podido consentir?...

—Dicen que al darle la noticia exclamó: Ese Davison me ha hecho traición; yo le di la sentencia para que esperase mis órdenes. Porque parece ser que Isabel había firmado la sentencia hace unos días y la había entregado secretamente a Davison.

—¡Dios salve a la Reina!—sentenció Guillermo (53).

Y tras una pausa añadió Ricardo:

—Pero todo no son malas noticias. Has de saber que la formación de la sociedad de que voy a formar parte es un hecho; así que ahora podré mejor todavía imprimir lo que hagas. Anímate.

—Ya voy haciendo algo.

—Además, ya está en Londres Ricardo Burbage. Hemos de ir a verle; es muy amable, aunque a veces parezca muy terrible en escena.

Efectivamente, Ricardo Burbage era el primer

actor trágico de su tiempo; pero visto familiarmente, su rostro sereno, de ancha frente, penetrante mirada, largos cabellos peinados hacia atrás y ligera sonrisa, predisponía a la confianza.

Shakespeare le visitó con su amigo; el recibimiento fué afectuoso: la vida de Guillermo iba a encauzarse definitivamente.

—Tiene usted buena presencia, hermosa y potente voz, ademanes distinguidos... Creo que haría un buen actor.

—Le gusta escribir—interrumpió Field.

—Mejor. Desde luego yo le tomo por mío; seremos buenos camaradas si no me engaño. Iremos probando poco a poco esas fuerzas; pero tengo para mí que llegaremos muy lejos. Le haremos salir a escena sin compromiso, y le daremos algún drama antiguo para que lo arregle... Y veremos.

Diciendo esto, se levantó, y buscando entre varios libros y papeles, sacó un tomito que puso en las manos del principiante.

—Me interesa tener esto pronto. Ya sabe usted lo que ahora se necesita. Ya habrá visto cómo trabajan Marlowe, Greene, Peele... Y mañana le quiero ver en el teatro...

Despidiéronse con simpatía, y ya en la calle encamináronse los dos amigos hacia Blackfriars, en donde se iban a instalar las oficinas de la Sociedad editorial de que era miembro Ricardo Field. Al pasar por Ludgate, Guillermo se detuvo y señalando a la iglesia de San Pablo dijo:

—En lo más alto de ese dombo quisiera yo ver puestas mis obras.

—Ahora empiezas—contestó su amigo—, y me parece que principias con buen pie. Todavía tendremos que dar las gracias a la torpeza de Lucy, pues te ha obligado a venir al buen camino.

Y como se anunció, así fué. Guillermo Shakespeare empezó traspuntando unas obras, desempeñando cortos papeles y arreglando tragedias

clásicas. Sus amistades entre los cómicos crecían en número e intensidad. En *El Teatro* conoció a Joan Heminge, a Enrique Condell y a otros muchos actores; y también pudo conocer al gran Marlowe. ¡Qué tristeza le dió ver a un hombre que escribía tan grandes obras hecho un verdadero perdido! Alguna vez llegó al teatro en un completo estado de embriaguez. Y ¡de aquel degenerado joven nacían las hermosas páginas de *El Judío de Malta*, de *Eduardo II*, de *Tamerlán!*... Cristóbal Marlowe olía siempre a la más encanallada taberna.

Y a la par que aquellos trabajos, iba componiendo su poema, que ya tenía título: *Venus y Adonis*, y algún que otro soneto.

La nostalgia del amor de su esposa le inspiró un día el siguiente:

«Porque aliada a los hombres la fortuna
con tan duro rigor me ha maltratado,
mi voz se queja de mi triste estado
y al sordo cielo a gritos importuna;

Reviso mis miserias una a una
y me desprecio al verme tan menguado;
envidio a éste su arte, a aquél su osado
ademán, a uno su rostro, a otro su cuna.

Mas pienso en ti, y mi alma se levanta
como la alondra que al rayar el día
a las puertas del cielo alegre canta;

Tu amor me hace feliz, y no daría
mi dicha por ninguna, ni siquiera
al Rey si su corona me ofreciera.» (54)

Uno de los primeros días de Agosto de 1588 se encontró con un inusitado movimiento al ir a los ensayos. La gente estaba toda en la calle y en el teatro, los actores hablaban con gran animación; había motivo más que suficiente para todo: Inglaterra se había salvado de uno de los mayores peligros que amenazarían nunca su existencia.

Después de la muerte de María Estuardo un

fantasma colosal se había cernido sobre el reino de Isabel: un monarca católico, herido por el desenlace de la tragedia, quejoso por la ayuda que los ingleses daban a los enemigos de su nación, instigado por el Papa a fin de que levantara la bandera de Cristo contra el protestantismo anglicano, Felipe II, nombrándole claramente, había preparado un golpe mortal contra la Reina virgen y su Estado. Los últimos días de Julio habían sido de una angustia espantosa.

El monarca español preparó con disimulo, pero no con tanto secreto que en Londres se ignorase, una potente Armada. Según noticias fidedignas había consultado a sus generales, y aunque su secretario Idiaquez pronosticó graves desgracias, y el marqués de Santa Cruz, y el duque de Parma opinaron que era preciso apoyarse anteriormente en algún puerto holandés, todo le pareció al Rey dilatorio.

En Amberes, Dunkerke, en los puertos de Castilla, Galicia, Portugal y Andalucía; en Italia, en todas partes se aprestaron navíos de varias formas, pretendiendo que fueran nuevos medios que alcanzasen un éxito como el de Lepanto. Los tercios españoles se concentraron. La invasión de la isla fué inminente. Quizá los católicos del Reino, como Jacobo VI de Escocia, contribuyesen a ayudar a los invasores.

Ante tales esfuerzos parecían débiles escudos de papel todas las medidas de defensa adoptadas. Se alistó a todos los hombres de dieciocho a sesenta años, se fortificaron los puertos, se formaron dos ejércitos, dando el mando de uno de ellos a lord Hudson, y el otro, compuesto de 30.000 hombres, al conde de Leicester; ¡muchos soldados para quien no podía tener en la cabeza más que algunas frases de adulación y de galantería! Se aumentó la Armada, dándose el patriótico caso de que Londres armase 30 naves en lugar de las

15 que le pedían, y se encargó del mando de la escuadra a lord Howard de Effingham. ¡Pero qué era todo aquello ante los 150 buques españoles que se aproximaban!

Afortunadamente para los ingleses, en el mes de Mayo falleció el marqués de Santa Cruz, al parecer, herido en su honor por unas palabras de ligera crítica dirigidas por Felipe II, y el monarca puso todo el poderío militar en manos tan inexpertas como las del duque de Medina-Sidonia. Ya no hacía falta mas que un poco de suerte para vencer, y ésta no tardó en presentarse. Las tempestades ayudaron a la impericia del almirante para dar al traste con toda la Armada, bautizada con el pomposo nombre de *Invencible* (55).

El último descalabro tuvo lugar el domingo, 7 de Agosto. Ocho naves incendiadas se dirigían al puerto en que se habían refugiado los españoles...; era una industria ideada por el corsario Drake. El temeroso Medina-Sidonia mandó soltar amarras y salir a alta mar para librarse de tal amenaza..., y el mar fué la tumba de aquellos heroicos galeones.

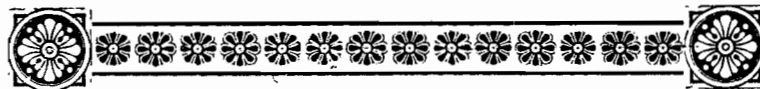
Pedro Valdés, Alonso de Luzón y otros llegaban a Londres como ricas preseas obtenidas en el combate. Otra suerte merecían tan valientes españoles.

Por eso había gran movimiento en toda Inglaterra; la mayor zozobra que la nación podía pasar temiendo por su vida había cesado. Iba a llevarse a la Reina Isabel en procesión hasta la iglesia de San Pablo... El júbilo era indescriptible.

¿Qué diría el monarca español? Felipe II tenía el ánimo demasiado sereno para inmutarse. Ante tamaña catástrofe, sin duda exclamaría: *Yo no he enviado a mis soldados para que luchasen contra la tempestad, sino contra los hombres.*

Guillermo Shakespeare oía todos aquellos comentarios y participó de la común alegría,

Cuando por la noche le dijo Ricardo Field: —He ahí un buen asunto para una obra—, contestó:
—Prefiero escribir sobre los romanos a comentar un solo hecho de la Reina Isabel.



V

Varias obras clásicas había arreglado ya, y siempre temía escribir algo propio; pero después de haber hecho algunas comedias, una noche confió a su mejor amigo el manuscrito de un hermoso drama: *Ricardo III*. Field empezó a leerlo con gran deleite. La rivalidad existente entre las casas de York y Lancaster eran el nervio de la obra: los sucesos que en ella se desarrollaban habían ocurrido más de un siglo hacía. Las primeras escenas le escalofriaron.

Gloster, después Ricardo III, se encontraba con su hermano Clarence, quien era conducido a la torre de Londres por llamarse Jorge. Un mago había predicho al Rey que su prole sería desheredada por uno cuyo nombre empezaba por J., y el Rey mandaba poner a buen recaudo a todo aquel que estaba en tales circunstancias. Ricardo hacía mofa del Rey, y con perversa intención replicaba a su hermano:

—Yo trabajaré por que estés poco tiempo en la cárcel.— Y luego, al separarse, añadía con un cinismo incalificable:

—Te amo tanto que mandaré al cielo pronto tu alma.

Y se alejaba en busca del Rey para hacerle odiar al pobre Clarence, y de este modo decretase su muerte. Un fiel vasallo, Hastings, le anunció que el Rey estaba gravemente enfermo, y él se lamentó de tal desgracia, no por piedad, sino porque una prematura muerte podía echar por tierra todos sus planes.

Después, ¡oh, qué bellísima escena! El cadáver de Enrique VI, muerto por orden de Ricardo, era conducido a la tumba. La condesa Ana, su viuda, iba detrás llorando desconsoladamente. Ricardo se interponía, deteniendo a la comitiva.

—Colocad ese cadáver en tierra—mandaba imperiosamente.

—¿Qué mágico conjuro impide practicar una obra de caridad?—respondía la viuda.

—¡Por San Pablo! Dejad el cadáver, o el que desobedezca será otro igual.

—Señor, dejad pasar al féretro—rogaba un criado.

—Perro descortés, mis órdenes son para obedecidas. Pon tu alabarda más alta que mi pecho o caerás a mis pies. ¡Por San Pablo! Te he de estrujar por audaz, mendigo.

Ante tales amenazas el cadáver era dejado en el suelo. El diálogo entablado entre la condesa y Ricardo era el más dramático que puede imaginarse. Decía así:

—¿Tembláis? ¿Os turba el miedo? ¡Ah, no debo culparos; sois mortales, y vuestros mortales ojos huyen ante la vista del diablo! ¡Ministro del infierno, aparta! Tu poder es limitado al cuerpo, no puedes nada contra el alma. ¡Huye!

—Por caridad, templa tu furia.

—Diablo, ¡por Dios, déjanos. Convertiste esta hermosa tierra en infierno, la llenaste de quejas y maldiciones. Mira ahí una muestra de tu iniquidad. ¡Oh, caballeros, mirad, mirad! Las heridas de Enrique abren sus bocas para arrojar sangre.

Sonrójate, deforme asesino. Esa sangre brota de unas venas secas al solo impulso de tu presencia. Es tu hazaña la que, como fué contra la naturaleza, produce un fenómeno antinatural también. ¡Oh, Dios, que haces nacer esta sangre, venga tal muerte! ¡Oh tierra que te empapas en ella, venganza! Abrete para tragarte al monstruo.

—La sabia ley ordena recompensar con mercedes los daños.

—Villano, ¡si no conoces ley divina ni humana! La más salvaje de las fieras conoce un destello de piedad.

—Entonces yo no soy fiera.

—¡Oh, asombro, que el demonio diga verdades,

—Mayor asombro es que un ángel se enoje. Dejad que me sincere de los supuestos crímenes.

—Dejad que os maldiga por tanto mal como habéis hecho.

—Hermosa mujer que encadenáis mi lengua con vuestra belleza, oidme.

—Monstruo de perdición, excúsate ahorcándote.

—Si me desesperara de tal modo, me acusaría.

—Y sería excusado tomar venganza de las muertes que diste.

—No diréis que yo los maté.

—Entonces nadie los asesinó... Y, sin embargo, están muertos ¡y por tu mano!

—Yo no maté a tu esposo.

—Luego vive todavía.

—No; por desgracia es un cadáver; pero fué Eduardo el asesino.

—Mientes. Margarita vió tu vil puñal ensangrentado y tú la amenazaste con él; tus hermanos de tuvieron el golpe.

—Su calumnia me exasperó.

—Tu espíritu te impelía, como siempre, a la matanza. ¿No mataste al Rey?

—Concedido.

—¡Me lo concedes!... ¡Concédame, Dios, que

sea tu alma sepultada en la condenación eterna!...
Era un modelo de virtud...

—Así podrá gozar de Dios.

—Sí, él está en el cielo vedado para ti.

—Entonces tendrá que darme las gracias todavía, pues le saqué del mundo para que estuviese mejor.

—Y tú estarás mejor en el infierno.

—En otro sitio mejor todavía.

—Una cárcel.

—No, en tu casa.

—Mal estarás en ella.

—Es verdad; hasta verte conmigo.

—¡Jamás!

—Ya lo sé. Pero, mi dulce Ana, dejemos esta lucha y reconoce que igual culpa tiene la causa que dió muerte a Enrique y a Eduardo que su verdugo.

—Tú eres causa y verdugo.

—La causa fué tu hermosura. Por una hora de tu amor mataría a todo el mundo.

—¡Homicida! Si fueran ciertas tus palabras, con mis propias manos destruiría mi belleza.

—Yo lo evitaría si estaba cerca, porque ella es el sol que alumbra mi vida.

—De eternas sombras te veas rodeado.

—No maldigas contra ti.

—Por vengarme de tu abyección.

—No es lícito vengarse de quien adora.

—Pero sí de quien asesinó a mi esposo.

—Quien le asesinó te ayuda a encontrar otro mejor.

—No existe en el mundo.

—Existe quien te ama con mayor locura.

—¿Quién es?

—Plantagenet.

—Así se llamaba él.

—Vale más aunque lleve su mismo nombre.

—¿Dónde está?

Aquí.—Y Ana, en el colmo del desprecio, le escupía—. ¿Por qué me escupes?

—Con veneno te escupiría.

—Son demasiado dulces tus labios para albergar la ponzoña.

—Vete, que inficciones mis ojos.

—Ya los tuyos me inficciones a mí.

—Basiliscos para matarte habían de ser.

—¡Ojalá! Así moriría de una vez. Tú me has hecho llorar, cuando ni al oír contar la muerte lastimosa de mi padre había llorado yo. Lo que las penas no consiguieron lo ha conseguido tu rostro. A nadie he suplicado, y a ti te ruego humildemente. No pongas desprecio en tus labios cuando fueron hechos para caricias amorosas. Toma mi espada; si quieres mi vida yo te la entrego—. Y se arrodillaba descubriendo el pecho. Ana le amenazaba—. No, no te detengas. Yo he matado a Enrique... porque me indujo a ello la luz de tus ojos.

La condesa dejaba caer la espada.

—Alza esa espada o levántame del suelo.

—Levanta, hipócrita; no quiero ser tu verdugo.

—Dime que me mate y no vacilaré.

—Ya lo he dicho.

—Sí, cegada por la ira. Dilo otra vez y moriré por tu amor... y serás culpable de una muerte más.

—¡Quién viera tu alma!

—En mis palabras puedes verla.

—Son falsas.

—No existe, pues, la verdad.

—Bueno... Cíñete la espada.

—¿Brindas la paz?

—Más tarde lo diré.

—¿La esperanza?...

—Con ella vive todo mortal.

—Entonces, te ruego que tomes este anillo...

Y al alejarse Ana con el cadáver de su esposo, comentaba el astuto Glóster:

—¡Qué mujer fué cortejada en tales circunstancias, ni qué mujer fué así vencida? Yo la conquistaré pronto (56).

Y aquel artero carácter iba presentándose ya con humildad fingida, ya con arrogancia, siempre dispuesto a conseguir el fin que se proponía; y tal maña se daba, que cuanto mayor era el enemigo a quien había de reducir, antes le sujetaba a su obediencia. Tanta era su osadía que en medio de la Corte llegó a decir:

—El pobre Clarence ya entró para engordar en la zahurda. ¡Dios perdone al culpable de su muerte!— Y luego de quedar solo, añadía sarcásticamente: —Soy el primero en anunciar los males que voy a ejecutar y señalo ajenas espaldas para que caigan sobre ellas los delitos. Clarence está en la torre por mí... y le lloro ante estos necios cortesanos, que todo se lo creen

No repugnaba entrar en tratos con los más viles y cobardes asesinos para llevar a cabo sus empresas. A dos empedernidos delincuentes encargó que acuchillaran a su hermano.

En un aposento de la torre de Londres se verificaba la lúgubre escena. Hasta aquellos malvados sentían un poco de escrúpulo para dar el primer golpe. Clarence estaba dormido.

—«¿Le damos de puñaladas mientras duerme?»

—No, porque nos llamará cobardes al despertar.

—¡Al despertar! Necio: despertará el día del juicio.

—Pues dirá entonces que le herimos dormido» (57).

Clarence despertó. Con qué humildad hablaba. Por un momento diríase que la pureza de su alma llegaba a conmover a sus verdugos; pero los ruines sentimientos de los criminales no permitían detener el golpe, y la desgraciada víctima caía pidiendo piedad...

—¿No me ayudas?—gritaba uno de los asesinos.

—No; toma tú el dinero. Bien me arrepiento de la muerte del Duque—contestó el otro.

—Cobarde. Vete. Yo cobraré y huiré... que será lo más acertado.

Y se iba a buscar a Ricardo para que le abonase el precio de la hazaña.



VI

—¡Esto es grandioso!—exclamó Ricardo Field—.
¿Cuándo lo has escrito?

—A ratos—decía Guillermo, no dando importancia a nada.

—Eres un dramaturgo. Es preciso que vuelas por impulso propio. Nada de arreglos clásicos. Tú debes crear el teatro inglés. ¡Oh, cuántos te envidiarán! Pero tú no desmayes nunca.

—No hay para tanto.

—No seas modesto. Has de terminar de corregir esta obra y se representará y obtendrá un gran éxito. ¡Ya lo creo!

Y siguió Ricardo leyendo.

Glóster se presentaba ante el Rey, pidiendo a todos amistad y concordia; él se humillaba para que hubiese paz en todo el Reino.

—Sí, sí—gritaban todos, y rogaban al Rey que volviese a su gracia al Duque de Clarence.

—¡No es justo que se escarnezca un cadáver!—replicaba Glóster—. Clarence ha muerto.

—La orden fué revocada—exclamó el Rey.

—Llegó tarde el indulto.

Y por no haber podido salvar al duque negó el Rey la gracia que le pedía Stanley para su siervo.

—¿Habéis visto a los deudos de la Reina? Todos palidieron ante la noticia de la muerte del Duque. Ellos instigaron al Rey. ¡Dios los castigue!—decía Glóster a los nobles.

Luego, en una corta escena, se reflejaba la consternación que en Londres había producido la muerte del Rey. ¿Quién le sucedería?...

Después seguían las nebulosas páginas de la conjuración para dar la Corona a Glóster, contra los derechos del Príncipe de Gales. Buckingham, alma de la conjura, daba órdenes para reducir a la obediencia, por todos los medios, a los díscolos. Y más adelante estaban las trágicamente cómicas escenas en las que el Conde de Hastings se felicitaba de estar en favor con el Rey, lo cual le iba a proporcionar el reirse del drama que se avecinaba. Pero era el drama bien distinto del que imaginaba; no era su conspiración la vencedora. Acudía a la torre de Londres como espía. Allí se reunían Buckingham, Stanley, el obispo de Ely, Catesby, Lovel y otros, para tratar de la coronación. Pero, ¡ay!, cuando más satisfecho se encontraba, le preguntaba Glóster:

—Decid. ¿Qué debe hacerse con los que trauman mi muerte y me embrujan?

—Deben morir—contestaba el infeliz.

—Pues mirad: estoy hechizado. Mi brazo es seco retoño, y quien me ha embrujado es la esposa de Eduardo.

—Si tal hicieron...

—¿Sí? ¡Traidor!... ¡Por San Pablo!... Bien conozco tus tratos con ella. No me siento a comer sin que vea cortada tu cabeza. ¡Catesby, Lovel, que sea decapitado al punto!

—¡Ay de Inglaterra!—gritaba Hastings siendo conducido al suplicio.

Y después aparecía el escribano con el proceso del Conde... Once horas se había tardado en ponerlo en limpio. ¡Y, sin embargo, hacía cinco que

todavía estaba la víctima sin el menor recelo de persecución!...

Y seguía la farsa preparada para hacer ver al pueblo que Glóster era la mejor persona del mundo. Cuando el alcalde y los regidores, con los ciudadanos, iban a ofrecerle la Corona, se le encontraban rezando con dos obispos, y casi se veían en el trance de no poderle hablar, porque no quería ser distraído en las horas de oración... Pronto, sin embargo, quedó todo dispuesto, y Glóster pasó a ser el Rey Ricardo III.

Ahogado en sangre llegaba al trono, y desde el trono siguió derramando sangre para saciar su sed de víctimas y verse libre de sus recelos de enemigos. La Condesa Ana sucumbía también, y ¿qué de extraño tenía que quien había logrado alcanzar el amor de la viuda, junto al cadáver de su esposo, alcanzase de la pobre Isabel, esposa de Eduardo IV, la mano de su hija, después de haber sido el asesino de su marido y de su hijo?

Pero la estrella de aquel malvado había de eclipsarse. El tirano va fomentando la venganza con su tiranía. De todas partes iban llegando noticias de sublevaciones.

Buckingham, el que más trabajó por la elevación del miserable, era el que intentaba alzarse contra él; pero Ricardo no era hombre que alimentase una sospecha. Al primer indicio le mandó al patíbulo como uno más.

Y el enemigo crecía, y el Rey hubo de salir al campo para trabar el combate.

Las sombrías tintas del drama alcanzaban el supremo grado del terror. Aparecía la tienda de campaña del Rey, la víspera del combate. Frente a ella estaba la de Enrique, Duque de Richmond, quien pretendía arrebatarse la corona. El Rey se dormía por el peso de los remordimientos. Enrique alentado por la esperanza. Y en aquellos dos sueños tan diversos, nacían las imágenes de

las víctimas, las cuales iban apareciendo como sombras para oprimir el alma del verdugo y alentar a su vegador. Pasaban una a una, con mayor intensidad dramática de la que ostentaban las apariciones de los Angeles en la obra de Marlowe. Allí llegaban el Príncipe Eduardo, el Rey Enrique VI, Clarence, Rivers, Grey, Vaughan, Hastings, los dos pequeños Príncipes hijos de Eduardo, la Reina Ana, Buckingham... ¡Caravana fantástica, que debía llevar la congoja trágica hasta estrangular a las almas, aunque entre la pavorosa sombra de su aparición se vislumbrase que era el último ropaje de la noche que arrastraba sus jirones como queriendo arrebatarse toda la vida de la tierra, y tenía que pasar, dejando abierta la puerta de la Aurora, la cual inundaría de luz y de esperanza el Universo entero.

—¡Por San Pablo!—gritaba Ricardo III cuando Ratcliff le anunciaba la aparición del día—. Me han espantado más las sombras de esta noche que los diez mil guerreros de Richmond.

Enrique, por el contrario, se alzaba alegre.

Y Ricardo caía, caía para siempre... Era vencido...

—¡Un caballo! ¡Un caballo! ¡Mi Reino por un caballo!—gritaba con desesperación al verse derrotado completamente.

Era el último grito del Rey de hierro. Richmond aparecía vencedor. La paloma traía el ramo de olivo después del diluvio. La graciosa sonrisa de la paz borraba la horrible mueca de la ambición, que navega por el mar de sangre, en el que jamás se encuentra un puerto de mediano refugio (58).



VII

Y así pasaron los días, y con los días los años, y llegó el de 1592. Guillermo había escrito un hermoso drama. Una historia italiana le había proporcionado asunto para una obra, en la que estaba vaciada toda su alma. ¡Cuántas veces, al escribirla, había pensado en su esposa, en su amada Anita, que se hallaba en Stratford, con la esperanza puesta en la firmeza de su esposo! ¡Y cuántas veces, al escribir aquellos magistrales versos, había visto la imagen de su hermanita, aquella niña que había muerto en la flor de su edad!

La tragedia iba a ser presentada: el propio Guillermo estaba encargado del papel principal: Ricardo Burbage le había concedido tal honor. Shakespeare ascendió desde los más humildes puestos hasta los más prominentes de la escena.

El día estaba triste; pero las nubes no amenazaban inminentemente. El público bajo, formado por carniceros, comerciantes, zapateros y gente de igual clase, bebía cerveza y comía nueces, y alborotaba a más y mejor en la *planities*, esperando que empezara la representación. Los elegantes iban ya apareciendo en el escenario, y se tendían sobre los juncos que en él había, y se gastaban bromitas



VIII

En seguida empezó la representación.

Sansón y Gregorio, con espadas y broqueles, se hallaban en la plaza pública cuando aparecieron Abraham y Baltasar; aquellos eran del bando de los Capuletos; éstos, de los Montescos. La enemiga existente entre ambas casas estallaba entre ellos, y sacando las espadas empezaban a repartirse cintarazos a diestro y siniestro. Los bandos engrosaban, y con el refuerzo se hacían mayores en número y calidad las cuchilladas, hasta que, apareciendo el Príncipe, conseguía terminar aquel aspecto de la lucha. Daba órdenes de que ambos jefes de partido acudiesen a su Palacio a recibir su mandato. La Condesa de Montesco preguntaba por su hijo.

—¿Dónde está Romeo? ¡Estoy contenta porque no ha intervenido en la reyerta su espada!

Romeo andaba triste por los campos. El amaba, y la mujer que inspiraba aquella pasión le trataba con absoluto desdén.

En el fondo del escenario aparecía el joven. ¡Con qué propiedad lo encarnaba Guillermo Shakespeare! Sin duda pasaban por su mente los días en que soñaba con los ojos azules y le era negado

contemplar su luz. Shakespeare había sido tan amante como Romeo, ¿qué tenía, pues, de extraño que Romeo apareciese con toda la ternura de su alma puesta de manifiesto si quien lo encarnaba era Guillermo Shakespeare?

—Ved dónde viene—decía Benvolio, un deudo de los Montescos.

Y el veronés declaraba su dolor a su buen amigo.

—¿Quién es tu amada?

—¿Quieres que te lo diga entre mis sollozos?

—No; con serenidad.

—Dile a un moribundo que haga con serenidad su testamento. ¡Ay! Adoro a una mujer, a una bella mujer.

La beldad había jurado vivir castamente. Era Rosalía su adorada.

Y tropezaban con un criado de Capuleto, el cual llevaba una lista de convidados para una fiesta que iba a dar en casa por la noche su señor. Entre dichos convidados estaba Rosalía.

Ante tamaña noticia idearon un atrevido plan: la máscara todo lo oculta, y, pues era costumbre, con la máscara se favorecerían para poder entrar en la fiesta.

¡No pensaba Romeo en lo que iba a encontrar en el festín! Los criados llevaban unas antorchas, y él pidió una, pues no quería tomar parte en la común alegría. ¡Oh, si su amada rehusaría bailar!... Sus amigos le instaban para que se alegrase, y él se sumía en el dolor más a cada instante.

Allí estaba la zambra. Capuleto llamaba al baile a todo el mundo; los Montescos entraron, y ante los ojos de Romeo apareció Julieta. Si pudiera escribirse con una rosa, sería posible describir aquella niña; si una estrella se convirtiese en mujer, sería Julieta; si en la Luna habitase una jovencuela que sonriese cuando dos amantes se juraban amor, tendría la sonrisa de la hija de Capuleto.

Apenas contaba catorce años de edad.

—¿Quién es aquella dama?—preguntaba Romeo a uno de sus criados.

—No la conozco, señor.

Y un sobrino de Capuleto, el díscolo Teobaldo, al oírle y reconocer la voz de su enemigo, pedía a su tío que le arrojase del salón.

—Se porta como respetuoso hidalgo; no debemos hacerle violencia—contestó Capuleto.

Romeo quedaba, pues, en el baile, y se acercaba a la niña de mirada de ensueño, diciendo:

—Si mi tosca mano profana la virtud de ese templo, aplacaré vuestro disgusto con mis labios, dos peregrinos cubiertos de rubor; con un beso de paz borraré el rudo tacto de mi indigna mano.

—Peregrino hermoso; agraviais a vuestra mano injustamente—replicó la niña—. No es preciso el labio, pues la mano del santo estrecha el devoto peregrino, y así queda satisfecho.

—Pero el santo tiene labios como el peregrino.

—Y los emplea en la oración.

—En oración quiero yo usarlos. Permitidme que llegue adonde ha llegado la mano. Sea propicia vuestra alma a mi oración.

—Cederá a tus ruegos; pero el santo quedará inmóvil.

—No te muevas; pero cumple mi ruego.—Y era un beso de amor el que nacía de los labios del joven—. Así purifica a mi labio al tuyo.

—Y hereda el pecado de tus labios.

—Entonces, devolvedme el pecado y mi dicha.

—¡Oh, qué pedigüeño sois de besos!...

El ama interrumpía el diálogo; su madre llamaba a Julieta. El amante se alejaba.

—¿Quien es aquel joven?—preguntaba la niña a su ama—. Indaga su nombre.

El ama volvía con el odiado nombre bien sabido.

—El único enemigo... ¡La fatalidad me hace arnar a quien sólo debo odio!

Pero el amor triunfante se había enseñoreado de los corazones. Romeo era impotente para resistir



a la avasalladora pasión. ¡Rosalia murió en su mente; la Aurora del Sol había matado al ocaso de un fuego fatuo! Ya no iba el Montesco por los campos... La tapia del jardín de Capuleto estaba delante. Para asaltarla era preciso osadía, y él tenía más, pues moría de amor... Era una pluma. Se en-

caramó, y se encontró en seguida en el mismo recinto que su amada. Sus amigos le vieron saltar.

—Ciega es su pasión—decían, y se alejaron.

Era la noche, una oscura noche meridional. Julieta, la divina niña, estaba allí. Romeo sentía palpar a su corazón con ilusión eterna, porque Shakespeare recordaba aquellas horas en que su corazón palpó al contemplar en la ventana a Anita Hathaway. El actor iba a triunfar porque estaba representando un trozo que había vivido el hombre.

¡Julieta estaba en la ventana!

—¡Oh, qué luz es aquélla! Es el balcón de Oriente que se abre, y mi amada es el Sol. ¡Oh, Sol hermoso, mata con tus rayos a la envidiosa Luna!... Habla; pero no dice nada. ¿Qué importa? Hablan sus ojos; les responderán los míos. ¡Sus ojos parece que son dos astros! Si desde el cielo derramaran su luz, despertarían las aves a media noche y saludarían al alba con sus trinos. ¡Apoya la mejilla en sus manos! ¡Guante quisiera ser para acariciar esa mejilla!

—¡Ay de mí—decía con virginal inocencia la niña, creyéndose sola—. ¿Por qué eres Romeo? Si te atrevieses a renegar de tu padre y de tu nombre, serías mi amante. Yo no me tendría por Capuleto. ¿Qué importa el nombre? Lo que llaman rosa, aunque se la llamase de otro modo, tendría el mismo aroma. ¡Romeo sería siempre el mismo aunque no se llamase así! ¡Cambia ese odiado nombre, y toma todo mi ser en recompensa!

—Dame el nombre de amante, y no quiero ser Romeo—exclamó éste en alta voz, y se cruzó entre ellos un apasionado diálogo.

—¿Quién eres, que entre las sombras de la noche llegas para sorprender mis secretos?

—No sé decirte quién soy, pues mi nombre ya no lo es, porque es enemigo tuyo.

—Reconozco tu voz. ¿No eres Romeo? ¿No eres Montesco?

—Ni uno ni otro, si te enojas por ser una de esas cosas.

—¿Cómo has entrado? Si te encontrase alguno de mis deudos serías muerto.

—Las alas del amor me ayudaron a saltar las tapias: te adoro, y no me arredran tus deudos.

—Te matarán si te descubren.

—Me asesinan tus ojos más que veinte espadas tuyas. Mírame con amor, y seré invulnerable a su odio.

—Daría un mundo por que no te sorprendiesen.

—La noche me ha ocultado para llegar; si me amas pueden matarme. Vale más ser muerto por ellos buscando tu amor, que morir por que me falte el cariño de tu alma.

—¿Me quieres? Dilo con fe sincera, y si sospechas que soy casquivana y fácil, ten por cierto que me convertiré en huraña. Harto es mi amor, y te confieso que si no hubieras sorprendido mis palabras fuera más esquivada de lo que soy.

—Por la blanca Luna te juro...

—No jures por la Luna, que es inconstante: cada mes muda su órbita.

—¿Por quién quieres que jure?

—Si has de jurar sea por ti mismo... Pero, no; no jures. ¡Adiós! ¡Adiós!

—Y ¿me dejas tan sin consuelo?

—¿Qué premio quieres que te dé?

—Tu fe, tu amor.

—¡Ay! Te lo di antes de que lo pidieses, y siento no poder dártelo de nuevo.

—¿Por qué?

—Es como el mar mi afán de darte amor... Es profundo, y cuanto más te doy, más afán tengo de entregarte... ¡Llaman!... ¡Adiós!

Y tornaba a salir a la ventana.

—¡Oye, oye; tres palabras nada más, y adiós.

Y otra vez, y otra vez... ¿Cuándo se cansa el alma

de prestar y oír juramentos de fidelidad en una noche de embeleso?

¡Al fin se iba Romeo! Los amantes dejaban de gozar un paraíso, para lanzarse con su imaginación al cielo.

Queriendo alcanzar toda la ventura de su amor, iba el Montesco a visitar a Fray Lorenzo: el santo varón les uniría con la bendición religiosa, como sus almas se habían unido al impulso de la dicha. Romeo estaba alegre. Sus amigos no le reconocían.

Cuando todo estuvo preparado, corrió Julieta a la celda del religioso para celebrar su matrimonio secretamente. Pletóricos de dicha, se acariaban los enamorados:

—¡Mi Julieta! Endulza con tu voz la brisa que nos orea.

—El verdadero amor es más rico en obras que en palabras. El mendigo puede contar su escasa fortuna; yo poseo tal tesoro de cariño, que no podrás jamás contarlo.

—Venid conmigo—decía paternalmente Fray Lorenzo—; el sacramento os unirá para siempre, y sed tan felices como merecéis.



—Inglaterra está de gloria—decía el magnate de la cabellera larga—; aquí tenemos a un actor y un autor al mismo tiempo, y si algún día se le elogia más en un sentido que en otro, será porque temerá la Fama que pueda ser apresada en tan gran manera por un solo hombre.

—Cualquiera diría que ese Guillermo vive, no que representa—sentenciaba Ricardo Burbage hablando con los artistas—. Yo me doy la enhorabuena por haber acertado apenas le vi. Por supuesto, que no cabe duda de que ha vivido algunas escenas de la obra; si no, fuera imposible escribirlas y menos representarlas.

—Buen chasco nos han dado hoy—se oía entre el público que estaba en la *planities*—. Creíamos que íbamos a ver a un tonto llegado a primer actor por arte de birlibirloque, y nos encontramos con uno más que nos deleite. Yo le pondría al ladito de Ricardo, del gran Ricardo.

—Y que lo ha escrito él todo.

—Vaya, que no ha necesitado ir al Mediodía para comprender lo que son las noches italianas—añadía uno, que tenía interés en demostrar que había vivido en el país del arte.

—Southampton no le quita ojo—observaba otro, que se las daba de cazarlas al vuelo—. Como a él le entre por derecho, ya tenemos un hombre, pues no es el Conde un mal apoyo.

Y todos miraban hacia el noble de la cabellera larga, quien ya estaba inquiriendo con gran interés a las puertas de los actores, como deseando que apareciese el genio que empezaba a revelarse aquella tarde.

Siguió la representación.

Varios Montescos estaban en la plaza pública cuando Teobaldo y otros de los suyos aparecieron con ánimo pendenciero. Llegó Romeo reventando de alegría, y quedó un poco sorprendido cuando el indómito Capuleto le saludó diciendo:

—Me inspiras tal odio, que no puedo llamarte mas que ¡villano!

—Y yo tengo tales razones para apreciarte, que suprimo la saña a que te haces acreedor con tu desplante, y te digo ¡adiós!

—Rapazuelo; no conseguirás con tu cobardía borrar los agravios que me has inferido. Detente.

—Jamás te hice agravio; antes te aprecio más de lo que supones.

Pero la pendencia tomaba proporciones grandes; Teobaldo desenvainaba, Mercucio salía en defensa de su amigo, y cuando Romeo se esforzaba por apaciguarlos a todos, por bajo de su brazo pasaba el Capuleto la espada, y caía Mercucio herido. Teobaldo se escapó; la víctima se retiró para poner remedio a su mal; pero apenas se había separado de Romeo, llegó un amigo anunciándole que había expirado su amigo. La ira del joven estallaba con violencia, y al aparecer Teobaldo, trabándose de nuevo en más sangrienta riña, le sepultaba Romeo todo el acero en el pecho.

Al enterarse el Príncipe, condenó al matador al destierro.

Esperaba Julieta la noche para ver llegar a su

esposo; pero en lugar de su amado llegó la vieja dueña dándole la noticia de la muerte de su pri-



mo y de quién era el matador. ¡Horrible conflicto! Pero el amor vencía siempre, y mandó al ama para que citase a Romeo; quería verle por la noche.

Estaba el joven refugiado en la celda de Fray Lorenzo cuando supo la pena impuesta. ¡El desierto era más horrible que la muerte! ¡Con qué entonación trágica dijo Guillermo esa frase! ¡El, que estaba desterrado, sabía perfectamente hasta dónde angustiaba el dolor de la ausencia! ¡Poco pensaban los espectadores en el tormento que sufría aquel hombre! ¡Poco podían suponer la verdad del ahogo que en él veían!

Llegaba el ama a la celda con el encargo de la desposada... ¡Cómo presentarse él ante Julieta!... ¡Creería que era diestro en el arte de asesinar!... Pero, no; su esposa lo que pensaba era que la fatalidad más horrible había guiado la punta de la espada. Iría a despedirse de ella. Decía muy bien Fray Lorenzo. Era preciso escapar de Verona, marchar a Mantua; pero antes era preciso también verla...

Los padres de la niña daban entretanto esperanzas al noble Paris de que su hija casaría con él. Y luego...

Todo el público sintió llegar a su alma el poder del genio; el rayo más potente de la inspiración había dictado aquellos versos... Romeo se marchaba... Julieta quedaba sola..., y se oyeron por primera vez las inmortales palabras:

— ¿Te quieres ir? Aún no despunta el día;
la voz del ruiseñor, no de la alondra,
fué la que hirió tu temeroso oído:
todas las noches en aquel granado
trina. Mi bien, fué, el ruiseñor, te juro.
— La alondra fué el heraldo de la aurora,
no el ruiseñor. ¿No ves, mi bien, las rayas
que bordan envidiosas en Oriente
las nubes cuya bruma se disipa?
Se apagan ya las velas de la noche,
y el día alegre en nebulosa cumbre
alta la faz asoma, y es forzoso
que parta y viva, o que me quede y muera.
— Créeme, esa luz no es la alma luz del día;
es un meteoro, ¡ay, sí!, que el Sol exhala

porque tu hachero en esta noche sea,
y al ir a Mantua alumbre tu camino.
Quédate, pues; no es menester que partas.
— Pues que me prendan que me maten luego;
muero gustoso ya que tú lo quieres...
Diré que aquella luz no es luz del día,
sino de Cintra el pálido reflejo;
ni de la alondra es la canción aquella
que en lo alto de la bóveda celeste
tan dulce trina encima de nosotros.
Mejor quedarme quiero que partirme;
ven, muerte, pues, y seas bien venida:
lo quiere así Julieta. Habla, mi vida;
el día, como ves, esta lejano.
— ¡Ah, no! Huye, mi bien, que está cercano;
la alondra es la que canta tan discorde,
trinando falsas notas disonantes.
Dicen que es dulce el canto de la alondra;
ésta no lo es, pues nos separa fiera.
Dicen que truecan ojos el vil sapo
y la alondra: ¡ojalá trocaran voces!
Pues esa voz nos mata, vida mía,
si a ti te espanta cuando llama el día.
¡Oh, ve!, clarea más y más.

— Clarea.

¡Y nuestro duelo más y más sombrea! (60)

Y el ama anunciaba que llegaba la Condesa de Capuleto...

— ¡Adiós, adiós! Un beso, y me despido.
— ¿Te vas, esposo, dulce bien querido?
¡Cada día de la hora dame nuevas;
pues un minuto encierra muchos días!
¡Por esa cuenta habré ya envejecido
antes que vuelva a verte, mi Romeo!...

La voz del amante se escuchaba lejana...

— ¡Adiós, adiós!...

En la imaginación de Guillermo estaba viva su esposa... ¿Quién sabe si las palabras de Julieta fueron pronunciadas primero por Anita Hathaway?



X

¡Salve, genio inmortal, salve! Desde este punto venciste. Brillaste con todo tu esplendor... ¡Fuiste reconocido! Con el adiós de Romeo abriste para tu nombre la puerta de la eternidad; fué tu canto de alondra que anunciaba el día de arte que iba a lucir en tus obras. Ya no eres el niño; ya no eres ni siquiera el hombre: eres el genio, y la pluma se detiene ante tu excelsa figura, declarando su impotencia y cantando admiración. Romeo se aleja de su amada para llevarte a ti a la región de los dioses... Ya te abrazan las Musas..., ya los mortales, con el mismo fuego que animó a los espectadores que escucharon por primera vez las mágicas palabras del idilio de Julieta, gritan ante ti como mi pobre pluma: ¡Salve, genio inmortal, salve!

Apenas hubo desaparecido Romeo, llegaron los padres de la niña a anunciarle la boda próxima con el Conde Paris. La vieja guardiana le aconsejaba que prescindiese del fugitivo y obedeciese a sus progenitores; su alma vulgar aparecía más rastro al compararse con el corazón lleno de bondad de Julieta; pero la joven, desdeñando tales requerimientos, se propuso buscar a Fray Lorenzo para

que él le indicase el verdadero camino que tenía que seguir. Al mismo Fray Lorenzo se había dirigido Paris a fin de que lo preparase todo para el enlace. Como es natural, poco cariñosas fueron las frases que se cruzaron entre ella y el Conde cuando se encontraron en la celda. El creía que iba a confesarse, y los dejó solos.

Entonces el religioso, por ganar tiempo y unir a los verdaderos amantes para siempre, aconsejó a Julieta que tomase una pócima que él le daría, con la cual había de quedar dormida y como muerta, no volviendo de su letargo hasta las cuarenta y ocho horas. La enterrarían; él avisaría a Romeo, quien sin duda se apresuraría a volver a Verona, la sacaría de la tumba y se alejarían para siempre. ¡Para siempre!...

Se fué a su casa la enamorada niña con el frasco que había de otorgarle la libertad de amar, y quedó sola en su aposento. Recelosa, tímida, apenas se atrevía a mirar el licor, y pensaba: ¡Si el fraile habría hecho un veneno a fin de evitar con su muerte que pudiera verificarse un matrimonio ilegal!... ¡Si despertaría en la bóveda sepulcral antes de que llegase su esposo!... ¡Sería horrible! ¡Su verdadera muerte!... Pero sí; era preciso; por su Romeo apuraría el breva; aunque con ello perdiera la vida... Y bebió hasta la última gota.

Los gritos de sus padres, los lamentos de sus deudos eran horribles al ver el pálido rostro de Julieta. ¡Había muerto! El cortejo nupcial se convertía en siniestro acompañamiento fúnebre. Las galas de desposada eran mortaja de la ideal víctima.

Y Romeo, el pobre Romeo, que en Mantua esperaba recibir nuevas de su amada, recibía la horrible noticia del entierro. ¡Julieta había muerto! ¡La había perdido para siempre, cuando más segura creía que podía tenerla entre sus brazos! Un criado diligente le llevó la noticia con increíble prontitud.

Su plan fué tan rápido como desesperado. A un boticario ambicioso le paga con esplendidez magna un activo veneno, se dirige a Verona, escala el cementerio, entra en el mausoleo, encuentra a Paris que había ido a vestir de flores a la muerta, traba reyerta con él, le mata... y se encuentra delante del cadáver de su amada.

¡Oh; para Guillermo, al salir a escena, fué aquel cadáver el de su hermana Anita! Aquellos ojos estaban cerrados, como hacía años se habían cerrado los de la inocente niña. Aquella rubia cabellera estaba tendida, como tendidos estuvieron los rubios cabellos de la joya de su corazón. Pero no era su hermana... En aquel delirio el nombre de Anita sonaba en sus oídos... ¡Anita era su amada, y en su amada parecía convertirse la que estaba allí muerta! El había llegado a Stratford. ¡Aquel cadáver que tenía delante era su esposa! Iba a gritar su nombre...

Pero no; allí estaba la gente: todo era un sueño, una pesadilla que le asfixiaba de tal modo, que aparecía el actor envuelto en toda la congoja de la situación. Un movimiento de admiración conmovía al público en masa, y el cómico dejó de ser Guillermo para ser el amante de Julieta.

—¡Oh, dulce prenda mía! ¿Por qué eres aún tan bella? Aquí me quedaré contigo eternamente—dijo según estaba señalando el papel—. ¡Ojos, amados ojos, lanzad vuestra última mirada sobre mí! ¡Anudadme, brazos, con vuestro postrer nudo de amor! ¡Oh, labios, sellad con un santo beso el pacto de la muerte!

Y sacando el frasco del veneno, lo apuró hasta las heces.

—¡Ven, muerte, ven!... Fiel boticario, tus drogas tienen toda la actividad que yo deseo... ¡Un beso..., un beso... Besándote, es agradable morir...

La tumba quedó en la más completa calma.

A poco llegó Fray Lorenzo, quien, impaciente por la tardanza de Romeo, bajaba a ver si desper-



taba la niña. El correo que él había enviado llegó cuando el Montesco hubo salido de Mantua, noticioso de la muerte de su esposa, y cuando el reli-

gioso pensaba encontrar a la niña despertándose, vió la horrible escena de los dos cadáveres, situados cerca del féretro. Romeo y Paris, exánimes, impedían el paso; Julieta recobraba el conocimiento...

Un criado de Paris había ido a avisar a la ronda al oír las cuchilladas que mediaron entre su señor y Romeo, y la ronda llegaba ya.

—Ven, Julieta—gritaba el religioso con premura.

—Ve, corre; yo no salgo; no me aparto de mi esposo—replicaba la angelical amante, pues había visto al cadáver. Y encontrando el frasco del veneno, quiso apurarlo rápidamente.

—¡Ingrato! ¡Todo lo bebiste! Besaré tus labios y beberé el veneno que haya en ellos.

Con locura pretendía arrebatarse la ponzoña..., y los labios daban vida en vez de muerte.

—¡Oh! Un puñal—gritó victoriosa, arrebatando el acero de su amante y hundiéndolo en su corazón—. ¡Dame la muerte!

Quedaron abrazados en la muerte los dos esposos secretos.

Sobre sus rígidos cuerpos se afianzó la paz entre Capuletos y Montescos. Era necesario el sacrificio de dos vidas llenas de cariño para que el odio se extinguiese.

El Príncipe pronunció las últimas palabras de paz, y terminó la obra.

Salieron todos los actores, arrodilláronse en el tablado, y Guillermo Shakespeare empezó la oración en pro de la Reina Isabel, según era costumbre.

La bandera fué arriada, y el público se alejó para llevar por todo Londres la buena nueva.

El Conde de Southampton abandonó también el local.

—¿Qué os ha parecido?—le preguntó uno de sus acompañantes.

—Que no se conquista el mundo sólo con las ar-

mas. Desde hoy será Inglaterra una Potencia literaria de primer orden. Hemos visto nacer un genio. Mi mayor honra será conseguir que cuando pronuncie su nombre la posteridad se acuerde del mío.

Y entretanto Guillermo contestaba a Field y a Burbage, sus dos amigos del alma, los cuales le abrazaban con grande entusiasmo:

—Vamos, no exageréis. Eso no vale la pena. Era una historieta bonita, y a la gente le ha gustado. Yo no he hecho nada.

Es que el Sol da con sus rayos la vida al mundo entero; pero no lo sabe. Si llegase a saberlo, quizá reventase de orgullo y dejaría al Universo sumido en tinieblas (61).

PARTE TERCERA

RAYOS DE SOL

Macbeth and Lear, Othello and Hamlet, are usually reckoned Shakespear's four principal tragedies. Lear stands first for the profound intensity of the passion; Macbeth for the wildness of the imagination and the rapidity of the action, Othello for the progressive interest and powerful alternations of feeling; Hamlet for the refined development of thought and sentiment.

Hazlitt, 12.



I

Un astro de primera magnitud empezaba a lucir y otro se extinguía; la Aurora de Shakespeare se confundió con el ocaso de Marlowe. El 16 de Junio de 1593 entró en una taberna, según su costumbre, el autor de la «Trágica historia del doctor Fausto», encontró a una puerca fregona, y, por la influencia del vino, empezó a requerirla de amores. Un hombre se interpuso: la dama no debía oír más requiebros que los suyos, y, efectivamente, no merecía otra cosa. Se trabaron de palabras, se desafiaron, y como Cristóbal Marlowe no era tan diestro en apuñalar como en manejar la pluma, pronto fué herido por el chalán, cuyo nombre se conserva por la única gracia de haber asesinado a un genio: se llamaba Francisco Archer. En plena juventud fué arrebatado a las letras el precursor. La desgracia de Marlowe fué haber nacido pronto, y morir más pronto todavía. En la vida de la Humanidad suena la hora de la aparición de lo extraordinario con rigidez matemática, y cuando vino al mundo el depravado literato no había sonado aún la del nacimiento del padre del teatro inglés. Su cerebro pudo haberlo creado; sus días no eran más que para arrullarlo con gran maestría en la cuna.

Desgraciadamente, no su degeneración, sino las costumbres de su tiempo le llevaron a los antros de chalanes y mujercuelas; como a Marlowe podía verse a cualquier otro de sus contemporáneos, y en tales lupanares, una prematura muerte cortó las alas de águila, cuando apenas había emprendido el primer vuelo.

Guillermo Shakespeare tuvo noticia de la desgracia entre los aplausos que le dirigían sus contertulios por su nueva obra. En Abril había conseguido Ricardo Field ver realizado uno de sus mejores sueños con la publicación del poema *Venus y Adonis*. Su nombre iba unido al de su amigo: Shakespeare era el autor, él editor. No era aquel libro de los que conquistan una celebridad perpetua a los que los escriben; pero el nombre de Field sería y será recordado por la posteridad como el poema: por ser cosa del gran dramaturgo.

Otra circunstancia de gran interés tenía la obra: estaba dedicada al «honorable Enrique Wriothsley, Conde de Southampton y barón de Tichfield».

Este noble, el tercero que llevaba el título del condado, había nacido el 6 de Octubre de 1573, y educado en el colegio de San Juan, en Cambridge, se graduó de maestro en Artes en 1589. Veinte años, pues, contaba cuando le fué dedicada la obra: Guillermo tenía ya un potentado que se preocupase de él.

La amistad entre uno y otro fué completamente llena de la más hermosa intimidad; el poeta puso a su servicio todos los encantos de su inspiración; el magnate toda su influencia moral y material.

Por eso cuando sus amigos se entretenían prodigando las gracias de su ingenio en literaria tertulia, quién con un soneto, quién con un madrigal, quién con un epigrama, él improvisaba una estrofa en honor de su patrono, y cuando llegaba a su casa escribía y arreglaba el pensamiento en un apreciable soneto.

No era Guillermo sólo quien dedicaba sus trabajos al noble: Nash, Barnés, Juan Florio, Jorge Chapman, Gervasio Markham y otros pretendían conquistar la atención de Wriothsley; pero éste, demostrando una clara visión para reconocer al verdadero genio, únicamente correspondía a Shakespeare con su protección.

Al año siguiente, 1594, aparecía un nuevo poema: *Lucrecia*, dedicado también al mismo Conde, y editado igualmente por el conterráneo del autor.

Entre multitud de versos bastante vulgares pugnaban algunas estrofas por denunciar al poeta de grandes vuelos; pero, en general, no correspondían al nombre que ya gozaba Shakespeare. Sin embargo, el éxito alcanzado por los dos poemas era envidiable. Pronto hubo de repetirse la edición de ambos; el público las agotaba con rapidez.

Y el gran actor trágico se alegraba, porque su vida se iba normalizando. Su situación económica prosperaba de una manera sorprendente, y pronto podría ir a abrazar a su mujer, y contemplar los ojos azules y los negros cabellos. Y a la par que componía sonetos para cantar su amistad con Southampton, celebraba la belleza de la dama de la cabellera negra, y, en medio de aquella soledad de su corazón en el destierro que sufría lejos de su amada familia, escribía:

«Morir quisiera; mi alma está cansada
De ver la nulidad siempre triunfante,
El mérito humillado y vergonzante
Y del honor la pulcritud manchada;
La pura fe sin compasión hollada
Y sobre la virtud sello infamante,
La virgen inocente, en repugnante
Contrato a la lujuria abandonada;
Amordazado el arte; envilecido.
El talento, seguir a la locura;
Al que es leal por necio escarnecido,
Y en el poder a la codicia impura....
Mas ¡ay! si yo muriera, quedaría
Sola en un mundo así la amada mía!» (62)

De tal modo fueron naciendo, sin método ni concierto, todos aquellos sonetos que al fin formaban una verdadera historia, la única historia propia que se conserva escrita por el mismo poeta: la única obra en que cantaba su corazón para que el mundo conociera sus risas y sus lágrimas. El mundo tardó todavía en leer aquellas páginas; por aquel entonces hacían sólo las delicias de los contertulios de Shakespeare. En 1609 se publicaron al fin. Cuando los hombres leyeron la autobiografía shakesperiana, estaba el poeta en el cénit de su gloria. Poco pensaba él cuando escribió el primer verso, allá en las misteriosas noches de Stratford, que cuando lo saborease el público le había de señalar, diciendo: tú eres nuestro, tú eres de la Humanidad, no de un pueblo sólo; eres de los privilegiados, porque penetraste en nuestros corazones; únicamente has escrito tu pequeño poema de los sonetos para mostrarnos tu alma, porque te olvidaste de ti mismo al ver el enorme espectáculo que te ofrecían las nuestras; nos cantaste a nosotros; tú eres nuestro, porque nos has enseñado nuestras bondades y nuestras miserias (63).



II

En las Navidades del año 1594 los cómicos tuvieron que ir al palacio de Greenwich. La Reina quería que representasen en su presencia. William Kemps y Ricardo Burbage organizaban todos los detalles. Guillermo Shakespeare se ensayaba con calma, pues no quería hacer un mal papel. Se preparaban dos funciones: una para el día 26 y otra para la fiesta de los Inocentes. Las obras que se representarían eran clásicas.

Llegó la primera de estas solemnidades, y Guillermo fué con todos sus compañeros al regio escenario. La concurrencia era numerosa.

Allí, Roberto Cecil, el Ministro Burleigh, el filósofo y poco escrupuloso Francisco Bacon, el pintor Jorge Gower; todos, ceremoniosos y palaciegos, hacían una corte llena de adulaciones y lisonjas cerca de Isabel. Esta, vestida según vieja moda italiana, con un traje en el que el busto independiente de la falda lucía un escote triangular que bajaba hasta el talle, y con una larga capa recogida sobre el pecho, pasada por encima de un hombro y por debajo del otro con las puntas echadas sobre los mismos, se encontraba, a pesar de sus años, jovial, gallarda y como queriendo aparentar una serenidad y placer que no sentía. No estaba alegre porque no se halla-

ban cerca de ella ninguno de sus verdaderos favoritos. El Conde de Leicester había muerto poco después de resuelta la campaña contra la Armada Invencible. En el mes de Septiembre del mismo año de 1588 había bajado al sepulcro aquel de quien había dicho Isabel: *si me casase con alguien, sería con Roberto Dudley*. Y en el ambiente estaba aún la historia que suponía que la muerte de la primera esposa de Roberto había sido motivada por aquella frase (64).

El Conde de Essex, quien parecía iba a conseguir ser el sucesor de Leicester en la consideración de la Reina, se hallaba en Francia. Por eso, entre la serenidad que Isabel aparentaba podía vislumbrarse un pensamiento remoto que la tenía en tormento. Pocos, sin embargo, paraban mientes en él.

—¡Qué hermosa está la Reina!—decían.

—Con las joyas que lleva en su pecho habría para equipar un ejército que mal año para la Liga (65).

—Con las que lleva en su gorrilla me contentaría yo.

Isabel llevaba, efectivamente, una pequeña gorrita redonda, con el ala levantada por delante y caída por detrás, completamente cubierta de pedrería. Con aquel tocado quedaban visibles los bucles de su cabellera, y no había perdido aún la coquetería de sus primeros años.

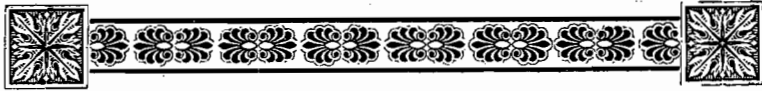
Algunas frases de admiración llegaban hasta ella, y la llenaban de interior satisfacción. Repartía sonrisas que en su imaginación se forjaba que parecían de niña; pero, ¡ay!, habían pasado ya sesenta años de su vida.

Un largo rato estuvo conversando con Enrique Wriothsley. Sin duda estarían hablando del Conde de Essex, de quien era íntimo amigo el de Southampton. Quizá comentasen algún momento el arte de Shakespeare; el buen Conde aprovecharía semejante coyuntura para disponer a la Reina en favor de su protegido.

Y efectivamente, al terminar la representación, díjole el Conde:

—Habéis de volver a trabajar aquí; la Reina quiere veros en una obra vuestra.

—Ya sabéis—contestó Guillermo—que los deseos de la Reina son mandatos para mí, y dichos por vos, más todavía (66).



III

Un jinete se dirigía, a todo el galopar de su caballo, hacia Oxford. En sus ojos había brillado una mirada de intenso placer al descubrir la aguja del Cristo, y el caballejo, como presintiendo el descanso, precipitó su carrera hasta la locura, con todas sus fuerzas, que no eran muchas que digamos. Ya llegaban a las calles de la antigua ciudad, ya se detenían ante la puerta de la posada de la Corona.

Era el posadero hombre de divertido continente, y menos ladrón de lo que los posaderos solían ser en su tiempo. A todo huésped acogía con agradable gesto, y nadie conocería por el trato quién llegaba por primera vez a su casa, o quién era el que pasaba y repasaba continuamente; para todos tenía la misma jovialidad.

Antes de que el jinete echase pie a tierra ya estaba dispuesto el mismísimo dueño de la posada a sostener el estribo para ayudarle a bajar y entregar la cabalgadura a algún criado que cuidara de ponerla a buen recaudo, tratando de convertir el estómago de la bestia de caja de violín en el más ocupado recinto de alimentos.

Si grande era la jovialidad del posadero, el viajero no respiraba menos. Entró y se dirigió a la

chimenea para calentarse. El frío y la inamovilidad de caballero le habían entumecido.

La posada estaba llena de gente de todas clases. Era la hora de la cena, y acudían como con reclamo para reparar las desfallecidas fuerzas. Un comerciante contaba *verídicas* historias vistas con sus propios ojos, aunque, a poco que se fijase la atención en ellas, se hubiese de pensar en que debía padecer alguna afección a la vista. Un fraile rezaba en un rincón, con la mirada fija en la mesa como esperando ver aparecer *el pan de cada día* que estaba pidiendo. Una dama, con su máscara, acariciaba al gato que alzaba la cola como para dar las gracias, y pasaba y repasaba queriendo disfrutar del sedoso tacto de aquella mano. Un señor obeso roncaba... Y otros aparecían como por escotillón y se sentaban, quién sin decir oxe ni moxte, quién entablando un diálogo con el primero que llegaba, quién gritando la hora para indicar que ya el hambre iba dando señales inequívocas e irresistibles de vida.

—¡Juan! ¡Juan!—reclamaban algunos.

Y Juan Davenant, el posadero, se presentaba siempre diligente.

Terminó la cena, y pronto fueron desapareciendo huéspedes por un lado y otro, quedando la habitación casi sola. El viajero se sentó junto a la lumbre; quería que pasasen rápidas las horas; se acostaría de buena gana para que así transcurrieran con mayor ligereza; pero el sueño se le había escapado con la alegría que llevaba en todo su cuerpo. Ahora uno, después otro, se juntaron hasta tres o cuatro alrededor de la hoguera.

La mujer de Juan Davenant llegó para atizar la lumbre. Era una mujer hermosa, blanca, con ojos de viva inteligencia, y altamente hacendosa. A todos los contertulios conocía, y a todos replicaba con soltura y gracejo. Le participaban todos a qué hora habían de ser despertados: la gente era madruga-

dora: las seis de la mañana encontraría a todos entregados ya a sus quehaceres. Al fin, cansado ya nuestro viajero, decidió acostarse.

—¿A qué hora le llamaremos?—le dijo la ventera.

—Yo me levantaré, gracias.

Y la mujer le acompañó a su habitación llevándole la luz.

—Aquí dormirá usted bien.

—Falta me hace—replicó él.

—Y ¿cómo os llamáis?—preguntó curiosa la posadera.

—Mi nombre es Guillermo.

—¡Oh! Es un nombre que me gusta mucho. Así se llama el autor de un libro que nos leía el otro día un señor que durmió en esta habitación también.

—Y se ve que os gustó la obra cuando así os agrada el nombre.

—Mucho, mucho. Se llamaba *Venus y Adonis*.

—Y el autor Guillermo Shakespeare.

—Eso mismo; ¿le conocéis?

—He oído su nombre; he leído ese libro.

—¡Ah! Pues ¡si leyéis un drama del mismo!... Se titula: *Ricardo III*.

Juan Davenant llamó a su esposa; se despidió ésta, y Guillermo quedó solo. Se acostó... Algo tardó en dormirse; pero al fin se rindió al cansancio, y comenzó a soñar. Todas las figuras que había visto se mezclaban en su imaginación. La hermosa ventera le decía que había leído el poema *Venus y Adonis* y que le gustaba mucho el nombre del autor... y se iba, y se encerraba en su cuarto; pero él—¡era tan hermosa!—la seguía... Un hombre salía de la habitación de la mujer...

—¿Te vas?—decía ella.

—Sí; a las once volveré. Para que me conozcas, cuando preguntes quién es, te responderé que *Ricardo III*.

—Pues yo abriré en seguida que venga mi Ricardo.

Se separaban; él procuraba esconderse para que no le viese el amante favorecido.

—¡Ah, pícara!—exclamaba—. ¡Con que tenemos tapadillo!...

El hombre iba a pasar junto a él. Se pegó a la pared para hacerse invisible, y sin duda lo conseguía, porque el rondador casi le rozaba y no daba señal alguna de verle. Pero él distinguía bien las facciones del desconocido: ¡Era Ricardo Burbage!

—Voy a hacerle una jugarreta—pensó.

Y esperó a que dieran las once. Minutos antes se aproximó a la habitación de la dama, y llamó con los nudillos.

—¿Quién es?—preguntó una dulce voz.

—Ricardo III—contestó él.

La puerta se abrió. La ventera apareció más hermosa que nunca; pero aunque aquella cara era la de la mujer de Davenant, aparecía convertida en una elegante dama digna de la corte de Isabel. Lanzó un grito de sorpresa al ver a Guillermo.

—Vos no sois...

El cerró la puerta.

—Sí soy; no temáis. ¿No os agradaba el nombre? Aquí me tenéis ¿No queríais conocer a Guillermo Shakespeare? Aquí estoy, y estoy a tu lado porque te amo, porque tus labios son la mejor cuna para mis caricias...

—¿Vos?...

—Sí, yo. No dudéis. Esta mano escribió el *Ricardo III* que tanto te gusta... Esta mano que ahora te acaricia...

Porque la ventera se dejaba acariciar como una niña, y ponía una cara de estupor suprema.

—¿Cómo habéis venido?

—Yo fuí a Londres a buscar fortuna, y la he encontrado. Dejé en Stratford a mi Anita, a mi

amada Anita, y a mis hijos, y a mis padres. Y voy a verles... He sufrido mucho con la ausencia; pero voy ganando una fortuna, y se la llevo. Me arreglaré un rinconcito en aquel pueblo donde nací, y cuando ya sea rico me volveré a mi tierra a gozar con los míos, a vivir con tranquilidad.

—¿No es mejor vivir en Londres rodeado de gloria, recibiendo el aplauso del público?

—El aplauso del público es como un tonel de cerveza; si lo catas un poco te agrada y atrae; si te lo bebes por entero te emborracha y te deja perdido.

—¿No te gusta la celebridad?

—Pero ¿soy célebre?

Y la acariciaba, la acariciaba. A ella le parecía un ensueño. ¿Era posible que tuviese entre sus brazos a Shakespeare, al gran autor?...

E ideaba nuevas caricias para alegrarle...

De pronto llamaron. Era Ricardo, el verdadero amante.

—¿Qué hacemos?—decía ella asustada.

—Calla—contestó él con calma. Y se dirigió a la puerta.

—Nos va a matar—exclamó la ventera consternada.

—¿Quién es?—preguntó Guillermo.

—Ricardo III—se oyó.

—Amigo, siempre fué en la historia de Inglaterra mucho antes el Rey Guillermo el conquistador que Ricardo III.

La ventera rió la gracia, se arrojó en brazos de Shakespeare y le llenó de besos, diciendo:

—Qué talento tienes. ¿Cómo no he de amarte?...

Y el viajero despertó (67).



IV

Se levantó rápidamente al ver la luz del día, montó en su caballo y salió de Oxford Guillermo Shakespeare, bien desoso de volver al lado de los suyos. Según había dicho a la ventera en sueños, iba a empezar a formarse el rincón donde descansar después de los trabajos de la vida.

Llegó a Stratford. La alegría de entrar en su nativo lugar fué infinita. Allí estaba Anita Hathaway con una absoluta confianza puesta en su esposo como le había pedido éste al partir. María Arden le esperaba con su maternal cariño acrecentado, si es posible que el cariño maternal sea capaz de aumentar. Todos, todos eran su encanto. Y la pequeña Susana, su hija del alma...

Pero, como si aquella alegría hubiera de tener siempre una nube que la mitigase, se encontró con un imprevisto golpe que le llenó de dolor: no salieron a recibirle mas que dos de sus hijos; las dos niñas: Hamnet estaba enfermo, y a los pocos días murió. El, que tan franco, tan abierto, hasta tan divertido era, siempre se encontraba rodeado de la imagen de la muerte, como queriendo grabar en su alma lo horrible de su gesto. Era el mes de Agosto, día 11; el infeliz niño se marchaba a la

región de la verdad; apenas pudo saber lo que eran las caricias de un padre; habían sufrido una separación de leguas; ahora la sufrirían de mundos.

Los días en Stratford se pasaban con encantadora calma. Escribía algún rato; recordaba los cuentos de su niñez y hacía comedias con sus argumentos. Su padre le preguntaba frecuentemente si había arreglado bien el asunto del escudo de la familia. Juan Shakespeare y su hijo, como todos los de la clase media de su tiempo, tenían la ambición de usar el escudo de armas correspondiente. Y Guillermo le contestaba que tenía esperanzas de que pronto se recibiría la orden. El se había propuesto rehabilitar a su padre de la persecución que hubo de sufrir por parte de Lucy, y lo conseguiría por completo.

Su padre le tranquilizaba. Parecía que todo había cesado: volvían los días, si no de prosperidad absoluta, al menos de mejores horas. Se veía a Sir Tomás por Stratford alguna vez; pero debió de recibir órdenes de Londres, pues su trato era muy distinto del que hasta entonces había tenido. Se conocía que los protectores de Guillermo eran fuertes y le querían de veras.

Un día se encontraron de manos a boca el poeta y su antiguo enemigo.

—Me felicito de verle a usted—dijo Lucy.

—Gracias—replicó Guillermo.

—Me han hablado mucho de usted; me han elogiado muchísimo su talento. ¿Y a que no adivina usted quién ha sido su panegirista?

—No soy adivino. Cuando acierto alguna profecía es por ignorancia; digo lo que me parece, y, por casualidad, hay ocasiones en que es verdad lo que he dicho.

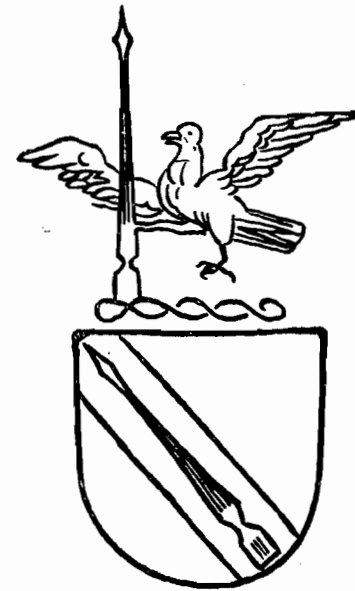
—Pues el gran Francisco Bacon. Es muy buen amigo mío. Y no es poca honra para usted que un hombre de su talla le elogie como él lo hace.

—Creí que los filósofos no decían más que verdades.

—No tengo por embustero a mi amigo.

Como Guillermo tenía poco gusto de conversar con su antiguo juez, buscó una coyuntura rápida para separarse de él. ¡Bien se conocía que le recordaba y buscaba las huellas de sus pasos cuando de

non sanz droict



ese modo iba preguntando a sus amigos! ¡Y Bacon era amigo suyo! Tenía mejor idea del filósofo.

Al fin hubo un día de placer en Stratford: la orden concediendo escudo de armas a Juan Shakespeare llegó. A su vuelta de Londres tendría que trabajar todavía el poeta para conseguir el permiso consiguiente del *Clarenceux*; pero allí estaba la firma de Guillermo Dathick y la descripción del escudo. ¡Su modesta ambición estaba satisfecha!

Algún tiempo después otra ambición de Guiller-



mo se veía realizada igualmente. El 4 de Mayo compró por 60 libras la casita llamada «New Place». Había sido edificada por Hugo Clopton cien años antes, y estaba un tanto ruinoso; la arregló y pensó el poeta:

—¡Qué dicha, poder cerrar los ojos en esta casa!

V

Entretanto estuvo Guillermo Shakespeare en Stratford ocurrió un suceso de gran importancia histórica entre España e Inglaterra: el saqueo e incendio de Cádiz por los ingleses en 1596. El impulsivo Conde de Essex, Roberto Devereux, hubiese llevado más lejos su hazaña; pero ante la negativa de seguir adelante de los demás nobles, hubo de regresar a la metrópoli para ver hasta que se le negaba el mérito de su propio acto para achacarlo a sus rivales, a pesar de contar con el cariño de la Reina (68).

Regresó el poeta a Londres y se instaló en casa de un hugonote francés refugiado allí y llamado Cristóbal Mountjoy. Estaba situada su nueva residencia en la intersección de Muggle Street y Silver Street. Se hallaba compuesta la familia con la que empezó a vivir el poeta, del padre, la madre y una hija llamada María. Cristóbal Mountjoy ganaba la vida haciendo pelucas y adornos femeninos, y, como aprendiz, recogió a Esteban Bellot, con la condición de que había de mantenerle y darle ropa limpia; corriendo a cargo del padrastrado de Bellot el vestirle (69).

Comenzó de nuevo su vida literaria.

Llegadas las Navidades hubo de cumplir la promesa hecha a Southampton de representar ante Isabel una comedia propia, y, para ello, revisó y arregló algún tanto la primera verdaderamente original que había compuesto: *Trabajos de amor perdidos*. Era obra a propósito para el caso; en ella se reflejaban vicios de la época, y sobre todo se hacía referencia a sucesos del tiempo, y en cierto modo podría verse una alusión a las damas de la Reina. No era ningún primor literario; mas tampoco era digna de desprecio. Tenía rasgos apreciables; en conjunto, como primera producción, era débil de concepción y de desarrollo. Se reunió la Corte en Whitehall, y allá fueron los cómicos.

El asunto de la comedia en pocas líneas puede contarse. La acción se verifica en Navarra. Su Rey Fernando y los caballeros Biron, Longaville y Dumain juran vivir tres años sin ver a una mujer, no comer un día a la semana y los demás días alimentarse con un solo manjar; no dormir mas que tres horas cada noche, y nunca durante el día y estudiar constantemente. Se establecen leyes para cumplir el juramento, y se condena a perder la lengua a la mujer que se acerque una milla a la Corte; y al hombre que se le encuentre hablando con una dama sufrirá el castigo público que a toda la Corte se le ocurra que haya de sufrir. Para solazar a los cortesanos en los momentos de descanso, se llamará a un español por demás refinado que por allí anda, el cual, por su pomposa manera de contar lo más sencillo, los divertirá; el español es don Adriano de Armado.

Su extravagante modo de decir se demuestra en la carta que envía acusando a un pobre aldeano por haberle visto hablar con Jaquenetta, una pobre muchacha del lugar. Pero todo lo referente a don Adriano de Armado es puramente incidental y encaminado a criticar el eufeismo y otros oscuros modos de decir tan extendidos en aquel tiempo.



Isabel I de Inglaterra.

(Reproducción.)

La historia principal de la comedia es que, después de prestado el juramento citado, se encuentra el Rey en el mayúsculo conflicto de que la Princesa de Francia va a visitarle para tratar sobre los derechos de La Aquitania. ¿Cómo recibirla sin faltar a lo jurado? Y ¿cómo preferir el cumplimiento de lo prometido a recibirla? Al fin acuerdan salir al campo los navarros, y así queda arreglado todo.

La Princesa y sus damas, entre las que descuella Rosalina, se enfadan por tal descortesía. Y el amor se entretiene en herir a los caballeros, quienes olvidan su promesa para recibir el desprecio de las damas. El Rey requiere a la Princesa, Biron a Rosalina, Longaville a María y Dumain a Catalina. Todos procuran disimular a fin de que no se sepa su traición a lo prometido; pero una confusión de cartas pone en descubierto el juego de cada uno.

Cuanto mayores son los trabajos que los cortesanos hacen por agradar, mayores son las ironías que reciben, hasta que al fin cada una de las doncellas impone una penitencia a su galán, el cual la tiene que cumplir un año, ya que no ofrece garantía de que mantendrán su palabra, el ver cuán fácilmente han quebrantado el juramento hecho anteriormente. Entonces dice Biron:

—Nuestro galanteo no termina como en las viejas obras; Juanito no alcanza a Juanita; con la aquiescencia de estas damas hubiese podido tener nuestra acción un desenlace de comedia (70).

Y tras los cantos de la Primavera y del Invierno, se daba fin a la representación.

Grande fué la sorpresa de Shakespeare cuando, al terminar el espectáculo, le dijo su amigo Wriothesley que la Reina le llamaba. Quería hablar con él. Se presentó ante Isabel con una alegría inmensa. Llevaba ésta una enorme gola de encajes rizados que le rodeaba la cabeza como si fuese la aureola de un santo, y al poeta le parecía el nimbo de la aurora. Sonreía. Diríase que iba a acariciarle

como se acaricia al niño que ha hecho una monería.

—Os conocía de referencia solamente; pero veo que no me exageraron al contarme vuestro talento—dijo Isabel.

—La amistad siempre ha sido ciega para hacer justicia, y yo tengo buenos amigos.

—Quien tiene amigos es porque los merece.

—O porque con su bondad le hacen a uno digno de merecerlos.

—Son pocos los que hay en el mundo que tengan tanta bondad.

—Mayor es mi suerte cuando he conseguido encontrar esos pocos. Bien es verdad que los que yo encuentro son los que primero encontrasteis vos.

—¡Ay! Yo he encontrado a muchos llenos de maldad en la tierra. Pero también he hallado quienes me distraigan de mis dolores como vos lo habéis hecho. Tenéis mucha gracia para despertar la risa. Confieso que me he divertido con vuestra obra.

—Es el mayor elogio que hasta ahora he recibido, y el que más aprecio.

—Pues aun os elogiaré más si conseguís realizar lo que yo quisiera.

—Al menos intentaré agradaros.

—He leído vuestro *Enrique IV* y me gustaría ver como protagonista de una comedia a Falstaff enamorado.

—Falstaff será protagonista.

—Será gracioso ver las aventuras que le ocurran.

—Pronto podrá verlas Vuestra Majestad; pero temo que sea un deforme monstruo lo que yo dé a luz, en vez de una hermosa obra como merece vuestra indicación.

La Reina se alejó gallarda; el poeta empezó a sentir en su cerebro la comedia que se llamaría *Las alegres comadres de Windsor* (71).



VI

Cansado de escribir, un día se dirigió Guillermo hacia Bread Street, y entró en la taberna de *La Sirena*. Frecuentemente se reunían allí literatos y cómicos en amistosa tertulia que había iniciado Walter Raleigh. Era el año 1598. Ya estaban en la taberna el reflexivo Donne, el despejado Fletcher, y Beaumont el tierno. Estos dos eran inseparables; si se veía a uno, pronto aparecería el otro; si se encontraba una obra firmada por el primero, había de buscarse la firma del segundo (72).

Apenas apareció el nuevo compañero, se apresuraron a enseñarle un folleto que estaban leyendo, en el que se decía que sus sonetos eran el encanto de los contertulios.

—Todas las críticas que de mí hagan sean como esa.

Y entre sonetos y rasgos de ingenio pasaban las horas cuando llegó otro literato. Era robusto, de mirada escudriñadora, de gesto un poco altivo como compenetrado de su propio mérito; saludaba a todos con agrado y a Guillermo con respeto y envidia, y al sentarse, cualquiera hubiera dicho que pensaba: ya habéis hablado bastante de lo vuestro; ahora vamos a hablar de mí. Era Benja-

mín Jonson el recién llegado. Poco tiempo hacía que en una agria pendencia había dado muerte a un compañero de escenario llamado Gabriel Spencer, por lo que estuvo encarcelado; pero pronto consiguió la libertad.

Se colocó al lado de Shakespeare y, como buen ególatra, empezó a hablar de sus cosas. Todo se le podía perdonar, pues era el principio de su celebridad lo que estaba tratando; merced a la protección del gran actor iba a representarse su mejor obra (entonces él la creía la mejor), y el mismo Guillermo representaría el papel de *Sejanus*, uno de los principales. Con gran consideración le escuchaba su padrino, y él se esforzaba por darle detalles para que comprendiese bien el tipo que iba a encarnar (73).

Pero al momento le interrumpían, con gran disgusto suyo, para dirigirle algún epigrama, al que él replicaba con otro lleno de gran erudición y sabor clásico, porque Jonson, enamorado de la antigüedad, a ella volvía sus ojos antes de decir ni una palabra siquiera.

Y a poco que disminuyera el ataque, encontraba el medio de contar su vida dolorosa a alguno, hubiese o no la hubiese oído.

Había nacido al mes de haber muerto su padre. Su madre contrajo segundas nupcias con un albañil, hombre vulgar que le destinó a aprender aquel oficio. Pero él, apasionado por el arte, consiguió ir a Cambridge para estudiar. Fué soldado en los Países Bajos... y, al fin, había conseguido ingresar como actor en una Compañía, y sobre todo escribir... Iba a estrenar una obra: *Cada hombre con su humor*.

Al oír Guillermo que por centésima vez estaba refiriendo la historia, le dirigía una pulla ingeniosa y dulce, a la que él intentaba replicar; todos callaban para presenciar el pugilato, y siempre era vencido Benjamín. Atacaba con el heroísmo

y el empuje majestuoso de un navío español; su contrincante le derribaba con la ligereza y acierto en el golpe de las naves inglesas (74). Jonson era digno del mayor encomio; pero siempre era el segundo.

La presencia de Ricardo Burbage y su hermano Cuthbert terminaba las pequeñas escaramuzas de la reunión para empezar a tratar de un asunto más importante. Se iba a demoler *El Teatro*, y con sus materiales se construiría uno que le llamarían *El Globo*. Ya estaba señalado el terreno donde había de edificarse junto al Támesis. Daría cabida para 2.000 espectadores. Sería octogonal... Y Guthbert daba idea de cómo quedaría definitivamente el edificio.

Guillermo deseaba tomar parte en el negocio. En verdad que *El Teatro* estaba ya viejo. Construido en 1576 por Jaime Burbage, padre del primer trágico de su época, pedía ya una reparación total, y lo mejor era hacer un teatro nuevo...

Y al salir de la taberna se dirigió a ver a su protector, el Conde de Southampton. Sin duda le ayudaría para salir airoso de su empresa.

El Conde le recibió como siempre, con las mayores muestras de amistad. ¿Qué deseaba?

Más tardó él en hablar que el Conde en conceder.

El poeta consiguió ser uno de los que poseían más acciones del nuevo edificio. Su protector le había otorgado una extraordinaria suma; no pedía él tanto. Mil libras puso a su disposición (75). Fácilmente podría desembarazar de compromisos financieros a su padre, desde entonces, y mejorar la situación económica de todos.

VII

En el mismo año de 1598 terminó la regocijada comedia: *Las alegres comadres de Windsor*. El deseo de la Reina estaba cumplido. Juan Falstaff dejó de ser el inteligente personaje que había aparecido en *Enrique IV*, y con un poco más de vanidad quedó a propósito para ser juguete de las intrigas de las damas Windsoreñas. Dos caracteres esencialmente españoles fueron interpretados en esta obra por el genio inglés: Falstaff, es el Don Juan Tenorio británico: Mrs. Quickly, la Celestina del Norte. No es el inglés dado a los arranques caballerescos del Tenorio. Amar por el placer de amar, gastar la hacienda propia por buscar una hora de deleite, estar dispuesto a medir la espada con el primero que pretenda interceptar el paso, llegar al mismo sepulcro de la amada para llorar un arrepentimiento final, y sobre todo el rasgo distintivo del Don Juan español, invitar a su mesa al enemigo muerto, no son cualidades que se comprendan fácilmente en quien haya nacido entre las brumas del Norte. Origen celta tendrá la tradición primitiva del *Burlador de Sevilla*; pero si ha de conseguir dar vida al pendenciero enamorado, es preciso que pase por la nostálgica Galicia, y

termine de transformarse bajo la caricia del sol de Andalucía (76). Cuando pretenda el habitante de la ribera del Támesis emular las proezas del seductor de Doña Inés, quedará reducido a la concepción shakesperiana del héroe Falstaff. Por eso es grande el poeta, por eso se le reconoce como un genio; al volar para las creaciones trágicas supo reflejar las grandes pasiones humanas; al escudriñar para sus composiciones cómicas, encontró las torpezas y vicios de los hombres, sin inventar un ligero accidente. El espectador, al contemplar aquellas señales concretas, al ver dibujar tan exactamente el tipo real, generalizará el vicio y le descubrirá con sus facetas distintivas en todos los demás tipos que concuerden con él. Falstaff, cuando piensa en el amor es por egoísmo, no por su afán de ver una ilusión realizada o un deseo satisfecho; pero en Falstaff está el espejo en que deben mirarse quienes toman el amor por una pasión bastarda. Y por si hay alguna duda, ved ahí a Fenton, que consigue la victoria con sólo amar, en contra de todos los que pretenden disputársela con medios menos puros.

Y al lado del obeso enamorado aparece la celestina inglesa Mrs. Quickly. No se verá en ella tampoco el ligero tinte romántico que en las heroínas del Arcipreste y del bachiller Fernando de Rojas se descubre. Trotaconventos y la tercera en los amores de Calixto, como la Brígida de Zorrilla, laborarán por el oro; pero serán fieles a aquel que las reclame. Favorecen una pasión más o menos lícita, y es su servicio único: parece como que hasta van a sentir algún placer con la victoria. La vieja sirvienta del Dr. Cayo no se preocupa más que de cobrar; es falsa hasta con su mismo señor. Es absolutamente positivista.

En las comedias anteriores había trazado el poeta tipos magistrales; ahora ya son caracteres lo que dibuja, y el judío Shylock que, como carácter

y de los que mejor han sido tratados debe contarse, es la única excepción que debemos señalar, aunque indicando la superioridad de los que en la obra de que tratamos aparecen, por la mayor originalidad que en ellos campea. No nos referimos ahora a las tragedias.

La acción es rápida y llena de situaciones cómicas. El principal asunto es el siguiente:

Juan Falstaff, grosero personaje que tenía por amigos a los tunantes Bardolph, Pistol y Nym, decidió enamorar a la mujer de Ford.

«—Noto que hay cierta buena disposición en ella: charla, discurre mil encuentros, me guiña con ojos incitantes. Yo alcanzo a interpretar su estilo familiar, y el pasaje más dificultoso de su comportamiento, traducido en castizo inglés, dice: Me peino para el caballero don Juan Falstaff».

Así decía a sus compañeros, y se las prometía muy felices, pues tanto la señora de Ford como la de Page, a la cual también enamoraría, mandaban en la fortuna de sus maridos, y él podría explotar la pasión, reconstituyendo así su ya escuálida bolsa.

Escribió sendas cartas a las mujeres y se dedicó a esperar respuesta. Pero como las damas eran muy amigas, se contaron la sorpresa con que habían recibido semejante embajada y se decidieron a vengarse de la ofensa que se les había hecho.

Los compinches de Falstaff, que no estaban muy contentos con él, avisaron a los maridos correspondientes de los tratos que había emprendido el fachendoso personaje. Ford y Page recibieron la noticia con la consiguiente alarma, y se propusieron que no pudiese aquél llevar a cabo sus planes.

Bien ajeno a todos aquellos contratiempos recibía el necio la visita de Mrs. Quickly, una vieja redomada en el oficio de andar con dimes y diretes, y escuchaba con gran gusto que la señora de Ford había recibido su carta y le esperaba de diez a

once. Verdaderamente estaba enamorada de una manera loca. Y lo más gracioso del caso era que la señora de Page también lo estaba, y le había encargado que le participase que algún día le podría dar mejores nuevas, ya que por entonces no era posible recibirle, por ser rara la vez que su marido salía de casa.



«—A fe mía—exclamaba la vieja—, voy pensando que tenéis algún hechizo, picarón; sí, a fe.

—No tal, te lo juro—replicaba él arrellenándose en el sillón, lleno de orgullo—. Como no sea la magia de mi gallarda presencia, no sé de otro alguno» (78).

La vieja se marchaba. Claro que nada sabían una de otra las interesadas.

Ford, receloso por lo que le habían denunciado,

y para asegurarse de la verdad del caso, hizo que le presentasen al calavera, como si fuera un tal Brook. Falstaff le recibió amistosamente, porque el celoso marido hizo llegar el dinero por delante. Así pudo contarle que adoraba a Alicia, pues así se llamaba la señora de Ford. El no se atrevía a cortejarla por temor a un fracaso; pero como Falstaff poseía tales dotes para persuadir, le agradecería que interviniese en su favor. Si necesitaba dinero, no le faltaría; todo cuanto fuese preciso lo tendría a su disposición.

Y el necio le contó, pavoneándose, lo que había sucedido, y que de diez a once tenía que ir a ver a la dama, prometiendo interceder por él.

Mas he aquí que las dos requeridas comadres habían ya ganado por suyo a Robin, el paje del mujeriego conquistador, y le preparaban una de las que el ingenio femenino sabe preparar. Robin le condujo a la encrucijada.

Allí estaba Alicia Ford esperándole con los brazos abiertos.

—¿Te tengo al fin, mi joya celestial?—decía el badulaque—. ¡Puedo morir en este instante, pues hartó he vivido; esta es la meta de mi ambición! ¡Hora feliz!

—¿Me engañáis? Temo que os guste la señora Page.

—Como entrar en la cárcel.

—Algún día sabréis cómo os adoro yo.

—Sabré merecer vuestro cariño.

—Os confieso que ya lo merecéis.

Cuando más animado era el diálogo se presentó Robin, para avisar que la señora Page estaba llamando. Y apareció la rival cuando el Tenorio se había ocultado, anunciando que llegaba Ford a toda prisa, diciendo que su mujer tenía escondido a un hombre en su casa. Si era verdad, precisaba evitar un disgusto. Salió Falstaff, le hicieron meterse en la cesta de la ropa sucia, le cubrieron con los más

apestosos trapos, llamaron a los criados, quienes ya habían aprendido la lección, y en el momento en que entraba Ford salía el amante, sin sospechar adónde era conducido. Buscaba el marido por todas partes al delincuente, mientras éste, cuando menos lo esperaba, se encontró zambullido en el mismísimo Támesis, como único premio a su travesura. Según pudo salió del fangal en que le arrojaron los malhadados criados, y se dirigió a su casa.

—¡Vive Dios!—juraba—. Si me jugasen otra partida como esta, haría que me sacasen los sesos, los untasen con manteca, y se los daría así a un perro como aguinaldo. Los bellacos me echaron al baño con la misma frescura con que hubiesen arrojado a unos cachorrillos. Y fácilmente se comprende que con mi volumen es lo más puesto en razón irse al fondo con presteza.

Pero allí llegaba otra vez Mrs. Quickly. Venía de parte de Alicia. La pobre estaba desconsoladísima y era menester que volviese a verla. Su marido se iba a cazar pájaros con los amigos, y podrían ellos aprovechar coyuntura semejante.

Le convenció. De ocho a nueve iría.

Al poco rato se presentó el señor Brook. La cara que puso cuando se enteró por boca de su enemigo de cuanto había sucedido, no es para descrita. Afortunadamente, le indicaba también la ocasión de vengarse. A las ocho iría a su casa, y no dejaría cesta ni cesto sano.

—¡Este es el matrimonio! ¡Esto es tener ropa blanca y canastas donde llevarla!...—exclamaba.

A la hora convenida se presentó el libertino en casa de Ford; pero al momento acudió la señora Page anunciando también la llegada del marido. ¡Por dónde diablos lo sabría!

No hubo otro recurso que vestirse de anciana, con las tocas bien echadas hacia la cara, para salir a favor de semejante disfraz.

Mientras el marido se volvía loco haciendo po-

ner en el suelo toda la ropa que en el cesto se hallaba y registrando cuantos rincones había en la casa, bajaba la anciana apoyada en el brazo de la señora Page. Ford, al verla, preguntó:

—¿Quién es?

—La tía de mi doncella, la de Brentford.

—¡Mala pieza, bruja! ¿No le he prohibido que venga a mi casa? ¿Vendrá con recaditos? ¡Fuera de aquí.

Y la golpeaba con furia.

—¡Le ha zurrado lastimosamente!—dijo la señora Page al quedarse a solas con la señora Ford.

—Antes diríamos mejor que le zurró sin lástima alguna—rectificó la última.

Todavía jugaron otra partida al casquivano pretendiente. Contado todo por ellas a los maridos y amigos, pusieron de acuerdo para darle de palos hasta molerle los huesos. Escribió la señora Ford citándole en el bosque, rogándole que se disfrazase para acudir a la entrevista, a fin de que nadie le conociese, y cuando se encontró allí Falstaff apareció un conjunto de hadas y enanos y sátiros, los cuales le pellizaron, quemaron y aporrearon de tal manera, que no le quedó parte del cuerpo sana del diluvio de tormentos.

Y aparte de aquel sacrificio personal tuvo que sufrir el moral de verse rodeado de sus amadas, maridos y compadres, quienes se rieron de lo lindo al verle tumbado, pretendiendo de este modo que fuera pasando más ligero el chaparrón.

Allí reconoció al señor Ford, en el que se le había presentado como señor Brook, y chasqueado así se curó el viejo de su pasión mal encaminada.

Al lado de este asunto principal se desarrolla otro secundario. Ana Page tiene tres pretendientes: el doctor Caius, Slender, sobrino del juez Shallow (79), y el caballero Fenton. A todos tres favorece Mrs. Quickly, y de todos tres cobra, no

haciendo nada en realidad por ninguno de ellos. Los padres favorecen a los dos pretendientes primeros porque son ricos, y Anita a Fenton, porque es el más apuesto y el de mejor corazón. Cuando la danza del bosque, es Anita el hada principal; sus padres tratan entonces de arreglarlo todo por medio de una fuga. El padre indica a Slender que irá vestida de blanco, y que cuando él diga ¡Silencio!, ella contestará ¡Chitón! La madre prepara una escapatoria idéntica, diciendo al doctor Caius que irá vestida de verde. Pero los novios lo arreglan de tal suerte, que la que va vestida de blanco resulta ser el chico del cartero, y la de verde otro chico; Anita vuelve casada con su verdadero amante.

El pastor Evans, con sus concordancias vizcaínas, sirve para amenizar más todavía algunas situaciones.

Con tales materiales compuso Shakespeare una de las más hermosas comedias que hay en la literatura mundial, y la libertad de expresión de ciertos momentos no será nunca un lunar que empañe la graciosa creación por todos siempre muy justamente celebrada (80).



VIII

Un disgusto y una alegría tuvo Shakespeare por aquel tiempo. William Jaggard publicó en 1599 su poema *The Passionate Pilgrim* (El apasionado Peregrino), e insertó en él dos sonetos, sin que tuviera conocimiento de ello su autor; bien es verdad que no fué ésta la única publicación clandestina que se hizo de sus obras en su tiempo.

Por el contrario, en Marzo de 1600 satisfizo una de las muchas deudas de su padre, pagando a Juan Clayton, en Londres, la cantidad de siete libras. Y como ésta, fué abonando todas las cuentas del autor de sus días.

Un grave suceso vino a amenazar con dar al traste a todas las ilusiones que se había forjado el poeta. Su amistad le ligaba al Conde de Southampton, y éste era un *alter ego* del Conde de Essex.

El violento Essex, después de su hazaña en Cádiz, había sido enviado a Irlanda para reprimir la insurrección de Tyrone. No supo o no quiso terminar aquella empresa con la rapidez que el caso requería; antes al contrario, procuró tomar decisiones que estaban en pugna con los deseos de la Reina. El Conde de Southampton se había concitado la enemistad de Isabel por haber cedido a la

graciosa solicitud de mistress Vernon, y haberse casado con ella secretamente. Era prerrogativa real dar el consentimiento para que se verificase la boda de los nobles, y como Wriothesley había prescindido de él, la Reina consideró el hecho como un ataque a su autoridad. Por eso le envió a Irlanda con la consigna de que no había de obtener cargo alguno. Essex le nombró General de Caballería, contestando así a las órdenes reales. Esto y otras muchas decisiones no menos altaneras hicieron que la Reina empezase a recelar de su favorito, el cual, recordando una anterior determinación que en caso parecido había tomado Leicester, se presentó en Londres, llegó al palacio, entró en el cuarto de Isabel, y no encontrándola en él, penetró hasta la misma alcoba. La Reina estaba en el tocador. La sorpresa fué agradable: cuando salió Essex creía haber llegado a seguro puerto con su arrojo; mas por la tarde, cuando volvió a ver a su soberana, ya el ánimo de ésta había sido trastornado por los enemigos de Devereux.

Desde semejante momento fueron creciendo las desventuras del magnate. Su mismo protegido Francisco Bacon llevó la voz contra él. Un atisbo de clemencia había en el escrito de acusación hecho por el filósofo, y al oír la Reina aquel pasaje, exclamó:

—Bien se descubre que no es fácil olvidar un antiguo afecto.

—Supongo que S. M. habla de sí propia—contestó él.

Roberto Devereux siguió por el camino de su perdición: conspiró. Era descendiente de la familia Real; pero no ambicionaba nada para él. Trató de favorecer a Jacobo de Escocia, haciendo que la Reina le nombrase su heredero. Púsose de acuerdo con Mountjoy, quien le había sucedido en el gobierno de Irlanda, el cual debía desembarcar en Inglaterra con parte de sus tropas. Todo estaba

bien ideado; sin embargo, la excesiva franqueza de Roberto dió al traste con cuanto se había tramado, comprometiendo, no sólo a él, sino a sus amigos. En cierta ocasión le mostró el lord Tesorero el versículo de la Biblia: «Los hombres de sangre alterada vivirán la mitad de sus días». El de Essex no dió importancia al hecho; pero la amenaza se cumplió. Roberto Devereux, el Conde de Southampton, y otros de los que tomaron parte en el tumulto de la conspiración, fueron encarcelados (81).

Otra vez se levantó para acusar a su anteriormente amigo, demostrando tener una conciencia poco escrupulosa y un concepto de la amistad muy egoísta, el que luego tenía que ser llamado Barón de Verulamio y Vizconde de San Albano: Francisco Bacon.

En su discurso comparaba a Essex con el ateniense Pisistrato, el cual se hirió a sí mismo para hacer creer que le habían herido sus enemigos, por lo que le proporcionaron soldados que le acompañasen y a los que él empleó para conquistar a su patria. El antiguo favorito fué condenado a muerte. Sus últimos momentos fueron de devoción y arrepentimiento rayano en debilidad.

El 25 de Febrero de 1601, a las ocho de la mañana, fué ejecutado en un aposento de la Torre de Londres, entre el más completo silencio, conforme había pedido. Sólo un hombre contempló el suplicio desde una ventana: era sir Walter Raleigh, uno de los que más había laborado por que llegase aquel lúgubre momento, porque era rival de la víctima cerca de la Corte.

También Enrique Wriothsley estaba condenado a muerte. Afortunadamente, le fué conmutada la pena por la de perpetua prisión. Guillermo Shakespeare se vió privado de su mejor protector, y a trueque de ser contado entre los conspiradores;

pero su talento le valió en ésta como en otras ocasiones. Bacon le decía a los pocos días:

—Tiempo de muertes es éste. ¿Sabéis que ha fallecido sir Tomás Lucy?

—Eternamente descanse.

—Os apreciaba más de lo que suponéis.

—Y yo también le apreciaba a él más de lo que suponía.

—Pero habéis amargado sus últimos días con algunas frases que le habéis dedicado en vuestra comedia...

—¡Oh!, no tuve semejante idea.

—Bien clara estaba la alusión.

—No creo que todos la vean con tal claridad (82).

Guillermo no veía con gran satisfacción al acusador de Essex, aunque, sin saber por qué, le tomaba cada vez más simpatía.

Tiempo de muerte era, en verdad. A los pocos meses de ser ejecutado Devereux, bajaba al sepulcro Juan Shakespeare. ¿Quién podría reflejar el dolor de su hijo? ¡Fatal año 1601! ¡Fatal mes de Septiembre aquel en que dejó de ver la luz del día su amado padre!

IX

—Os confieso que en todos los días de mi vida he estudiado un papel que me haya costado tanto de entender como éste—. Así decía Ricardo Burbage a Guillermo una tarde saliendo del teatro.

—No lo extraño—contestó el poeta—. Hamlet tiene la misma consistencia que un girón de niebla, que una sombra sobre el río.

—Pero explicadme algo; me tiene fuera de mí el no llegar a dar en el clavo. Hay veces en que me parece que ya lo entiendo todo; pero cuando vuelvo a leer la obra, siempre encuentro algún pasaje que está en contradicción con lo que pienso. Hamlet es ante todo un loco; o mejor dicho un cuerdo que se finge loco.

—No, no; eso es puramente incidental. Mirad; yo estaba preocupado por ver hasta dónde llega el amor filial, y quería encontrar un personaje que fuese esencialmente un hijo. Ese es Hamlet.

—Sí, lo comprendo también.

—Ya conocéis un libro que se llama *Las Historias trágicas*; es de un francés (83). Leyendo ese libro vi a mi héroe. Se trata de una historia que ocurrió en Dinamarca. Parece que es cuento antiguo.

El protagonista de ese cuento era el hijo que á mí me hacía falta.

—¡Bueno! Entonces quedamos en que el principal afecto de Hamlet es el amor filial.

—Justo. Yo quería que este amor le llevase a resolver el mayor problema que en el mundo existiese, pues el hijo debe arrostrar por sus padres los más grandes peligros del vivir. El magno problema que en el vivir he contemplado es el de descubrir la verdad. Creedme que yo no he podido dar con ella todavía. ¿Recordáis al Doctor Fausto? Por la verdad, por la ciencia, entrega su alma al diablo; pues Hamlet, por su padre, por su amor de hijo, se entrega a la conquista de la certeza. ¿Veis por qué es inconsistente ese personaje? Porque es la duda, y si la duda fuese algo concreto dejaría de ser en esencia lo que es.

—Entonces ¿debe resultar el Príncipe como irresoluto?

—No, eso nunca. Es la duda; pero no la que se queda eternamente rodeada de tinieblas, sino la que termina siendo luz.

—Pero la luz llega a él cuando menos la espera.

—¡Claro! Como ocurre en la vida. Es poco nuestro cerebro para conquistar el preciado tesoro de lo cierto: la Naturaleza y las almas se presentan desnudas en un instante extraordinario, y el que logra ser testigo de ese momento es el que lo aprende. Entretanto somos los seres que sospechan, que sienten la voz de la realidad y pugnan por averiguar de donde nace, sin que lo consigan definitivamente, como el Príncipe danés... Cuando éste posee el secreto teme engañarse todavía; quiere encontrar la ocasión oportuna, y cuando la ocasión se presenta duda de que sea la más propicia. ¿Sabéis por qué os resulta tan difícil interpretar a Hamlet? Porque es un problema que ocurre en su alma lo que en la obra se representa. Por una acción real se desenvuelve una acción moral.

—Ya lo sé; eso está claro. Lo que no veo tan claramente es ese problema moral. Empieza porque esa aparición de la sombra...

—Os lo explicaré todo—decía Guillermo sonriendo benévolamente—. Hay cierto simbolismo en esa aparición. Ya sabéis que no creo en duendes, ni trasgos, ni quimeras; pero también debéis saber que no conozco otro medio de llevar a la escena la conciencia, la idea, el espíritu, mas que por medio de sombras. ¿No recordáis las sombras que Marlowe hizo aparecer para que indujesen al doctor Fausto al bien o al mal?

—Entonces que aparezca la sombra ante Hamlet; pero no ante sus amigos.

—¡Vaya! No lo entendéis, ya está claro. Fijaos en la realidad. Las ideas no nacen de nosotros mismos. Voy a contaros lo esotérico del drama.

En aquel momento los encontró. Ricardo Shakespeare. Con el apoyo de su hermano había emprendido también el camino de la escena, aunque no fuese nunca un actor de primer orden. Los tres se dirigieron a las orillas del Támesis, y allí se esforzó Guillermo por hacer comprender el drama que iba a estrenarse a los pocos días. Así pasaba el poeta por aquellos tiempos de luchas y conspiraciones: como pasa la luz del día por un cenagal.



X

—Es el mundo, son los hombres los que inician la duda. Hoy es una sonrisa, mañana una mirada, al otro una palabra, más tarde una frase la que nos hace sospechar. Nacemos sin saber nada; los que nos rodean nos lo enseñan todo. He aquí por qué Hamlet no sabe, no conjetura que en la muerte de su padre puede haber oculto un crimen. Sus amigos, los amigos fieles—que en el mundo hay dos clases de amistades, la que habla con franqueza y la que se pone la máscara del cariño para vendernos. Esta última procura descubrir nuestros secretos, no para revelárnoslos, sino para hacer comercio de ellos. La otra es la que nos sirve como de escudo, y rompe el velo a todo misterio que nos rodea—. Los amigos fieles, como digo, son los que ven al fantasma. En el mundo no le ven aparecer como visión armada de todas armas; pero en la escena deben verle así: de este modo llega al público haciendo el efecto material que la sombra del crimen que se vislumbra hace en las almas. El Rey muerto se presenta a la vista, como la idea a la mente.

Los testigos de la aparición no adivinan la verdadera causa que la origina, creen una historia bien

distinta; como ocurre en la vida. Las sospechas de la existencia de un delito no aparecen por el conocimiento del delito mismo. He aquí por qué Horacio y sus compañeros piensan en que el fenómeno es debido a las guerras que se preparan. Hamlet venció a Fortimbrás, y éste hubo de ceder las tierras que se habían señalado de antemano como premio a la victoria; por lo que ahora pretende recobrarlas, y está armando su gente y reclutando cada vez mayor número de soldados. Sin duda alguna, se presenta el Rey en tal forma visionaria, puesto que él fué el retado por Fortimbrás y a quien se debe, por tanto, la guerra.

Horacio, el amigo del alma del Príncipe, es el más osado y se acerca al fantasma. Quiere averiguar la verdad para contarla a Hamlet; pero no es él quien debe saberla: para él la visión es completamente impalpable.

Bien descuidado se encuentra el danés, quien no siente mas que el dolor por la muerte de su padre. Los únicos datos que conoce son que aquél murió, y que su madre ha contraído nuevas nupcias con el hermano del difunto. ¿Existe la duda en él? Yo casi os diría que lo único que pasa por su cerebro es la duda de la duda. Lo que anida en su corazón es la opaca nube del tormento por la muerte del ser querido.

Y quiere ir a estudiar, desea volver a su antigua vida. Su madre le ruega que se quede a su lado, y él accede. ¿Por qué? En los trances horribles de la vida somos como autómatas. Autómata es Hamlet en aquel momento que se mueve por el impulso del cariño de hijo. Y aparece el conflicto exigido por el amor filial: Hamlet ha de dudar, y de su propia madre. Es su obligación. El problema es arduo; pero necesario se hace resolverlo. La primera piedra, guijarrillo apenas perceptible en medio del camino, se presenta, y lo primero que piensa el Príncipe es contra sí mismo.

—¡Oh, si pudiera derretirse esta carne y disolverse en rocío! ¡Si Dios no hubiese dictado su ley contra el suicidio!

La piedrecilla se agranda. Sus ojos no veían, sus oídos estaban completamente cerrados; pero allí llegan sus amigos. Horacio, Marcellus y Bernardo vienen a contarle lo que vieron: el fantasma que ante ellos apareció se junta al pequeño espectro que aparecía en el cerebro del desdichado Príncipe.

—¡La sombra de mi padre!—exclama entonces—. Recelo alguna maldad, algún crimen. ¡Fuera ya de noche!

El fantasma aparecerá ante sus ojos; el fantasma hablará; la duda tomará cuerpo cuando se presente armada de todas armas ante él. Hamlet huye de la tierra para sumirse en el mar de las tinieblas.

Por eso va a perder a la pobre niña de sus amores: Ofelia. La encantadora joven que a pesar de su humilde posición le había sabido cautivar con la pura luz de su mirada, se separa de su hermano, quien le aconseja que olvide aquel cariño. No es posible que Hamlet piense en ella con verdadero amor.

—¡Témele, Ofelia, témele!—decía—. Y después su padre le repite:

—No creas sus palabras, no hagas caso de sus votos.

Porque Polonio, el padre de la niña, cree siempre saber la verdad. ¡Oh! Para él ése es problema que se resuelve en medio minuto, y como lo resuelve tan rápidamente, así sale la solución. Laertes todo lo arregla en el mundo; no puede presumir que haya algo más allá. Lo que en la tierra sucede, en la tierra se ha de arreglar; y lo que de tierra es, con ojos de tierra debe verse. Padre e hijo son dos caracteres hechos de barro absolutamente.

La infeliz Ofelia, por el contrario, es toda amor; y por aquel sublime cariño intentará subir a la

región en donde se encuentre su amado. Si un suspiro se hiciese mujer sería Ofelia; por eso cuando quiera mezclarse, por obra de amor puro, con el huracán de Hamlet, tendrá que sucumbir; pero sucumbirá cantando porque va envuelta en el torbellino de su ilusión.

—Padre, te obedezco—dicen los labios de la niña al oír los consejos de Polonio; pero el alma vuela para desmentir sus palabras.

Y ¿dónde está el amado? Contemplando la sombra que le señalan sus amigos.

—Mirad, ya viene—le dicen.

—¡Cielos, ángeles, valednos!

Y la sombra le hace señas de que le siga. Es preciso, él debe ir más allá. Sus amigos pueden quedarse haciendo cábalas. Hamlet ha de conquistar lo desconocido.

—No vayas, Alteza.

Aparta.

—Ten prudencia.

—Llama mi sino, y debo ir tras él.—Y dirigiéndose a la sombra dice con resolución: —Te sigo; ve delante.

Y el crimen se presenta ante él. El fantasma se lo revela todo.

—Estaba dormido en mi jardín, según era costumbre, cuando mi hermano me privó de vida, Reino y esposa. Fuí muerto en la misma flor de mis pecados; sin confesión, mandado a juicio con toda mi alma llena de la carga más horrible. ¡No consentas que el tálamo real de Dinamarca sea nido de lujuria! No fragues nada contra tu madre; el cielo para ella; no manches tu honor.

Se aproxima el día; el fantasma se desvanece, y llegan junto a Hamlet Horacio y sus compañeros. Poco pueden sospechar lo que ha ocurrido; pero como a él le hizo llegar a poseer el secreto la visión que ellos tuvieron, es preciso que nadie más tenga noticia de ella.

—Juradme no decir nunca, jamás, lo que esta noche visteis.

La sombra grita desde lejos:



—Jurad.

Todos se espantan ante aquel misterio. Huyen.

—Juradme que no diréis nada—pide Hamlet en otra parte. Y la voz vuelve a gritar:

—Jurad.

—Sí, juramos.

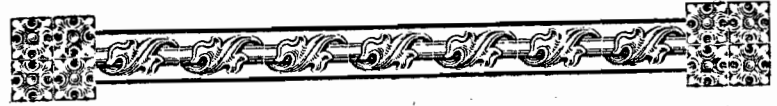
—Ni frases ambiguas, ni nada que despierte sospechas.

—Jurado queda.

Parece que la sombra todavía grite: *Jurad*. Y Hamlet exclama:

—Paz, paz, inquieta sombra.

Sí, debe de tener paz, porque ya no es fantasma que se aparezca entre el misterio de la noche; ya está dentro de él, ya es su misma idea, su propio ser: Hamlet ya no es Hamlet; es el espíritu de la duda, y ha de redimirse. Su padre lo exige. Lo averiguará todo. La verdad está oculta en el mundo; él se ocultará del mundo para que éste no conozca cuando penetra el Príncipe hasta lo más recóndito de él; su pensamiento se borrarán; será un loco. ¡Adelante! Sin conocimiento adquirirá los secretos de los demás. Las frentes de los que le rodeen se harán de cristal; la suya, de hierro. Y se presenta ante la Corte con la férrea careta de la locura.



XI

Ricardo Burbage atendía con gran interés a cuanto explicaba Shakespeare, y éste siguió narrando con sencillez y estilo cortado aquel hermoso drama, que había de ser la primera de las cuatro grandes flores de su jardín. Decía:

Azorada llega Ofelia ante su padre.

—¿Qué tienes?—exclama éste.

—¡Ay! Estaba en mi aposento cuando llegó Hamlet sin nada en la cabeza, con el jubón aflojado, blanco como su camisa, con las rodillas temblorosas y con una mirada que parecía de alma escapada del infierno.

—¿Loco de amor?

—No sé. Me asió del puño, me miró insistentemente, lanzó un gemido y se alejó.

Polonio se da por satisfecho. El acertaba en seguida los más graves asuntos, y para dilucidar aquél no necesitaba nuevos datos. Había querido saber qué conducta observaba su hijo en el extranjero, y al punto había encontrado la solución. Mandó a un amigo para que anduviese diciendo que era un disoluto, empedernido jugador, mujeriego, y cuantas majaderías se le ocurrieran; así aquel que supiese algo ciertamente replicaría al momento:

—Es verdad, yo le vi anoche en tal sitio... etcétera, etc.

—Vamos a ver al Rey—dice—y se lo contaremos todo. Debimos haber juzgado mejor de él. Tus desprecios le han trastornado el juicio.

Y ante el Rey aparece llevándole juntamente la nueva de su descubrimiento y el anuncio de la llegada de los embajadores de Fortimbrás.

Este ha depuesto las armas contra Dinamarca, y sólo pide paso para ir a emplear sus tropas en la conquista de Polonia. Por arreglado debe considerarse, pues, tal asunto. La anomalía descubierta en el Príncipe es, por tanto, la preocupación única de la Corte. Dos de sus antiguos compañeros de estudio son requeridos para que intenten descubrir la causa de tal disturbio, Rosenkrantz y Guildenstern, los cuales aceptan gustosos el encargo; pero Polonio insiste en que conoce la materia y, para atestiguarlo, presenta una carta llena de incoherencias dirigida a su hija por Hamlet. Los Reyes, convencidos, acuerdan acechar al Príncipe y preparar una entrevista entre él y Ofelia, la cual será presenciada desde un escondite por todos.

Polonio se encuentra con el joven; le saluda, y recibe una serie de cuchufletas del fingido loco, mezcladas con sabrosos comentarios que dan que pensar. No se intimida por ello.

—¿Qué lees, señor?—le pregunta.

—Palabras, palabras, palabras—responde Hamlet.

Y todo esto es lo que saca en claro el cortesano. Rosenkrantz y su amigo no consiguen más. Es decir, consiguen menos, pues a las primeras palabras del Príncipe se descomponen y confiesan de plano el verdadero objeto de su intervención. Al exterior parece que el loco no se inmuta; por dentro recoge aquellos datos para seguir su camino hacia la conquista de la verdad. ¿Quién sabe si las pa-

labras del fantasma fueron ciertas? Es preciso que las repita la realidad, no una visión.

Allí llegan unos cómicos, y es el mejor medio de descubrir la farsa del mundo reproducirla por medio de la farsa de la escena, por lo que el melancólico Príncipe danés encarga a los actores que representen una comedia a la que añadirá algunos versos. Su amigo Horacio debe estar alerta para sorprender el menor gesto del Rey y de la Reina.

Ricardo Burbage interrumpió a Guillermo:

—Sí, ya he visto las alusiones que hacéis a ciertos cómicos del día.

—Humoradas. A ver si así se corrigen un poco.

—Críticas muy acertadas. Ligeras sátiras, que no dudo han de surtir efecto.

Shakespeare siguió contando:

La lucha entre la certeza y la duda está entablada; aquélla quiere dirigir a ésta por falsos derroteros; la última va hacia la primera como sobre terreno conocido. La Corte prepara la entrevista de los amantes según había convenido.

—Quiera Dios que sea tu hermosura la causa de este disgusto—dice la Reina a Ofelia—; así podré esperar que tus virtudes le devuelvan la salud.

—Quiéralo Dios, señora—replica la niña.

—Pasea por aquí, leyendo—manda Polonio.

Y todos se esconden.

Hamlet aparece. Su pensamiento va sumido en el más profundo arcano. Dice:

«—Existir o no existir: esta es la cuestión. ¿Cuál es más digna acción del ánimo, ¿sufrir los tiros penetrantes de la fortuna injusta, u oponer los brazos a este torrente de calamidades y darlas fin con atrevida resistencia? Morir es dormir. ¿No más? ¿Y por un sueño, diremos, las aflicciones se acabaron y los dolores, sin número, patrimonio de nuestra débil naturaleza?... Este es un término que deberíamos solicitar con ansia. Morir es dor-

mir... y tal vez soñar. Sí, y ved aquí el grande obstáculo: porque el considerar qué sueños podrán ocurrir en el silencio del sepulcro, cuando hayamos abandonado este despojo mortal, es razón harto poderosa para detenernos. Esta es la consideración que hace nuestra infelicidad tan larga. ¿Quién, si esto no fuese, aguantaría la lentitud de los tribunales, la insolencia de los empleados, las tropelías que recibe pacífico el mérito de los hombres más indignos, las angustias de un mal pagado amor, las injurias y quebrantos de la edad, la violencia de los tiranos, el desprecio de los soberbios, cuando el que esto sufre pudiera procurar su quietud con sólo un puñal? ¿Quién podría tolerar tanta opresión, sudando, gimiendo bajo el peso de una vida molesta, si no fuese que el temor de que existe alguna cosa más allá de la muerte (aquel país desconocido, de cuyos límites ningún caminante torna) nos embaraza en dudas y nos hace sufrir los males que nos cercan, antes que ir a buscar otros de que no tenemos seguro conocimiento? Esta previsión nos hace a todos cobardes: así la natural tintura del valor se debilita con los barnices pálidos de la prudencia; las empresas de mayor importancia, por esta sola consideración mudan camino, no se ejecutan, y se reducen a designios vanos» (84).

Se encuentran los amantes. Ofelia, transida de dolor, oye disparatar a su adorado y se ve despreciada por él. ¿No sería Hamlet tonto si no vislumbrase en aquella entrevista una estratagema de sus enemigos? Por eso se muestra más loco que nunca. Y he aquí que en tal momento él se hace objeto de una verdad que los demás quieren conocer. El Rey a su vez ha entrado en dudas: he ahí la vida. La acción ahora será como el vivir, incomprensible: una sospecha contra otra sospecha. Ya son todo máscaras. Vencerá el más hábil. ¿Quién será éste? El Rey prepara su cela-

da con Polonio; Hamlet la suya con los cómicos.

La farsa empieza y Hamlet busca el apoyo de su amada: la pobre está sin consuelo. El Príncipe vuela con empuje de águila; ella le quiere seguir, mas como es pintada mariposa, pronto se romperán sus alas.

Sobre el tablado aparece la vieja escena; el crimen se ve reproducido en la fábula y el Rey se delata. No pudiendo ver el cuento, se levanta y desaparece.

Los amigos, que como tales se nombran, llegan al lado de Hamlet. Descubre éste su intención: cada vez debe ser más zorro para disimular..., por eso cada vez dice más la verdad. Se mofa de aquellos hombres que llegan a él llevando el veneno en la intención, y les da una flauta para que la toquen.

—No sabemos—confiesan.

«—Mirad ahora, por cuán triste cosa me tenéis a mí. Quisierais tocarme; hacéis como si conocierais mis más íntimos resortes; quisierais arrancarme el alma de mis más ocultos secretos; quisierais sondearme desde mi nota más baja hasta la mayor extensión de mi voz; y encerrando este pequeño instrumento un sinnúmero de acordes, una voz excelente, sin embargo, no podéis hacerle hablar. ¡Vive Dios! ¿Créis acaso que es más fácil tañerme a mí que tocar una flauta? Tenedme por el instrumento que os diese gana; podéis desentonarme, pero nunca tañerme» (85).

Es preciso para uno y otros obrar con rapidez; el Rey no perdonará medio para deshacerse del Príncipe, y es él quien debe deshacerse del Rey. Le busca, le encuentra, desenvaina, va a vengar a su padre, ya va a hundir en el pecho enemigo toda la espada hasta el pomo...; pero no es aquella la verdad que Hamlet busca. Con eso no quedaría roto el velo de la forma en que debe romperse. El Rey

está rezando... Su muerte ahora sería conquistarle la gloria. No, cuando el Rey debe morir es en el momento en que esté entregado a la ira, cuando le vea jurar en el juego, cuando al morir vaya a hundirse en el abismo de la condenación eterna.

Y dejando al criminal, se va a visitar a su madre. Esta le ha llamado. La recriminará, la insultará, la llenará de vergüenza... nada más. Es su madre, y, por consiguiente, puede hablar la lengua, nunca levantarse el brazo.

Y cuando está hablando, no el loco, sino el hijo, el hijo verdad, Hamlet, que no tiene por qué ocultarse, cuando se descubre como el encargado de la venganza paterna, cuando revela su propia alma, porque ante su madre no debe tener secreto alguno y debe confesar hasta los propios secretos de ella para que suene su voz pidiendo misericordia, descubre que alguien escucha. Es el criminal que quiere sorprender su misterio... Se alza, saca la espada, atraviesa el tapiz, se oye un gemido... y no es el Rey quien muere: es aquel tonto que siempre creía saber la verdad, y a quien la única verdad que conoce le cuesta la vida. Es Polonio, el padre de Ofelia, quien cae muerto bajo el influjo de su curiosidad, puesta al servicio del Rey fratricida. Aquella muerte no tiene importancia para Hamlet.

¡Adelante, adelante siempre! Va a desfallecer; pero allí aparece la sombra para infundirle aliento. Es un momento crítico; ya el hombre no tiene fuerzas para vencerlo, y por eso la voz de la conciencia, recordándole su obligación, el deber impuesto por el cariño, le da nuevo vigor... ¡Y sigue!

Pero se encuentra envuelto entre las redes de la vida. Le mandan a Inglaterra. Un plan diabólico le ha de llevar a la muerte. El Rey ha escrito una carta dando órdenes de que asesinen a quien entregue el pliego, y éste será su enemigo.

La astucia de Hamlet descubre la aña-gaza de su tío, y para librarse de aquel peligro da el pliego a sus amigos falsos, y, favorecido por la casualidad, se salva, regresa á Dinamarca..., y los que con la voz de la amistad trataban de venderle son los que sucumben al llegar con su misión a la Gran Bretaña.

Y entretanto que él hace su viaje, Fortimbrás se dirige con sus huestes a conquistar un nuevo reino; Laertes, siempre gusano que no sabe arrancarse de la tierra, quiere en el mundo vengar la muerte de Polonio, su padre, y piensa sublevar al reino; mas pronto se convierte en brazo auxiliar del Monarca para ejecutar los planes de éste, llenos de perfidia. Y Ofelia, la desdichada amante, enloquece, no con la falsa locura de su amado, sino con la pura locura de amor, del santo amor de hija, y con el puro cariño de la virgen que llora el abandono.

Canta; su voz se convierte en el heraldo del eterno sueño. Son las canciones que aprendió en su niñez, cuando sus ojos miraban al cielo, y cuando si veía a un hombre creía que era otro ser que soñaba en el paraíso, como ella. Son las coplas que oyó en las tardes de la primavera, cuando besaba con la flor de sus labios las flores de los campos. Son los gemidos de su alma, que no pueden asomar a sus labios mas que como música acordada. Se va. Pasa como la flotante túnica de una diosa. Venus sale de las aguas para asombrar al mundo con su hermosura; Ofelia busca el arroyo para esconder bajo de su mansa corriente el tesoro de su amor. La Reina, desconsolada, cuenta el fin que ha tenido aquel pájaro que vino con el sol y con el sol se oculta. Buscó las flores más hermosas; tejió una corona con las más lindas; buscó el doliente sauce que sobre un arroyuelo tendía sus hojas; fué arrancando sus pétalos a las flores, cantó, cantó como el cisne; sentóse en

una rama del árbol de la tristeza, fijó su mirada en el espacio creyendo que iba a aparecer su



Hamlet, y el árbol se rompió al ver partida aquella alma, y la niña cayó a la corriente, y sus vestidos se empaparon en agua, y aquel peso la fué

arrastrando al fondo, y desapareció. Terminó la canción...; la rubia cabellera flotó un momento... después, el arroyuelo siguió su marcha susurrante, y el sauce mojaba en su terso cristal las caídas hojas de la tronchada rama.

XII

¿Quién es ya Hamlet? Una cosa. Ya no puede ser un hombre. Es la vida estrangulada por el dolor. Su padre asesinado, su madre perjura, su amor muerto. Sólo queda aquel Rey asesino: el delito. Ya no sospecha del crimen; ya posee la certeza; sin embargo, queda otra duda por resolver: el modo de romper el nudo. Ya el Rey tampoco duda: ya sabe la verdad e intenta destruirla. Empieza la lucha entre la realidad malvada y su juez.

Los pasos de Hamlet suenan a hueco: ya es más un espectro que un ser. Es la justicia que camina para manifestarse; y cuando más se va dando a conocer es más angustiada.

El crimen... su amor... Es más fuerte el amor, y allá se dirige para verlo caer en la profunda fosa.

Dos sepultureros platican en el cementerio. Es una rústica filosofía escolástica la suya, que ha de terminar con un estribillo de taberna. Uno de ellos se va a filosofar con el aguardiente, que para él sabe mejor que los hoyos que va abriendo. Entre hoyo y hoyo una copa.

Y el vulgar sepulturero que allí queda, canta.



Hasta él llega Hamlet con su amigo Horacio. El sepulturero echa las calaveras como si fuesen pelotas. El Príncipe se duele. ¿De quién pudo ser

aquella cabeza? Quizá de un estadista, quizá de un letrado. ¿En eso vino a parar?

Se acerca al rústico.

—¿Para quién es la huesa?—le pregunta.

Y él contesta con aire de broma. Su chiste revela su condición. Saca una calavera y se la enseña a Hamlet.

—¿De quién es?—le dice.

—¿Cómo he de saberlo?

—De Yorick, el bufón del Rey.

«—¡Ay, pobre Yorick!—exclama el Príncipe—. Yo le conocí, Horacio: era un mozo sumamente gracioso: de la más fecunda imaginación. Me llevó mil veces sobre sus hombros; y ahora su vista me llena de horror, me da náuseas. Aquí colgaron aquellos labios que yo besé no sé cuántas veces. ¿Qué se hicieron tus pullas, tus brincos, tus cantares y aquellas chispas de gracejo que de ordinario animaban la mesa con estrepitosas carcajadas? ¿No te queda uno solo ya para mortarte de tu propio gesto? ¿Tan encogido estás? Vete ahora al tocador de alguna de nuestras damas y dile que por más que se ponga una pulgada de afeitte en el rostro, por fuerza tendrá que venir a parar en esto: excita con eso su risa. Ruégote, Horacio, que me digas una cosa.

—¿Cuál es, señor?

—¿Crees tú que Alejandro, metido debajo de tierra, sería de este talante?

—De ese mismo.

—¿Y apestaría así? ¡Uf!

—Asimismo, señor.

—¡En qué abatimiento hemos de parar, Horacio! (96).

Esta es la verdad amarga, la que preside al mundo, y Hamlet ya la conoce. Por eso ha dado de lado a su locura y habla con aplomo; pero con desolación. Y ve llegar a su amada, que va a convertirse en otra imagen como Yorick.

Las ilusiones se van.

Allí está el egoísta hermano, Laertes, el cual se supone el único dueño y señor de aquel cadáver ideal; y sobre la misma sepultura de la muerta traba Hamlet una lucha con él. Podéis ver su poco de símbolo también en esta escena. Es la verdad que castiga al hombre sin ideales sobre las ilusiones muertas. Y de esta lucha nace el rompimiento del nudo de todas las miserias de la vida.

Nuevas redes pretenden agarrotar los brazos de Hamlet; el Rey se aprovecha de la enemistad existente entre el Príncipe y Laertes y organiza un verdadero duelo, en el que debe sucumbir su perseguidor. Pero cuando se piensa destruir al bien todo sucumbe bajo los mismos arteros medios con que se pensó destruirlo. El duelo empieza. El florete de Laertes está envenenado; la copa en que ha de beber Hamlet contiene una ponzoña vil. Todavía Hamlet pide perdón a su enemigo por el pasado ultraje que le hizo en el cementerio. El desafío se presenta como un juego. Siempre la apariencia fútil oculta a la verdad amarga.

La Reina, angustiada, bebe en la copa preparada para su hijo. Laertes hiere a Hamlet; se truecan las armas; es herido su contrario por el Príncipe; al caer confiesa la verdad... —¡Oh, es la realidad rastrea la que descubre lo lícito y lo ilícito al verse vencida!...— Y el Rey es alcanzado por la punta del florete envenenado, y sucumbe también. El templo de la Verdad, al ser destruído, aplasta al mismo que removi6 sus columnas.

¿Qué queda? La amistad y el valor. Horacio llora a su compañero. La sospecha que él inició produjo la total ruina, mientras Fortimbrás regresa victorioso. Con su arrojo ha conseguido el triunfo, y, como premio, recibe el reino que se

derrumbaba. De todas las víctimas, Hamlet es quien merece los honores que se le tributan.

Calló Guillermo Shakespeare; tras pequeña pausa dijo su hermano:

—Me parece que debieras representar tú al mismo Príncipe.

—Nunca. Yo me reservo el papel de la sombra del padre (87).

—¿Por qué?

—Porque mis condiciones naturales no son las que convienen para encarnar al protagonista. El creador de Hamlet ha de ser Ricardo Burbage.

—Tengo para mí—afirmó éste— que ni yo ni nadie podremos acertar en tal empeño. Os he oído, y confieso que todavía tengo mis recelos. ¿Qué no ocurrirá a quien no pueda escucharos? De Hamlet se hablará mucho; se le interpretará de distintas formas... Creo que vos mismo, si me hablarais mañana, me diríais todo lo contrario de lo que me habéis dicho hoy. Si no os molestarais, os diría una cosa.

—¿Yo molestarne?...

—Creo que habéis sentido vuestro héroe; pero no le habéis pensado.

—Quizá. Pero recordad siempre lo que os he dicho esta tarde, y puede que me deis la razón algún día.

Hamlet se representó; Ricardo Burbage acertó más de lo que creyera; el público quedó anonadado, como quedará siempre ante esta obra, y Guillermo Shakespeare siguió creyendo que todo aquello no valía gran cosa.

Todavía no ha llegado nadie a comprender el verdadero carácter del Príncipe, y, como profetizó Burbage, más de un volumen se ha dedicado a criticar o justificar cada uno de sus pasos. Y la obra queda sobre las censuras y los elogios.



XIII

Aquel fué el último destello del genio que pudo conocer la Reina virgen. Su larga vida tocaba a su fin. Una gran tristeza dominó a aquella mujer que había dominado a casi todo el mundo; a la que consiguió, ayudada por la suerte, que no la abandonó nunca, arrancar el cetro de la dominación, casi universal, de España, para concedérselo a su nación. ¿Cuál fué la causa de esa melancolía? ¿Quién puede llegar a conocer las tempestades de los cerebros? ¿Fué una historia de amor? ¿Será cierto que nació la pesadumbre que la llevó al sepulcro por haber recibido tarde un anillo? Cuéntase que en cierta ocasión había entregado su sortija al Conde de Essex, diciéndole que en cualquier trance en que se viese le mandase aquella joya, y aunque fuera en ocasión en que ella estuviese altamente enojada contra él, recordaría los días en que se la había entregado y aplacaríase todo su furor. Llegó el momento de sentenciar al Conde; la muerte se cernía sobre su cabeza, y la Reina esperaba el anillo...; pero era vana su esperanza: el anillo no llegaba a sus manos. Lo atribuyó al indomable tesón de Devereux, y la cabeza del indómito noble rodó por

los suelos. Después... la Condesa de Nottingham cayó enferma de muerte, y llamó a Isabel. Entonces le confesó que Roberto le había entregado el anillo, rogándole que lo llevase a la Reina; pero su marido, enemigo mortal del de Essex, le había prohibido cumplir el encargo.

—¡Dios podrá perdonarla; yo no la perdonaré jamás!—murmuró Isabel al oírla.

¿Será verdad que la Reina virgen sintió el amor en su alma y le mató por el cariño a su nación? ¿Prefirió escribir la epopeya de su patria a cantar el idilio de sus ilusiones? ¿Fué esta historia, o fué el dolor de ver que ya no poseía el influjo moral que había tenido sobre sus súbditos, los cuales trataban bien a las claras con el Rey de Escocia, preparando la sucesión que se presentaba como inmediata?

Fuera lo que fuera, es lo cierto que la Reina adquirió una tristeza inusitada, se tendió en una alfombra, reclinada en unos cojines que le llevaron sus damas, se negó a tomar alimento, rechazó las drogas que le preparaban sus médicos y contestó con voz doliente cuando le preguntaron quién heredaría el reino:

—Me sucederá un Rey que será mi pariente más cercano: el Rey de Escocia.

Y expiró el 24 de Marzo de 1603.

Jacobo hubo de salir de su patria para convertirse en Rey de Inglaterra. Todos corrían a verle, creyendo encontrar en él la misma habilidad para conquistarse la simpatía de los súbditos que había tenido la Reina muerta, y quedaron defraudados al encontrarse con un monarca que gustaba más del reposo que de las apariencias de una Corte. Las muestras de afecto que prodigaba se veía fácilmente que eran falsas, impuestas por las circunstancias: quería agradar: y, sin embargo, no era su talento de los que consiguen dominar las situaciones, y por eso no lograba desper-

tar el entusiasmo que el pueblo estaba dispuesto a otorgarle.

Las ceremonias de la coronación revistieron importancia grande. Guillermo Shakespeare, juntamente con siete actores más, intervino en ellas, tomando parte en la comitiva, que acompañó a Jacobo desde la Torre de Wesminster, al hacer su entrada oficial en Londres. El arte había de tener un lugar preferente en la ceremonia inicial del reinado de quien había de adorar más las obras del espíritu que las del brazo conquistador. El ambiente era de paz: a las carabelas de los piratas iban a suceder las que conducirían a los embajadores.

Entre los que tuvieron un lugar en las fiestas de la coronación había uno que descollaba por su lujo y apostura: todas las miradas se dirigían hacia él y su nombre corría de boca en boca. Causa más que suficiente había para ello: era español, y su presencia allí significaba que la lucha prolongada y sorda entre la nación hispana y la británica llevaba vías de tocar a su fin. El esplendoroso D. Juan de Tassis, Conde de Villamediana, en cuyo hijo tenía que encarnarse más tarde el espíritu de la traviesa sátira del tiempo, y cuya trágica muerte había de hacerle más célebre que sus obras cual nuevo Macías, era el nuncio de la deseada calma. El agasajo con que fué recibido por la Corte inglesa dió ocasión para que se pensase en una Embajada definitiva que examinase las quejas de los Estados enemigos y buscase pronto remedio.

El día primero de Octubre firmaba Felipe III el poder en favor de D. Juan Fernández de Velasco, Condestable de Castilla, quien, al llegar a Flandes enfermo, lo transmitió el 15 de Mayo a Villamediana y a Alejandro Rovida, senador de Milán, los cuales se encargaron de empezar las negociaciones.

Hartfort se dirigió a Flandes y Nottingham a España, con séquito tan numeroso y magnífico, que los españoles llegaron a admirarlo. Las capitulaciones se firmaron y ratificaron, y aunque algunos de sus capítulos fueron letra muerta, al menos nominalmente la paz fué un hecho (88).

Grande fué la alegría del poeta cuando pudo ver nuevamente a su decidido protector el Conde de Southampton. Los perseguidos en el anterior reinado, y más todavía los complicados en la conspiración de Essex, la cual, como hemos dicho, había de favorecer a Jacobo, fueron puestos en libertad. Enrique Wriothsley vió la luz del día y tornó al favor que hasta su encierro había disfrutado en la Corte.

Pero no fué todo alegría lo que saludó el reinado del nuevo monarca. El indulto de los amigos de Roberto Devereux exasperó a los enemigos que había tenido éste, los cuales tramaron una conspiración, que fracasó porque estaba herida en sus propios cimientos: la variedad de opiniones que sustentaban los comprometidos empezó a dar al traste con todo. Eran los conspiradores un verdadero mosaico de religiones y de ideas políticas. Arabela Estuardo no pudo tener ni un asomo de esperanza en aquel movimiento producido por Berleigh para elevarla hasta el trono.

Incomprensible parece que el nuevo Rey esperase hasta el año 1612 para hacer trasladar los restos de su madre, María Estuardo, desde Peterborough a Westminster. Tardío y débil fué para intervenir en la lucha entre la Reina de Escocia y la de Inglaterra; no menos tardío para dedicar la honra filial que merecía la víctima.

La Reina virgen había muerto sin adivinar que en su reinado florecía el mayor genio literario inglés, porque apenas pudo tener noticia del esfuerzo de gigante hecho por el dramaturgo con la tragedia del Príncipe de Dinamarca; por el contrario, el nuevo

Rey sí conoció todo el mérito de Shakespeare. El 29 de Mayo nombró «actores de su real cámara» a los que hasta entonces lo habían sido del Lord Chamberlán (89). El cisne del Avon iba a ofrendar las primicias de su talento ante el mismo soberano. Jacobo fué débil, dió ocasión a que se tramara contra él la *Conjuración de la pólvora*; pero se creyó sabio aunque no fuese digno mas que del título de estudiante, y su afición al estudio le hizo conocer el valor del vate que cantaba en sus días. Y es que en sus días produjo también los mejores cantos.



XIV

Trabajando estaba Shakespeare en su casa un día, cuando llegó a visitarle su amigo Benjamín Jonson.

—¿Qué estáis haciendo?—le preguntó éste, al mismo tiempo que tomaba un libro que sobre la mesa tenía el poeta.

—Terminando un drama. Cada uno con su oficio.

Jonson leyó el título del libro que tenía en la mano: «*Hecatommithi... di Gio. Battista Giraldi Cinthio*», decía.

—¿Qué es esto?

—Una obra italiana, en la que hay algunas historias muy interesantes. Mirad—añadió el poeta, indicándole una.

Jonson leyó:

—«Había en Venecia un moro muy valeroso, el cual, por sus méritos como soldado y por su gran prudencia y vivo ingenio, era muy querido de los nobles, los cuales le premiaron del mayor modo que pudieron y como nunca se había hecho en la República. Sucedió que una virtuosa mujer, dotada de una belleza maravillosa y llamada Desdémona, no por bajos sentimientos, an-

tes bien, movida por la virtud del moro, se enamoró de él, y éste, rendido ante su belleza, se unió a ella en matrimonio, aunque los parientes de la joven se propusieron que tomase otro esposo...» (90).

Aquí le interrumpió Guillermo.

—He ahí el asunto de mi nueva producción.

—Siempre estáis tomando los argumentos de todas partes.

—¿Y qué? Más fácil es acertar, cuando se pretenda el deleite de los que nos escuchan, con lo que ya ha deleitado que con lo que pudiéramos pensar de nuevo. ¡Y es tan difícil que sea nuevo lo que pensemos!

—¿Por qué no recogéis e imitáis lo que escribieron los clásicos, los grandes clásicos?

—Precisamente, porque lo escribieron ellos.

—Así es como caéis en las anomalías en que habéis caído con vuestro *Hamlet*. Supongo que ahora os cuidaréis un poco más y no viajará tan rápidamente Fortimbrás, ni haréis católicos a los que nacieron antes de aparecer el catolicismo—pues que en los históricos tiempos en que vivió vuestro Príncipe todavía no se había predicado tal religión—, ni dispararéis la pólvora antes de ser inventada...

—¿Qué sería de los ratoncillos si no hubiese en el mundo migajas para ellos? (91).

—Sí; pero procurad no echarles tantas, porque pueden engordar, y entonces sus mordiscos serían peligrosos.

—Si siempre es el alimento como el que hasta ahora han encontrado, bien puede predecirse que están condenados a muerte por inanición.

—Tal deseo para gloria vuestra. ¿Y qué es la nueva obra?

—Lo que son las mías: un nuevo intento para distraer a la gente. Unas cuantas pasiones que luchan en una corta historia; el argumento de

Otelo está más en el alma que en los incidentes de la acción; por eso diréis que es hermano del de *Hamlet*.

—¿Y se llama *Otelo* la nueva obra?

—*Otelo, el moro de Venecia*.

—Me gustaría que me contáseis lo que habéis hecho.

—El cuento es breve. Ya lo habéis leído. *Desdémona* casa con el moro; las malas artes de *Yago* consiguen despertar el recelo en el corazón del esposo; éste, loco de furia, ahoga a su mujer; descubierta la verdad, encuentra un arma todavía para cortar el hilo de su vida y volar con la inocente víctima; el malvado queda en manos de la justicia para expiar su crimen. Eso es todo. No diréis que no queda castigada la maldad.

—Hacéis bien. Eso de que en todas vuestras obras hayan de morir los buenos, es muy poco digno de imitación. ¡Qué consuelo dejarán en los espectadores relatos en los que aquel que mayor bondad encierra es el primero a quien sacrifican! ¿Cómo despertaréis así el amor al bien?

—Yo copio la vida, y, por desgracia, la vida es así.

—Pero habrá algo más en vuestro drama—dijo *Jonson* después de una pausa—. Detallad las circunstancias. Decís que es una lucha de pasiones: contadme esas pasiones, pues. El interés está en los caracteres: habladme de ellos. Se cuenta el asunto como lo habéis hecho al que se encuentra de prisa y por la calle. Aquí me tenéis dispuesto a oiros, a aplaudiros y hasta a admiraros. Bien sabéis que, aunque enemigos en ideales artísticos, celebro vuestro trabajo. Yo creo que la verdad está en mis clásicos... El público os venera más que a mí. ¿Quién sabe si la posteridad se encauzará por otros derroteros?

—Abrigad esa esperanza... Es el mejor regalo de la vida y debemos conservarlo. ¡Esperar!...

¿Por qué no hemos de esperar hasta que el Sol se convierta en Luna y la Luna se haga el centro del Universo??

—¿Tal creéis que se necesita para que se me celebre a mí?

—Mi buen amigo, no debéis molestaros, porque primero habéis de pensar en si creo que en cuanto me muera se ha de acordar alguien de que he vivido.

—Entonces, ¿por qué escribís?

—Por divertir al público, como os he dicho; porque tengo que hacer algo en el mundo y porque quiero irme a vivir con los míos a *Stratford*. Para todo lo cual necesito hacer lo que hago y más.

do sólo un lugar en donde se encuentre bien su amada. El tornará, seguramente, a sus brazos



XV

Luego el poeta habló así:

—El héroe de mi drama es Otelo. En su cuerpo horrible encierra la más hermosa alma que en el mundo existe; en su corazón no anidan mas que la nobleza, el desinterés y la benevolencia. Esto, junto a su valor indomable, le convierten en el caudillo máspreciado de la República veneciana. Su historia está llena de sufrimientos y actos llenos de hidalguía, y el dolor de su vida causa una mirada compasiva en los ojos de una hermosa joven.

No es el bello rostro de la niña; no son los ojos de cielo; no es el cuerpo lleno de gracias lo que le conmueve. Solamente la mirada de piedad es la que despierta su cariño. Ama con ternura. Es un fuerte guerrero; mas ante aquella débil doncella, toda su fiereza es dulzura, se hace niño. Y busca ocasión para contar su triste vida a solas con aquella joven.

Desdémona le escucha; él narra con pasión, y sus almas se funden.

La República necesita del brazo del moro, y éste corre al sitio que el deber le señala, pidién-

pronto, apenas el turco esté vencido, para exclamar:

—Rujan los vientos, desencadénese la tempestad si a ella ha de seguir tan grata calma.

El ha de correr los peligros; ella será la recompensa.

Y va ascendiendo Otelo por el camino de la ilusión, hasta llegar a la más alta de las cumbres... Allí se ha de encontrar con el malvado que le arrojará en la sima de la desesperación y de los celos.

Frente a este héroe de amor está Desdémona. Hija obediente, al oír las quejas de su padre le contesta con gran humildad, afirmando su amor y asegurando su obediencia de esposa.

—Vi el rostro de Otelo en su alma—dice—, y le consagré la mía. Venerables senadores, su ausencia será un eterno dolor para mí. Si él parte a la guerra, yo no debo quedar como polilla de paz.

Y cuando contempla a su amado, exclama:

—¡Quiera Dios que nuestro cariño aumente al par que los años!

Su desventura estriba en que su esposo no ha de comprender que aquel rostro ideal es lo menos hermoso de la joven. Desdémona es una lágrima hecha mujer.

Un hombre de bronce y una virgen de niebla cantan su idilio. Entre ellos aparece un demonio de envidia.

Yago es el artero enemigo. Odia a Otelo por no haberle concedido el cargo de teniente que deseaba; teme que le debe además la ofensa de su honor; y con esto su alma indigna cree que ya puede cometer la mayor indignidad.

Su enemigo es franco e incapaz de sospechar la mala intención que pueda haber en las palabras de nadie: se aprovechará de ello y le conducirá hasta su ruina. Solamente le faltan individuos que se dejen manejar por él para forjar una historia llena de malicia. Allí están:

El primero Miguel Casio, el cual ha alcanzado el nombramiento de teniente, será el objeto principal.

Le adornan buenas dotes: es difícil que una mujer resista a sus palabras. Sin embargo, no cometerá la necedad de hacer que corteje a Desdémona: conoce a la joven y adivina, por tanto, el resultado que ello tendría. Son otros los caminos.

Luego su propia mujer, Emilia, grande amiga de la esposa del moro, le auxiliará inconscientemente. No le descubrirá los planes, porque, a pesar de su conciencia poco escrupulosa, no le secundaría: la conoce bien.

El estúpido Rodrigo, que ha dado en la tontería de enamorarse de Desdémona, le servirá también. Con él podrá satisfacer su ambición. Rodrigo es rico... Yago se fingirá intermediario entre el que obsequia y la obsequiada... Y todos los regalos quedarán para él.

Blanca es una joven de un vivir poco honesto, que ha tenido sus amores con Casio. También puede servirle.

Y con tales hilos teje su historia.

La piedad de Desdémona es el resorte que ha de producir el primer indicio: ya que no por pecado, sucumbirá por virtud.

Otelo es gobernador de la isla de Chipre; ha llegado a ella después de mil trabajos y obtener una victoria contra el turco, por lo que la alegría es general; el vino corre. Nada más fácil que embriagar a Casio. Una copa, un vaso, otro... y el pobre ya está dando traspiés. Ahora un insulto de Rodrigo, Casio que grita, las espadas que se desenvainan, un guerrero que cae herido y Otelo que ha de hacer justicia.

Todo está bien tramado, y mejor puesto en práctica. Y al llegar a este punto el astuto intrigante habla con modestia fingida.

—No sé qué ha ocurrido. Me arrancarían la lengua antes que ofender con ella a Casio—dice al ser interrogado por Otelo—. Pero si digo la verdad no le ofendo en nada. Vi a un mozo perseguido

por el teniente. Gritaba. Me fuí tras él para que no asustara al pueblo con sus voces; Montano se interpuso y la espada de Casio le hirió.

Y, naturalmente, Otelo degrada a Casio. Esto es lo que hacía falta. Ahora ya se puede operar sobre el caído.

—Yo os diré lo que habéis de hacer—le dice—. La esposa de nuestro jefe es quien manda hoy; rogadla, importunadla y veréis cómo os ayuda para que alcancéis ser repuesto en vuestro cargo.

—Bueno es vuestro consejo.

Y Casio se aleja contento, y Yago se ríe, se ríe. ¿No ha de reír, si el noble Otelo va a ser su víctima? Es más fácil despertar los celos que levantar el brazo; y cuanto más honrado sea uno, antes tomará resoluciones violentas. El moro ha de ser algo más que celoso; ha de ser vengador de su honor. Resultará imposible hacerle odiar porque es demasiado grande su cariño; y, sin embargo, el alférez no vacila, pues conoce que para hacerle sufrir por completo no debe hablarle del desprecio de Desdémona, sino de la infidelidad de la esposa. Y acecha los momentos oportunos.

El teniente está suplicando a la joven; la ocasión es propicia. Busca al moro, musita una palabra con misterio, y ya empieza Otelo a sentir cierta comezón por saber lo que murmura el alférez.

—No sé nada, no tengo pruebas; pero celad a vuestra esposa. Cuando esté Casio con ella miradla con ojos ni confiados ni celosos.

—¿Eso me decís?

—Tened en cuenta que Desdémona engañó a su padre y se casó con vos.

Ya ha despertado la sospecha. El tiempo le irá ayudando a completar la obra. ¡Y el pobre moro ve que su pensamiento se derrumba ante la horrible noticia, como el coro de ángeles malditos al caer en el antro tenebroso! ¡Ya no hay días de luz! ¡Ya las horas son verdugos del alma!

Y torna Yago a deslizar en el oído del desdichado toda su mala baba. Ahora es un sueño que ha sorprendido en Casio. Nombraba a Desdémona, a su *Desdémona*.

—¡Ay, adiós para siempre quietud del corazón! ¡Adiós contento!—exclama Otelo—. ¡Adiós tropa marcial, arduas guerras que convertís las ambiciones en virtudes, adiós! ¡Adiós relinchador corcel, sonora trompa, tambores bélicos, agudo pí-fano, estandarte regio, excelsa muchedumbre, arreos todos de la gloriosa lid! ¡Adiós, adiós! ¡Otelo ha terminado su misión!

—Un sueño fué tan sólo—murmura el canallesco calumniador.

—La he de hacer pedazos.

Y un pañuelo que le ha proporcionado Emilia, y que pertenecía a Desdémona, completa la prueba. Aquello ya es algo real.

—Quisiera que tuviese cien mil vidas el miserable: una es poco para mi venganza. ¡Sangre, Yago, sangre!

Todo va bien. Cuanto más amenaza estallar aquel pecho, más ríe el malvado. Le dejaron alférez; pero él sabrá escalar los puestos de que le han privado. Y prosigue ideando nuevos indicios de la culpa.

Busca otra vez al atormentado esposo, pues debe atormentarle todavía más; el desdichado debe apurar el dolor hasta el fin. Y Yago refiere al amante negro que Casio le ha dicho que estuvo con ella.

—Con ella, ¡con ella! Yago, eso es asqueroso. Nariz, orejas, labios... ¿Será posible? ¡Confesión! ¡El pañuelo! ¡Oh, diablo!...

Y, anonadado por el dolor, cae sin sentido el infeliz guerrero, mientras el criminal se solaza y musita:

—Obra, ponzoña mía. ¡Adelante, adelante!

Y cuando Otelo vuelve en sí todavía prepara Yago un nuevo tormento. Busca a Casio, le habla de su

amada Blanca, y el teniente se ríe. ¡Risa infernal! ¡Tajante acero que se clava y retuerce en el pecho del desventurado Otelo, quien está escuchando y cree que aquella risa va contra él! ¡Ignora que no es de su esposa de quien hablan!

—¿Qué muerte le daré, Yago?—ruge apenas desaparece el pretendido adúltero. Y su rugido apenas se oye: está ya medio muerta aquella alma. Todo va bien: la victoria de la calumnia es segura.

—Quisiera estarla matando durante nueve años... ¡Qué hermosa niña! ¡Qué bella mujer! ¡Cuán deliciosa es! Se pudrirá, perecerá, irá al infierno esta noche; tengo el corazón de piedra; le golpeo y me hiere la mano. ¡Qué lástima, Yago, qué lástima!

Y le pide un veneno para dárselo y verla expirar.

—No, estranguladla en su mismo lecho—aconseja el pérfido subordinado.

—Sí, sí; esa es buena justicia.

El valeroso veneciano desfallece, y nada le importa que venga un emisario de Venecia llamándole y ordenándole que entregue el gobierno de la isla a Casio. Otelo busca a su esposa, ¿para qué? Para llenarla de injurias, para que sus oídos, los más puros que existieron, oigan la peor frase que mujer puede oír. Y la desdichada llora.

—¿Qué tendrá su esposo?

¡Ay! Tiene el corazón navegando en el mar de las tempestades y se va a fondo. Tiene un grande amor mancillado. Tiene un horrible monstruo que le ha enseñado un canto de elegía. Tiene el fantasma del honor sobre él. Tiene un mundo de miserias en su mente. Volaba con su esposa, y un vil gusano ha llegado a su lado arrastrándose por el fango, escondiéndose entre inmundicias para herirle en un pie. Y ya no ve en los ojos de su amada la piedad infinita; y ya aparta de su pecho la bondad, que fué su mejor tesoro. ¡Tiene la ca-

lumnia, la más espantosa calumnia mordiéndole, rajándole, haciéndole añicos alma y cuerpo!

¡Infeliz Otelo, desgraciada Desdémona! ¡Cuán felices serían los amantes si no asomase por el mundo de vez en cuando alguna ráfaga salida del infierno!

XVI

Desdémona obedece a Otelo; le ha mandado que se vaya al lecho al instante, y allá se va. Emilia la acompaña. En el lecho están las sábanas nupciales. Un ambiente de presagios atemoriza a la doncella. Canta una vieja balada. Quiere distraerse y teme y habla con su doncella. Emilia no es muy tarda en responder a las preguntas que le hace, y no llama mucho a su conciencia para que le dicte las respuestas. Su poca aprensión realza más la inocencia de Desdémona. Se va Emilia y termina el acto cuarto.

Guillermo prosiguió al instante.

En el último acto Yago espera, juntamente con Rodrigo, que pase Casio por una obscura calleja. Este se halla con su amante Blanca. Al fin aparece. Yago se esconde.

—Fatal hubiera sido la estocada si no hubiese llevado tan buen jubón—dice Casio atravesando con su acero a su agresor. Y al tiempo que Rodrigo cae herido de muerte, Yago da una puñalada por detrás en una pierna del teniente.

—Bien ha cumplido Yago—dice Otelo al cruzar por aquel sitio y ver a Casio en tierra, y, satisfecho de aquella escena, se aleja sin prestar auxilio alguno.

Son aquellos los pequeños incidentes de la tra-

ma ideada por el repugnante alférez. La muerte de Rodrigo evitará que le demande alguna vez el empleo que haya hecho de las riquezas que le entregó para enamorar a Desdémona; la de Casio le venga de la postergación que sufrió al ser preferido éste para el empleo de teniente. Son dos mentecatos que ya no le sirven; cumplieron su papel hasta el fin. Por su desgracia, la herida que hizo a Casio no es mortal.

El verdadero objeto de toda la maquinación que ideó Yago se va también a cumplir.

Desdémona duerme. La habitación está iluminada por un débil velón. La calma que en el dormitorio hay no hará presumir a nadie de que va a convertirse en cámara funeraria. Otelo llega. En su rostro parece dibujarse más la mueca de la misericordia que la del rencor. Sus labios murmuran palabras; no se le oirá un juramento; antes bien, parece que repita constantemente: ¡qué lástima, qué lástima!

—Es fuerza matarla o engañará a más hombres—se le oye al fin—. Mataré a esta luz... después a ella.

La estancia queda completamente a oscuras.

Por algo no quiso Yago despertar el odio en el moro; era su cariño inmenso. Por algo fué la ofensa hecha en su propia honra lo que le infundió. Destrozado camina el esposo, y antes de arrancar el último suspiro de la inocente mujer, todavía siente el suave perfume de la caricia, y la besa... la besa con infinita tristeza.

—Un beso más—musita—. Es fuerza llorar. ¡El último!

La ideal mujer despierta. Oye pasos y pregunta dulcemente:

—¿Quién es? ¿Otelo?

—Sí—responde el moro. Y las frases de amor que espera oír la esposa, son murmullos de recriminación. ¿Cómo ha de poder rugir, cómo ha de

ser el guerrero de bronce quien entra en la estancia, si lo que va a matar no es a su enemigo, sino a su propia alma, que ya la tiene hecha jirones? ¡Matar amando! ¡Matar toda la ilusión! Para hacer esto se necesita tener un brazo de verdugo y un dolor de reo.

—¿Rezaste esta noche?

—Sí.

—Pues ruega que te sea perdonado algún crimen que no ha alcanzado todavía la gracia.

—¿Qué quieres decir, esposo mío?

—Sé breve. No quiero matarte sin confesión. No permita Dios que aniquile tu alma.

—¿Hablas de matar?

—Sí.

—¡Piedad, Dios mío!

—Amén.

Desdémona niega, suplica, implora; Otelو empieza a temblar. La sombra del adulterio le estremece, y en su mente aparece escrita con fuego la horrible frase: ¡El pañuelo, el pañuelo! ¡La prueba fatal!

—¡Recuerda tus pecados!—murmura.

—Si es pecado mi amor a ti, esa es la culpa de que debo redimirme.

—Sí, por eso mueres.

—Por amarte. ¡Oh, muerte cruel!

Y es apresada la hermosa niña por aquellas férreas tenazas que tantas veces sintió que se convertían en brazos más leves que el viento.

—Mátame mañana... Déjame vivir una hora... Mientras rezo una oración...

La voz enronquece... la férrea tenaza aprieta, aprieta la garganta... Mira con piedad la pobre víctima... Es aquella piedad que enamoró a Otelو, más grande, más grande todavía; es la piedad del ángel que se va del mundo y al empezar a ver a Dios se arrodilla ante él para pedirle perdón por

aquel que le atormenta, y ora todavía por que le conceda subir con él al paraíso para poder contem-



parle eternamente. ¡Ay! La vida se escapa... Los ojos siguen mirando y ya no ven... Se clavan los dedos. Parece que llegan al corazón... Las palabras

se hacen gemidos... Ya son plegaria de la mente... ya, ni eso.

Y Otelo aprieta, aprieta sin mirar... Aprieta por desventura suya... por aquella desventura que enamoró a Desdémona. Y entre sus frases casi inconscientes se diría que las lágrimas que asoman a sus ojos quieren repetir, más estranguladas aún que la inocente esposa:

—¡Qué lástima, qué lástima!

Pero no es todavía bastante desventurado el moro. Allí llega Emilia, llegan todos; y sabe la verdad. Allí aparece también Yago, quien asesina a su esposa porque no dé a conocer todos los crímenes del malvado. Y el veneciano confiesa:

—Todo lo hice por mi honor, nada por el odio. Y cuando queráis contar mi historia, decid que al turco que negó respeto a la República, le así del cuello y le di muerte de esta manera.

Y se da una puñalada, y se acerca al lecho de su Desdémona y une sus labios con los de la muerta y cae a los pies de su amada.

Se evaporó la gota de rocío, y se desmoronó el roble. Yago ríe. Casio, nuevo gobernador de la isla, debe hacer justicia en aquel horrible monstruo, el cual mira con orgullo su obra. Ya no le importa caer; todos fueron delante de él, y el mismo gobernador conservará un eterno recuerdo suyo en la pierna herida.



XVII

—Bien me place vuestra nueva obra—exclamó Jonson—, pues veo puede ser escuela de buenas costumbres a la par que dechado de técnica teatral. Por lo que me habéis contado y por lo que he ido viendo en vuestro manuscrito, no falta ni sobra detalle alguno en toda la tragedia. Graduáis el interés; desarrolláis el conflicto con soltura y unidad... En fin, creo que es ésta vuestra mejor obra.

—Lo que me llena de satisfacción.

—Me recuerda vuestro Otelo al gran Aníbal: todo magnanimidad, todo grandeza de alma, y, sin embargo, tan desgraciado, que hubo de llevar siempre consigo el veneno que había de arrebatárle la vida.

—Todos nos parecemos, y fácil es encontrar un semejante, si tenemos la habilidad de escamotear las diferencias. No os digo yo que no tenga algún punto de contacto Aníbal con Otelo; pero esa manía que tenéis de ver la antigüedad en todo lo nuevo, puede llevaros a exageraciones que por todos los medios debéis evitar.

—No os diré, pues, las semejanzas que he visto entre ciertos caracteres de vuestra tragedia y otros clásicos; pero sí os afirmaré de nuevo que me

gusta y la creo superior a cuantas habéis escrito, con ser tantas y algunas de tal mérito que va pareciendo extraño que podáis regalarnos manjares de tamaño valor con tanta frecuencia.

—La frecuencia la admito; en lo que no puedo creer es en el valor. Ya os he dicho repetidas veces que es mi intento distraer, y las obras encaminadas a la simple diversión poseen un valor muy relativo.

—Pues en *Otelo* puede uno conseguir algo más que distraerse. Tiene una moral instructiva en alto grado. Pueden aprender las doncellas de brillante posición que no deben marcharse con un hombre lleno de fealdad, aunque parezca bueno, sin el consentimiento de sus padres. Las casadas, que han de tener mucho cuidado con la ropa de casa y no perder los pañuelos. Y los hombres que, antes de sentir celos, deben procurarse pruebas matemáticas del delito (92).

—Si no tuviese que ocasionar otra cosa que tales enseñanzas, os aseguro que no hubiera escrito ni el título de *Otelo*. Ni creo que vuestros clásicos hayan tenido siempre cara de dómine al escribir. Si no fuera porque le conocéis tan perfectamente, os diría que leyéseis a Horacio, pues algo recuerdo de él que no está del todo conforme con vuestros principios. Pero yo no gusto de daros pruebas de que conozco a griegos y latinos, que eso queda para vosotros los que aspiráis a la palma de removedores de cenizas, las cuales se veneran a veces mucho más dejándolas quietas en el descanso.

Terminaron el diálogo, que, aunque lleno de satíricas reticencias como todos los que se cruzaban entre los dos literatos, reveló la amistad que mediaba entre ellos, y Jonson se fué.

Verdaderamente, *Otelo* es la más perfecta de las obras dramáticas que hasta entonces había pro-

ducido Shakespeare, y quizá la más perfecta de todas las que escribió; y, sin embargo, aun tenía que enriquecer con dos grandes monumentos su bagaje literario. Ya era el primero; pero diríase que quería conquistar la corona del único.

XVIII

No fueron sólo trabajos literarios los que hacía el poeta. Sus días de cómico iban transcurriendo también con nuevos lauros, y sus negocios como copropietario del teatro no mejoraban menos. De vez en cuando visitaba a su familia, y tornaba para aumentar su capital y poder marcharse de Londres definitivamente. Le cansaba aquella vida.

Los Mountjoy le atendían con solicitud extrema, y él iba tomándoles cariño; pero no olvidaba a los suyos, y sobre todo a su hija Susana, la cual iba demostrando un talento más que femenino.

En cierta ocasión intervino Shakespeare en un asunto de familia un tanto delicado, requerido por la señora Mountjoy. La mujer, conocedora de la bondad paternal del dramaturgo, **no vaciló en confiarle su secreto.**

—No es posible tener tranquilidad en esta vida—dijo.

—Dejaría de ser vida si la hubiese.

—¡Ay! Pero tanta desazón... Yo no sé lo que haría por que se alegrase mi hija.

—Yo sí.

—¿Lo sabe usted?

—Como usted misma. Claro que no debe decir-

lo porque es madre; pero tan enterada está usted como el mismísimo Esteban.

—Va usted acertando. ¿Por qué no decirlo? Mi hija está enamorada, y Esteban, desde que vino de España, parece que tiene más miedo de hablar con ella cada vez. ¡Es muy corto! ¡Es muy vergonzoso! Y ella ¡tan tímida!...

—El es vergonzoso porque la quiere más que antes. Ha conseguido hacer una pequeña fortuna entre los españoles, y ahora teme que ella le rechace si va a ofrecérsela.

—¡Ella! Si no tiene ojos más que para mirarle.

De aquella conversación se dedujo que era menester dar esperanzas al joven, y nadie mejor que el poeta para ello.

Guillermo ni sabía negarse a una súplica ni podía ver sufrir a la enamorada pareja. Buscó al temeroso galán y entre cuchufletas y consejos le incitó a que tuviese más confianza. María Mountjoy, gracias al talento del dramaturgo, pudo oír palabras balbucientes de Esteban Bellot: como manejaba los personajes en la escena, los manejó en la vida para hacer aquella inocente comedia.

Y al fin, el 19 de Noviembre de 1604, se unían ante Dios aquellos jóvenes que tenían tanto miedo a las burlas de los hombres. Fué tal asunto un parentesis un tanto humorístico en la vida gloriosa del genio, un incidente que había de revelar al mundo su condición benévola, la serenidad de ánimo del hijo de Stratford.

Al lado de aquel revuelo en el vivir aparecieron como enormes masas llenas de vigor y de hermosura los dos últimos grandes dramas de Shakespeare: el tético *Macbeth* y el profundamente humano que se intitula *El Rey Lear*.



XIX

Macbeth es la hermana gemela de *Hamlet*. Desde las primeras escenas empieza a sentirse el extraordinario ambiente de la tragedia; la impresión que se experimenta apenas se inicia la obra es la del misterio, la de lo fatídico. Siendo una producción romántica, en el más literario sentido de la palabra, recuerda a los griegos como si fuesen sus verdaderos progenitores; hay momentos en que se creería que fué Esquilo el autor, otros en que parece vislumbrarse el talento de Sófocles; pero siempre es Shakespeare quien escribe. Se ha reputado por muchos esta obra como el *capo laboro* del poeta; si no es cierto será porque también escribió *Otelo*.

No se sabe qué admirar más en ella: si la verdad y magnificencia de los caracteres, o la acertada marcha y apropiado ambiente que tiene la acción.

La aparición de las brujas en primer término indica ya que el principal resorte de la trama es inmaterial. Shakespeare penetró como ninguno en esos secretos del corazón que producen las mayores catástrofes. Para componer sus grandes dramas miró más aun que a la vida a las causas del vivir. Los móviles ocultos, los pensamientos, eso es lo

que apresó. Las brujas aullan que van a buscar a Macbeth; y, efectivamente, allí, en una solitaria



dehesa, le ven juntamente con Banquo. Los dos son aguerridos capitanes que acaban de obtener una victoria. Se colocan a su paso y gritan:

—¡Salve, Macbeth! ¡Salve, señor de Glamis!

—¡Salve, Macbeth! ¡Salve, señor de Cawdor!

—¡Salve, Macbeth! ¡Salve, futuro Rey!

—¿Qué teméis, amigo?—dice Banquo—. ¿Por qué os sobrecoge lo que suena tan bien? ¿Son creaciones fantásticas, o tienen algo de realidad? Hablad conmigo; yo no solicito ni odios ni favores.

—¡Salve!

—¡Salve!

—¡Salve!—exclaman las tres sombras, y añaden:

—Serás más grande que el mismo Macbeth.

—No tan dichoso; pero con más dicha.

—Serás padre de Reyes, aunque no llegues a Rey.

Macbeth inquiera cómo puede alcanzar lo que le anuncian. Es señor de Glamis; pero el señor de Cawdor vive. Y llamarle Rey es sin razón; mas las brujas desaparecen; en vez de contestarle, se desvanecen como el humo, a pesar de lo cual, el guerrero no queda sin respuesta, ya que al momento llegan dos emisarios del Rey Duncan, los cuales le comunican que éste, para premiar sus servicios, le concede el título de señor de Cawdor; quien lo era ha sido castigado por traidor.

Los vaticinios de las brujas se cumplen: dos de los títulos que le pronosticaban ya los posee; pero ¿cómo llegará a ser Rey?

Se presentan los dos capitanes ante el Monarca, en el preciso momento en que declara sucesor a su hijo Malcolm, y ello impide que se verifique la profecía. Un medio hay, sin embargo, para conseguirlo. Cruza rápido por la mente de Macbeth... Es un medio espantoso; pero, ¿qué importa? La ambición que se ha infiltrado en su alma le llevará hasta las regiones del mal sin duda alguna.

Y aparece lady Macbeth. Sus ojos, que diríase fueron hechos para mirar con amor, se fijan en la carta de su marido que acaba de recibir. Lady

Macbeth es un cuerpo delicado y un corazón monstruoso; sus labios sonríen mientras pronuncian palabras de miseria y destrucción; sus cabellos flotan como hilos de oro, y su pensamiento, por el contrario, maquina todas las intrigas que la mayor codicia puede inspirar; es Satanás vestido con apariencias de paloma.

Falta le hace a Macbeth aquella ayuda para emprender el camino de la desesperación y el crimen. Con ella no retrocederá jamás. Ya solamente se requiere una ocasión propicia para realizar la fatídica idea. La suerte, que más resulta digna del nombre de fatalidad que de ventura, los favorece. Duncan se presenta en el castillo de los ambiciosos para descansar de la jornada. Y lady Macbeth dice al guerrero:

—Dale la bienvenida con tu lengua, tus manos y tus ojos. Ten las apariencias de la flor; pero los hechos de la serpiente.

Y el Rey llega elogiando al castillo, y todo es contento y servidumbre, y suena la hora del descanso, y el silencio envuelve al mundo. Son los mejores minutos para realizar el plan. A pesar de todo, Macbeth vacila.

—¿Si fracasamos?

—¡Nosotros fracasar! Sujeta bien las tuercas de tu valor, y no fracasaremos. ¿No disponemos del Rey? ¿No lograremos que se acuse a los beodos jefes de este crimen? ¿Quién sospechará nada al oír nuestros lamentos?

Así le va convenciendo, y al fin desaparece el codicioso capitán. Tranquilos están todos en el castillo, sin recelo alguno de lo que va a ocurrir, mientras los dos criminales cruzan la escena misteriosamente. Sus palabras son entrecortadas. Se adivinan los pensamientos y, por consiguiente, no es preciso hablar... Por fin torna Macbeth.

—Se consumó—dice. Y se mira las manos llenas de sangre.

Tiembla, en tanto que su mujer, con gran serenidad, procura estar en todos los detalles, y le aconseja:

—Lávate; quita de tus manos esos testimonios. ¡Eres muy débil! Dame las dagas. Las pondremos al lado de esos sirvientes, y los mancharemos de sangre. Debe aparecer el hecho como suyo.

Los golpes que se oyen a la puerta no la intimidan poco ni mucho, y con frialdad impropia de su sexo, se va con las sangrientas dagas, y pronto vuelve encontrando a su marido como idiota mirándose las manos, y llena de indignación le recrimina burlonamente, diciendo:

—Las mías están tan rojas como esas; me avergonzaría de que mi corazón estuviese tan blanco como el tuyo.

—¡Quisiera no poder pensar en lo que hice!— murmura el delincuente.

Y los golpes dados en la puerta siguen oyéndose cada vez más fuertes; pero no tienen nada de sobrenaturales. Es un portero el cual viene anunciando que ya sonó la hora de llamar al Rey. Se presenta Macbeth con apariencias de inocente; entra en la habitación, y sale espantado.

—¡Horror, horror!—grita.

Todo el castillo se pone en conmoción. —¡Han sido los guardias mismos los asesinos!—gritan todos al verlos empapados en la sangre. Y Macbeth, para vengar la muerte de Duncan, asesina a los pobres guardias asegurando así un silencio eterno. ¡Oh! Sin duda estaban en combinación con los mismos hijos del soberano. ¡Desnaturalizados vástagos!...

Y la tercera parte de la profecía se cumple. El pueblo no quiere ser regido por los parricidas y Macbeth es proclamado Rey. Ha cobrado bien el precio de su infamia.



XX

Así, con sencilla rapidez, se va desarrollando la tragedia, que si no llega tan al alma como otras del mismo Shakespeare, es debido a que el conflicto no es tan propio del corazón humano, afortunadamente. La ambición es patrimonio exclusivo de nuestro ser: la vida es un egoísmo eterno que no admite más sacrificio que aquel que al fin haya de redundar en beneficio propio; pero que esa ambición conduzca a los sombríos derroteros por los que camina Macbeth es lo anormal. El fatalismo que envuelve a los demás héroes de las producciones shakesperianas nace de la vida; el de Macbeth de una aberración de su espíritu; por eso, el que llega a contemplar estas obras siente más las desdichas de un Romeo, de un Otelo, de un Lear, que las de Macbeth. Si fuera cierto que el deleite trágico naciera de lo que decía Terencio: *Homo sum et nihil humani a me alienum puto*—Soy hombre y nada humano puede serme ajeno—, Macbeth sería una tragedia inferior; sin embargo, no lo es porque en el arte hay algo más que ese egoísmo; la razón del deleite en los asuntos trágicos está tanto en el mismo asunto como en el alma del contemplador. Y el asunto de

esta obra es hermoso, grande, lleno de verdad y de exuberancia.

El singular talento del poeta se cierne sobre dos criminales para dominarlos absolutamente y presentarlos con una riqueza de detalles pasmosa. Los modernos estudios criminalistas han tenido que alabar estas concepciones. Es axiomático que la psicología del criminal tiene por característica no parecerse a psicología alguna; la delincuencia es antinatural; por tanto, el delincuente no puede obrar con lógica en sus actos. Ahora bien: ha de distinguirse entre el delincuente por impulso propio y el delincuente por agentes externos. He aquí la gloria del poeta; haber deslindado los campos en sus héroes mucho antes de que la ciencia— aunque sea ciencia tan discutida como la criminalista— sentase sus principios experimentales. Debe tenerse en cuenta que las discusiones se refieren más a las consecuencias que a los principios que esta ciencia admite.

Macbeth y lady Macbeth son dos delincuentes bien diversos. Aquél mata por sugestión; ésta por temperamento. La ambición obra en uno y otro de modo harto distinto: en el primero es concausa; en la segunda es medio. Macbeth necesita quien le induzca al crimen; su mujer siente placer en inducirle, y cuando aquél desfallece, con gran serenidad completa la obra. El capitán, apenas ha visto la sangre, siente la voz de la conciencia, y grita: —¡Quisiera no poder pensar en lo que he hecho!—La malvada busca la persona a quien achacará el delito, y se burla de los remordimientos de su esposo. El drama que en el corazón de Macbeth se desarrolla es bello, porque no es el del asesinato, sino el de la conciencia; el que en el corazón de lady Macbeth se verifica es repugnante; por eso toda la acción se concreta ahora en el guerrero. Su mujer queda como un verdadero personaje incidental.

Macbeth recela; parece que constantemente ve una mano que se levanta para herirle... Banquo, el testigo de la aparición de aquellos seres sobrenaturales que le indujeron a su aventura infiltrando en su alma la ambición, vive, y puede sospechar, y además tiene un hijo, y las brujas le predijeron que sería padre de Reyes. ¡Otro crimen!... ¡Es preciso llevarlo a cabo para su tranquilidad!... Pero él no puede más, y contrata la acción con dos asesinos. Su esposa le busca para infundirle ánimos. Por la noche llegarán los convidados, y es preciso que él no esté tan pensativo como está. Ya lo hecho se hizo, y no hay que pensar en ello.

Y, sin embargo, el guerrero piensa: ¡Banquo y su hijo viven!

—¿Qué se va a hacer—pregunta la Reina.

—Es preciso que lo ignores hasta que puedas celebrarlo—responde Macbeth y sigue rumiando palabras que ella casi no entiende, pero que adivina. —A lo que empieza mal, sólo puede dar seguridad el crimen.

Pero es al contrario. Banquo sucumbe bajo los golpes de los asesinos; mas su hijo consigue huír.

En medio del banquete recibe Macbeth la noticia. ¡Otra víctima! Y en tanto que su esposa ríe y alegra a la reunión, él ve aparecer la sombra de su antiguo compañero, y se crispan sus nervios y está a trueque de caer en el paroxismo del terror. Todos le miran con asombro. Su mujer le recrimina; la sombra se aleja. El procura distraerse con la orgía; mas cuando ya está a punto de conseguirlo, torna la sombra ante él, y despavorido retrocede y siente el hielo del sepulcro, que amenaza con dejar rígidos todos sus miembros. La primera víctima del crimen es el mismo criminal.

—¡Oh, es joven todavía mi delito, y por eso temo!—dice para engañarse a sí mismo. Pero la realidad empieza a presentarle una causa cierta de peligro; ya no es la sombra del remordimiento

lo que se vislumbra: es el castigo en la vida lo que le amenaza. Macduff rehusa obedecerle; es más, ha huído a Inglaterra, cosa que aún no sabe el Rey.

Y las brujas aparecen con sus palabras misteriosas y sus ritos de hechiceras. Ante ellas llega Macbeth, pues quiere saber su destino porque necesita sosiego, paz, y comienza un desfile de visiones. Una cabeza se presenta diciéndole:

—Guárdate de Macduff, Macbeth.

Un niño ensangrentado profetiza:

—Ningún ser nacido de mujer humillará a Macbeth.

Un niño coronado afirma:

—Macbeth será invencible hasta que la selva de Birnam vaya a Dunsinania.

Todo aquello es imposible; puede despreciar al miedo, y para conseguir una completa calma pregunta:

—¿Reinará la descendencia de Banquo?

Y cruzan la escena la sombra de ocho Reyes, y el último lleva un espejo, y en este espejo se reproducen los siete que van delante, y tras ellos camina Banquo sonriendo y señalando a los monarcas que le preceden.

Las brujas bailan; se oye una música, y ellas siguen su compás. Macbeth las mira, quiere preguntar más, y tiene que espantarse porque se truecan en seres impalpables, y al fin se desvanecen por completo.

—Maldito sea quien deposite en ellas su confianza—, rugen, y pretende alejarse, cuando un súbdito se presenta para darle la noticia de la fuga de Macduff. ¡Ah! Ya que no puede nada contra él, hará unas nuevas víctimas de su esposa y de su hijo; y pronto caen bajo los golpes ordenados por el tirano, lady Macduff y el pequeñuelo. El Rey necesita asegurar la corona sobre sus sienes.

Pero aquella desesperación pronto tendrá su límite. En Inglaterra lloran los desterrados, y se encuentran, y sus lágrimas se juntan, y sus manos se aprietan, y sus mentes se entienden. Remordimientos creados por la sangre no pueden ahogarse con sangre. Una víctima crea un juez, y por cada una que cae un nuevo juez se levanta. Toda hora de delito engendra una hora de justicia. La ambición bastarda sucumbirá ante la ambición legítima. El sol brilla siempre, y cuando nos rodeamos de tinieblas, sus rayos están produciendo la vida en otra parte, y de aquel sitio llega el viento que aleja la tempestad. Macduff encuentra a Malcolm, hijo del Rey Duncan, y sus brazos se reconocen como vengadores. En Escocia la gente honrada se marchita cual la flor en su cáliz; en Inglaterra se forjan los rayos de la Aurora que ha de suceder a la horrible noche por que atraviesa el Reino de Macbeth.

XXI

He aquí el secreto; en una sola escena cruza lady Macbeth enseñándonos su desequilibrio espiritual, y éste nos explica toda su maldad. El delito está en su alma; es un corazón enfermo del peor mal. Ella no siente el remordimiento; al contrario, sueña y se deleita en recordar aquel instante en que sus manos estaban tintas en sangre. Cuando Macbeth las vió rojas, sintió pavor; su mujer, cuando en su sonambulismo cree tenerlas manchadas todavía, se lava para quitar toda prueba de delincuencia.

El doctor no conoce la enfermedad de lady Macbeth; pero una dama que ha sorprendido el sonambulismo de la Reina le pone en sitio adecuado para observarlo. Y ella se presenta con una vela encendida y murmura:

—¡Fuera sangre maldita! ¿Quién podía pensar que aquel viejo tuviese tanta sangre? Ni con todos los perfumes de la Arabia quitaré el olor a mi pequeña mano... Lávate las manos... No estés tan pálido... Banquo está ya enterrado, te lo aseguro... Ven, llaman a la puerta... Ven. Lo hecho no puede deshacerse.

—¿Se va a la cama?—pregunta el doctor.

—Inmediatamente.

—Entonces necesita confesor, no un médico. Que Dios perdone a todos.

Así, en una sola escena, aparece retratado por completo el carácter complejo de lady Macbeth. Sencilla situación en donde una actriz puede alcanzar la palma de primera trágica del mundo, o hacer el ridículo más espantoso: uno de los aciertos más dignos de alabanza del poeta.

Macbeth, entretanto, se encuentra sumido en el peligro y pretende hacerse fuerte recordando los vaticinios que las brujas le hicieron. Todos sus enemigos son hijos nacidos de mujer; él está en Dunsinania y el bosque se halla bien sujeto por sus raíces. Sin embargo, tiene aferrado en su pecho toda la podredumbre de la cobardía. Recela y no sabe de qué. De pronto oye un clamor.

—¿Qué es eso?—pregunta.

—Las mujeres que lloran—le responden.

—Otras veces se me erizaba el cabello por una bicoca; ahora ya no me afecta nada. ¿Qué grito fué aquel?

—La Reina ha muerto—responde un siervo.

—Debió morir más tarde. ¿Qué deseas?—demanda a un mensajero que se presenta azorado.

—Señor, estaba de guardia en la colina cuando me volví hacia la selva de Birnam, y juraría que se movía.

—Mientes, esclavo—ruge golpeándole—. Te he de colgar del árbol más próximo para que mueras allí de hambre.

Pero, efectivamente, el bosque se aproxima. ¡Oh, aquello es espantoso! ¡Aquello es sobrenatural! ¡Misterio, ¡Misterio! ¡La hora trágica se aproxima! ¡Todo son presagios!

Y es que el enemigo ha cortado una rama por soldado, y las llevan en alto como estratagema de guerra para ocultar el número de los combatientes.

Y ya llega aquel ejército a los muros de la ciudad.
Es preciso luchar.

Macbeth abraza su escudo, oprime su espada



y se apresta a la defensa. Se encuentra con el primer guerrero. Su fuerte brazo resiste bien el empuje; el acero abre una boca por donde salga

el alma del contrario, y pisoteando el cuerpo muerto va en busca de un nuevo enemigo a quien vencer.

—¿Por qué he de morir como los imbéciles romanos sobre mi misma espada? He de descargar mis mortales golpes sobre cuantas vidas encuentre a mi paso.

Pero allí asoma un formidable combatiente. Quiere huir; pero se encuentra con él cara a cara. Por suelo hay cien cadáveres, por sentimiento el rencor, por ojos sangre, por cielo nubes.

—Para, cancerbero, detén tus pasos—vocea el soldado enemigo.

—He procurado no encontrarte; estoy ya demasiado satisfecho de sangre tuya—afirma Macbeth poseído de un vago recelo.

—Teme a Macduff—le habían pronosticado, y Macduff se alzaba delante de él. Llegó a temblar.

—No te responderá mi voz; todo debe decirlo la espada.

—Pierdes el tiempo. Hechizada está mi vida, y no me vencerá nadie que haya nacido de mujer.

—Es vana tu hechicería—grita riendo Macduff—. Ese genio que te hizo invulnerable puede decirte que fuí arrancado antes de tiempo del lecho materno.

—¡Maldición!

—Ríndete, cobarde. Te hemos de atar a un poste con un letrero que diga: ¡Aquí está el tirano!

—Nunca. Aquí está mi escudo. Golpea, Macduff, golpea.

Y entre tajos y reveses van caminando y buscando el sitio en donde se encuentre la punta de la espada con la muerte del contrario. Se alejan; se confunden con otros no menos encarnizados enemigos; el rumor de la lucha general ensordece; al fin se va generalizando el silencio; la sangre se cuaja en los aceros de los vencedores; las muecas de dolor dejan horribles a los rostros de los

caídos; los últimos destrozos del huracán yacen por el campo y sobre ellos se levanta un aliento de vida. Malcolm y los suyos han alcanzado la victoria, y Macduff aparece con la cabeza de Macbeth y saluda al hijo de Duncan con estas palabras:

—Salve, Rey, pues ya lo sois. La cabeza del usurpador está cortada. Gozamos libertad; estáis en vuestro Reino, pues todos os proclaman por Rey de Escocia.

—Salud al nuevo Rey—gritan todos.

—La tiranía ha terminado. Tornen a sus hogares los que gimen en el destierro porque huían del monstruo que ha muerto y de su infernal esposa, que se dió muerte a sí misma, según se afirma.

Y así termina la obra. Como en todas las del gran autor trágico, las últimas palabras son de paz. Canta las horribles tristezas del vivir; pero cuando va a abandonar el plectro, derrama el suave bálsamo de la esperanza y del consuelo, y borra con una tenue caricia todas las torturas anteriores. La última impresión que deja Shakespeare es de una amargura grande, sí, pero llena de esperanza. Cuando se acaba de ver representar o de leer una obra suya no se piensa:

—La vida es así—antes bien, se pregunta uno:

—¿Por qué será de este modo? ¿Por qué habrá estos instantes de dolor?

Y se siente unas ansias infinitas de huír hacia aquellos momentos en que invaden nuestras almas las sanas pasiones, que son la única fuente de la alegría. Shakespeare nos lleva por un mar tempestuoso; pero nos deja en el puerto o a la vista del mismo (93).



XXII

Con ser tan gigantesco, no había terminado aún el esfuerzo del genio; todavía produjo una nueva joya: *El Rey Lear*. El 26 de Diciembre de 1606 se reunía la Corte en Whitehall para presenciar la representación de esta obra. Grande era la diferencia que había entre aquellos cortesanos y los que habían rodeado a la Reina virgen; éstos eran aduladores, aquéllos escolásticos. Entre conversaciones pretenciosas se deslizaban los primeros conatos de la revolución filosófica de Francisco Bacon. Este sabía siempre quedar a flote en todo naufragio, y de la misma manera que acusó a Essex frente a Isabel, supo captarse las simpatías de Jacobo y seguir en ascendiente.

¿Qué filiación tenía la nueva tragedia? *Romeo y Julieta*, con *Otelo*, forman un grupo en que el conflicto tiene un carácter idílico; *Hamlet* y *Macbeth* otro en el que la trama se envuelve entre los cendales de la imaginación más sombría. Formando como el fiel de la balanza está *El Rey Lear*, en el que se dan perfectamente armonizados el ideal y la realidad. Es la más humana de todas las concepciones de Shakespeare.

La única historia de amor que escribió el genio

fué *Romeo y Julieta*, como observa Hazlitt; pero todas sus obras son obras de amor. El cariño del amante luce en *Romeo*, en *Hamlet* el de hijo, el del esposo en *Otelo*, el amor propio en *Macbeth*. En el Rey Lear encontramos el amor del padre.

Es mayor, mucho más grande que el filial. El Príncipe de Dinamarca irá en busca de la verdad por su progenitor; pero en él hay una obligación: ese cariño está movido por el deber, no es amor puro. Por el contrario, el Rey Lear se anula a sí mismo sólo por amar. Todo su poder lo entrega en manos de sus hijas, y las hijas corresponden... Pero, vayamos paso a paso. Analicemos someramente la obra.

* * *

«—Sabed que he dividido mi Reino en tres partes—dice Lear—. Quiero descargar mi vejez de los desvelos y atenciones del mando, que confiaré a más juveniles fuerzas, para encaminarme así, aliviado de tan gran pesadumbre, hacia la sepultura... Ahora, hijas mías, al abdicar la soberanía de mi Reino con los productos de sus tierras, señorío de sus estados, ¿de cuál de vosotras podré decir que es mayor el cariño, para que mi donación con mayor largueza llegue en el premio adonde el cariño en merecimiento?» (94).

Y habla Gonerila y dice que le ama más que a todos los goces de la vista, del espacio y de la libertad, como jamás hijo a su padre, y aunque digan es «demasiado», todavía irá más allá su cariño.

Alegre con la hipérbole, le concede una hermosa extensión de sus dominios el buen Rey, y pregunta luego a Regania, la cual no es menos explícita que su hermana: no conoce otra felicidad que el cariño de su padre.

Le concede a su vez Lear una porción privilegiada de su territorio; y demanda a la tercera hija, Cordelia, sobre su amor.

¡Desgraciada Cordelia! En su corazón anida toda la serenidad del firmamento. Como éste, oculta sus misterios por ser tan grandes, y muestra una pequeña parte de esos mundos que por él cruzan con la dulce armonía de la enorme Lira; ella no sabe mostrar más que una pequeña parte de los tesoros de su corazón. ¿Qué son las palabras para poder expresar con ellas todo el sentimiento del verdadero amor filial? Ella no sabe mentir; no conoce el mundo de las adulaciones. Sueña y sonríe. Si queréis saber lo que no puede decir, mirad sus ojos azules y contemplad sus labios. Cordelia es una sonrisa de bondad. Por eso calla cuando su padre le pregunta por su cariño.

—«¿No dices nada?»

—Nada.

—Nada es señal de nada. ¿Qué dices?»

—Por mi desdicha, no sé asomar el corazón a la boca. Mi amor a Vuestra Majestad es el que debe ser, ni más ni menos» (95).

El Rey monta en cólera y la deshereda. ¡Oh, la desalmada! Y riñe, y destierra al noble Kent porque intercede en favor de la desdichada Princesa. Luego llama al Duque de Borgoña y al Rey de Francia, quienes aspiraban al amor de la joven, y la presenta con la maldición por dote. El Duque la rehusa. El Rey de Francia pregunta el por qué de la maldición. Cordelia habla con sencillez y explica el caso.

«—¿Y eso es todo? Cortedad natural que tantas veces suspende en el mejor punto nuestro mejor propósito» (96).

Y cuando todos la rechazan exclama:

«—Hermosa Cordelia, más enriquecida cuando te empobrecen, más ensalzada cuando te depri-

men y más amada cuando te odian; mía serás con tus virtudes. Por ley me pertenece lo que todos abandonaron. ¡Oh, dioses! ¿No es extraño que lo que juzgáis frialdad y despego encienda el más ardiente amor? Tu hija desheredada, la que echaste al azar de mi suerte, será mi Reina y de todos los míos y de mi hermosa Francia. Todos los Duques de la pantanosa Borgoña no podían comprar esta inapreciable virtud tan despreciada. Diles adiós, Cordelia, aunque fueron crueles contigo. Si algo has perdido aquí, más has ganado» (97).

Y se alejan los dos como una visión de Primavera.

Quedan solas Gonerila y Regania y sus vulgares sentimientos se rebelan en seguida. ¡Vaya unas chocheces las que tiene su padre! Mucho van a tener que aguantar; pero ya se pondrán de acuerdo para sufrir lo menos posible.

El Rey vive en el Palacio de Gonerila, y al momento surge el primer motivo de disgusto. Un paje de la Reina ha reprendido al bufón de Lear, y éste le golpea; Gonerila monta en furia, y da órdenes para que cuando venga de caza su padre le digan que ella está enferma y no puede hablar con él.

Pronto se presenta el Rey, y se encuentra con el noble Kent, quien se ha disfrazado para no abandonar a su señor. Merced a su nuevo aspecto más parece un bufón que un caballero. Sus frases gustan al Soberano sin reino, por lo que le nombra de su comitiva. Los siervos que la constituyen son obedientes; no así los de Gonerila, los cuales empiezan a dar pocas pruebas de respeto a Lear, pues, cuando éste pregunta a uno cualquier cosa, o se marcha el preguntado o le responde de igual a igual. El violento carácter de Lear estalla. Grita, ordena, exige; pero le contesta el vacío. Un deslenguado llega a decirle que es el *padre de*

su señora. ¡Ay! Existe alguien que manda ya más que él, y sus mandatos son bien ajenos a lo que la ley natural exige de una hija. ¡El padre de su señora! Es el primer bofetón que recibe el viejo Monarca; es la primera huella que señala su abdicación.

El bufón ríe. Toda risa de estos payasos lleva envuelta una puñalada; su caperuza está llena de cascabeles que al sonar parece que toman la horrible intención de sus pensamientos, y se oyen más como campanas que tocan a funeral que como anuncio de bautismo. La incompasiva sátira muerde en el corazón de Lear. Más horrible aun que el cascabeleo punzante del bufón es la espantosa plática de la hija. Gonerila no ríe, impera, y sus voces son de crítica contra el padre, que abandonó todo su patrimonio por ella misma.

«—¿Sabrá alguno decirme quién soy yo? ¿No soy Lear?—pregunta el anciano con horror—. ¿Son sus pasos éstos? ¿Es ésta su voz? ¿Son éstos sus ojos? O su razón flaquea o sus sentidos están embotados. Ea, despierta. ¿Nadie sabrá decirme quién soy yo?

—*La sombra de Lear*—responde el bufón (98).

El Rey piensa que aun tiene otra hija, y amenaza a Gonerila. Se irá de allí; pero volverá. El Duque de Albania, esposo de la Reina, quiere poner paz, sin conseguirlo.

Lear se aleja en busca de Regania; pero un emisario de Gonerila parte al mismo tiempo, y cuando llega el viejo al castillo de su nueva hija, lo primero que encuentra es al disfrazado Kent en el cepo. Le envió como nuncio de su llegada, se encontró con el mensajero de Gonerila, disputaron y ha sido castigado. Después recibe la noticia de que los Reyes están cansados y no pueden recibirle. ¡Es posible! Al fin los ve. ¡Ja-

más lo consiguiera! Regania, aquella que fundaba toda su felicidad en el amor de su padre, le re-



cibe huraña afirmando que no puede creer en que su hermana se haya portado tan mal.

Y el cuadro que se desarrolla delante del Mo-

narca destronado es verdaderamente espantoso. Gonerila se presenta con toda su majestad, y las dos hermanas se abrazan. ¡Las dos! Y él queda abandonado.

Le recriminan, le increpan, le acusan de soberbio. ¡Ay, si tal es, bien han sabido heredarle! Regania le exige que torne con su hermana. Las dos le imponen que ha de reducir su séquito a veinticinco hombres solamente. ¡Todo es tremendamente escandaloso!

¡Para eso cedió él su autoridad! ¡Desdichado del que se arrepiente tarde! ¡Llorar! ¡Es poco llorar! Sería necesario romper el corazón en cien mil añicos, si no fuese Lear. Se volverá loco; pero no llorará. ¡Ingratas hijas! ¡Perversas sierpes con apariencias de mujer! ¡El castigo llegará para ellas!

¡Pobre Lear! Como cae la otoñal hoja para arrastrarse por el fango y ser juguete del viento, así se desprende él de su mansión para rodar por el mundo. Huye, se aleja de aquellos monstruos que recibieron el ser de su ser, la sangre de su sangre, la vida de su vida; pero que semejan haber nacido de lo más profundo del averno. Va a emprender su cabalgata por el desierto; irá completamente olvidado, escarnecido, pero sin perder su majestad. Quien le encuentre le parecerá ver que todavía brilla sobre sus sienes la dorada corona, y que en sus hombros luce con todo su esplendor la púrpura, y, sin embargo, no estará rodeado más que del noble Kent, cubierto con la máscara del esclavo, del infeliz Gloster, quien no es menos desventurado que el Rey, y del sarcástico bufón, quien con sus gracias le hará llorar doblemente.

Cae el buen Lear: se aleja, desaparece, y en sus oídos suena cual helado rumor de los sepulcros la carcajada de las infames hijas que le ven marchar, y se abrazan como diciendo:

—¡Hemos triunfado!



XXIII

Desamparado se encuentra el Rey Lear en medio de la más horrorosa tormenta. Apoyado en el brazo del bufón, camina buscando un refugio en medio del descampado. El noble Kent, transido de dolor, da un anillo suyo a un caballero para que vaya con él a buscar a Cordelia y le cuente todo lo que ocurre. Al fin encuentran una choza; la Naturaleza es más compasiva que las hijas, y prepara un lugar en donde pueda guarecerse aquel desgraciado padre. Allí se encuentra a un loco. ¿Quién es?

Se trata de otra triste historia. Gloster tenía dos hijos: el legítimo Edgardo y el bastardo Edmundo. Este ha conseguido forjar una intriga contra su hermano, a quien su padre deshereda y maldice creyendo ciertas las traiciones y malicias de que ha sido acusado. Por aquellos campos anda el calumniado joven hecho una verdadera bestia, lanzando gritos y pidiendo el alimento por caridad. Y no se llama ni Edgardo: ahora es el ¡pobre Tomasillo! Y mientras el desgraciado joven sufre de tal modo, el calumniador goza de todo favor de la Corte. ¡Así es la vida! Y Gloster deposita el cariño y la confianza en el hijo que trama su ruina, como tramó la de su hermano.

Al ver al loco exclama el Rey:

—¿Has dado a tus hijas cuanto tenías?

El padre despreciado y el desventurado hijo se encuentran en el camino de sus odiseas. ¡Cuán tristes son las dos!

Y allá en el señorío de Gloster no sufría menos el pobre padre engañado. Su propio hijo Edmundo le había denunciado como favorecedor del Rey Lear: le había protegido no sólo para huír, sino que le ayudaría también para volver.

Rodeado por los vasallos de Regania, atado, completamente indefenso, se veía interrogado por la feroz Reina y por su esposo el de Cornualles.

—¿En dónde está el Rey? ¿Adónde le habéis enviado?

—A Dover—confesaba.

—¿Y por qué?

¡Ay! El buen servidor no quería que su Sobrano se viera víctima de su cruel hija, y pretendía que llegase el día del merecido castigo. ¿Había de llegar?... Y con incalificable barbarie le arrancaban un ojo.

—¿Qué? ¿Ya le ves venir?—le preguntaban con criminal ironía.

La voz más humilde era la única que protestaba de aquellos hechos. Un criado se permitía alzar el grito en favor del paciente. Regania, fuera de sí, tomaba una espada y hería al que de tal modo se propasaba. Y el criado caía muerto profetizando que Gloster vería el castigo de sus verdugos.

—¡No lo verá!—exclamaba el de Cornualles, y arrancaba el ojo sano al noble.

—¡Edmundo, Edmundo!—clamaba el ciego—. ¿Dónde estás?

Cornualles caía herido a su vez. Un criado, no pudiendo ver impasible aquel martirio, vengaba al que habían sumido en eternas tinieblas; y otros siervos compasivos tomaban a la víctima para la-

var su ensangrentado rostro y sanar la herida que amenazaba con llevarse al alma por las vacías cuencas de los ojos.

Cuando Edmundo se encuentra a su padre conducido por un viejo, hurta su presencia y Gloucester pasa junto al malvado bastardo no sabiendo que está allí, ni menos que a él es a quien debe toda su desgracia, y va en busca del loco que sabe pulular por aquellos andurriales. Edgardo encuentra a su padre y siente que se le parte el corazón.

—No puedo fingir más; pero es fuerza—dice, y habla como loco. Sí, es el infeliz Tomasillo, responde cuando el anciano le pregunta.

El viejo Conde se agarra entonces a su brazo y le habla de una roca que se encuentra frente al mar, y le ruega que le lleve a ella, y él, en recompensa, remediará su pobreza: no tendrá que pedir más limosnas en su vida.

Y los dos se dirigen en busca de la roca.

El bastardo entretanto es objeto de una intriga de la Corte; ¡oh, aquellas Reinas son sencillamente abominables! Las dos se enamoran del malvado; Regania quiere convertirle en su nuevo esposo; Gonerila le compara con su esposo el Duque de Albania, y le encuentra más varonil, más amable. Las dos sobornan a un lacayuelo para que le lleve las cartas que le hagan conocer los secretos de sus corazones. Pero quien recoge las cartas es Edgardo.

El fingido Tomasillo lleva a su padre a un lugar de la llanura diciéndole que allí está la roca. Se encuentra en el borde mismo, le afirma; si da un paso más cae en el abismo.

—Adiós, pues—le dice el Conde. Y se arrodilla y ruega a los dioses que protejan a su hijo Edgardo si aun vive. Y da un salto, y, como es natural, cae en tierra. Al punto llega su hijo, y con fingida voz, para que no le reconozca, le hace creer que ha caído desde lo más alto de la roca y

que es milagroso absolutamente el que conserve la vida.

—¿Es verdad que he caído?

—Desde la cumbre de ese tajo. Levantad los ojos y os espantaréis.

—¡Ay de mí! ¡No veo!—confiesa con desolación.

Así le salva su verdadero hijo; así le convence de que no debe atentar contra su vida.

Y cuando así están se presenta el Rey Lear con una corona de flores en la cabeza y con la razón absolutamente perdida.

Un noble, con varios siervos, intenta alcanzarle; pero el Rey huye, escapa jadeante, gritando como un loco, y pasa, y se va. Y entonces el mísero lacayuelo de las Reinas llega, y al ver al Conde de Gloucester intenta asesinarle, porque sus dueñas han pregonado su cabeza; pero sucumbe ante el brío de Edgardo, en cual entonces, al leer las cartas que llevaba el mensajero, lo sabe todo, y Gloucester, consternado ante tales nuevas, exclama:

—El Rey está loco; yo debiera enloquecer.

Esta es la historia del Tomasillo que encontró Lear en la cueva. Tomasillo es el fingido loco que ambula por el descampado; Lear se convierte en el loco de verdad. Huye de todos, engarza sentencias con disparates, se viste con guirnaldas y se degrada hasta el último tramo de la miseria.

Pero es preciso que el milagro se haga, y se verifica. Frente a la maldad de las falsas hijas está el bondadoso corazón de la hija amante; cuanto más bajo se encuentre el ser querido, con mayor cariño le recogerá, y con mayor alegría le colocará en el sitio que le pertenezca. No hay desierto sin oasis, y Lear ha encontrado el oasis de su desierto.

Llegó el aviso que mandó Kent a Cordelia, y el ejército francés se aproxima para vengar todas las ofensas inferidas a la Majestad que se arrastra por

un ambiente de podredumbre. Ya le encontraron; ya duerme en el lecho preparado en la tienda de campaña, y su hija le mira con aquellos ojos llenos de misericordia. Ya despierta Lear, y Cordelia le pregunta:

«—¿No sabéis quién soy yo?

—Eres un espíritu, lo sé. ¿Cuándo has muerto?

—¿Oís? Aún desvaría—se duele la hija, dirigiéndose al médico.

—Apenas ha despertado. Dejadle solo unos instantes.

—¿Qué ha sido de mí?—dice Lear—. ¿Dónde me hallo? ¡Hermoso día! Mucho me han hecho padecer; si a otro cualquiera hubiera visto padecer lo que yo, me habría muerto de pena. No sé qué decir... No me atrevo a creer que ésta sea mi mano... Voy a ver... Siento la punzada de este alfiler... ¿Quién sabe de cierto quién soy?

—Miradme, señor—ruega Cordelia—. Y alzad vuestras manos para darme vuestra bendición... ¡No, no os arrodilléis ante mí!

—No os burléis de mí, os lo suplico—gime el anciano—. Soy un pobre viejo alelado. Cumplí los ochenta, ni una hora más ni menos, y si he de decir la verdad, temo no estar en mi cabal juicio. Creo que te conozco, y también a este hombre; pero estoy dudoso, pues no sé dónde me hallo, ni sé, por más que pienso, quién puede haberme vestido así... ni recuerdo dónde pasé esta noche... No os riáis de mí, que, tan cierto como soy hombre, esta dama es mi hija Cordelia.

—Sí, yo soy, yo soy.

—Son lágrimas tuyas las que me mojan... Sí, tuyas son, en efecto. No llores. Si has preparado para mí algún veneno, lo beberé. Ya sé que no me amas, pues tus hermanas, sí, bien me acuerdo, fueron crueles conmigo...; tú tendrías razón, ellas no la tuvieron.

Cordelia llora. ¡Cómo no ha de llorar oyendo tales palabras! Y el Rey murmura:

—Habéis de tener paciencia conmigo. Perdonad y olvidad... Soy un pobre viejo y estoy alelado» (99).

XXIV

Se encuentran frente a frente uno y otro ejército. Entre las Reinas hermanas sigue la infame tráfico amorosa. Regania busca a Edmundo y le comunica los celos que siente por su hermana. El miente con descaró, y procura sacar partido de las dos impúdicas damas, y viendo el resto de piedad que en el Duque de Albania queda en favor de Lear y de Cordelia, exclama:

—Ganada la batalla y ellos en mi poder, no habrá perdón.

Ha llegado a ocupar el mando de los ejércitos de Regania; el Duque dirige los de su esposa Gonerila.

Y como el bastardo deseaba, así se verifica. La fortuna es veleidosa y a veces se hace enemiga de la razón. Edmundo vence, y Lear cae prisionero con su amada Cordelia. A buen recaudo los colocan, y al marchar hacia el obscuro rincón en donde han de quedar bien guardados, se conduce Cordelia con amor inmenso:

«—No somos los primeros que pretendiendo enmendar un daño lo causaron mayor. Sólo por ti, desventurado Rey, es mi pena; por mí... sé desdenar... los desdenes de la fortuna. ¿No veremos a esas hijas, a esas hermanas?»

—¡No, no; no, no!—grita el Rey—. *Vamos a nuestra cárcel. Solos los dos, cantaremos como pájaros enjaulados. Si me pides que te bendiga, seré yo quien te pida perdón»* (100).

Se los llevan. Hay momentos en que debe confesarse que la vida es miserable; pero si el dolor buscarse siempre a los malvados, sería justicia. Se van los infelices, y el ambicioso Edmundo, aun no contento, envía a un Capitán para que verifique una orden secreta. El Capitán es un hombre empedernido que sirve por una recompensa, sin examinar lo que se le pide jamás.

¿Va a ser todo obscuridad, podredumbre todo? ¡Ah! No, que la hora de la alborada ya va sonando. El Duque de Albania ha recibido las cartas para Edmundo de manos de Edgardo, y le acusa y le reta, y el heraldo anuncia el combate, y un caballero se presenta con el rostro oculto por la armadura ofreciéndose a mantener la acusación en el duelo sangriento. ¡Ahora sí que favorece la fortuna al brazo vengador! Edmundo, cae. Las babilónicas hermanas se duelen por haber consentido la lucha con un desconocido, y en un rapto de celos se envenenan y asesinan. El misterioso paladín revela su nombre, y el herido, al reconocer a su legítimo hermano, en un asomo de arrepentimiento, confiesa la orden que dió contra los encarcelados, y muere.

Corren todos a salvar a los prisioneros; pero no es preciso que vayan. Ya llega el Rey, el mismo Lear trae a su hija. Los ojos de cielo están cerrados, los labios entreabiertos; no se sabe si en ellos hay una sonrisa o una apagada voz de perdón; el cuerpo se dobla y cae como buscando la tierra donde pueda descansar de la horrible jornada que ha corrido; la pálida tez canta el himno funesto de la muerte...

«—¡Aullad, aullad, aullad—ruge el Rey Lear—, hombres de piedra! ¡Si yo tuviera vuestra voz y

uestros ojos, me serviría de ellos hasta derrumbar la bóveda del cielo! ¡Se fué para siempre! Bien sé



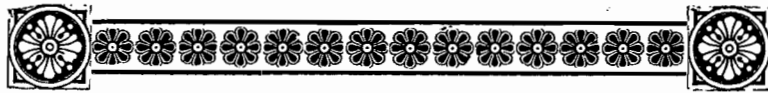
cuándo es la muerte y cuándo es la vida. Muerta está como la tierra. Traed un espejo: si su aliento empaña el cristal es que aun vive» (101).

No, no puede vivir. Bien la ahorcaron. El rudo Capitán supo arrancar aquella vida en flor, aunque la única recompensa que obtuvo fué la muerte a manos del buen Rey.

Y Kent se arrodilla ante Lear, y todos sienten espanto; y el infeliz murmura agonizante:

«—¡Y ahorcaron a mi pobre loquilla! ¡No, no vive! ¿Por qué un perro, un caballo, un ratón, tienen vida, y tú no? ¡No volverás nunca!... ¡Nunca, nunca, nunca, nunca, nunca!... ¡Por favor, soltadme este botón! Gracias, señor. ¿Veis esto? Miradla, mirad su boca, miradla, miradla...» (102).

Y así expira el Monarca. Murió Cordelia; por él perdió la vida; esa muerte es la única que podía contar el amor de la santa hija. ¿Qué eran las palabras? Nada. Era el corazón el que tenía que dejar de latir para que se comprendiese que todos sus latidos eran perpetua adoración. Ya el Rey Lear sabe cuánto le adora la niña; por eso le da también el tesoro que poseía, el mejor, el más íntimo, el máspreciado: su vida. Para las falsas ambiciosas fueron las joyas de la ambición; para Cordelia, que es toda dulzura, queda la más dulce de las joyas. Y el venerable rostro del padre se junta a la serena carita pálida, como queriendo reposar a su lado, eternamente, para guardarla y para que puedan llegar a sus oídos esas palabras del espíritu que no se pronuncian en el mundo nunca (103).



XXV

Es inútil hablar del éxito que obtuvo esta tragedia delante de la Corte y siempre que se ha representado. La locura del Rey Lear ha atraído a los actores más aun que la de Hamlet, y ha hecho fracasar a muchas reputaciones en mayor grado todavía que la del Príncipe danés. Los alienistas se han preocupado de modo preferente de esta materia, y el aplauso para Shakespeare, con tal motivo, es universal.

Hermosa vida literaria era la que se coronaba con tal victoria, e imposible resultaba mantener el cetro por más tiempo; el literato acababa y el hombre empezaba a verse satisfecho. Todavía cantó algún tiempo más; pero ya el objeto principal que aquel cerebro perseguía no era la idea sino la calma. Algunos sucesos familiares le impulsaban más aun hacia el retiro.

El 5 de Junio de 1607 se casaba su hija Susana con el médico y cirujano Juan Hall, y a Stratford fué Guillermo Shakespeare para presenciar la fiesta. A esta estancia del poeta en su pueblo debió el niño Guillermo Walker el ser apadrinado por él el día 16 de Octubre de aquel año.

¡Cómo adoraba la vida de reposo que hacía en

«New Place»! Sus ansias de soledad eran cada vez mayores, y se aumentaron de nuevo cuando a los pocos meses nació su nieta Isabel. Era el mes de Febrero.

Y el 9 de Septiembre, como queriendo atraerle más a su lugar nativo, bajaba al sepulcro María Arden. ¡Bien puede dolerse el ánimo al ver perder la vida a esta pobre madre, cuando llegaban los días en que hubiera podido gozar de la tranquilidad y horas de cariño que al fin iba a conseguir conquistar para ella su hijo! Guillermo, en vez de encontrar el amor materno como recompensa a sus afanes, encontraría una nueva tumba sobre que rogar y derramar lágrimas cuando abandonase el ajeteo de la vida londinense.

¡Y era preciso abandonarla! Aquel vivir destrozaba. Una fortuna bastante considerable le permitía poner límite a los deseos. Guillermo Shakespeare se acababa. Su enorme lira había sonado ya hasta lo inconcebible. ¡Sonar más fuera desatino!

El poeta abandonaba a Londres. La turbia corriente del Támesis, al huír de la ciudad, corría a confundirse con las embravecidas olas del Océano; él, por el contrario, volvía al sitio en donde fué arroyuelo su vivir a recordar los días de su infancia, a rodearse de los ojos azules de su Anita, que ya temblaban en su mirar cansados por los años y a rejuvenecerse en aquellos ojillos de su nieta que empezaban a ver el mundo.

Eran los días de 1611. Shakespeare entraba en Stratford para no volver a salir más a producir nuevos cantos. Detrás de los rayos de sol esplendente que derramó en *El Rey Lear* empezaron a lucir las hebras de oro de un crepúsculo vespertino.

¡Qué alma contempla sin dolor que el Sol se oculte!

PARTE CUARTA

LA NOCHE

Mediocribus esse poetis
Non homines, non Di, non concessere columnæ.

Horacio. — Ep. ad. Pisones, vv. 372-373.

Fausto, Margarita y Mefistófeles, y Werther y Carlota, en la literatura alemana, y sólo Don Quijote, Sancho, Dulcinea y Don Juan Tenorio en la española, son los personajes que por la notoriedad, la fama y el fulgor glorioso pueden compararse a los personajes de Shakespeare en las otras literaturas europeas.

Don Juan Valera. — Prólogo de la tr. de Clark. — XXII.



I

Allá en el pequeño pueblo, lejos del mundanal ruido, vivía el poeta, dedicado a cuidar de su jardín y a verse respetado de sus convecinos. Su natural franco y amable teníanle captadas todas las simpatías.

Un ligero disgusto sufrió apenas retirado a su casita. Esteban Bellot se había querellado contra su suegro, y Guillermo fué llamado para declarar acerca de la intervención que había tenido en el matrimonio. Bellot pretendía que Mountjoy no cumplía lo que se había convenido al verificarse la boda. Shakespeare contestó a cuantas preguntas se le hicieron sin falsificar en un ligero ápice los hechos. Aquella demanda le entristecía porque recordaba otra que Ricardo Field presentó un día contra él. ¡Tan buena amistad como siempre les tuvo unidos se rompió por una ligera ambición que hizo discutir unos derechos! (104).

Pronto terminó el desagradable incidente, y regresó de nuevo a «New Place». Al poco tiempo fué una pena mayor la que hubo de sufrir: también falleció su hermano Ricardo, el cual ha-

bía compartido con él las luchas de la escena. Fué esto el día 4 de Febrero de 1613.

Golpe tras golpe, había de resentirse alguna vez el recio temple de Guillermo. La tristeza no le invadía; pero poco a poco se hería de muerte.

Salió de Stratford de nuevo; fué a Londres y compró una casa cerca de Blackfriars. El músico Enrique Walker se la vendió por 140 libras.

Recordando las pasadas horas, se dirigió hacia la tertulia de *La Sirena*.

—De vuestros escritos estábamos hablando.

—Casualidad. ¿Y qué era ello?

—Comentarios al *Cuento de invierno*, una de las últimas obras que escribisteis—decía uno.

—¿Por qué no escribís otra obra menos disparatada que esa?—replicaba otro.

—No escribiré otra porque ya he terminado mi azarosa vida; ahora descanso. En cuanto a lo de disparate, no creo que queráis que un cuento sea un modelo de lógica; por eso le llamé así. Fué una de mis últimas humoradas. Leí el romance de Roberto Green, y pensé que con él podría hacerse una comedia fantástica como mi *Sueño de una noche de verano*, y la escribí. Pero, si no os gusta, no os canséis en criticarme, pues las críticas deben tener por objeto corregir, y como yo no pienso hacer nada nuevo, poco ganaréis con vuestro trabajo.

—No, si nos gusta. No creais que criticamos para censurar: antes bien, nos agradaba el recuerdo. Tenéis un doble ambiente de tragedia y comedia en esa obra que desorienta; pero que encanta.

—Sí; Leontes duda de su mujer Hermione, y arroja de su palacio a la niña recién nacida creyendo que no es hija suya, y cuando el oráculo de Delfos declara que la Reina es inocente y que el Rey no tendrá derecho a la corona hasta que aparezca la niña abandonada, mueren el primo-

génito y la misma Reina; pero esta última sólo en apariencia. Hasta aquí parece que todo va a ser trágico. Sin embargo, al final, con la aparición de la hija en Bohemia y sus amores con Floricel, el heredero del reino, se alegran los últimos actos, y con el encuentro de la Reina Hermione, todo resulta ameno, divertido, del más suave ambiente.

Prosiguieron así charlando, y al día siguiente salió el poeta para siempre de la ciudad de las nieblas. En la taberna de *La Sirena* seguirían hablando de él y elogiándole; pero no tornarían a verle jamás.



II

Y llegó el año de 1616. Eran los últimos días de Enero. En «New Place» había un inusitado movimiento. Llegaba el letrado Francisco Collins de Warwick, porque Guillermo quería hacer testamento.

¿Qué tenía? Nada; pero sentía que pronto iba a dejar el mundo. Y lo decía con una serenidad pasmosa, cual si se tratara de otro.

Y era preciso dejarlo todo dispuesto.

Francisco Collins se sentó frente al poeta, y éste le fué diciendo su última voluntad. El letrado tomaba sus notas.

La nietecita miraba a su abuelo con curiosidad. Con la inocencia de sus siete años creía que lo que estaban haciendo era algo así como escribir una carta. Acariciaba las manos y las rodillas de su abuelito, y oía a Collins que repetía las últimas palabras dichas por Guillermo como indicando que podía seguir.

Anita Hathaway, sentada junto a una ventana, casi lloraba.

Susana salía de la habitación cuando no se encontraba con fuerzas para reprimir las lágrimas.

Judit Shakespeare creía que todo aquello era pura formalidad, y que su padre sería eterno.

Y al fin, después de garrapatear unas cuantas hojas, leyó el letrado.

«Día veinticinco de Enero, del año décimo-cuarto del reinado de nuestro Señor Jacobo, ahora Rey de Inglaterra, etc., y cuadragésimo nono de su reinado en Escocia, año del Señor 1616.»

Cláusula tras cláusula fué dando cuenta de lo escrito, y cuando hubo terminado, dijo Guillermo:

—Es preciso añadir algo para mis compañeros Heminge, Burbage y Cundell: se nos ha olvidado incluirlos.

—Lo que queráis.

—Bien merecen un recuerdo. Señaladles veinticinco chelines y ocho peniques a cada uno para comprarles sortijas.

—Hecho está—dijo el letrado.

—Y aun habéis de poner algo más.

—Decid.

—El segundo mejor lecho, con toda su garnición, quiero que sea para mi esposa.

—La ley ya le concede su parte; no es menester que hagáis mención de ella aquí.

—La ley me evitará que la nombre; pero mi cariño me obliga a no olvidarla. No peco de ingrato, y sería ingratitud que ahora olvidase a quien tan bien ha sabido ser mi compañera.

Anita le miró con mayor expresión que nunca. ¡Era el rescoldo que vivía bajo el hielo de los años! Aquel recuerdo de amor tenía que ser interpretado luego por un signo de desprecio. No se pensó en que Ana Hathaway no necesitaba aparecer en el testamento para nada, y se creyó que todo lo que había recogido de su esposo era aquel escarnio: el *segundo mejor lecho*. Y esto contribuyó a aumentar la leyenda de los clandestinos amores del poeta. ¡Sin embargo, el dramaturgo inglés miraba a Anita en aquellos últimos momentos con

la misma dulzura con que la miró en las noches pasadas en Shotery!

Francisco Collins se fué.

Una tristeza infinita quedó en la casa. Guillermo, con su clara inteligencia, adivinaba el tormento de las almas, y para borrarlo dijo con paternal bondad:

—Venid, venid todas, y os contaré cuentos. Mis historias han distraído a la gente: os distraerán a vosotras también, que sois más mías que todo el mundo.

Susana y Judit hacían labor: Anita miraba hacia aquel lugar en donde se hallaba su casita de virgen, y clavaba sus ojos en el espacio como queriendo descubrir en él los ecos de las palabras de amor de su Guillermo, y la pequeña Isabel Hall, la nietezuela, en brazos del poeta, le miraba también, sonreía y escuchaba el cuento con embeleso.

Y el poeta contó así su última historia.



III

Un navío estaba envuelto entre la tempestad más horrorosa, sin que el patrón pudiese poner remedio al naufragio. Iban en el navío con el Rey de Nápoles, Alonso, su hermano Sebastián, su hijo Fernando y Antonio, duque de Milán, por haber usurpado los derechos de su hermano Próspero.

Los gritos de «el buque se hunde», «la nave se abre», «Dios me valga» y otros aumentaban la desolación. El contramaestre juraba como si con sus votos hubiera de conseguir calmar la furia de vientos y mares; y éstos respondían a sus ternos renovando sus fuerzas y hundiéndoles para siempre. Pero no, que al ver zozobrar al buque todos lo abandonaban, entregándose a las embravecidas olas para buscar en ellas la tabla de salvación, temiendo encontrar solamente el lecho eterno.

Cerca de aquel lugar había una isla, habitada tan sólo por un anciano todo bondad y sabiduría, un verdadero mago de ensueños, que ponía el valor de sus sortilegios al servicio del bien. Este anciano tenía una hija llamada Miranda, hermosa como encantadora niña, tierna como pajarillo dur-

miendo en su nido e inocente como la primera sonrisa de la infancia.

La niña, viendo que su padre con su poder mágico producía la tormenta que echaba a pique al navío, le rogaba que calmara los elementos, y el anciano la acariciaba paternalmente: no era maldad lo que inspiraba aquel acto, antes bien, razón y justicia.

Hizo sentar a Miranda junto a él, dejó el manto que le envolvía en el suelo y le confió un secreto. Ya era tiempo de que lo supiese todo. No siempre habían estado desterrados en aquella isla. El había sido Duque de Milán, y, por tanto, ella Princesa. El era Próspero. Su hermano Antonio, confabulado con el Rey de Nápoles, a quien prometió pagarle tributo, le había destituido de su puesto, y el amor que le tenían sus súbditos los salvó de la muerte. El usurpador había dado orden de que los asesinasen; empero el encargado de ejecutar la sentencia los dejó abandonados en un carcomido buque. Próspero pudo luchar, porque su hija fué el ángel que le dió fuerzas. Milagrosamente llegaron a la isla. Afortunadamente dejáronles en el buque algunos libros, porque sus antiguos vasallos conocían la afición que al estudio tenía el Duque. Su presciencia le hizo saber que sus enemigos llegaban a aquella playa y que ellos estaban bajo el influjo de un astro benéfico... Pero, Miranda tenía sueño.

—Duerme—le dijo su padre.

Y la niña quedó dormida. El anciano se volvió a poner el manto y gritó:

—¡Ariel, Ariel; acude pronto!

Y Ariel llegó. Espiritualizado a Miranda, y comprenderéis quién es el nuevo ser. Ariel es la idealización del bien puesto al servicio de un humano, mientras Miranda es un ángel que ha tomado la mejor forma con que podía vivir en el mundo; cayó del cielo; pero no fué arrojada de allí, como

decía el poeta (105). Es una historia fantástica la del espíritu que se ponía a las órdenes del anciano.

Una bruja le esclavizó; él no podía sufrir las órdenes sensuales y aborrecibles de la maga, y ésta le confinó en el tronco de un pino. De allí le puso en libertad Próspero, y Ariel, en agradecimiento, se declaró su siervo por un plazo no breve.

—¿Qué deseas?—preguntó Ariel.

—Conviértete en sirena para que no te reconozca nadie.

Y despertó a Miranda, a su hija amada.

—Vamos a ver a Caliban—dijo el mago.

—Me da horror; es un villano.

—Nos hace falta; no podemos prescindir de él.

Cuanto es de hermoso Ariel, es de aborrecible Caliban. Con este monstruo es con el único con quien habla Próspero sin dulzura. Las más arduas tareas son para el nefando gruñidor que se arrastra, desobedece; no es sensible más que al castigo; no se doblega más que ante el temor y por temor solamente se fué para traer leña, como ordenó su dueño.

Y en tanto que el protervo se alejaba, el sublime espíritu verificó los secretos mandatos de su señor. La música deliciosa que producía atrajo a Fernando, el hijo del Rey, y Próspero dijo a Miranda:

—¿Qué ves allí?

—¿Una sombra? Tiene aspecto noble; pero es una sombra.

—No, es realidad. Este mozo estuvo en el naufragio. Va buscando a sus amigos.

—Parece un ser divino.

Los ojos de Próspero se llenaban de contento y de ternura.

Los dos jóvenes se hablaban con plática de amor. La más pura idea los unía, cuando el anciano, con iracundos ojos, se interpuso recrimi-

nando al joven. Fernando, valeroso, desenvainó el acero; pero quedó inmóvil y la hija imploraba. Todo el ardid del mago iba surtiendo su efecto. Ariel cumplía todos sus deseos. ¡Oh, será libre el espíritu; sin embargo, antes es preciso verificar todo lo que Próspero necesita!

Unos miserables tramaban la muerte del Rey de Nápoles. Eran Antonio, el usurpador de los derechos de Próspero, y Sebastián, el hermano del mismo Rey. La música de Ariel despertaba a la víctima y a sus criados, e impedía que se verificase el crimen. Todos estaban en la isla; ni un solo tripulante pereció en la catástrofe que los había amenazado.

El rastrero Caliban se confabulaba con un despensero y un necio para arrancar el poder y la vida al anciano señor de la isla.

Y Fernando, castigado a duros trabajos por el mago, hablaba furtivamente con la niña amada, y cada vez la veía más linda, y cada vez sentía que su corazón podía menos vivir sin ella. Mas todos aquellos instantes que ellos creían furtivos eran bien vigilados por el padre de Miranda.

Todos los que en la isla habitaban se veían sorprendidos por un conjunto de misterios que los enloquecían. Unos momentos eran de deleite, otros de espanto; en algunos instantes se ponían en tal desacuerdo los amigos que parecía iban a llegar a las manos...

Próspero lo disponía de tal forma, que nunca terminaban los incidentes en desgracia, y atraía a los naufragos, secundado por el espíritu invisible, a fin de conseguir el objeto final que perseguía.

Por eso ofrecía a Fernando, como recompensa a sus trabajos, su propia hija, un hilo de su vida.

—Las penalidades que te impuse no eran más que para probar tu cariño, y las has resistido como pocos.

La alegría de los amantes era infinita. Mirábanse como si aquellos ojos fueran el mundo entero.



Y Próspero, vistiéndose el mágico manto, volvió a reclamar la presencia del espíritu del bien. Ariel se presentó.

—Trae a la falange y regalemos la vista de estos niños.

—Volando voy.

—No te acerques hasta que yo te llame.

La enamorada pareja contempló con asombro y deleite la idílica cabalgata que cruzó ante ella, cantando, danzando, riendo. Una música llena de extraña melancolía, anunció la aparición de Iris; después se presentó Ceres, luego Juno; más tarde un conjunto de ninfas y segadores en traje de fiesta.

Aquello era hermoso; únicamente había una cosa más bella en el mundo: su amor.

Pero de pronto Próspero salió del ensimismamiento en que había caído durante la visión. Caliban y sus secuaces iban a llegar para poner en práctica su plan de asesinarle.

—¡Cesad!—ordenó a las sombras, y éstas se esfumaron—. Retiraos a mi celda—dijo a los amantes—y esperad.

Miranda y Fernando se alejaron, y Próspero llamó a Ariel.

—Es preciso que nos apercibamos contra el infame Caliban.

Y colgaron ricas prendas de vestir en una cuerda.

En seguida aparecieron los intrigantes completamente mojados. Al ver la ropa se vistieron con ella, y al punto se presentaron una multitud de espíritus en forma de perros que empezaron a perseguir a los ruines conjurados, quienes huyeron completamente despavoridos. Tal fin tuvo la intriga de aquellos infelices.

Libre ya del peligro, y conseguido el amor de los jóvenes, no quedaba otra cosa que hacer que terminar la empresa, por lo cual fué atrayendo Ariel con sus encantos a todas las víctimas de la tempestad, las cuales quedaron encantadas al entrar en el círculo que había trazado el mago.

Allí se dió a conocer de todos los náufragos, y el Rey de Nápoles le restituyó el ducado de Milán, de que había sido dueño.

Entonces hizo aparecer a los amantes, y acordaron descansar en la choza durante la noche, y al día siguiente emprender la marcha hacia el reino napolitano; allí se verificaría la boda de Miranda y Fernando, y Próspero se retiraría a Milán para terminar en sus dominios los días de su vida. En la costa estaba el navío intacto.

—Ariel, a tu cargo queda tranquilizar los mares durante nuestra travesía; después, sé libre y feliz—dijo el anciano.

Y dejó su manto, pues habían terminado sus conjuros (106).



IV

Acabó su cuento el poeta, y el silencio más absoluto reinó en la habitación. La nietezuela le miraba con curiosidad, y se diría que parecía querer descubrir sobre los hombros de Guillermo el manto de la magia. También la posteridad ha creído ver algo autobiográfico en Próspero. Resulta probable, casi indudable; pero lo positivamente cierto es que al mismo tiempo que el mago abandonaba la isla, Shakespeare abandonó también el plectro. Si lo volvió a pulsar fué para que sus notas se mezclasen con las de otro autor amigo (107).

Después de aquella tarde, la última alegría que hubo en la casa del dramaturgo fué el matrimonio verificado entre su hija Judit con Tomás Quiney. El 10 de Febrero se celebró la ceremonia en la iglesia de Stratford.

Después... ya sólo vivió Guillermo para su jardín, y algunas veces para sus amigos. Aquel bondadoso corazón que había ensalzado de tal manera a la amistad, supo rendirle tributo hasta en los últimos momentos.

El mes de Marzo fué triste. El día 25 quiso el poeta revisar el testamento, y con mano temblorosa lo firmó (108). Estas postreras firmas habían de ser consideradas como un verdadero tesoro por

la Humanidad. Ellas revelan lo débil de aquel pulso... Cuando las escribió, ya el brazo de la fiera Parca se cernía sobre el genio.

¿Qué sufría? Que la vida se escapaba. Que había cumplido su misión. Quizá que su corazón, que sintió tanto, se cansaba ya de sostener aquella inteligencia, y retardaba sus latidos, y ponía obscuridad en la mente (109).

La Primavera empezaba a lanzar su carro al galope por el mundo, y llenaba de flores a los jardines del Mediodía y llegaba llorona a las regiones del Norte. El pequeño Stratford, que después había de crecer de una manera prodigiosa, parecía querer hermostearse. Abril, el bello Abril que parece un doncel veneciano con aire de trovador, era aquel año un fúnebre misántropo que organizaba caravanas espectrales. Sus días transcurrían en España e Inglaterra con unas diferencias contrapuntísticas de diez días. Cuando sonaba en la Península el 10, empezaba a sonar en la solitaria Albión el día 1.

Y he aquí que al llegar la fatídica fecha del 23, después de haber dedicado el postrero de sus cantos, *con un pie en el estribo*, emprendía la marcha sin tiempo hacia los espacios sin límites el glorioso Cervantes. Caía para siempre el autor de EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA. Se iba para no volver más, y escribía su nombre, al marcharse, en lo más alto del artístico Parnaso. Sucumbía el primero de todos los que pusieron a la literatura española entre las más grandiosas, no por la proporción dada al carácter de las composiciones, sino por el mérito y gran número de las mismas. Caso extraño. En la nación en donde la Historia tiene todo el idealismo de la Reconquista y el Descubrimiento del Nuevo Mundo se han escrito los realismos del Lazarillo y la Celestina, que han inspirado toda la idiosincrasia nacional. Por el contrario, pueblo tan his-

tóricamente positivo como el inglés, ha producido las sombras fantásticas del Paraíso perdido, de los poemas de Byron y de las creaciones shakesperianas. Cuando el inglés ha sido realista en la literatura, ha tenido que contemplar los cuentos picarescos de Boccaccio y engendar así las concepciones de Chaucer; cuando el español ha sido idealista ha sido también cuando ha imitado. Y Cervantes fué el único, cuando depositó a toda la Humanidad, a los chicos y a los grandes, a los nobles y a los plebeyos, a los buenos y a los malos, en aquella realidad arrojada contra todos los idealismos caballerescos importados. Fué una de las mayores pérdidas que nuestra nación ha sufrido, y como siguiendo las leyes de la imitación, al sonar ese 23 de Abril en Inglaterra, hería la Parca al que entre los ingleses podía parangonarse con el hijo de Alcalá.

Era una pequeña estancia, el oscuro rincón que había conquistado el genio para reposar en sus últimos días. Las nubes velaban al Sol y dejaban sumida a la habitación en la penumbra. Todos rodeaban al enfermo... Sus ojos no perdían aquel claro mirar, sus labios murmuraban palabras de consuelo...

Dibujaba una sonrisa...

¿Habéis visto esas olas que se alzan en las costas y se agrandan hasta el punto que hacen pensar en las montañas que levanta la tormenta, pero de pronto se achican suavemente y cuando parecían querer anonadar con su empuje llegan a la playa y lamen la arena cual si quisieran convertirse en un beso?

Guillermo Shakespeare llegaba a la playa de la muerte, y la besó. Fué pujante su vivir; pero al entregarse al último sueño diríase que era el mismo niño que dormía en la cuna después del canancio que le había producido el ajetreo del bautismo.

El genio se durmió para siempre. ¡La Humanidad debía recoger su lira para cantar en su alabanza! Cuantos rodeaban al cadáver se hallaban anegados en lágrimas. El santo dolor de hijas, el inconsciente sentimiento de la nieta reventaban en tales manifestaciones.

Y allá, en el rincón, sollozaba también una mujer. Los ojos azules que se alegraron algún día por el amor del poeta volvieron a ser los ojos tristes, aquellos ojos que encendían amor por su piedad y que se reflejaron en las ideales concepciones que hicieron de una estrella, de un suspiro, de una lágrima y de una sonrisa las mujeres que sostienen sobre sus hombros el pedestal que eleva el corazón al vate de Stratford. ¡Shakespeare murió! En su serena frente, ya inanimada, parecían querer flotar aquellos héroes que semejan nubes, haces de luz, rayos y pavesas hechos hombres para sostener sobre sus espaldas el monumento que elevan las inteligencias en honor del dramaturgo inmortal, gloria de la literatura inglesa.



V

To be or not to be, that is the question.
Hamlet, acto III.

Ya duerme el hombre.

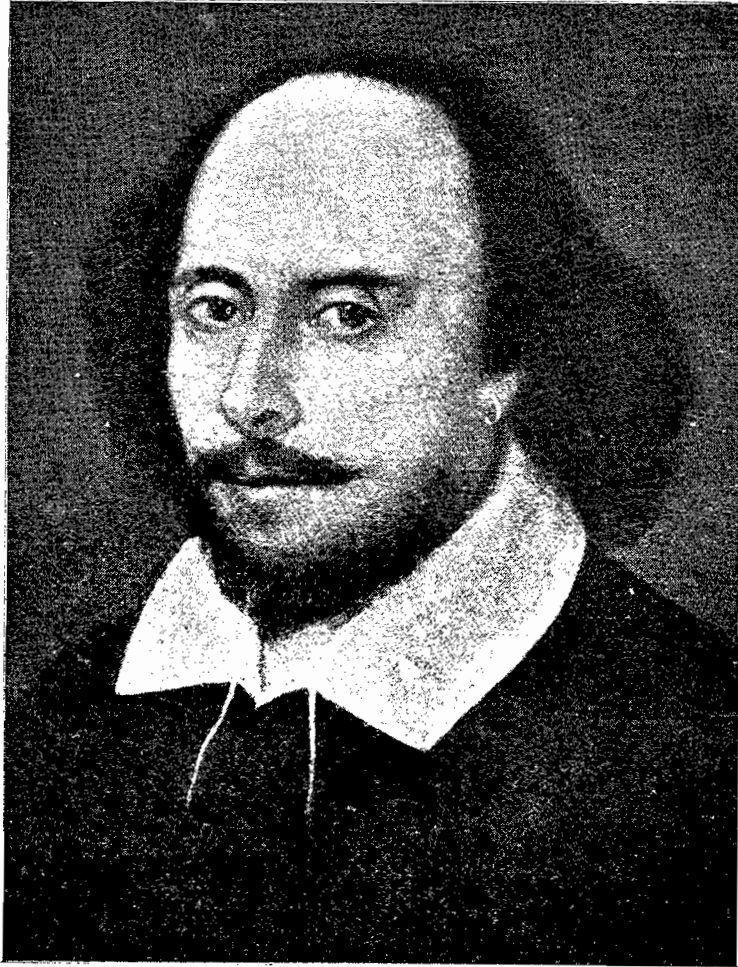
¡Existir o no existir!... Morir es dormir... y tal vez soñar.

Dichoso debe ser el sueño del que duerme tras de una vida de oro, y el sueño del poeta que examinó nuestras almas como nadie es un sueño de gloria.

¿Cómo fué Shakespeare? ¿Alto, bajo, moreno, rubio? No lo sabemos. Y ¿qué importa? Muchos son sus retratos, y todos difieren y ninguno puede tomarse como el verdadero. El busto de la Iglesia de Stratford, mandado blanquear por Malcne, nos ha querido revelar que aquellos ojos fueron castaños, pues bajo de la superficie blanqueada todavía se ha podido descubrir algo del colorido que primitivamente poseyó.

El retrato llamado «Stratford» es muy posterior, y no ofrece interés histórico ni artístico.

El grabado hecho por Martín Droeshout para el infolio de 1623, aunque parece que es de los



Retrato "Chandos".

(Reproducción.)

más legítimos que se conservan, no es de autoridad indiscutible, pues el grabador tenía sólo quince años cuando murió el poeta. Este es el que reproducimos al frente de nuestro libro, y por él debemos dudar algo de las proporciones de Shakespeare, ya que no hay relación entre el cuerpo y la cabeza. Grandes discusiones suscita también el cuadro que se ha denominado «Droeshout». En un ángulo tiene la inscripción «Wilm. Shakespeare, 1609». Esta figura es la que más se parece al busto de la iglesia.

Interesante es también el retrato denominado «Chandos», que reproducimos para facilitar la comparación, y que hoy forma parte de la *National Portrait Gallery*.

De menos histórica filiación son los retratos Jansen, Felton, Zoust o Soets, y las miniaturas, así como el busto del Club Garrick y esculturas de Westminster Abbey, British Museum, etc.

La mirada llena de claridad y la frente despejada es lo único que parece querer perpetuarse; con esto tenemos bastante.

Lo que necesitamos es la obra, y ahí está llena de magnificencia. Porque nos queda la obra clavó el aguijón de su sátira en el dramaturgo el maldiciente Voltaire, para indicar a la Humanidad que, a pesar de todo su talento, el vaso estético en que bebía era muy pequeño para servirse en él todo el néctar de los Dioses. Porque nos quedan las joyas que produjo aquella inteligencia, Letourneur quiso darlas a conocer al pueblo francés, y Francisco Guizot y A. Pichot mejoraron aquella versión, y Francisque Michel, y Benjamín Laroche y Emilio Montegut, y, sobre todo, Francisco Víctor Hugo, publicaron nuevas traducciones. Por eso la trompa siempre aguda del autor de *Los Miserables* escribió aquel elogio del dramaturgo inglés, que, no pudiendo acomodarse al paso de un corcel vulgar, semeja carrera de trotón ala-

do que no va a creer haber llegado jamás a la cumbre de la alabanza.

Porque nos queda la obra la ensalzaron Lessing, Wieland, Schlegel, Tieck, Heine, y tantos y tantos otros germanos que hicieron hablar a Macbeth y Lear y Otelo el idioma alemán.

Por eso mismo Miguel Leoni, Julio Carcano y Carlos Rusconi les hicieron hablar en la lengua del Dante.

Y en Rusia, y en Polonia, y en la Armenia, y en Rumania, y en el Japón y en todas partes se ha podido ver la historia de la desdichada Julieta, y por el mundo entero han formado caravana triunfal los héroes y heroínas shakespearianos.

Porque nos queda la obra, hoy, al cumplirse los trescientos años de la muerte del hombre, recuerda la Humanidad a aquel niño que dormía, al genio que ya descansa, y se detiene ante su sepulcro allá en la iglesia de la Trinidad, en Stratford, y lee el epitafio:

Detente, pasajero, ¿por qué vas tan deprisa?

Lee, si te es dado, quién es aquel a quien la muerte envidiosa ha colado.

Dentro de este monumento: Shakespeare, con quien

La vívida Naturaleza murió; cuyo nombre adorna esta tumba.

Mucho más que el gasto; puesto que todo lo que él ha escrito

Convierte el arte actual en mero paje servidor de su ingenio. (110)

Algún día le quisieron arrebatar toda la gloria, para entregarla al gran filósofo británico Francisco Bacon (111); pero el nombre inmortal se conservará y pronunciará despertando admiración eternamente.

Shakespeare, al morir, se durmió con el más dulce de los sueños, porque nos dejó su genio. Por eso, con voluntad de que fuese preciada guirnalda, y con la realidad de ser una pobre hoja mar-

chita, queda esta humilde ofrenda, glosa de un vivir excelso, a los pies de la tumba del poeta. El tercer centenario de su desaparición va a celebrarse. Canten otros con mejor cadencia; la voz del que ahora calla no podrá enaltecerle, no sabrá expresar el verdadero valor del dramaturgo; pero siempre sonará con toda su pobreza para admirarle, para dirigirle desde el fondo del alma el saludo que arranca la contemplación de la obra: ¡Salve, genio inmortal, salve! (112).

Madrid-Enero-1916.

NOTAS
Y
APÉNDICES



NOTAS

(1) Fué bautizado por Juan Bretchgirdle, M. A. Dice la partida de bautismo: «1564, April, 26 Gulielmus filius Johannes Shakespere.» (Vid. Furnivall, p. IX, Smeaton, 10, Benot, etc.).—Dos cuestiones deben proponerse aquí: la cronológica y la ortográfica. En Inglaterra no se utilizó la corrección gregoriana hasta 1752, cuyo mes de Septiembre sólo tuvo diez y nueve días. Por tanto, el calendario inglés estaba retrasado en tiempo de Shakespeare diez días con relación al nuestro, siendo, pues, el verdadero día del bautismo el 6 de Mayo de 1564. Las fechas que mencionamos se refieren al Calendario Juliano, cosa que debe tenerse en cuenta. Se cree que el gran trágico hubo de nacer el 22 ó 23 de Abril (Cf. Bolton Corney), según los datos que suministra su epitafio, en el que se le reconocen cincuenta y tres años de edad al morir. En cuanto a la ortografía, ha de advertirse que se ha escrito el nombre de nuestro dramaturgo de muy diversas maneras; pero la más corriente es la que usamos. Se ha defendido por algunos la escritura que aparece en la partida de bautismo; sin embargo, en muchas partidas de esta época, y aun posterior, se encuentran graves faltas, y en ésta de que tratamos, sin ir más lejos, vemos la forma *Johannes*, que no tiene nada de correcta. El principal argumento de los que se pronuncian por la escritura, *Shakspeare*, fué expuesto por Jaime Clark con estas palabras: «Esta cuestión, poco importante por cierto, quedó resuelta de un modo decisivo con el descubrimiento, hecho a principios de este siglo (XIX), de un ejemplar de los *Essais* de Montaigne, traducido al inglés por Florio, del cual no cabe duda alguna de que perteneció al gran poeta inglés, cuya firma lleva en esta forma: Wm. Shakspere. Sin embargo, el uso moderno ha establecido como la más corriente la ortografía siguiente: *Shakspeare*» (Cf. Clark, I, p. 6). En contra de todo esto escribe Lee: «*Shakespeare* es la forma que tiene el sobrenombre del poeta en la mayor parte de los textos de los documentos referentes a sus propiedades, incluso en la Real licencia que se le concedió acerca de su capacidad para representar en 1603. Es la que aparece en las

»sepulturas de su mujer, de su hija Susanna y de su esposo en la iglesia
 »de Stratford-on-Avon, aunque en el tosco grabado de su monumento
 »aparezca *Shakspeare*; *Shakespeare* se lee en las firmas impresas del
 »poeta, corregidas por él mismo, en las cartas de dedicatoria en las
 »ediciones princeps de los dos poemas «Venus and Adonis» (1593)
 »y «Lucrece» (1594), y se ve en la portada de los sonetos y en treinta
 »y dos de treinta y cuatro ediciones *in quarto* contemporáneas de sus
 »obras, y es la única forma empleada en las diez y seis veces que se
 »hace mención de este apellido en los preliminares del primer *in folio*
 »de 1623. La ortografía «Shakespeare» fué empleada en casi todas las
 »referencias publicadas en el siglo XVII. En consecuencia, la escritura
 »*Shakespeare* es la definitivamente llamada a obtener la sanción general
 »y el legítimo uso literario.» (Lee 523.) Por esta forma se inclinó tam-
 bién autoridad tan grande en la materia como Halliwell-Phillips. Decía
 Víctor Hugo sobre esto que ella era la única exacta, y que solamente en
 verso francés debía suprimirse la *a* entre la *k* y la *s*; pero no en la prosa,
 en la que no rige la misma regla para la pronunciación. (Víctor Hugo,
 páginas 15-16.) He aquí las razones que nos deciden a escribir *Shake-*
speare, aunque, como decía Clark, esta es discusión de poca monta.
Shake significa: agita, del verbo *to shake* = sacudir, agitar, blandir; y
speare = lanza.

(2) Casaron en el otoño de 1557.

(3) Juana fué bautizada el 15 de Septiembre de 1558, y murió muy pronto (Vid. Furnivall, p. IX). Margarita, a quien bautizaron el 2 de Diciembre de 1562, falleció el 30 de Abril de 1563.

(4) Una prueba de la buena posición que disfrutaban los padres de Shakespeare es que, con motivo de la epidemia, contribuyeron como las personas de regular fortuna. Efectivamente; María, a la muerte de su padre (1556), heredó la pequeña posesión de Asbies, en Wilmecote, a una jornada corta de Stratford, que constaba de dos casas con dos jardines. Además poseía las rentas de dos casas en Snitterfield, y participaba de los productos de unas tierras en el mismo Wilmecote. Juan Shakespeare era propietario de fincas rústicas y urbanas, y aunque se ha dicho que era carnicerero, guantero y tratante en lanas, parece que lo cierto es que, dueño de tierras y de ganados, empleaba su capital en todos los negocios que ésto pudiera proporcionarle, trabajando a la par en tierras arrendadas. Había ejercido ya por esta época varios cargos en el Municipio. En 1557 fué nombrado *ale-taster* (catador de cerveza). En Septiembre de 1558 fué elegido *burgess* (miembro del Municipio), y en 6 de Octubre de 1559, *constable* (especie de alguacil, aunque de mayor categoría), cargo impuesto a los individuos más jóvenes del Municipio. En 1561 fué nombrado *chamberlain* (tesorero). De los cargos que ocupó en vida de su hijo hablaremos luego (Cf. Lee, p. 5-6).

(5) Desde el 30 de Junio al 31 de Diciembre murieron 238 habitantes, contando el pueblo con unos 1.200 (Cf. Furnivall, p. IX).

(6) Fué bautizado el 13 de Octubre de 1565.

(7) En 1565 había sido nombrado *alderman* (regidor). En 1567 se le concedió el título honorífico de «Mr» (Master), y en el año 1568,

cuando fueron a Stratford los cómicos, era Bailiff (encargado de hacer ejecutar las sentencias). Clark le llamaba alcalde (Cf. Clark, p. 5).

(8) La partida de bautismo de Ana lleva la fecha del 28 de Septiembre de 1571.

(9) El hijo mayor, Guillermo, probablemente entró en la escuela en 1571, cuando Walter Roche había abandonado su cargo de maestro en favor de Simón Hunt, B. A. (bachiller en artes). Hunt fué sucedido a su vez en 1577 por Tomás Jenkins, y este cargo fué desempeñado luego en 1579 por John Cotton, de Londres (Cf. Lee, 16). Hemos leído en Smeaton que Hunt se llamaba Tomás; se trata de un error, quizá debido a la confusión del nombre entre éste y el de Jenkins, quizá ocasionado por una equivocación en las notas y referirse al nombre de Tomás Hunt, sacerdote de Stratford, muerto en 1827 (Cf. Smeaton, 18).

(10) Una de las primeras obras de Shakespeare, *La Comedia de los Errores*, o *La Comedia de las Equivocaciones*, está fundada en *Menechmi* (*Los Gemelos*), de Plauto. El 6 de Diciembre de 1895 se representó por la Elizabethan Stage Society. La obra del autor latino ha sido repetidas veces traducida al castellano, y hasta modernamente fué puesta en escena en el teatro de la Comedia una traducción de la adaptación francesa de Tristán Bernard, traducción hecha por Antonio Palomero. Se estrenó la noche del 16 de Febrero de 1909, precediendo a la representación una conferencia del traductor. Entre las versiones castellanas de esta obra descuella la de Juan de Timoneda, la cual, conservando y casi mejorando la gracia del original, tiene algunas ligeras modificaciones que la convierten en comedia de sabor español. Ha sido reproducida repetidas veces; por Moratín en sus *Orígenes del Teatro español*; por Baudry, tomo 10, y en el único tomo publicado por la Sociedad de Bibliófilos valencianos, el cual fué editado por el maestro de maestros D. Marcelino Menéndez y Pelayo. La primera edición fué hecha en Valencia en 1559. Como *La Comedia de los Errores* es una de las primeras obras de Shakespeare, y su asunto es muy conocido, no damos mayor extensión a esta nota.

(11) Entre los dramas históricos de nuestro autor se reputan por los más notables *Julio César* y *Ricardo III*, y no cede en bellezas el de *Antonio* y *Cleopatra*. Todos ellos se representan hoy día con gran éxito, y, según nuestras noticias, uno de éstos, adaptado a la escena española por uno de nuestros más ilustrados literatos, será representado en breve para conmemorar el tercer Centenario de la muerte del gran trágico inglés. Hemos de volver a hablar de los dramas históricos.

(12) Grande fué la influencia que sobre Shakespeare ejercieron los clásicos griegos, y respecto a la *Electra* debe advertirse que se han identificado muchas expresiones del dramaturgo inglés con frases de la tragedia de Sófocles. Esta ha sido traducida al castellano por Pérez de Oliva, y puesta en verso fué impresa por García de la Huerta en el Suplemento de su *Theatro Hespáñol*. Dice este autor que varios literatos tuvieron la idea de ponerla en verso citando al Marqués de Palacios (don Lorenzo María Villarreal y Velázquez), haciendo la referencia con tal

anfibología, que no se deduce bien si llegó a poner en práctica el Marqués su idea o quedó sólo en proyecto. No hemos podido encontrar hasta ahora la traducción de Villarroel, y, por tanto, no sabemos si existió. Por el contrario, el mismo García de la Huerta rectifica: «El Abate Andrés, autor de la Historia Literaria, que se publica en Italia, dice en el Tomo II que esta Tragedia se ha traducido en Italiano. Créese ésta una de las muchas equivocaciones que ha padecido»; pero en 1754 fué editada en Roma «Nella stamperia di Pallade, presso Niccoló, e Marco Pagliarini», la traducción hecha por Michel Angelo Giacomelli, dedicada al *signor Cardinale Neri Corsini*, — vi + una hoja con la aprobación — 220 págs. en 4.º El *Theatro Hespagnol* se publicó en 1785. = Las obras completas de Sófocles fueron traducidas posteriormente al mismo italiano: *Tragedie di Sófocles tradotte da Felice Bellotti* = Torino = Presso Giuseppe Pomba = MDCCCXXIX. = 3 tomos. = Sobre la influencia de los griegos en Shakespeare, véase la Nota 112.

(13) Si Sófocles dió a nuestro autor no pocas frases, Esquilo le proporcionó procedimientos. Los orígenes de muchas intervenciones de lo *maravilloso* en las tragedias del inglés deben buscarse en el autor del *Prometeo encadenado*. Sin embargo, la idiosincrasia literaria de Shakespeare está más conforme con la de Sófocles; los caracteres forjados por Shakespeare son humanos, y toda la *máquina* de sus obras es puramente incidental, al menos según nuestro pobre juicio. James Russel Lowel ha identificado muchas expresiones de Shakespeare con otras del Teatro griego, y, aparte de otras influencias, debe notarse el paralelismo existente entre Hamlet y Electra y entre Lady Macbeth y Clitemnestra.

(14) Esta última idea la apuntaba autobiográficamente el insigne Príncipe de los Ingenios Españoles. Le hemos dado cabida, porque estos datos de observación suelen ser comunes a todos los grandes genios, y Cervantes, retratándose a sí propio, nos daba medios para poder trazar los rasgos de la infancia de Shakespeare. Además, un español debe recordar y hacer que se recuerde cuantas veces se pueda al incomparable autor de *Don Quijote de la Mancha*, gloria nacional que, con la acción del tiempo, se convierte cada vez en más venerable, más legítima y más inquebrantable.

(15) Vid. la tabla cronológica, en el Apéndice I.

(16) Macpherson, p. 307, t. 190.—Como no nos consideramos con títulos suficientes para traducir a Shakespeare, cuando tenemos que citar recurrimos a las versiones que indicamos. Si copiamos literalmente, subrayamos. La única excepción la hemos hecho con los versos que insertamos al hablar de la comedia *El Mercader de Venecia*. Es un tosco ensayo que reconocemos como inferior a lo hecho ya por otros; mas, lo insertamos a título de aprendizaje.

(17) Macpherson, p. 313, t. 190.

(18) Véase la nota 22.

(19) Véase lo dicho en la nota 16.

(20) Macpherson, p. 328, t. 190.

(21) Macpherson, p. 356, t. 190.

(22) No hemos de hacer un completo estudio histórico de esta obra,

el cual hoy puede hacerse a muy poca costa. Véase la Nota Bibliográfica, y se hallarán varias obras en las que se investigan las fuentes de los dramas shakesperianos. Señalaremos, pues, lo que más interesa al lector español. La historia de *La Fierrecilla* tiene un marcado sabor oriental, y se habla de que procede de los persas. La más antigua exposición de la misma en España la tenemos en *El Conde Lucanor*, del Príncipe Don Juan Manuel. El Exemplo XXXV (ed. Kunst) trata: *De lo que contescio a un mancebo que caso con una [muger] muy fuerte et muy brava*, el cual parece tomado de una novela de Straparola. Douce señaló este Exemplo como fundamento de la obra de Shakespeare; pero nadie le hizo caso. Macpherson lo copia íntegro para que se compruebe la veracidad del aserto de Douce. La influencia de *El Conde Lucanor* en *La Fierrecilla* no se limita a esto. En el Códice de Puñonrostro aparece un *Capítulo*, el LIV, que no se encuentra en los demás manuscritos ni códices que se conservan de esta obra, y que transcribimos íntegramente por su gran importancia histórica, aunque desgraciadamente no se conserve completo, ni pueda afirmarse rotundamente que sea el autor de este capítulo el Príncipe. Dice:

«De como la onrra deste mundo non es sinon como sueño que pasa.

»Asi fue que vn rrey andando vn dia rribera de mar, vido estar vn ferrero durmiendo que se auia echado bebdo en aquella rribera. Et era »pobre et moraua enla çibdat do aquel rrey estaua. Et violo el rrey et »acatolo et dixo a los omnes que conel estauan: «Tomad este omne et »leualdo al alcaçar a mi posada». Los omnes marauillaronse et tomaron »lo durmiendo et leuaronlo asu posada; et fue el rrey conellos et mandolo »echar ensu cama dormido. Et mando çerrar todas las lumbreras que »auie en todo el palacio et mandolo todo encortinar, todo enderredor de »la cama, en manera que non vey a vn onme aotro. Esto fecho, mando »atodos sus donzeles et escuderos et caualleros que ellos que fizieren ser- »uicio et onrrasen aquel omne que auia mandado echar en su casa en su »cama asy como ael et mas; ca el dixo que tenia en penitencia de estar »vn tiempo ençerrado en un palacio et non fablar a ninguno, et que que- »rrie que aquel fincase en su lugar. Todos los suyos besaron le la mano »et dixieron quello faria[n]; et partido el rrey dellos, metio quanta vian- »da quiso en vn palacio et metiose et cerro contra si. Et esto fecho, el »bebdo despertó et començo de [d]esperezarse, et oyeron lo los seruido- »res del rrey que lo guardauan, et dixieron luego: «Señor, la vuestra mer- »çed». El des quello oyo, marauillose, et en quello vido todo escuro tornose »adormir et durmio muy mucho en guisa que otra vez vino adespertar. »Et des quel dixieron: «Señor, ¿que vos plaze?» marauillose et dixo que »quien lo auia ally echado. Et ellos rrespondieronle: «Señor, vos os echas- »tes, que vos sodes el rrey, nuestro señor, a quien nos somos tenudos de »seruir». Et estando enesto, vistieronlo delos paños rreales del rrey et co- »mençaronle adar agua amanos et peynallo et a allanar le los cabellos et »los paños quel vestian. Et des que salyo fuera, fizieronle todo[s] reue- »rençia et besaron le lamano diziendo: «Señor, mantenga os Dios». »Et el enesto marauillose et non sabie que dixiese sinon que dixo quel »diesen de comer; et luego fueron puestas las mesas et posaronlo acomer,

»et dieronle buenas viandas et abeuer con buenas taças et siruieronlo »rreal mente, bien asi como arrey et aseñor, tañiendo juglares delante; »faziendole grand plazer. Et el, veyendo esto, touo que asi era de fecho, et »començo afazer merçedes et a.....» Aquí termina el códice, y, por tanto, no sabemos cómo terminaba este capítulo. (Krapf, 206-207. Seguimos el sistema de impresión de este editor, excepto en el empleo que él hace del signo z que sustituimos por el correspondiente et, y la sustitución de las inusitadas [largas por las s]). Esta historieta utilizada en la introducción de *La Fierecilla*, llegó al *Conde Lucanor*, procedente de la literatura oriental por *Las mil y una noches* en donde aparece en el cuento de *El durmiente despierto*, e influyó para la concepción calderoniana de *La vida es sueño*. Es una de las leyendas más difundidas en la literatura, y no hemos de hacer hincapié en este punto, porque nos alejaría demasiado de nuestro propósito. Aún hemos de señalar otra coincidencia que se observa entre la comedia de Shakespeare y la obra de Don Juan Manuel, la existente entre los procedimientos empleados por Petruccio al regresar a casa del padre de Catalina y los empleados por Alvarhanez en el Exemplo XXVII de la edición de Kunst (págs. 120 a 129) y XXVIII de Krapf (págs. 104 a 112). Dadas sus dimensiones, que nos impide reproducirlo, diremos solamente que se trata de que casado Alvarhanez (o Alvar Yañez) con doña Vascona, están tan en armonía, que un sobrino del marido le critica que sea tan complaciente con su mujer; pero, yendo un día de camino, dícele Alvarhanez al ver unas vacas: «¿Vedes, sobrino, que hermosas yeguas ay enesta tierra?». Queda pasmado el mozo, y llaman a doña Vascona, la cual afirma que son yeguas y nada más que yeguas. Del mismo modo afirma luego que son vacas unas yeguas, y que un río va contrario a la corriente, con lo que demuestra aquél a su sobrino que si él complace a su mujer es porque ella fía tanto en él que hasta cuando miente cree que es verdad lo que dice. Creemos que es digna de notarse esta aparición de tres historias de *El Conde Lucanor* en una de las primeras obras de Shakespeare. No pensamos que sea este lugar apropiado para discutir y cimentar las teorías que de aquí pueden desprenderse. Necesitaríamos mayor espacio del que disponemos, y daríamos al presente libro un carácter que no tiene: se trata de una humilde obra de vulgarización.

(23) Clark, p. 14, t. III.

(24) Clark, p. 18, t. III.

(25) Las alusiones a la Biblia hechas por Shakespeare han dado origen a libros enteros. Vid. la nota 112.

(26) La historia del *Mercader* es muy frecuente en la literatura italiana. Se encuentra en *Il Pecorone* de Giovanni Fiorentino. Se ve también en la *Vita de Sixto V, pontife romano*, por Gregorio Leti, etc. En el tomo correspondiente de la traducción de *Dos Hermanas* se insertan al fin todas las versiones que sirvieron a Shakespeare, y algunas posteriores. Debemos notar aquí las identificaciones que con más o menos certeza se han hecho de personajes de las obras shakespeareanas con algunos de la vida real contemporáneos del autor; por lo general no está comprobada la identificación, estando, por el contrario, probado en va-

rias ocasiones que la relación es falsa. En la obra de que tratamos se ha relacionado a Shylock con el médico Rodrigo López, y en *Trabajos de amor perdidos*, al don Adriano de Armado con Antonio Pérez, el secretario de Felipe II. Son de las atribuciones más discutidas y menos probables. En el Enrique IV, obra en que aparece por primera vez el tipo de Falstaff, se ha hablado de las relaciones de este personaje con Sir John Oldcastle. Primitivamente se afirma que llevaba el nombre de Oldcastle, y que el gran dramaturgo lo cambió para evitar la comparación que inspiraba, pues no se había él propuesto que hubiese semejanza. En *Las Alegres Comadres*, de Windsor, aparece el justicia Shallow, en quien se ha querido ver una caricatura de Sir Tomás Lucy, personaje de quien hablaremos más adelante. Que hay en las obras de Shakespeare alusiones a tipos y acontecimientos de su época, es innegable; pero también lo es que, conocedor del ambiente, lo disfrazaba todo de manera que sólo un contemporáneo, y muy versado en los asuntos del día, conseguiría señalarlas después de bien meditadas. Esperamos que nuestro querido y admirado amigo D. José de Armas trate estas cuestiones dentro de breve tiempo con la maestría en él característica y con la gran erudición que en este asunto posee.

(27) Véase la tabla cronológica.

(28) La partida de bautismo de Ricardo lleva la fecha 11 de Marzo de 1574.

(29) Hume, p. 96, t. III.

(30) Mais n'esperant pas sortir avec honneur de cette commission, je la refusai, ayant raison de croire, que cette Reine (Isabel) ne se marieroit jamais, puis que j'avois appris d'un Gentil-homme de sa Chambre, qu'elle ne se croyoit pas propre à avoir des enfants, ce qui me fit juger, qu'elle ne se rendroit pas sujette a un mari. — (Melvil, I, páginas 115 y 116).

(31) Hume, p. 97, t. III. Vid. la nota 35.

(32) Elle (Isabel) voulut savoir... quelle des deux (ella o María Estuardo) étoit la plus grande, a quoi je repliquai que c'étoit ma Reine. Il faut donc, repondit-elle, qu'elle foit trop grande, car je ne suis ni trop grande ni trop petite. (Melvil, I, p. 180).

(33) Elle me dit... qu'elle (Isabel) avoit des habits de chaque pais, et de toutes les façons, et en effet elle en prit tous les jours un different du depuis, s'habillant tantôt a l'Angloise, tantôt a la Françoisse, tantôt a l'Italienne et continua ce changement durant tout le tems de mon sejour a Londres. A la fin, elle voulut savoir de moi quelle sorte d'ajustement lui alloit le mieux, a quoi je repondis, qu'a mon avis c'étoit la mode Italienne, et il sembloit que cette réponse ne lui deplaisoit pas; car elle aimoit fort a faire parade de ses cheveux blonds; en sorte qu'en petit bonnet a l'Italienne étoit ce qui lui plaisoit le plus (Melvil, I, p. 179).

(34) Macpherson, p. 150, tomo 80.

(35) Por lo que se refiere al lector español, lo más interesante que puede decirse sobre *El sueño de una noche de verano* (Macpherson traduce *de verbena*), es que la representación de la comedia de *Píramo y Tísbe* que se da en ella está inspirada en la *Diana* de Jorge Monte-

mayor. (Montemayor, folios 181, vto. a 202 vto.) Shakespeare pudo conocer la versión inglesa hecha por Bartholomew Yonge, pues aunque no estuvo impresa hasta 1598, ya existía un manuscrito, el cual fácilmente lograría hacer llegar a sus manos. = (Cf. Lee.) La *Diana* proporcionó al dramaturgo inglés el asunto para su obra *The gentlemen of Verona*. Es digna de notarse la alusión que en la graciosa comedia del *Sueño* se señala por los comentaristas como referida a la Reina Isabel:

a fair vestal, throned by de west

(una bella vestal que de Occidente se asentaba en el trono, traduce Macpherson, 161.) Vid. Rowe, vi. Es común en todos los críticos decir que las fiestas de Kenilworth inspiraron *El sueño de una noche de verano*, al menos en no pocos pasajes. Por eso hemos hablado de esta comedia como recuerdo del viaje hecho por el gran trágico. Guizot pone estas fiestas en el año 1576 (Guizot, p. 23).

(36) Es el soneto CLIII. Utilizamos la traducción hecha por don José de Armas. Vid. la nota 63 y el Apéndice II.

(37) Sobre la educación del gran poeta se ha escrito no poco, y basándose en un conocidísimo verso de Ben Jonson se afirma que sabía poco latín y menos griego. Ya hemos hablado de las reminiscencias clásicas que se notan en las obras de Shakespeare; ellas y los conocimientos que demuestra en todos los ramos del saber inducen a pensar que el dramaturgo citado se permitió alguna licencia poética al escribir el verso infinitamente reproducido. Hemos tenido en cuenta, al hablar de los conocimientos adquiridos por el gran poeta en la escuela, la tradición que sostiene que profesó el oficio de carnicero, y desollaba las reses pronunciando discursos altisonantes, y la que dice que fué pasante de abogado. La primera pudo nacer del hecho de que siendo su padre propietario, y matando ganado por su cuenta, presenciase alguna vez la matanza su hijo, y ante el espectáculo recordase los sacrificios antiguos; la segunda no tiene más fundamento que los conocimientos legales que demuestra en sus producciones. Como dicen los comentaristas, en tal caso había que suponer fué sacerdote, marinero y cuantos oficios hay en la tierra. Una y otra leyenda no tienen hoy valor histórico, y conviene hacerlo constar porque todavía hay quienes, con poca crítica, se hacen eco de ella. Dentro de la fantasía, para entretener, procuramos ceñirnos a la verdad para no falsificar la figura del celebrado magnate de la literatura inglesa.

(38) Vid. nota 9.

(39) El 10 de Febrero, a las dos de la mañana, tuvo lugar la explosión (1567). Aparecieron en el jardín los cuerpos de Darnley y de su paje William Taylor. Estaba el esposo de la Reina de Escocia en la llamada *casa del Prebendado* para restablecerse allí de las viruelas. A consecuencia de esta muerte, casó María Estuardo con Bothwell, siendo éste *el único punto dudoso de su historia*, como dice el P. Coloma (p. 128), puesto que indudablemente fué el autor de la conspiración que la dejó viuda por segunda vez. María había sido casada en primeras nupcias con Francisco II de Francia.

(40) Juan Shakespeare había salido fiador de unas deudas de Ricardo años antes.

(41) No se tienen noticias sobre la constitución física de Ana Hathaway; pero dada la predilección de Shakespeare en sus obras por las mujeres de carácter ideal (Ofelia, Desdémona, Cordelia, Julieta, etc., etcétera), hemos querido ajustar el tipo de la, sin duda, muy amada esposa del poeta a estos retratos tan magistralmente trazados por él. Aparte de que así se explica, en cierto modo, la diferencia de edad que entre ellos existía.

(42) El 4 de Abril de 1579.

(43) 3 de Mayo de 1580 reza su partida de bautismo.

(44) Pocas y contradictorias noticias se tienen acerca del matrimonio de Shakespeare. Ya hemos dicho que no se sabe nada acerca de la constitución física de Ana Hathaway, la cual era hija de Ricardo Hathaway y de Juana. Tenía siete hermanos, cuatro varones y tres hembras. El mayor se llamaba Bartolomé. En la fianza de 28 de Noviembre se habla de que por ella se había de salvar todo impedimento, es decir, consanguinidad en tercer grado entre los contrayentes, y se pediría a los amigos consentimiento para verificar la boda. Es curioso que en 27 de Noviembre aparezca una autorización de matrimonio a favor de «Ana Whateley de Temple Grafton» con «William Shakespeare». Mr. Sidney Lee, (p. 31) supone que se trata de otro Guillermo Shakespeare, ya que está comprobado que existieron varios de este apellido en la diócesis de Worcester. No se tiene noticias del lugar en que se verificó la boda; se sospecha que fuera en la iglesia de Ludington, cerca de Stratford. El nacimiento de Susana pocos meses después ha hecho suponer a algunos autores que hubo una boda anterior secreta ante testigos, como todavía se permite entre los protestantes, y que entonces era muy común. Ante esta nebulosidad hemos forjado los acontecimientos incidentales que figuran en la narración.

(45) Fué bautizada el 26 de Mayo de 1583.

(46) Las Compañías, en aquella época, tomaban el nombre del noble que las favorecía, y cambiaban de nombre cuando variaba el favorecedor.

(47) Aunque cometiendo un ligero error cronológico, ya que la *Trágica historia del Dr. Fausto* no fué representada hasta 1588-9, hemos hablado de ella por la influencia que Marlowe ejerció en Shakespeare. «Eduardo II, drama de Marlowe, hace pensar en escenas del Ricardo III y hasta de El Rey Lear» (Armas, p. 27-28). La primera edición de esta obra es de 1604, y en ella consta: *as it hath been acted by the Right Honorable the Earle of Nottingham his servant*. Se reprodujo en 1609, 1616, 1619, 1620, 1624, 1631 y 1633. Hay una excelente traducción castellana hecha por D. José Alcalá-Galiano (Conde de Torrijos), editada en Madrid. Lib. gen. de Victoriano Suárez.—1910. Debe consultarse el prólogo del ya repetidas veces citado D. José de Armas, así como su estudio sobre Marlowe, inserto en el libro *Ensayos críticos*. Otros interesantes estudios sobre Marlowe, menos conocido de lo que merece, pueden citarse, como: Cambridge, to. V, y Lewis, J. G.—

Christopher Marlowe: *Outlines of his Life and Works* = *Canterbury* 1891, etc., etc.

(48) La leyenda se ha enseñoreado también sobre la salida de Shakespeare de Stratford. Se ha dicho que Sir Tomás Lucy era un poseedor de ciervos en Charlecotte (Vid.—*Britannia*, I-450), y que Guillermo Shakespeare, cazador furtivo, mató algunos de ellos, escribiendo una sátira, de la que se citan algunos versos, al ser perseguido por Lucy. Contra esta leyenda se levantó la sospecha de que Lucy no poseía parque alguno en el que pudiesen estar los ciervos; pero se replicó que no era precisa la existencia del parque para que fuese cierta la propiedad de los animales. Todo esto parece inocente, y si bien inocente (aunque llena de picardía), fué la causa que originó la persecución de nuestro inmortal Lope de Vega cuando fué desterrado a Valencia, lo cual pudiera inducirnos a creer que nos encontrábamos ante un caso parecido, y que no debíamos retroceder por lo infantil de la historia; es lo cierto que en la cuestión de Shakespeare hubo algo más: Lucy era juez de paz, y muy probablemente un agente secreto de la Reina Isabel. Esto, y la persecución que sufrió Juan Shakespeare, la cual, bien examinada, se presenta con caracteres progresivos, nos ha sugerido la idea de presentar paralelamente este problema con el de María Estuardo, al que pronto se iba a dar trágica solución. Esta versión es más real, más dramática y explica mejor la partida del gran dramaturgo de su pueblo natal; por todo ello no hemos dudado en acogerla. Otra leyenda, de que no hemos querido hacernos eco, es la de los bebedores de cerveza. Aparte de inverosímil es de poco gusto. (Vid. Guizot, pp. 27-28.) Este autor coloca la llegada de Shakespeare a Londres en 1584.

(49) Cf. *Britannia*, I-450. = Fué erigido a expensas de Hugo Clifton, Alcalde de Londres.

(50) También hemos de recordar aquí otra leyenda: como se ve, la vida de Shakespeare ha estado hasta hace poco sujeta a las veleidades de la imaginación; hoy poco es lo que se sabe; pero ya la crítica va arrojando su luz sobre nuestro héroe. Decíase que al llegar a Londres, como no tenía nada en qué ganarse la vida, se paró a la puerta de un teatro y ofreció sus servicios a un elegante para guardarle el caballo mientras durase la representación: los elegantes iban a caballo a los teatros. Tan bien desempeñó su oficio, que pronto le encargaron tantas caballerías que hubo de tomar varios niños para que le ayudasen, los cuales, como si fuese una garantía indiscutible, se ofrecían diciendo: *yo soy chico de Shakespeare*. Todo esto es pura fábula. Ricardo Field, paisano del gran autor, estaba ya en Londres en 1579 aprendiendo a imprimir con Thomas Vautrollier. Después, en 1587, formó parte de la Compañía de librerías papeleros (Stationers), cuyas oficinas estaban en Blackfriars, cerca de Ludgate. La circunstancia de haber nacido el mismo año que el dramaturgo, y la amistad que mediaba entre los padres de los niños, favorecía su amistad. A éste acudió Guillermo al llegar a la metrópoli, como lo prueba el hecho de que los primeros poemas fueron impresos por el dicho Field. Se ha hablado también de que Burbage y Greene, actores, eran de Stratford o sus cercanías, y esta circunstancia los in-

dujo a favorecerle. Esto es, igualmente, inexacto. (Cf. Lee. 41-42.)

(51) Los historiadores, según sus simpatías, han salpicado sus páginas de comentarios, ya en pro ya en contra, de una u otra de las protagonistas del drama que ocasionó la muerte de la Reina de Escocia. Hemos querido nosotros correr el velo del respeto en favor de ambas: de María, por su triste fin y su desgraciada historia; de Isabel, por la grandeza de su reinado. La leyenda poética ha querido hacer de Don Pedro *el Cruel* un *Rey Justiciero*, y a Don Pedro le debe poca cosa la Nación española; no es extraño que si alguna mancha hay en la historia de Isabel se borre, cuando la Nación inglesa le debe la mitad de la vida. Una de las más grandes dificultades que ha habido siempre para que se tuviese tal consideración en este asunto ha sido la cuestión religiosa. Son personajes ya muertos todos ellos; respetemos, pues, la paz de los sepulcros y olvidemos nuestra condición de españoles, que pudiera hacernos guardar amargas memorias. Isabel, para enaltecer a su Patria, necesitaba ser enemiga nuestra. Permítasenos que tengamos la galantería de justificar aún aquellos pequeños puntos que los mismos ingleses no justifican en su notable soberana; no somos críticos de sus hechos; tropezamos con ellos porque nos lo impone el caminar con la figura de Shakespeare. El que quiera estudiar más detenidamente la historia de María Estuardo debe consultar, entre otras obras, *Anónimo*. (Según Barbier es el autor Mr. de Boisguilbert.) *Marie Stuart, Reyne d'Escosse* = *Nouvelle Historique*. = París = 1675 = 3 partes. = *Blacvodaet*, Adami, Opera omnia, París, 1644. = (En la pág. 513 empieza: *Martyre de Marie Stuard Royne d'Escosse, Douairiere de France*.) *Camden: Annales rerum anglicarum et hibernicarum regnante Elizabetha* = *Lug. Batavorum* = 1625, Tomus alter, Londini, 1627. = *Hume, David* = *Historia de Inglaterra*, traducción española de D. Eugenio de Ochoa, tomo III. = *Barcelora* = 1843. *Labanoff, Le Prince Alexandre*; *Lectres inédites de Marie Stuart* = París = 1839. = *Burnet* = *Histoire de la Reformation de l'église d'Angleterre*. — Tr. francesa de M. De Rosemond = *Amsterdam*, 1687, tomo IV. *Melvil* = *Memoires historiques*... = *La Haye* — 1694 — 2 tomos, etcétera, etc. El P. Coloma escribió con el título de *La Reina Mártir* una novela histórica, en la que sublima la hermosa figura de María Estuardo, y Bretón de los Herreros tradujo la tragedia de Lebrun que tiene por título el nombre de la Reina escocesa. Esta interesante figura ha sido tan tratada en la amena literatura, que el catálogo de las obras en que interviene directa o indirectamente ocuparía largas páginas.

(52) *Camden*, I, p. 493.

(53) Cuéntase que el puritano Stubbs fué castigado por sus ideas, y le amputaron el brazo derecho. Al caer el brazo cortado, cogiendo el sombrero con el sano se descubrió gritando: *Dios salve a la Reina*.

(54) Soneto XXIX, 5 de la tr. de D. José de Armas.

(55) Impresa en Madrid, por la Viuda de Alonso Gómez; hay una «Relación verdadera del Armada, que el Rey Don Felipe, nuestro señor, mandó juntar en el puerto de la ciudad de Lisboa en el Reyno de Portugal el año de 1588, que comenzó a salir del Puerto a los veinte y nueve de Mayo, y acabó de salir a los treynta, y se hizo a la vela, que

nuestro Señor la encamine en su santo servicio.» Así reza la portada. Es un folleto de 11 hojas en 4.^o Inútil nos parece recordar que en la Invenible fué embarcado Lope de Vega.

(56) Esta es una de las más hermosas escenas del teatro de Shakespeare. La hemos transcrito casi íntegra, prosificándola. Aunque muy remotamente, hace recordar la célebre y delicada serenata de *Mireya* y el boceto del ilustre autor dramático, D. Jacinto Benavente, *El susto de la condesa*, en el que puede vislumbrarse una contaminación de la escena de que tratamos con la historia de los amores del autor de *Otelo*, que dieron origen a la obra: *Shakespeare, enamorado*. (Vid. nota 67.) Todo ello amenizado con el ingenio del dramaturgo español. Téngase en cuenta lo que se advierte más adelante, acerca de las influencias literarias, en la nota 58.

(57) Macpherson, to. 81, pág. 40.

(58) Sentimos no poder tratar de todos los dramas históricos de Shakespeare, sentimiento que hemos de hacer extensivo a las demás obras de que no podemos citar más que el nombre en la bibliografía. De éstas puede decirse lo que decía el otro: no tienen desperdicio. Nos vemos obligados, pues, a hacer una gran selección. Como ya hemos dicho en la nota 11, se reputa como la mejor de las tragedias históricas de nuestro dramaturgo la titulada *Ricardo III*. Fué escrita poco después que *Romeo y Julieta*; por eso hemos puesto la ficción como si se tratase de un manuscrito todavía sin corregir. Shakespeare, cual nuestro Lope, comprendió, quizá inconscientemente, que en la historia nacional se encontraba la mejor cantera para la creación del teatro inglés. Los asuntos de las obras de Shakespeare no eran nunca originales, pues en las que no tenían base histórica se inspiraba en cuentos, ya de folk-lore, ya de literatos que en el folk-lore habían bebido. Hemos hablado de fuentes de algunas obras. Réstanos decir que estas influencias literarias no disminuyen el valor del genio; al contrario, son como piedra de toque para juzgarlo. Las ideas nacen de la vida y los artistas las recogen; el pueblo las examina, y aquellas que son verdaderamente valiosas las hace suyas, las modifica, las pule y forma un conjunto de bellezas en las que el genio a su vez espiga de nuevo para adoptar las más selectas. Así, pues, la obra genial es una selección folk-lórica más o menos directa, del mismo modo que se convierte en un manantial de poesía popular. No debemos prolongarnos con ejemplos que demuestren esta teoría; las obras folk-loristas abundan, no tanto como debieran, y aunque algunas exageren sus principios, hay que tener en cuenta que es ciencia que nace. Limitándonos a los dramas históricos de que hablamos, hemos de advertir que su técnica fué una de las más discutidas por el pseudo clasicismo. Los partidarios de las unidades no podían admitir aquella libertad de crónica que en la escena histórica campea. Pero todo ello no debe conducirnos a reconocer más que si con sus teorías nos dieron tales joyas Shakespeare y nuestros clásicos, desde el iniciador Juan de la Cueva, pasando por el Fénix de los Ingenios, Tirso de Molina y Calderón, hasta el melodioso Zorrilla, y aun, más cerca de nuestros días, hasta considerar las joyas de algunos vates contemporáneos, no debe morir nunca un romanticismo que en-

cuentra tales bellezas, y a él debemos mirar siempre sin apartar la vista del código estético escrito en las inmortales obras del sano clasicismo.

(59) Clark, t. II, pág. [7] (no tiene foliación). El interior de un teatro en tiempo de Shakespeare puede verse en el grabado que insertamos en el texto: él dará la idea mejor que todas las descripciones que nosotros pudiéramos hacer. Es un dibujo del viajero Juan de Witt, hecho en 1596, y descubierto recientemente en la librería de Utrech por Mister K. T. Gaedertz, de Berlín. Fué reproducido en 1609 por Dekker en su obra *Horne-booke*, en la que hay graciosos detalles sobre las representaciones en la época. El teatro que representa es el *Swan*, el cual fué edificado en 1594. En nuestros días ha sido reproducido también por Jusserand, J. F. en su obra: «The English novel in the time of Shakespeare», 1908. Los teatros que hubo en vida de Shakespeare fueron: «The Theater» y «Curtain», en 1576 y 1577; «Rose», 1592; «Swan», 1594; «Blackfriars», 1596; «Globe», 1599; «Fortune», 1601; «Red Bull», 1608, y «Hope», 1613.

(60) La notable traducción de Clark es pálida si se compara con el original; pero ¿quién es capaz de escribir en castellano esta escena como la escribió el vate de Stratford en inglés? Y ¿quién comete la herejía de prosificar tales bellezas? Conténtese, pues, el lector con esta traducción y procure leer el original (Clark, II, 83, 84).

(61) Inútil nos parece recordar que la historia de *Romeo y Julieta* la encontró Shakespeare en la literatura italiana, pero utilizando versiones inglesas. En 1562 había traducido las novelas de Bandello, Arturo Broke, y en 1567 publicó la versión en prosa de las mismas William Painter. Sobre las fuentes puede verse el tomo correspondiente de *Dos Hermanas*. La ficción de que representó Shakespeare el protagonista de esta obra la hemos forjado para inculcar la idea de que fué un buen actor, contra lo que se ha dicho de que representaba sólo personajes secundarios. Prueba de su excelente mérito como cómico es que en todas las listas y repartos que se conservan, su nombre va al lado, y alguna vez antepuesto, al de Burbage, el primer actor de su tiempo. Vid. lo que decimos sobre la parte que tomó en la representación de HAMLET.

(62) Soneto LXVI, 8 de la tr. del Sr. Armas. Vid. la nota siguiente.

(63) Los sonetos de Shakespeare han hecho devanarse los sesos a los críticos de una manera verdaderamente lastimosa. En lo referente a los dirigidos a su patrono Southampton están todos de acuerdo; pero no así en los que se refieren a la «dark lady» (dama negra). Esto es un verdadero enigma. Se ha hablado de Mrs. Mary Fitton, dama de la Corte de la Reina e hija menor de Sir Edward Fitton; pero se ha defendido también que no se trata más que de una ficción literaria. Shakespeare hizo sonetos porque en su época todo el mundo los hacía: estaban de moda. Petrarca había cantado a Laura, y su influencia se extendió por todo el mundo; aquél que no tenía una Laura real la inventaba, y así salía del paso. Si se notan las reminiscencias que en los sonetos se perciben nos confirmaremos más en esta teoría. El primero de los que hemos citado (Vid. nota 36) está calcado en la Antología griega, lo

cual, dicho sea de paso, es una prueba más de que nuestro autor conocía bien el griego, ya que la Antología no se tiene noticia de que estuviese traducida; el último de los sonetos que copiamos habrá hecho recordar a nuestros lectores el tan conocido de Argensola: *Dime, Padre común, pues eres justo...* Así podríamos ir citando fuentes más o menos directas de estas cortas composiciones, lo cual nos llevaría a la conclusión de que son obras puramente literarias. Nosotros hemos querido que la dama misteriosa fuese Anita Hathaway, pues tenemos la convicción profunda, como indicaremos finalmente al tratar del testamento de Guillermo Shakespeare, de que éste fué un buen marido, siendo pura leyenda cuanto en contrario se afirma. Y, aunque haciendo una digresión, refiriéndonos a la influencia que la literatura española ejerció en el autor de *Hamlet*, copiaremos una nota de D. Luis de Usoz, por ser inédita, y para que sirva de confirmación de lo que en otro lugar hemos expuesto. Aparece en un papel pegado a la ed. de las obras completas hecha en 1827, libro que se conserva en la Biblioteca Nacional, sign. U-6442. Además de este papel hay otros autógrafos de Usoz que no ofrecen tanta importancia: uno es la papeleta de catalogación del tomo; otro se refiere a las relaciones de *El Mercader de Venecia* con la historia de Sixto V, por G. Leti, de que ya hemos hablado, y el otro es la traducción de un fragmento de la esc. I del acto I de *La Tempestad*. El que nos interesa dice: «TEMPEST. Esta comedia, cuya escena pasa en la Bermuda, es tomada del español. Lope de Vega habla de la obra española en su comedia de *Los Amantes sin amor*

»no se vió tal tempestad
 »de truenos en la Bermuda
 »porque yo pensé sin duda
 »anegarme de humedad, etc.

»*Romeo y Julieta* de los Capuletos y Montegues (a) de Lope. Los *Two gentlemen of Verona* está sacada de la *Diana* de Jorge de Montemayor. Véase el 2.º libro de esta obra, donde cuenta la historia de don Feliso y Felismana y de la infeliz Celia. Miss Lenox fué la primera que notó que Shakespeare tomó su comedia del español. La *Diana* la leyó el poeta inglés en una traducción inglesa que se hizo en su tiempo.—»En *Much ado about nothing* (muchacha por nada) hace alusiones al *Lazarillo de Tormes de Mendoza* (b). Véase acto 2.º esc. 1.ª, donde habla el conde Claudio con Benedick, y, en una palabra, está lleno Shakespeare, como todos los libros extranjeros, de imitaciones y traducciones de nuestros buenos libros, que son infinitos y no se leen».

En cuanto a los poemas *Venus y Adonis* y el *Rapto de Lucrecia*, no

(a) Se refiere a la tragicomedia: *Cas'elvines y Montes*. También fué tratado este asunto por Rojas Zorrilla en su obra *Los bandos de Verona*, Cf. D. Emilio Cotarelo y Mori: D. Francisco de Rojas Zorrilla. Madrid, 1911, páginas 144 y 145.

(b) Hoy se considera al *Lazarillo* como anónimo ya que se ha discutido la autoridad de Mendoza, aunque en esto no se ha llegado a una conclusión definitiva.

debe de hacerse gran hincapié para demostrar que no contenían un argumento original: bastan los títulos para comprender que se trata de fábulas conocidas. En ellos abundan los rasgos de libertad de lenguaje tan comunes en la literatura de aquellos días, Como verdaderos documentos históricos insertaremos aquí las dedicatorias de estos poemas. Dice la del primero:

«Al muy honorable Enrique Wriothsley, Conde de Southampton y barón de Titchfield.

»Muy honorable. Ignoro si os ofenderé al dedicar mis desaliñadas líneas a V. S. ni cómo el mundo me censurará por haber escogido tan fuerte apoyo para sostener una carga tan débil; únicamente si a vuestro honor le pluguiere me consideraría altamente complacido, y juro aprovechar todas las horas desocupadas hasta que os haya honrado con algún trabajo más meritorio. Pero si el primer heredero de mi invención resultase deforme, sentiría que tuviese padrino tan noble, y nunca después espigaría en campo tan estéril, por temor a que me diese aún tan mala cosecha. Lo dejo a vuestro honorable examen, y su gloria al agrado de vuestro corazón, lo que deseo que pueda siempre responder a vuestro propio gusto y a la expectación que espera el mundo.

»Al completo servicio de vuestra señoría, Guillermo Shakespeare.»

La *del Rapto de Lucrecia* dice:

«Al muy honorable Sr. Conde de Southampton y barón de Titchfield.

»El amor con que dedico a V. S. es sin límite: tocante a este folleto sin empezar es sólo una supérflua mitad. El testimonio que yo tengo de vuestra honorable disposición, no el mérito de mis desaliñadas líneas, lo hace seguro de su aceptación. Lo que yo he hecho es vuestro; lo que yo tengo que hacer es vuestro, teniendo parte en todo lo que yo os he dedicado. Si mi mérito fuese mayor, mi deber habría de mostrarse mayor, a pesar de que según es, está ligado a V. S., a quien deseo larga vida, prolongada hasta el final con todas felicidades. Al completo servicio de V. S., Guillermo Shakespeare.» (a)

(64) Esta historia dió origen al libro de Walter Scott *The Castle of Kenilworth*.

(65) *La Liga* fué formada en Francia por los católicos, a quienes favorecía Felipe II contra los protestantes, a quienes apoyaron los ingleses en tiempo de Enrique IV; estas guerras terminaron con la paz de Vervins, a la que siguió el *Edicto de Nantes*, por el que reconoció el Rey francés la libertad para los hugonotes.

(66) Por estas representaciones recibieron los actores 20 libras, de las cuales 6 li, 13 s. y 4 d. fueron una recompensa de su Majestad. Las obras que representaron no se han podido señalar todavía. William Kemps fué un actor que se distinguió grandemente en la interpretación de personajes shakesperianos; tomó parte en la representación de *Romeo y Julieta*. Era lo que se llamaba por aquel entonces *autor*, es decir, *director* de compañía.

(a) Procuramos ajustarnos todo lo posible al original para dar una idea del estilo.

(67) Hemos recopilado en este capítulo dos leyendas muy extendidas acerca de los amores de Shakespeare. No nos ha de cegar la admiración hasta el punto de querer convertir al gran trágico en personaje sin mácula; pero sí hemos de pretender advertir que cuantas historias atrevidas se le han achacado carecen de fundamento: lo que se nos presente con pruebas irrefutables lo admitiremos; nunca lo que sólo tenga por base la *vox populi*. A falta de pruebas debemos inclinarnos hacia la benevolencia. En sus viajes desde Stratford a Londres siguió dos rutas distintas el poeta: unas veces iba por Banbury y Aylesbury, y otras por Oxford y High Wycombe. Nosotros le hemos hecho ir por la primera, y al regresar le hacemos seguir la segunda. Cuéntase que en Oxford paraba en la posada de la Corona, y tuvo una aventura con la ventera, llegando a nacer un hijo de tales amores: Guillermo Davenant. Esto no tiene más argumento en su favor que la propia confesión de Davenant, quien fué poeta, y llegó a verse laureado precisamente más por creérsele hijo del trágico que por sus méritos propios. Claro que no era el cuento para lanzado a voces; sin embargo, también es muy sospechoso que el único que lo lanzó fué el propio interesado y con miras no poco egoístas; «¡Pobre honra de la madre!», como decía D. Eduardo Benot. La segunda leyenda se refiere a que habiendo sorprendido Shakespeare una conversación amorosa de Burbage, se le anticipó en la cita, dándole, cuando aquél llegó, la respuesta que hemos insertado en el texto. Tiene por fundamento esta historieta el hallarse insertada en el *Diario* de Manningham, estudiante de Derecho. Manningham no suele hablar a tontas y a locas; pero no es tampoco testimonio irrefutable. Por su autoridad hemos dado cabida al cuento, aunque para denotar su inconsistencia histórica lo presentamos como un sueño. En esta aventura se basó Duval para su comedieta, que fué traducida por Ventura de la Vega al castellano con el título de *Shakespeare enamorado*. También fué traducida al italiano.

(68) Varias son las relaciones que se conocen de este suceso. Modernamente, el Sr. Pelayo Quintero de Atauri, Presidente de la Real Academia Hispano-Americana de Cádiz, ha publicado un elegante folleto titulado: «Otra relación del saqueo e incendio de Cádiz por los ingleses en el año 1596.»—En la población citada, 1911.—Contiene un interesante mapa de la época.

(69) Débese el descubrimiento de las relaciones de Shakespeare con la familia Mountjoy al profesor de la Universidad de Nebraska, Carlos Guillermo Wallace, quien, juntamente con su esposa, hizo sus investigaciones en la Public Record Office en 1909. Antes de residir en Silver Street vivió el poeta en una de las numerosas casas correspondientes a la parroquia de Santa Elena, Bishopsgate. Esto demuestra que no vivió nuestro autor con su mujer en Londres, según algunos han pretendido sostener.

(70) Hemos hablado de *Love's Labour Lost* (Trabajos de amor perdidos) por ser la primera comedia de Shakespeare, por haberse representado delante de la Reina en la solemnidad de que tratamos y porque se vea la poca semejanza que existe entre el Don Adriano, puro personaje de comedia, con Antonio Pérez, cuya nota característica no era, ni con mu-

cho, el culteranismo, aunque literariamente considerado sea bastante obscuro. Su personalidad política estaba muchos codos por encima de su valor literario.

La observación final de que la obra no termina en boda era muy común en aquel entonces. Decía nuestro insigne Cervantes en su comedia *Pedro de Urdemalas*:

Mañana en el teatro se hará una,
Donde por poco precio verán todos
Desde el principio al fin toda la traza,
Y verán que no acaba en casamiento,
Cosa común y vista cien mil veces.

(Cervantes, X, 417.) El mismo autor terminaba *La Entretenida*.

Los unos por no querer,	Pido me den testimonio,
Los otros por no poder,	que acaba sin matrimonio
Al fin ninguno se casa.	La comedia Entretenida.
Desta verdad conocida	(Cervantes, XI, 408.)

Fácilmente pudiéramos multiplicar los textos, pues Lope de Vega y casi todos los contemporáneos brindan ocasión para ello; pero basta con recordar los dos ejemplos citados.

(71) Vid. la nota 80.

(72) Fletcher era quizá el tercer autor dramático de su época; aunque colaboró constantemente con Beaumont, se le atribuyen los caracteres de vivacidad y gracia, correspondiendo a su colaborador lo patético y elevado de las obras. Son verdaderos discípulos de Shakespeare. El primero nació en 1576, era hijo del Obispo de Bristol, Fletcher, y murió en 1625 víctima de la peste. El segundo, hijo de un juez, nació en 1586 y murió en 1616. Se cuenta de ellos que estando en cierta ocasión en una posada discutiendo el plan de una tragedia, dijo Fletcher: *Yo me encargo de matar al Rey*. Esto sirvió para que el posadero los denunciase y diesen con sus huesos en la cárcel. Donne era natural de Londres; nació en 1573 y murió en 1631. Jonson le reconocía como el iniciador de los poetas pensadores.

(73) Benjamín Jonson había nacido en Westminster el año 1574, y murió el 16 de Agosto de 1637. Sufrió grandes privaciones, aunque en 1619 fué nombrado poeta laureado y se le otorgó una pensión de cien libras. Entre sus obras, aparte de Cada hombre con su humor (*Every man in his humour*), que fué el origen de la protección que Shakespeare le dispensó, pueden citarse las dos tragedias *La Caída de Sejano* y la *Conspiración de Catilina*, la comedia *El Alquimista* y su *Gramática inglesa*, obra póstuma. El mismo publicó dos ediciones de sus obras completas, una en 1616 y otra en 1631, ambas *in folio*. Posteriormente se han hecho muchas ediciones más, entre las que puede citarse la de Londres de 1816 en nueve volúmenes, 8.º

- (74) Así los comparaba el contemporáneo Fuller.
- (75) La tradición cuenta que le entregó tal dádiva. La cantidad es verdaderamente fabulosa. Es probable que tenga que rebajarse algo.
- (76) Vid. el libro del malogrado catedrático D. Víctor Said Arnesto: *La leyenda de Don Juan*.
- (77) Clark, V, 165.
- (78) Clark, V, 184.
- (79) Vid. nota 26.
- (80) Como en otras obras hemos indicado, también deben buscarse las fuentes de esta comedia en la literatura italiana. Se encuentra tal historia en *Il Pecorone*, de Ser Giovanni Fiorentino, libro escrito en 1378 y que en tiempo de Shakespeare estaba traducido al inglés sin duda alguna. También aparece en la obra *Le piacevoli notti*, de M. Giovanni Francesco Straparola. La primera edición de esta obra apareció en 1550, y en ella se contenía sólo la primera parte. La segunda parte se publicó en 1553; contiene aquélla cinco noches, y la segunda parte el resto hasta 13. Hay una traducción castellana de esta obra con el título «Honesto y agradable entretenimiento de Damas y Galanes, compuesto por el señor Ioan Francisco Caruacho, cauallero Napolitano. Y traduzido de lengua Toscana en nuestra vulgar por Francisco Truchado, vezino de Baeça.» Así aparece en la edición de Granada, en casa de René Rabut, año 1582.—Salvá, en el núm. 1725 de su catálogo, registra la edición de Pamplona en 1612.—Se editó también en Baeza en 1581 y en 1583. A pesar de todo esto es libro raro, hasta el punto de que D. Cristóbal Pérez Pastor, en el núm. 609 de su *Bibliografía Madrileña* (tomo I) hubo de tomar los datos para reseñar la edición de Madrid, de la de Granada de 1583. En la Biblioteca Nacional hay un ejemplar de la segunda parte de esta edición que perteneció a D. Pascual Gayangos. La verdadera portada dice: Segunda parte (está cortada esta línea por la cuchilla del encuadernador.) Del Honesto | y agradable entrete | nimiento | Compuesta por Francis | co Carbacho Napolitano. Y traduzido de len | gua Toscana en la nuestra vulgar, por | Francisco Truchado vezino de | la ciudad de Baeça | (Un grabado que representa una mano saliendo entre nubes, y teniendo sobre los dedos unos ojos. *Leyenda*: Virgili Labore.) En Madrid Por Luis Sanchez: | MDXCVIII (a). — El traductor mezcló algunos versos castellanos en el original. Macpherson en el prólogo de la comedia sintetiza estas leyendas. (Vid. Macpherson, 190, páginas 174 a 186.) Se ha sostenido la tradición de que Shakespeare escribió esta obra por mandato de la Reina, y ha habido novelista que ha exornado tal incidente con circunstancias altamente poéticas; pero quizá no muy verosímiles. En 1702 publicó cierto Juan Dennis una comedia titulada *The Comical Gallant* (El galán grotesco), la cual no era otra cosa que un arreglo de *Las Alegres Comadres de Windsor*. En la dedicatoria habla de esta leyenda, y sobre su autoridad y la de Rowe se ha venido sosteniendo. Tal vez no nació en Shakespeare la idea de hacer la co-

(a) En el tejuelo han puesto erróneamente la fecha 1593. Este ejemplar está señalado con la signatura: R — 12951.

media por impulso propio; no es aventura desprovista de todo fundamento; pero no es el fundamento más que para calificarla de tradición.

(81) Camden, II, 249.

(82) Vid. nota 26. Lucy murió en 1600.

(83) La Historia de Hamlet, con variantes de poca importancia, aparece en la obra *Danorum Regum heroumque Historiae...* del historiador danés Saxo el Gramático, quien vivió a fines del siglo XII. Después se ve en varias Sagas o leyendas poéticas de la Escandinavia, correspondientes a los siglos XIV, XV y XVI. Esta historia fué vulgarizada por Belleforest, autor nacido en Sarzan, y muerto en París en 1583, en su obra *Tresor d'histoires tragiques*. (París, 1570, siete vols. 16.º Frecuentemente reimpresa.) Fué traducida al inglés en 1596.

(84) Por recordar a Moratín hemos utilizado su versión para este monólogo. Vid. apéndice II. (Bib. AA. EE., tomo II, páginas 507-508.)

(85) Clark, V, páginas 82-83.

(86) Clark, V, páginas 131-132.

(87) Representó efectivamente este papel. Se ha querido deducir de esto la constitución física, serena y noble de Shakespeare, y hasta las condiciones de su voz (Rowe. vi).

(88) El Conde de Villamediana publicó las Relaciones de sus viajes, folletos que se han hecho bastante raros. Cabrera de Córdoba cita en el capítulo 10: Primera y segunda parte de la Embajada de D. Juan de Tassis, Conde de Villamediana y Embajador de Felipe III para el Rey Jacobo de Inglaterra.—Sevilla.—Bartolomé Gómez, 1602—fol. Esta edición no se ha encontrado todavía. Otras ediciones son: Relación del recibimiento que se hizo en Londres al Embajador de España, Conde de Villamediana.—Sevilla.—Bartolomé Gómez, 1603.—fol. La segunda parte de la Embajada del Conde de Villamediana por el Rey Felipe III en Londres.—Sevilla.—B. G., 1604 (Cf. Escudero; Tipografía hispanense, núms. 870 y 894.) Vid. el estudio sobre el Conde de Villamediana del erudito académico D. Emilio Cotarelo y Mori, digno del mayor elogio como infatigable investigador y como maestro y amigo. Una versión castellana de las Capitulaciones se publicó en Valladolid por Luis Sánchez el año 1605, reimprimándose en Madrid por Domingo García Morrás el año 1660. En la Biblioteca Nacional hay un manuscrito con la misma distribución que la edición de 1605 con la signatura 12788, el cual debió de ser copiado de la misma, pues por la foliación que tiene hubo de formar parte de un libro, lo cual hace suponer que no se trata del original que sirvió para hacer la impresión. La letra es del siglo XVI'.

(99) Vid. *Foedera*, vol. XVI, pág. 505.

(90) Así empieza la novela VII de la *Deca* tercera en la obra de Giraldi Cinthio que en el texto citamos, y que es la que sirvió de fuente a Shakespeare para su hermosa tragedia Otelo. Entre las variantes que el poeta introdujo en su drama, respecto a la novela dicha, está la creación del carácter del padre de Desdémona, el de Rodrigo, y, sobre todo, lo concerniente al fin de la obra. En la narración italiana es Yago (se le llama simplemente el Alférez) quien mata a Desdémona. Otelo muere

luego, así como también el Alférez. La causa de la intriga de éste es el verse despreciado por la esposa del moro. La aventura del pañuelo es casi idéntica. No se sabe si existía traducción inglesa de esta obra en tiempo de nuestro dramaturgo; ello no implica dificultad alguna, pues pudo conocer el original. Es libro que se ha reimpresso muchas veces. La edición de que nos hemos servido es la de 1608, en Venecia, la cual no es la más recomendable; pero es la que teníamos más a mano, y para el caso servía. Hemos compendiado un poco en el párrafo que hemos traducido.

(91) Se cuenta que Ben Jonson criticaba mucho los anacronismos que aparecen en las obras de Shakespeare.

(92) Tales críticas hacía de Oteló Tomás Rymer. Por aquí se verá las tonterías que ha tenido que sufrir el gran dramaturgo al ser estudiado por la erudición pseudo-clásica y moralista. Los principios deben tomarse en toda su extensión; pero no más allá. Que exista un arte docente no quiere decir que *todo* arte debe ser dogmático. Rymer vivió por los años de 1639 a 1713. El Oteló fué representado ante la Corte el 1 de Noviembre de 1604.

(93) El asunto de *Macbeth* está tomado de la historia de Escocia, escrita por Hollingshead, la cual está basada por completo en la fantasía. Hemos hecho alguna referencia a las características de delincuentes en lo referente a los protagonistas de esta obra, porque son los dos ejemplares más típicos que puede citar la escuela criminalista entre los que suministra el poeta inglés. Acerca de esta escuela diremos lo que del folk-lore; es ciencia apenas nacida, así que no debe extrañar que tenga verdaderas monstruosidades al lado de principios evidentes. Para completar estas consideraciones puede verse la obra de Ferri; *Los delincuentes en el arte*. Hay traducción castellana de este libro.

(94) Benavente, págs. 5 y 6. No citamos el párrafo íntegro.

(95) Id. páginas 8.

(96) Id. pág. 15.

(97) Id. pág. 16.

(98) Id. pág. 42.

(99) Id. páginas 162-163.

(100) Id. pág. 173.

(101) Id. pág. 187.

(102) Id. pág. 190.

(103) La historia del Rey Lear era bastante vulgar en la época de Shakespeare. En el siglo XIII apareció en la *Gesta Romanorum*, y después se reprodujo con nuevos detalles en la Historia de Bretaña de Godofredo de Monmouth, abundando las leyendas y romances de troveros sobre este asunto.

(104) La enojosa cuestión de la demanda de Field contra Guillermo ha sido descubierta recientemente. Vid. Lee. pág. 42.

(105) Como esta frase es de Guillén de Castro, resulta un poco anacrónico ponerla en boca de Shakespeare. Sin embargo, haciendo esta aclaración, desde luego, no creemos sea un delito tan grave que nos tengamos que arrepentir de cometerlo.

(106) Mucho se ha hablado acerca de la originalidad de *La Tempestad*. Una de las teorías más ingeniosas es la de Luis Tieck, quien suponía fué escrita para celebrar la boda de la Princesa Isabel, hija de Jacobo, con el elector Federico. Recuérdese la cita por Usoz, de que hemos hablado en la nota 63.

(107) El Enrique VIII, que es posterior, fué escrito en colaboración con Fletcher.

(108). TESTAMENTO DE SHAKESPEARE

Vicesimo quinto die Martii, Anno Regni Domini nostri Jacobi nunc Regis Angliae, etc. decimo quarto, et Scotiae quadragesimo nono. Anno Domini 1616.

"In the name of God, Amen. I William Shakspeare of Stratford-upon-Avon, in the county of Warwick, gent. in perfect health and memory (God be praised!), do make and ordain this my last will and testament in manner and form following; that is to say:

First. I commend my soul into the hands of God my creator, hoping, and assuredly believing, through the only merits of Jesus Christ my Saviour, to be made partaker of life everlasting; and my body to the earth whereof it is made.

Item. I give and bequeath unto my daughter Judith, one hundred and fifty pounds of lawful English money, to be paid unto her in manner and form following; that is to say, one hundred pounds in discharge of her marriage portion within one year after my decease, with consideration after the rate of two shillings in the pound for so long time as the same shall be unpaid unto her after my decease; and the fifty pounds residue thereof, upon her surrendering of, or giving of such sufficient security as the overseers of this my will shall like of, to surrender or grant, all her estate and right that shall descend or come unto her after my decease, or that she now hath, of, in, or to, one copyhold tenement, with the appurtenances, lying and being in Stratford-upon-Avon aforesaid, in the said county of Warwick, being parcel or holden of the manor of Rowington, unto my daughter Susannah Hall, and her heirs for ever.

Item. I give and bequeath unto my said daughter Judith one hundred and fifty pounds more, if she, or any issue of her body, be living at the end of three years next ensuing the day of the date of this my will, during which time my executors to pay her consideration from my decease according to the rate aforesaid; and if she dies within the said term without issue of her body, then my will is, and, I do give and bequeath one hundred pounds thereof to my niece Elizabeth Hall, and the fifty pounds to be set forth by my executors

during the life of my sister Joan Hart, and the use and profit thereof coming, shall be paid to my said sister Joan, and after her decease the said fifty pounds shall remain amongst the children of my said sister, equally to be divided amongst them; but if my said daughter Judith be living at the end of the said three years, or any issue of her body, then my will is, and so I devise and bequeath the said hundred and fifty pounds to be set out by my executors and overseers for the best benefit of her and her issue, and the stock not to be paid unto her so long as she shall be married and covert baron; but my will is, that she shall have the consideration yearly paid unto her during her life, and after her decease the said stock and consideration to be paid to her children, if she have any, and if not, to her executors or assigns, she living the said term after my decease; provided that if such husband as she shall at the end of the said three years be married unto, or at any [time] after, do sufficiently assure unto her, and the issue of her body, lands answerable to the portion by this my will given unto her, and to be adjudged so by my executors and overseers, then my will is, that the said hundred and fifty pounds shall be paid to such husband as shall make such assurance, to his own use.

Item. I give and bequeath unto my said sister Joan twenty pounds, and all my wearing apparel, to be paid and delivered within one year after my decease; and I do will and devise unto her the house, with the appurtenances, in Stratford, wherein she dwelleth, for her natural life, under the yearly rent of twelve-pence.

Item. I give and bequeath unto her three sons, William Hart, [Thomas] Hart, and Michael Hart, five pounds apiece, to be paid within one year after my decease.

Item. I give and bequeath unto the said Elizabeth Hall all my plate, (except my broad silver and gilt bowl) that I now have at the date of this my will.

Item. I give and bequeath unto the poor of Stratford aforesaid ten pounds; to Mr. Thomas Combe my sword; to Thomas Russel, esq. five pounds; and to Francis Collins of the borough of Warwick, in the county of Warwick, gent. thirteen pounds six shillings and eight-pence, to be paid within one years after my decease.

Item. I give and bequeath to Hamlet (a) Sadler twenty-six shillings eight-pence, to buy him a ring; to William Reynolds, gent, twenty-six shillings eight-pence, to buy him a ring; to my godson William Walker, twenty shillings in gold; to Anthony Nash, gent, twenty-six

(a) Debe ser Hamnet.

shillings eight-pence: and to Mr. John Nash, twenty-six shillings eight-pence; and to my fellows, John Hemynge, Richard Burbage, and Henry Cundell, twenty-six shillings eight-pence apiece, to buy them rings.

Item. I give, will, bequeath, and devise, unto my daughter Susanna Hall, for better enabling of her to perform this my will, and towards the performance thereof, all that capital messuage or tenement, with the appurtenances, in Stratford aforesaid, called The New Place, wherein I now dwell, and two messuages or tenements, with the appurtenances, situate, lying, and being in Henley street, within the borough of Stratford aforesaid; and all my barns, stables, orchards, gardens, lands, tenements, and hereditaments whatsoever, situate, lying, and being, or to be had, received, perceived, or taken, within the towns, hamlets, villages, fields, and grounds of Straford-upon-Avon, Old Stratford, Bishopton, and Welcombe, or in any of them, in the said county of Warwick; and also all that messuage or tenement, with the appurtenances, wherein one John Robinson dwelleth, situate lying, and being, in the Blackfriards in London near the Wardrobe; and all other my lands, tenements, and hereditaments whatsoever; to have and to hold all and singular the said premises, with their appurtenances, unto the said Susanna Hall, for and during the term of her natural life; and after her decease to the first son of her body lawfully issuing, and to the heirs males of the body of the said first son lawfully issuing; and for default of such issue, to the second son of her body lawfully issuing, and to the heirs males of the body of the said second son lawfully issuing; and for default of such heirs, to the third son of the body of the said third son lawfully issuing; and for heirs males of the body of the said third son lawfully issuing; and for default of such issue, the same so to be and remain to the fourth, fifth, sixth, and seventh sons of her body, lawfully issuing one after another, and to the heirs males of the bodies of the said fourth, fifth, sixth, and seventh sons lawfully issuing, in such manner as it is before limited to be and remain to the first, second, and third sons of her body, and to their heirs males; and for default of such issue, the said premises to be and remain to my said niece Hall, and the heirs males of her body lawfully issuing; and for default of such issue, to my daughter Judith, and the heirs males of her body lawfully issuing; and for default of such issue, to the right heirs of me the said William Shakspeare for ever.

Item. I give unto my wife my second best bed, with the furniture.

Item. I give and bequeath to my said daughter Judith my broad silver gilt bowl. All the rest of my goods, chattels, leases, plate, jewels, and household-stuff whatsoever, after my debts and legacies paid, and my funeral expences discharged, I give, devise, and bequeath to my son-in-law, John Hall, gent. and my daughter Susanna his wife, whom I ordain and make executors of this my last will and testament, And I do entreat and appoint the said Thomas Russel, esq. and Francis Collins gent. to be overseers hereof. And do revoke all former wills, and publish this to

be my last will and testament. In witness whereof I have hereunto put my hand, the day and year first above-written.

By me, William Shakspeare. Witness to the publishing hereof

Fra. Collyns.

Julius Shaw.

John Robinson.

Hamnet Sadler.

Rober Wattcoat.

Probatum fuit testamentum suprascriptum apud London, coram Magistro William Byrde, Legum Doctore, etc. vicesimo secundo die mensis Junii, Anno Domini 1616; juramento Johannis Hall unius ex. cui & de bene & jurat. reservata potestate, & Susannæ Hall, alt. ex, & eam cum venerit, & petitur, & (a).

VERSION CASTELLANA DEL ANTERIOR DOCUMENTO

En el nombre de Dios, Amen. Yo, Guillermo Shakspeare de Stratford del río Avon, en el condado de Warwick, *gentleman* con perfecta salud y clara inteligencia (a Dios gracias), hago y ordeno esta mi última voluntad y testamento en la forma siguiente, es a saber:

Primero. Entrego mi alma en manos de Dios mi Creador, esperando, puesta la confianza en los méritos de Jesucristo mi Salvador, pueda gozar de la vida eterna, y doy mi cuerpo a la tierra de que fué hecho.

Item. Doy y lego a mi hija Judit, ciento cincuenta libras de legítima moneda inglesa, pagadas según la forma siguiente, a saber: cien libras como parte de su dote conyugal dentro del año siguiente a mi fallecimiento, con la condición de entregarle un interés de dos chelines por cada libra por todo el tiempo que deje de pagársele después de mi muerte; y las cincuenta libras restantes renunciando o dando seguridad tan suficiente cual estimaren los ejecutores de esta mi voluntad de entregar o ceder todos sus estados y derechos que recaigan o vengan a parar a ella después de mi muerte y los que actualmente tiene sobre las tierras a censo con sus pertenencias situadas y existentes en el dicho Stratford-del-río-Avon, en el referido condado de Warwick, las cuales forman parte del señorío de Rowington, en favor de mi hija Susana Hall y sus herederos para siempre.

Item. Doy y lego a mi citada hija Judit ciento cincuenta libras más, si ella o un descendiente suyo viviesen al terminar los tres años próximos siguientes al día de la fecha de esta voluntad mía, y durante este tiempo, los ejecutores de ella, pagarán desde mi muerte con arreglo al interés

(a) Está escrito el anterior testamento en tres hojas de papel; las dos últimas contienen las firmas de Shakespeare; en la primera consta el nombre, pero no parece autógrafo. Reproducciones de estas firmas se encuentran en la obra de Leo, p. 487.

dicho anteriormente; y si ella muriese en el tiempo prefijado sin descendencia directa, entonces es mi voluntad y doy y lego cien libras de las anteriores a mi nieta (a) Isabel Hall, y las otras cincuenta libras se conservarán por los ejecutores de mi voluntad durante la vida de mi hermana Juana Hart, y el producto y rentas que produzcan se lo entregarán a mi dicha hermana, y a su fallecimiento, las mencionadas cincuenta libras pasarán a los hijos de mi referida hermana y se dividirán entre los mismos por partes iguales; pero si la mencionada hija Judit viviere al terminar los tres referidos años, o algún descendiente suyo, en tal caso es mi voluntad y destino y lego [que] las dichas ciento cincuenta libras se conservarán por mis albaceas y ejecutores de mi voluntad para mayor beneficio suyo y su descendencia, y el capital no se le entregará en tanto que se halle sujeta al dominio de su esposo; pero es mi voluntad que se tenga con ella la consideración de pagarle anualmente durante su vida [los intereses], y después de su muerte el capital dicho se abonará íntegramente a sus hijos, si los tuviere, y si no, a sus ejecutores o cesionarios indicados; para el caso de que ella viviese el tiempo dicho después de mi muerte, con tal que el marido con que se hubiese casado, al terminar los tres años dichos o en algún [tiempo] después diese suficiente seguridad a ella y su descendencia con bienes raíces de la parte que por esta mi voluntad, se le daría a ella y le sería adjudicada por mis albaceas y ejecutores, mi voluntad es que las dichas ciento cincuenta libras se paguen a tal marido que haya dado semejante garantía para su propio uso.

Item. Doy y lego a mi repetida hermana Juana veinte libras y todos los vestidos de mi uso, los cuales se le han de entregar dentro del año después de mi muerte; y quiero y designo para ella la casa, con todas sus pertenencias, situada en Stratford en la que vive, durante su vida, mediante la renta anual de doce peniques.

Item. Doy y lego a sus tres hijos Guillermo Hart, [Tomás] (b) Hart y Miguel Hart cinco libras a cada uno que se les han de entregar dentro del año después de mi fallecimiento.

Item. Doy y lego a mi dicha Isabel Hall toda mi vajilla (excepto la taza grande de plata dorada) que tengo actualmente en la fecha de esta mi voluntad.

Item. Doy y lego a los pobre[s] del mencionado Stratford diez libras; a Mr. Tomás Combe, mi espada; a Tomás Russell, caballero, cinco libras; y a Francisco Collins, de la villa de Warwick, en el condado de Warwick, *gentleman*, trece libras, seis chelines y ocho peniques, que se les entregarán dentro del año siguiente al de mi muerte.

(a) El texto dice *niece*, sobrina; pero traduzco *nieta* porque tal era el parentesco que Isabel Hall tenía con Shakespeare.

(b) Es notable la falta del nombre de este sobrino en el testamento, como notaba Mr. Malone. Fué bautizado el 24 de Julio de 1605.

Item. Doy y lego a Hamnet Sadler veintiseis chelines y ocho peniques para comprarle una sortija; a Guillermo Reynolds, *gentleman*, veintiseis chelines y ocho peniques, para comprarle una sortija; a mi ahijado Guillermo Walker, veinte chelines en oro; a Antonio Nash, *gentleman*, veintiseis chelines y ocho peniques; y a Mr. Juan Nash, veintiseis chelines, ocho peniques; y a mis camaradas Juan Heminge, Ricardo Burbage y Enrique Condell, veintiseis chelines y ocho peniques a cada uno para comprarles sortijas (a).

Item. Doy, cedo, lego y designo a mi hija Susana Hall, para ponerla en condiciones de mejor ejecutar esta mi voluntad y lo tocante a su cumplimiento, todo el inmueble o posesión con sus pertenencias en dicho Stratford llamado «New Place» en que ahora habito y dos fincas con sus pertenencias, situadas y existentes en la calle Henley, de la mencionada villa de Stratford, y todas mis granjas, establos, huertos, jardines, terrenos, tenencias y heredamientos cualesquiera que sean, situados, existentes o que haya de recibir, percibir o adquirir en las ciudades, aldeas, lugares, campos y tierras de Stratford del río Avon, antiguo Stratford, Bishopton y Welcombe, o en alguna de ellas, en el dicho condado de Warwick; y también toda la posesión con sus pertenencias en donde un tal Juan Robinson vive, situadas y existentes en Blackfriars, en Londres, cerca de Wardrobe (b) y todas las otras tierras mías, pertenencias y heredamientos cualesquiera; para que tenga y posea todas y cada una de las dichas posesiones, mi referida Susana Hall, mientras viva, y después de su muerte su primer hijo legítimo y los herederos varones de este referido hijo, y en su defecto pase al segundo hijo legítimo y los herederos varones legítimos de éste; y a falta de todos estos herederos, al tercer hijo legítimo de la mencionada hija Susana y a mis herederos varones legítimos; y en defecto de semejante descendiente de ella, el uno en pos del otro y sus descendientes varones legítimos de los dichos cuarto, quinto, sexto y séptimo hijos legítimos de igual modo al limitado antes y establecido respecto al primero, segundo y tercer hijo y sus herederos varones; y a falta de tales descendientes las dichas posesiones sean y vayan a mi referida nieta Hall y sus herederos varones legítimos; y a falta de esta descendencia a mi hija Judit y sus herederos varones legítimos y en defecto de éstos a los herederos legítimos cualesquiera que sean de mí, Guillermo Shakspeare, para siempre.

Item. Doy a mi esposa mi segunda mejor cama con toda su guarnición (c).

(a) Según observa Malone, el legado correspondiente a Heminge, Burbage y Condell está interlineado en el original, lo cual revela que se olvidó de hacerlo constar con la oportunidad conveniente. En el texto y testamento hemos conservado la ortografía del original en los nombres de los actores.

(b) Wardrobe (Guardarropa) era un hotel real situado cerca de Puddle-Wharf, edificio levantado por John Beauchamp, y que Eduardo III había adquirido del anterior. (Dos Hermanas, p. 1, p. 473).

(c) Como en el legado de Burbage etc., en el de su esposa hubo una distracción, pues también se encuentra interlineado según afirma Malone. Mr. Theobald y otros

Item. Doy y lego a mi precitada hija Judit mi taza grande de plata dorada. Todos mis restantes bienes, muebles, arrendamientos, vajilla, joyas y ajuar de casa cualesquiera que sean después de pagar mis deudas y legados, y los gastos de mi funeral, doy, asigno y lego a mi hijo político Juan Hall, *gentleman* y a mi hija Susana su esposa, a quienes ordeno y hago ejecutores de esta mi última voluntad y testamento. Y ruego y designo a dicho Tomás Russel, caballero, y a Francisco Collins, *gentleman*, que sean inspectores de ella. Y revoco toda voluntad anterior y declaro que esta es mi última voluntad y testamento. En testimonio de lo cual pongo aquí mi firma, el día y año arriba escritos.

Por mí, Guillermo Shakspeare. Testigos para la publicación de ésta, Fra. Collyns.

Julius Shaw.

Juan Robinson.

Hamnet Sadler.

Roberto Wattcoat.

(109) No se sabe de que enfermedad murió el poeta. La versión de que fué a consecuencia de una indigestión concuerda poco con la historia del testamento. Si poseía buena salud el día 25 de Marzo, ¿por qué son tan temblorosas las firmas? ¿Y por qué se le ocurrió revisar el testamento entonces, precisamente cuando le quedaba un mes escaso de vida? Sin duda alguna tuvo otros achaques de larga duración, que le indujeron a testar en Enero y a ratificarse en Marzo de su última voluntad.

(110) Benot, pág. 70.

(111) Shakesperianos y Baconianos se han dirigido hasta insultos por sus opiniones. Argumentos hay en favor de los segundos, pero no pocos existen en favor de los primeros. No queremos hacernos eco de la polémica. Baste decir que antes de que Shakespeare pudiese conocer a Bacon había ya escrito y bien. Después de la conjuración de Essex no podían ser muy cordiales las relaciones entre éstos, y Shakespeare siguió escribiendo. La amistad existente entre Bacon y Lucy no hace lógica la alusión en *Las alegres Comadres de Windsor*, etc., etc. Para estudiar más a fondo la cuestión véanse las siguientes obras:

Wyman, W. H.—The bibliography of the Shakespeare-Bacon controversy.—Cincinnati, 1884. Continuada en Shakespeariana.—Philadelphia, 1886.

Donnelly, J.—The great cryptogram: Francis-Bacon's cypher in the so-called Shakespeare plays.—Chicago.—2 vols., 1887.

Stopes, C. C.—The Bacon-Shakespeare question answered, 1889. 2.^a edición.

Gallup, E. W.—The bi-literal cypher of Francis Bacon, discovered in his Works, 1900.

editores, queriendo hacer a Shakespeare más generoso con su mujer sustituyeron la palabra *second* por *brown* (oscuro). Otros interpretan como lo hemos hecho nosotros en el texto.

Crawford, C.—The Bacon-Shakespeare question.—Collectanea, volumen II, 1907.

Gremwood, G. G.—The Shakespeare problem restated, 1908.

Beeching, H. C.—William Shakespeare: player, playmaker, and poet.—A reply to Mr. George Gremwood, 1908.

(112) Al terminar estas notas debemos hacer constar que hemos respetado la historia, sin pedir a la imaginación más que los velos para presentarla. Cuando ha volado un poco la fantasía ha sido en aquellos puntos en que la erudición no ha podido pronunciar todavía la última palabra, por lo que hemos procurado sazonar la teoría más aceptable. aunque haciéndolo constar. Por este pequeño libro no se debe considerar conocido el gran dramaturgo; hay mucho más en él, hay sus propias obras, hay infinidad de comentarios hechos a las mismas. Para ayudar al que quiera estudiar la hermosa figura del vate de Stratford vamos a incluir una resumida BIBLIOGRAFÍA, en la que insertaremos lo más selecto entre los trabajos ingleses dedicados a Shakespeare. En el Apéndice II se puede ver lo que en España tenemos sobre la materia. Para ordenar esta nota la dividimos en cuatro secciones. En la primera mencionaremos las más importantes ediciones de las obras completas; en la segunda, las ediciones especiales de los poemas; en la tercera, la miscelánea de estudios y comentarios, y en la cuarta, los trabajos bibliográficos a que puede recurrirse con mayor extensión que aquí.

I. EDICIONES DE LAS OBRAS COMPLETAS.

Editio princeps: Mr. William Shakespeare Comedies, Histories & Tragedies. Published according to the true originall copies (el retrato llamado Droeshout) London.—Printed by Isaac Jaggard and Ed. Blount, 1623, Al fin: Printed at the charges of W. Jaggard, Ed. Blount, J. Smithweeke and W. Aspley, 1623. Edited by J. Heminge and H. Condell.

Contiene esta edición: The Tempest (a).—The Two Gentlemen of Verona.—The Merry Wives of Windsor.—Measure for Measure.—The comedy of Errors.—Much Adoo about Nothing.—Loves Labour Lost.—Midsommer Nigts Dreame.—The Merchant of Venice.—As You Like It.—The Taming of the Shrew.—All's Well that Ends Well. Twelf-Night.—The Winters Tale.—King John.—Richard the Second. First part of Henry the Fourth.—Second part of Henry the Fourth.—Henry the Fift.—First part of Henry the Sixt.—Second part of Henry the Sixt.—Third part of Henry the Sixt.—Richard the Third.—King Henry the Eight.—Troylus and Cressida.—Coriolanus.—Titus Andronicus.—Romeo and Juliet.—Timon of Athens.—Julius Cæsar.—Macbeth.—Hamlet, Prince of Denmarke.—King Lear.—Othello, the Moore of Venice.—Anthony and Cleopatra.—Cymbeline.

Se ha reproducido esta edición por Wright, E. and J., 1807-8, por

(a) Conservamos la ortografía en estos títulos.

Booth, L. 1864, 3 vols. En facsimil: Staunton, H. 1866; Halliwell-Phillips, J. O. 1876; Lee, S. Oxford, 1902.

Acerca de esta materia conviene consultarse W. W. Greg.—The bibliographical history of the first folio.—The Library, 1903. Sidney Lee: Census of extant copies of the first folio, Oxford, 1902, y Notes and additions to the census.—Oxford, 1906.

Segundo in-folio: London.—Printed by Tho. Cotes for Robert Allot, 1632. Some copies bear the name of John Smethwick, William Aspley, Richard Hawkins, Richard Meighen and Robert Allot.—Reproducido en facsimil por Methuen, 1909.—Debe consultarse: C, A, Smith, The chief differences between the first and second folios of Shakespeare. Engl. Stud. vol. XXX, pp. 1-20, 1902.

Tercer in-folio: London, printed for Philip Chetwinde, 1663.

En 1664 publicó Chetwinde otra *tercera edición* en la que aparecen las siete obras que se tienen por apócrifas, y son: Pericles Prince of Tyre. The London Prodigall.—The History of Thomas Ld. Cromwell.—Sir John Oldcastle Lord Cobham.—The Puritan Widow.—A Yorkshire Tragedy.—The Tragedy of Locrine. Reproducida esta edición en facsimil, por Methuen, el año 1905.

Cuarto in-folio: London. Printed for H. Herringman. E. Brewster, and R. Bentley, 1685. (Contiene las obras apócrifas).—Facsimil de Methuen, 1904.

Otras ediciones notables: Nicolás Rowe popular poeta dramático en el reinado de Ana, laureado en tiempo de Jorge I (1674-1718); publicó su edición en siete volúmenes en 1709-10, con Gildon, C.—La segunda edición es de 1714. Alejandro Pope (1688-1744) publicó otra edición en seis vols., 1723-25. El Dr. Jorge Sewell, añadió un séptimo volumen que contiene los poemas. Lewis Theobald (1688-1744) publicó otra en siete vols. en 8.º el año 1733. Se repitió esta edición en 1740, 1752, 1772 y 1773. Thomas Hanmer (1677-1746) editó en Oxford las obras completas en seis vols., 1743-4, y después se reprodujo su edición en 1770-71 en el mismo Oxford. El obispo W. Warburton (1698-1679) editó sobre la base de la edición de Pope la suya en ocho volúmenes en 8.º, 1747.—S. Johnson, (1709-1783) en ocho volúmenes en 8.º las publicó en 1765 y luego en 1768; Edward Capell (1713-1781) en 10 vols., en 8.º en 1768. S. Johnson, utilizando los *in quato* que había publicado Steevens (1736-1800) y con asistencia del mismo Steevens, editó 10 vols. en 1773, edición que se repitió en 1778-80, 1785 y formando 15 vols., en 1793 (a). Edmundo Malone (1741-1812) las editó en 10 tomos formando 11 vols. en 8.º, 1790. (El primer tomo comprende dos vols.) La primera edición americana la publicó S. Johnson en Filadelfia, año 1795-6, formando ocho vols., y la primera edición hecha en el continente europeo es de 1797, y fué dirigida por G. Wagner.—Brunswick, 1797-1801. ocho vols.

En el siglo XIX aumentaron las ediciones, siendo las principales Boy-

(a) Vid. 1803, 1.ª edición variorum.

dell, 1802, fol., 11 vols.; *Reed, Johnson y Steevens* (primera edición variorum), 1803, 21 vols. en 8.º (Sirvió de base la edición Steevens de 1793, y fué hecha por el amigo de éste Isaac Reed.); *Chalmer*, 1805, nueve vols., en 8.º; *Bowdler*, 1807, cuatro vols. Reproducida en 1820, 10 vols. en 8.º; *Bowdler's Family Shakespeare*, 1818, 10 vols. en 8.º *Boswell, Jaime*, tomando por base la edición *Malone*. 1790 (tercera edición variorum), 1821, 21 vols. en 8.º; *Guillermo Harness*, 1825, ocho vols. en 8.º=*Samuel Weller Singer*, con una biografía del poeta hecha por Carlos Symmons, 1826, 10 vols.; *H. N. Hudson*.—Boston, 1838-1842, 11 vols., *Pictorial edition*, por Carlos Knight.—Londres. 1838, ocho vols. Reproducida en 1842-44, 12 vols.; *Bryan Waller Procter*, i. e. *Barry Cornwall*; ilustraciones de *Kenny Meadows*, 1839-1843. tres vols. en 8.º; *Jhon Payne Collier*, 1841, ocho vols., en 8.º (En 1878 se hizo una edición secreta en 4.º); *Gultan Crommelin Verplanck* (1786-1870), New-York, 1844-1846, tres vols., en 8.º; en 1847 se hizo otra edición con ilustraciones de *Kenny Meadows*, *Guillermo Harvey* y otros.—*H. N. Hudson*, 1851-56.—Boston, 11 vols.—*J. P. Collier*, 1853 (con correcciones según el in-folio de 1632).—*James Orchard Halliwell-Phillips*, 1853-65, 16 vols.—*Nicolás Delius*, 1854-61, siete vols. (quinta edición: Elberfeld, 1885); *Willam Watkins* y *Samuel Weller Singer*, 1856, 10 vols.; *Alejandro Dyce*, 1857. 6 vols. (segunda edición, 1864-67, con glosario, nueve vols.; quinta edición, 1886, 10 vols.)—*R. G. White*.—Boston, 1857-60 12 vols. (con muchas correcciones de Collier), segunda edición, 1859-65.—Cambridge edition (*Clark, Glove y Wright*), 1863-1866. nueve vols. (La tercera edición de 1893, contiene 40 vols.)—*Howard Staunton*, 1868-70. (Las introducciones son muy importantes para el estudio de la escena en tiempo de Shakespeare); *W. J. Rolfe*.—New-York, 1871-96, 40 volúmenes; *Variorum editon* de Mr. *H. Howard Furness* (de Filadelfia), 1871... (está incompleta todavía. Cada volumen contiene una obra, excepto Hamlet que comprende dos volúmenes); *The Leopold Shakespeare*, según el texto del prof. Delius y con una introducción de F. J. Furnivall, 1877 (reimpresa en Londres en 1910); *H. N. Hudson (edición Harward)*.—Boston. 1881; *Appleton Morgan*.—New-York Shakespeare Society (Bankside Shakespeare), 1888-1906; *Israel Gollancz* (Temple Shakespeare), 1894-95, 40 vols.; *C. H. Herford*, 1899, 10 volúmenes; *W. J. Craig* (Arden Shakespeare), 1899. (Incompleta aún. Cada obra está publicada por distinto editor).

En nuestro siglo no han sido pocas tampoco las ediciones. Citaremos entre ellas: *Henley y W. Raleigh*, 1901-4=40 vols. (*Edinburgh Folio editon*);—*C. Potter y H. A. Clarke* (First Folio edition), 1903=13 volúmenes;—*W. J. Craig*, 1904 (Oxford Shakespeare);—*A. H. Bullen*, Stratford-on-Avon, 1904-7=10 vols.;—*Furnivall y Boswell-Stone*. (The Old Spelling Shakespeare), 1904 (incompleta todavía.)—*Renaissance editon*, con una introducción de Sidney Lee, New-York, 1907 (En publicación. Cada obra es de un editor distinto.)—*Sidney Lee* (Caxton Shakespeare), 1910, etc., etc.

II. EDICIONES ESPECIALES DE LOS POEMAS.

El primero de estos poemas por el orden cronológico de publicación es el de *Venus and Adonis*, que fué editado por Ricardo Field en 1593, en 4.º Se reprodujo en 1594 en 4.º; en 1596 y en 1599 en 8.º Durante el siglo xvii se publicaron las ediciones de 1600 y dos en 1602. Hubo, pues, siete ediciones en vida del autor. Después de su muerte se hicieron las ediciones de 1617, 1620; la de Edimburgo en 1627; y las de 1630? 1636, 1675.

Se han publicado los siguientes facsímiles:

De la edición 1593: *Griggs*, editor A. Symons, 1886;—con introducción y bibliografía por *Sidney Lee*, Oxford, 1905. (Contiene este volumen *Los sonetos, Venus y Adonis, Lucrecia, El Apasionado Peregrino y Pericles*.)

De la edición 1594: *E. W. Ashbee*, 1867.

De la edición 1599: *C. Edmonds*, 1870 (Contiene también *El Apasionado Peregrino*.)

Lucrece fué el segundo poema editado también por Ricardo Field en 1594, en 4.º En vida de Shakespeare se hicieron cuatro ediciones más: las de 1598, 1600, 1607 y 1616, todas en 8.º

Después se reprodujo en 1624, 1632 y 1655.

Se hicieron facsímiles de la primera edición: *C. Prætorius* y *F. J. Furnivall* en 1886, y *S. Lee*. (Vid. *Venus and Adonis*, Oxford, 1905.)

El Apasionado Peregrino: Editio princeps, *W. Jaggard*, 1599. Se habla de una segunda edición en 1600 que no se conoce. Tercera edición, 1612.

Facsímiles: (Vid. *Venus and Adonis*: Oxford, 1905 y *C. Edmonds*, 1870.)

The Phoenix and the Turtle: Editio princeps, 1601. Reimpreso por *A. B. Grosart*, New Shakespearian Soc. 1878.

Sonnets: Londres, por *G. Eld fort Thomas Thorpe* and are to be solde by *William Aspley*, 1609. La única edición hecha en vida del autor.

Facsímiles: en 1862, *C. Prætorius*, 1886.—(Vid. *Venus and Adonis*, Oxford, 1905.)—*Doves Press*, 1909.

Otras ediciones: *E. Dowden*, 1881-1904; *T. Tyler*, 1890;—*H. C. Beeching*, Boston, 1904;—*C. C. Stopes*, 1904;—*W. H. Hadow*, Oxford, 1907;—*C. M. Walsh*, 1908.

Deben consultarse acerca de los sonetos: *A. Acheson*: Shakespeare and the Rival Poet, 1903;—*P. Godwin*: A new study of the Sonnets of Shakespeare, New York, 1900;—*Sidney Lee*: Ovid and Shakespeare's Sonnet, Qly Review. Abril, 1909.

Poems: Londres, by *Tho. Cotes*, and are to be sold by *John Benson*, 1640 (faltan los sonetos xviii, xix, xliii, lvi, lxxv, lxxvi, xcvi y cxxvi) Es muy raro.

Reimpreso: por *Smith*, 1885. Otras ediciones: *B. Lintott* (1709-10.)

A. Dyce (Aldine Poets) 1842 (a);=*Palgrave*, 1879;=*G. W. Wymbam*, 1898.

III. MISCELÁNEA.

Siglo XVIII: *E. Capell*: The school of Shakespear (vol. III of Notes and Various Reading, 1779-80;=*E. Malone*: Inquiry into the authenticity of the Ireland Mss., 1796.

Siglo XIX: *E. Malone*: Historical Account of the English Stage, 1805;=*C. and M. Lamb*: Tales from Shakespear, 1807, dos volúmenes;=*N. Drake*: Shakespear and his times, 1817, dos vols.;=*J. Boaden*: An inquiry into the authenticity of various pictures and prints of Shakespear, 1824;=*N. Drake*: Memorials of Shakspeare; or, sketches of his character and genius, by various writers, 1828;=*G. Farren*: Essays on the varieties in mania exhibited in Hamlet, Ophelia..., 1833;=*F. Douce*: Illustrations of Shakspeare, 1807, dos vols. (La segunda edición es de 1839.)=*H. Ulrici*, *Über Shakespeares dramatische Kunst*, Halle, 1839. (La segunda edición: Leipzig, 1847, tercera, 1868-9. Fué traducida en inglés esta obra por Morrison, 1846, y por L. D. Schmitz en 1876, dos vols.)=*Samuel Taylor Coleridge*: Notes and lectures upon Shakspeare and some of the Old Dramatists, 1849. (Frecuentemente reimpressa, y en nuestros días por la colección Everyman's Library);=*J. P. Collier*: Dissertation on the imputed portraits of Shakespear, 1851;=*J. O. Halliwell-Phillips*: Shakespear's vill, copied from the original..., with facsimiles of the three autograph of the poet, 1851;=*W. Beke*: Shakespear's Puck and his folkslore, 1852-64, tres vols.;=*A. Dyce*: A few notes on Shakespear, with occasional remarks on the emendations of the manuscript-corrector in Mr. Collier's copy of the folio 1632=1853;=*J. O. Halliwell-Phillips*: Observations on some of the manuscript emendations of the text of Shakespear, 1853;=*C. Bathurst*: Remarks on the differences in Shakespear's versification at different periods of his life, 1857;=*T. R. Eaton*: Shakespear and the Bible, 1858;=*A. Dyce*: Strictures on Mr. Collier's new edition of Shakespear, 1858. 1859;=*C. Holte Bracebridge*: Shakespear no Deerstealer, 1862;=*R. B. Wheler*: An historical descriptive account of the birth-place of Shakespear, 1824. (En 1863 se hizo una edición anotada por Halliwell-Phillips);=*M. C. Clarke*: The Complete concordance to Shakespear, 184) (s mejor edición la de 1864);=*T. De Quincey*: Shakspeare a biography, 1864;=*C. Wordsworth*: Shakespear's knowledge and use of the Bible, 1864;=*Halliwell-Phillips*: Handbrook index to the works of Shakespear, 1866;=*E. A. Abbott*: A Shakespearian grammar, 1869 (Frecuentemente reimpressa);=*G. Wise*: The autograph of Williams Shakespear with facsimiles of his signature... together with 4.000 ways of spellings the nance, Philadelphia, 1869.=*P. A. Daniel*: Notes and conjetural emendations of

(a) Hemos visto citada una edición de 1832. La que hemos podido examinar lleva la fecha que indicamos.

certain doubtful passages in Shakespear's plays, 1870;=*Blades*: Shakspeare and Typography, 1872;=*J. Brown*: Bible truths with Shakespearian parallels, 1862 (La tercera edición es de 1872);=*F. J. Furnivall*:=*The succession of Shakspeare's works and the use of metrical tests in settling it, 1874*;=*J. P. Collier*: Shakespear's library; a collection of the romances, novels, poems, and histories used by Shakespear as the foundation of his dramas, 1843, dos vols. (edición *W. C. Hazlitt*, 1875, seis vols.);=*W. W. Skeat*: Shakespear's Plutarch, 1875;=*J. Rees*: Shakespear and the Bible, Philadelphia, 1876;=*J. Bulloch*: Studies on the text of Shakespear, 1878;=*F. A. Leo*: Four chapters of north's Plutarch, 1878;=*C. Bullock*: Shakespear's debt to the Bible, 1879;=*C. and M. C. Clarke*: The Shakespear Key, 1879;=*A. P. H. Fitzgerald*: New History of the English Stage, from the Restoration to the Theatres, 1882, dos vols.;=*T. F. T. Dyer*: Folk-lore of Shakespear, 1883;=*J. O. Halliwell-Phillips*: The life of William Shakespear, 1848. (Nuevas investigaciones: Illustrations of the life of Shakespear, 1874; Outliness of the life of Shakespear, Brighton, 1881, séptima edición, 1887, dos volúmenes);=*Halliwell-Phillips*: Visits of Shakespear's company of actors to the provincials cities and twons of England, 1887;=*Bishop Charles Wordsworth*: Shakespear's knowledge and use of the Bible, 1892;=*B. Wendell*: William Shakespear; a study in Elizabethan literature, 1894;=*F. S. Boas*: Shakespear and his predecessors, 1895;=*J. Bartlett*: A new and complete concordance or verbal index to words phrases and passages in Shakespear, 1894;=*Illustrated catalogue* of portraits in the Shakespear Memorial at Stratford, 1896;=*H. W. Scager*: Natural History in Shakespear's time, 1896;=*G. Brandes*: William Shakespear, Copenhagen, 1896. (Traducida al inglés en 1898, dos vols.);=*A. Herbert, W. Fisher*: First Performance in Shakespear's Time, Atlantic Monthly, Marzo, 1898;=*A. W. Ward*: History of English Dramatic Literature to the Death of Queen Anne, 1899, tres volúmenes (a).

Siglo XX: *Van Dam*: William Shakespear, Prosody and Text. An introduction to a better editing and a more adequate apreciacion of the Elizabethan poets, Leyden, 1900;=*C. C. Stopes*: Shakespear's family, 1901;=*A. H. Thorndike*: The influence of Beaumont and Fletcher on Shakespear, Worcester, Mass, 1901;=*W. S. Brassington*: Shakespear's homeland, 1903;=*E. K. Chambers*: The Mediæval Stage, London, 1903, dos volúmenes;=*J. Corbin*: A new portrait of Shakespear, The case of the Ely Palace painting, 1903;=*R. G. Moulton*, The moral system of Shakespear, 1903;=*Karl Mautzius*: History of Theatrical Art in Ancient and Modern Times, Tr. inglesa, 1903-09, cinco vols.;=*H. R. D. Anders*: Shakespear's books, Berlin, 1904;=*A. C. Bradley*: Shakespearian tragedy, Lectures on Hamlet, Othello, King Lear, Macbeth, 1904;=*L. Campbell*: Tragic drama in Aeschylus, Sophocles,

(a) Merece citarse el trabajo del prof. alemán *N. Delius Shakespeare-Lexicon* = Bonn, 1852.

and Shakespeare, 1904;=*J. C. Collins*: Studies in Shakespeare, 1904; *H. Barton Baker*: History of the London Stage and its Famous Players, 1904;=*C. J. Elton*: William Shakespeare, his family and friends, 1904;=*D. H. Lambert*: Cartoe Shakespeareannoe. A chronological catalogue of extant evidence relating to the life and works of Shakespeare, 1904;=*A. R. Smith*: A handbook index First Folio 1623, 1904;=*T. Carter*: Shakespeare and Holy Scripture; with the versión he used, 1905;=*Elizabethan Stage Theories*: The London Times, 3, Noviembre, 1905;=*H. A. Evans*: A Shakespearian controversy of the eighteenth century; Anglia, vol. XXVIII, 1905;=*J. W. Gray*: Shakespeare's marriage, his departure from Stratford, and other incidents in his life, 1905;=*W. J. Rolfe*: A life of Shakespeare, Boston, 1902 (Otra ed. 1905); *Sidney Lee*: Shakespeare and the modern stage, 1906; *T. R. Lounsbury*: First editors of Shakespeare (Pope and Theobald), 1906;=*M. Lucy*: Shakespeare and the supernatural, 1906 (Contiene una bibliografía sobre esta materia);=*John Corbin*: Shakespeare and the Plastic Stage, Atlantic Monthly, Marzo, 1906;=*F. W. Moorman*: Pre Shakespearian Ghosts, Mod. Lang. Rew, vol. 1, núm. 2, Enero, 1906, Shakespeare's Ghosts, id. núm. 3, Abril, 1906;=*W. Victor*: A Shakespeare reader in the old spelling and with a phonetic transcription, Marburg, 1906;=*W. Victor*: A Shakespeare phonology with a rime-index to the poems as a pronouncing vocabulary, Marburg, 1906;=*William Archer*: The Fortune Theatre, London Tribune, 12 Octubre, 1907 (Reproducido en New Shakespeariana, Octubre, 1908 y Shakespeare Jahrbuch, 1908);=*G. P. Baker*: Hamlet on an Elizabethan Stage, Shakespeare Jahrbuch, vol. XLI.;=*G. P. Baker*: The development of Shakespeare as a dramatist, New York, 1907; *E. Elton*: Recent Shakespearian criticism, Modern Studies, 1907;=*William Hazlitt*: Characters of Shakespeare's plays, 1817 (Reimpreso, 1906, Marzo y en Mayo del mismo año, Octubre 1907, por la Everyman's Library);=*Sidney Lee*: Stratford-on-Avon from the earliest times to the death of Shakespeare, 1907;=*M. Luce*: A handbook to the works of William Shakespeare, 1906 (segunda edición, 1907); *M. R. Spielmann*: On the portraits of Shakespeare, Stratford Town Shakespeare, vol. X (1907); *E. G. Stoll*: The objectivity of the ghosts in Shakespeare, Mod. Lang. Assoc. of América, vol. XXII, 1907;=*Mrs. C. C. Stopes*: Elizabethan Stage Scenery. Fortnightly Review. Junio, 1907;=*C. C. Stopes*: Shakespeare's Warwickshire contemporaries, 1907;=*W. G. Boswell Stone*: Shakespeare's Holinshed, the chronicle and the historical plays compared, 1896 (nueva edición en 1907);=*W. Raleigh*: Shakespeare (English Men of Letters 1907);=*F. J. Furnivall y John Munro*: Shakespeare: life and work. (En The Century Shakespeare. A useful handbook), 1908;=*Gibson*: Shakespeare's use of the supernatural. Harness Prize Essay, 1907-1908; *Museus*: The astronomy of Shakespeare. (Contemporary Review), Julio, 1908;=*F. E. Schelling*: Elizabethan Drama (1558-1642), 1908, dos vols;=*C. W. Wallace*: Children of the Chapel at Blackfriars, 1908; *William Archer*: The Elizabethan Stage (Quarterly Review), Abril, 1908;=*W. J.*

Laurence: Music in the Elizabethan Theatre (Shakespeare Jahrbuch), 1908;=*C. F. T. Brooke*: Shakespeare's Plutach (Shakespeare Classics), 1909, dos vols.; *J. M. Robertson*: Montaigne and Shakespeare, and other essays, 1909;=*W. L. Rushton*: Shakespeare and the Arte of English Poesie. Liverpool, 1909;=*W. Theobald*: The classical element in the Shakespeare plays, 1909;=*R. J. Cunliffe*: A new Shakespearian dictionary. A glossary of Shakespeare's lenguaje with illustrative quotations, 1910;=*Henry Thew Stephenson*: The Elizabethan People. New-York, 1910; *H. Th. Stephenson*: Shakespeare's London. New-York, 1910;=*M. H. Mac Callum*: Shakespeare's Roman plays and their background, 1910;=*A. W. Ward y A. R. Waller*: The Cambridge History of English Literatur. Cambridge (Por la Universidad), 1910, vol V (caps. VIII-XII);=*C. W. Wallace*: New Shakespeare discoveries (Harper's Magazine), Marzo, 1910;=*Victor G. Albright*: The shakespearean stage. Colombia, 1912;=*Sidney Lee*: A Life of William Shakespeare, 1898. la segunda edición; Diciembre, 1898; tercera, Diciembre, 1898; cuarta, Febrero: 1899; quinta, Abril, 1905; sexta, Junio, 1901; nueva edición corregida y aumentada, Noviembre, 1915.

IV. BIBLIOGRAFIA.

J. Witson: Shakespeariana, Catalogue of all the books, pamphlets etc., etcétera, relating to Shakspear, 1827;=*Halliwel Phillips*: Shakespeariana, A Catalogue of the early eds. of Shakespeare's plays and of the commentaries, etc., illustrative of his works, 1841;=*H. G. Bohn*: The biography and bibliography of Shakespeare (Philobiblon Society), 1863;=*F. Thimm*: Shakespeariana from 1564 to 1864=1864 (Otras ediciones: 1871, 1872)=*Catalogue* of the Barton Shakespeare collection in the Boston Public Library, 1878-80, dos vols.;=*J. D. Mulling*: Catalogue of the Shakespeare Memorial Library Birmingham (1872);=*A. Capel Shaw*: Index to the Shakespeare Memorial Library Birmingham; 1900-3, tres partes;=*W. W. Greg*: A list of English plays written before 1643, and printed before 1700.—Bibliographical Society, 1900;=*W. W. Greg*: Catalogue of the books presented by Edward Capell to Trinity College Cambridge, 1903;=*A. Esdaile*: Shakespeare Literature, 1901-05.=*W. P. Courtney*: A register of National Bibliography (vol. II), 1905; *H. R. Plomer*: The printers of Shakespeare's plays and poems. The Library, 1906;=*Catalogue* of the books, manuscripts, works of art, antiquities, an relics at present exhibited in Shakespeare's Birthplace. = Stratford-on-Avon, 1910. (Esta obra tiene un interés artístico mayor que bibliográfico.)

Como complemento a lo dicho reseñaremos las obras que hemos citado. En el texto las hemos indicado con brevedad a fin de facilitar la lectura.

Anónimo.—(Está reseñada esta obra en la nota 51. Es rara); *Armas*: Ensayos críticos de literatura inglesa y española, por D. José de Armas. Madrid. Lib. gen. de Victoriano Suárez, 1910;=*Benot*: Estudio preliminar en la traducción de Macpherson. Tomo 80 de la Biblioteca Clá-

sica;=*Bolton Corney*: An Argument on the assumed birthday of Shakspeare; reduced to Shape. A. D.; 1864, by M. R. S. L. Bolton Corney (no se puso a la venta);=*Britannia*: Britannia or Chorographical Description of Great Britain and Ireland... Written in Latin by William Camden... and translated into English with additions and improvements by Edmund Gibson. London, 1772 (cuarta edición);=*Cabrera de Córdoba*: Relaciones de las cosas sucedidas en la Corte de España de 1599 hasta 1614. =Imp. de J. Martín Alegría, 1857;=*Cambridge*: The Cambridge history of English Literature edited by A. W. Ward and A. R. Waller, =Cambridge at the University Press, 1910;=*Camden*: Tomus alter annalium rerum Anglicarum et Hibernicarum regnante Elizabetha, qui nunc demum prodit: sive pars quarta autore Guil [Ielmus] Camdeno. =Londini. =Excudebat Guil. Stansby, impensis Simonis Waterson, 1627;=*Cervantes*: Obras completas de Cervantes, ... ilustradas por los señores D. J. E. Hartzenbusch y D. Cayetano Rossell, Madrid, Rivadeneyra, 1864;=*Clark*. =*Dos Hermanas* (Reseñadas ambas en el Apéndice II);=*Dyce*: Memoir of Shakspeare by the Rev. Alexander Dyce (En: The Poems of Shakspeare. «The Aldine Edition of the British Poets». London. William Pickering, 1842;=*Fausto*: La trágica historia del Doctor Fausto, por Cristóbal Marlowe, traducción en verso al castellano, por D. José Alcalá Galiano (Conde de Torrijos), con un prólogo de D. José de Armas. Madrid. Lib. gen. de Victoriano Suárez, 1911;=*Foedera*: Foedera conventiones Literæ et cujuscumque Generis Acta Publica inter Reges Angliæ et alios quosvis Imperatores, Reges, Pontifices, Principes vel Comunitates..., accurante Thoma Rimer. Londini. J. Tonson, 1727-1735 (segunda edición);=*Furnivall*: The Leopold Shakspeare, The Poet Works in Chronological order-from the text of professor Delius with «The Two Noble Kinsmen» and «Edward III» and an introduction by J. J. Furnivall. London, 1910;=*Guizot*: Shakspeare et son temps. Paris. Didier, libraire-editeur, 1852;=*Hazlitt*: Characters of Shakspear's plays. Everyman's Library edited by Ernest Rhys, 1907. *Hume*: Historia de Inglaterra, desde la invasión de Julio César hasta el fin del reinado de Jacobo II... por David Hume... traducida por Don Eugenio de Ochoa. Barcelona, 1843, cuatro tomos;=*Kunst*: Juan Manuel; El Libro de los Enxiemplos del Conde Lucanor et de Patronio. Text und anmerkungen aus dem nachlasse von Hermann Knust herausgegeben von Adolf Birch-Hirschfeld. Leipzig 1900; *Krapf*: El libro de Patronio o El Conde Lucanor compuesto por el Príncipe D. Juan Manuel en los años de 1328-29. Reproducido conforme al texto del Codice del Conde de Puñonrostro. Vigo, 1902 (segunda edición) [por Eugenio Krapf];=*Lee*: A life of William Shakspeare by Sir Sidney Lee, new edition, rewritten and enlarged. London, 1915;=*Macpherson*: (Vid Apéndice II);=*Melvil* (nota 51);=*Montemayor*: Primera y segunda parte de la Diana de George de Montemayor, ahora nuevamente corregida y aumentada. Año 1622. En Madrid, por la viuda de Alonso Martín;=*P. Coloma*: La Reina Mártir, Apuntes históricos del siglo XVI por el P. Luis Coloma, de la Compañía de Jesús. Bilbao, 1911 (quinta edición); *Rowe*: Some account of the life & of William Shakspeare; written

by Mr. Rowe. En The Dramatic Works of Shakspeare, from the text fo Johnson and Steevens. London, MDCCCXXIV;=*Smeaton*: Shakspeare, his life and work by Oliphant Smeaton. London (Everyman's Library);=*Victor Hugo*: Oeuvres completes. Paris. Edition Hetzel-Quantin, s. a. (tomo 39).



APÉNDICE I

CRONOLOGIA

Muchas conjeturas se han hecho para determinar el orden cronológico de los dramas shakesperianos. Ulrici, Malone, el prot. Delius, etcétera, etc., basándose en datos más o menos ingeniosos, pero frecuentemente atrabiliarios, dieron unas tablas que difieren bastante unas de otras. Modernamente se ha dado como probable el orden que insertamos. Para determinarlo se ha tenido en cuenta una cuestión de técnica principalmente, pues habida razón de la verdadera fecha de algunas obras se observó que en ellas se daba una progresión constante en los procedimientos, por lo que se pudo sostener la teoría de que eran intermedias las obras que arrojaban soluciones igualmente equidistantes por lo que se refería a dichos procedimientos. Esta técnica ha sido: la distribución de los acentos en los versos; la manera de terminarlos, pues en la primera época acaban los pensamientos en el verso, mientras que luego se traban y terminan en la mitad del verso siguiente y hasta más tarde una idea se desenvuelve en tres o cuatro versos: hay más soltura de composición en los últimos dramas; la menor o mayor proporción rítmica; la abundancia o escasez de malos versos; las alusiones clásicas; los pasajes líricos, etc., etc.

El resultado ha sido dividir la producción shakesperiana en cuatro períodos con dos etapas intermedias en esta forma:

PRIMER PERIODO: Desde 1589 a 1593. Comprende los dramas: *Enrique VI*, parte I (1589-90); *Enrique VI*, parte II (1591-92); *Enrique VI*, parte III (1592); *Tito Andrónico* (1589-90); *Trabajos de amor perdidos* (1590); *Los dos nobles de Verona* (1591); *La comedia de los errores* (1591-92); *Romeo y Julieta* (1592); *Ricardo III* (1593); *Ricardo II* (1593.)

INTERMEDIO DE LOS POEMAS; *Venus y Adonis* (1593); *Lucrecia* (1594).

SEGUNDO PERIODO: *El Rey Juan* (1594); *Sueño de una noche*

de verano (1594); *El mercader de Venecia* (1594-96); *Todo está bien cuando bien acaba* (1596-1601); *La fierecilla domada* (1595-96); *Enrique IV*, parte I (1596-97); *Enrique IV*, parte II (1597-98); *Las alegres comadres de Windsor* (1598); *Enrique V* (1598); *Mucho ruido para nada* (1599); *Como gustéis* (1599); *Noche de Reyes* (1600); *Julio César* (1600-01).

TERCER PERIODO: *Hamlet* (1602); *Troilo y Crésida* (1603); *Otelo* (1604); *Medida por medida* (1604); *Macbeth* (1605-6); *El Rey Lear* (1606); *Timón de Atenas* (1607); *Pericles* (1607-8); *Antonio y Cleopatra* (1608); *Coriolano* (1609).

INTERMEDIO DE LOS SONETOS (1594-1604).

CUARTO PERIODO: *Cimbelino* (1610); *El Cuento de Invierno* (1610-11); *La Tempestad* (1611); *Enrique VIII* (1611-12).

APÉNDICE II

SHAKESPEARE EN ESPAÑA

Aunque nos encerremos en los estrechos límites de un APÉNDICE no queremos terminar sin hacer una mención de los trabajos a que ha dado lugar Shakespeare entre los españoles. No es en nuestra nación en donde más se ha cultivado el estudio del gran trágico; aparte de los nombres de D. Ramón de la Cruz, Moratín, Macpherson, el Marqués de Dos Hermanas y Clark, así como algún otro que no debe tenerse en desprecio, todos los demás han contribuido en tan modesta escala a formar la bibliografía shakeriana española, que se comprende bien se los oculte en el silencio cuando de formar bibliografías se trata. Pero nosotros debemos señalarlos al dar fin a este modesto libro.

La primera vez que aparece Shakespeare entre nosotros fué por intermedio de los franceses; en la Biblioteca Municipal Madrileña se conserva el ms. de la traducción del *Hamlet* hecha por D. Ramón de la Cruz. (Cf. CAMBRONERO-Catálogo de la Biblioteca Municipal de Madrid, pág. 371). Pero no fué el de Shakespeare, sino el de Ducis el que tradujo. Juan Francisco Ducis, autor que gozó de bastante boga en su país durante su vida, se basó siempre para hacer sus obras, ya en nuestro dramaturgo ya en Sófocles. A aquél recurrió el famoso sainetero de Madrid en su primera época y nos proporcionó el drama que intituló *Hamlet, Rey de Dinamarca*. En la Biblioteca Nacional hay una copia del ms. de que hablamos (sign. 16095). Modernamente fué impresa esta obra en la *Revista Contemporánea*, año 1900, tomo CXX, por Carlos Cambronero, págs. 142, 379, 500 y 640. (Consúltese sobre esto la obra de don Emilio Cotarelo y Mori: «Don Ramón de la Cruz», págs. 269 y 270) (a).

(a) Entre los primeros juicios dados por españoles, sobre Shakespeare, descuella la frase del abate Marchena en su Discurso sobre la literatura española: «los Ingleses, a quienes Shakespeare había presentado tal cual trozo sublime, anegado entre lodazales de la más repugnante barbarie...» (Vid. Obras literarias de D. José Marchena... por el Dr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo.—Sevilla, 1892-96, tomo II, p. 309).

Después del autor de «El Manolo» tradujo el *Hamlet* con criterio clasicista; pero directamente del inglés, D. Leandro Fernández de Moratín. Se publicó esta traducción en Madrid por Villalpando el año 1798, en 4.º, y consta de veinticuatro hojas sin foliar, más 379 págs. foliadas. Se ha reimpresso varias veces, entre otras en los tomos III de las ediciones de las obras completas de Moratín de 1826, 1830-31, y en el tomo I de la de 1844. Se encuentra también en el tomo II de la Biblioteca de Autores Españoles. Don Cristóbal Cladera escribió a propósito de tal traducción el folleto «*Examen de la Tragedia intitulada Hamlet, escrita en inglés por Guillermo Shakespeare y traducida al castellano por Inarco Celenio, poeta árcaico: escribítalo D. C. C. = Madrid. = En la imprenta de la viuda de Ibarra.*» Contiene este folleto atinadas observaciones, entre las cuales merece mencionarse lo que dice sobre la interpretación del monólogo que hemos reproducido en el texto. Las dimensiones que tiene este pasaje nos impide reproducirlo; se extiende desde la página 51 a la 62.

En 1800 representó Isidoro Maiquez la traducción de *Macbeth* impresa con el título de «Macbé o los remordimientos, tragedia en cinco actos, escrita en inglés por Shakespeare, refundida en francés por M. Ducis y acomodada al teatro español por D. Manuel García.» Madrid. = Imprenta de Manuel de Burgos.» De esta misma fecha es la traducción de *Hamlet*, con el título de *Misanropía y arrepentimiento*, hecha por Dionisio Villanueva y Ochoa, más conocido por Solís.

En 1802 puso en escena el mismo Maiquez la traducción de *Otelo*, hecha igualmente sobre la francesa de Ducis por Teodoro de la Calle, de la que se imprimieron dos ediciones, una en 1802 y otra en 1803. El 25 de Noviembre de 1803 se estrenó el *Macbeth*, de la Calle, libro que se ha perdido, sin que al parecer tengamos que lamentarlo mucho. Maiquez merece, pues, un lugar especial entre los actores españoles que han interpretado las obras de Shakespeare (a). Solís tradujo el *Roméo y Julieta* por este tiempo, de cuya traducción existe un manuscrito en la Biblioteca Municipal Matritense.

En 1824 apareció en el periódico *Variedades o el Mensajero de Londres* que se publicaba bajo la dirección del famoso Blanco White la traducción de algunos pasajes shakerianos, que son: el *Soliloquio de Hamlet*, un fragmento de la escena tercera del acto primero de *Ricardo II*, y la escena primera del acto segundo de *Hamlet*. Los precede un corto comentario. No está firmado este trabajo, pero es del mismo P. Blanco. (Vid. el tomo I, págs. 74 a 79.)

En 1825 está fechada la traducción de *Hamlet*, de la que se conservan dos manuscritos, uno existente en la Biblioteca Municipal y otro en la Nacional madrileña, la cual fué escrita con arreglo al original francés, respetándolo más de lo que lo había hecho D. Ramón de la Cruz. Parece que se debe a Carnero este trabajo.

Impresa por Sancha hay una «Opera seria en dos actos que se ha de

(a) Consúltese la obra de D. Emilio Cotarelo: *Isidoro Maiquez y el teatro de su tiempo*.

representar en el Teatro de la Cruz» titulada *Julietta y Romeo*. Lleva la fecha 1828. (Vid. Vindel, núm. 2894.—Catálogo de libros escogidos.)

De 1843 es la comedia de Ventura de la Vega: *Shakespeare enamorado*, escrita en francés por A. Duval.—Madrid, Imprenta de Repullés. (Ya hemos hablado de esta obra. No resulta muy acertado el carácter del poeta: abundan en él las transiciones, y consigue los éxitos más por la casualidad que por su talento.) Representó el papel del dramaturgo don Carlos Latorre.

En 1845 se imprimió en Málaga por Cabrera y Laffore, en tres tomos, la novela de madame Clemencia Robert «*Guillermo Shakespeare*», traducida por F. (No hemos podido averiguar quién sea el traductor.)

Los *Cuentos* de Carlos Lamb fueron vertidos al castellano por T. Man-glaez y se imprimieron en Barcelona en 1847.

En la Imprenta del *Diario de la Marina*, de la Habana, se imprimió una traducción de *Macbeth* el año 1849. Es un librito de ópera, a dos columnas, texto bilingüe: italiano y castellano. También este año se imprimió el discurso sobre *Shakespeare y Calderón*, pronunciado en la Universidad de Madrid por D. Juan Federico Muntadas.

Con el título «*Sueño de una noche de verano*» escribieron en francés Rosier y de Leuven una ópera cómica en tres actos, la cual fué traducida por D. Patricio de la Esposura y puesta en música por Gaztam-bide, la cual se representó en el Teatro del Circo en Febrero de 1852. Se trata de una aventura de Shakespeare con la Reina Isabel, en la que interviene Falstaff. Todos los personajes están absolutamente falsificados.

No se emanciparon de los autores franceses los españoles de un modo decisivo durante los años posteriores; pero en esta época ya van apareciendo trabajos de mayor independencia y originalidad, aunque siempre de un mérito muy relativo.

Don Pablo Avecilla adaptó el *Hamlet* según las reglas que había dado Moratín. No conocía el original inglés, y aunque él califica de *arreglo* su obra, la verdad es que hay en ella tales despropósitos que más parece que quiso desacreditar al gran trágico que enaltecerle. *Hamlet* mata a Claudio en un banquete y termina la obra diciendo: *El cielo y Hamlet están vengados*. Se convierte el drama de conciencia en un conjunto de episodios, o mejor, en el único episodio de la venganza del padre de *Hamlet*, lo cual, por otra parte, era el molde que había dado Ducis. Se imprimió esta obra el año 1856.

La célebre actriz italiana Adelaida Ristori representó la noche de su beneficio, 30 de Septiembre de 1857, el *Macbeth*, y se imprimió el texto italiano con la traducción castellana aquel mismo año. La versión italiana era debida a G. Garcono y la española á D. José Núñez de Prado.

Don Angel María Dacarrete estrenó el 29 de Mayo de 1858, en el teatro de Novedades de Madrid, un drama en cuatro actos: *Julietta y Romeo*. Dice al principio de su obra que cuando la escribió no conocía la producción del dramaturgo inglés; pero en una nota final inserta algunas frases y la escena que corrigió al conocerla, procurando imitarle. Las

huellas de Shakespeare se reconocen con frecuencia en este drama aparte de lo que el autor confiesa.

Una referencia especial merece el *Drama nuevo* de D. Manuel Tamayo. Era éste uno de los mejores autores de su tiempo, si no el mejor, y sabiendo que en su tiempo escribía D. Adelardo López de Ayala está hecho el mayor elogio de Tamayo y Baus. *Un Drama nuevo* ha sido reconocido por todos como la mejor producción de este escritor. En él aparece la noble y paternal figura de Shakespeare con todos los caracteres de la genialidad y el arte. En 1867 se hizo la primera edición de esta obra, que después ha sido muy reproducida, aunque suprimiendo algunos versos, y muy representada, siempre con el mismo grandioso éxito.

En el tomo IV del «Teatro selecto antiguo y moderno, nacional y extranjero», coleccionado por D. Francisco José Orellana, y editado en Barcelona en 1868, se insertaron los dramas: *Vida y muerte de Ricardo III*, traducido por Manuel Hiraldez de Acosta; *Hamlet*, por Moratín; *Otelo o el Moro de Venecia*, por Laureano Sánchez Garay; *El Mercader de Venecia*, por Gregorio Amado Larrosa; *Romeo y Julieta*, por Acosta, y *Macbeth*, por Amado Larrosa.

El 18 de Enero de 1868 se estrenó en el teatro Principal de Barcelona, con motivo del beneficio del actor D. Pedro Delgado, el *Otelo*, arreglado en cuatro actos y en verso por D. Francisco Luis de Retes. Se hizo una segunda edición de esta obra en Madrid el año 1879. Procura el autor reflejar las ideas del original, y hay momentos en que no carece de inspiración. Es una adaptación bastante discreta, sobre todo en algunos detalles.

La misma obra fué puesta en castellano libremente y publicada en 1869 con el siguiente título: «*Otelo*. Tragedia en cinco actos, traducida libremente del original inglés, con presencia de las primeras ediciones en cuarto y en folio de los años 1622 y 1623, por D. Matías Velasco y Rojas, Marqués de Dos Hermanas». El Marqués sentía una verdadera admiración por el poeta de Stratford; pero sus traducciones dejan algo que desear. Inserta traducciones de las fuentes principales de las obras que vierte, y las ilustra con muchas notas al fin; sin embargo, el espíritu de Shakespeare desaparece ante la prosa que llena los abultados volúmenes de este traductor, más abultados todavía en los que después hemos de encontrar que en el de que ahora tratamos.

Por los años de 1870 al 1876 apareció el mejor intento que, según a nuestro pobre juicio, se ha hecho para introducir a Shakespeare en la literatura española; nos referimos a la traducción que tiene las siguientes señas:

«Obras de Shakespeare, versión castellana de Jaime Clark (a). Ma-

(a) Don Francisco Pérez Echevarría escribió un soneto con motivo de la muerte de este literato, y en una nota decía: Nació en Nápoles el 20 de Enero de 1844; Sus aficiones literarias le decidieron a dejar la carrera de ingeniero mecánico. En la primavera de 1864 pasó de Alemania a España para dedicarse con ardor al estudio del idioma castellano. La literatura española le debe traducciones de las poesías líricas de Heine.

drid.—s. a.—Medina y Navarro, editores.—Imp. de la Bibl. de Instrucción y Recreo.»

Contiene: I.—*Prólogo* de D. Juan Valera. Una introducción del traductor *Al que leyere*.—*Noticias relativas a la vida y obras de Shakespeare*.—*Otelo*.—*Mucho ruido para nada*. Vol. II: *Romeo y Julieta*.—*Como gustéis*. Vol. III; *El Mercader de Venecia*.—*Medida por medida*. Vol. IV: *La Tempestad*.—*La Noche de Reyes*. Vol. V: *Hamlet*.—*Las alegres comadres de Windsor*.

The Globe Edition fué la edición que siguió el napolitano, el cual sorteó con gran inteligencia la dificultad de imitar el ve so inglés y la expresión shakesperiana. Algunos pequeños defectos gramaticales no deben obscurecer la gloria que merece Clark, y no debe consolarnos de la desgracia de que se malograra, dejando la empresa en embrión.

Pocas palabras merece la versión de *Hamlet*, impresa en la Habana en 1872, por Mateo Martínez Artabeytia, el cual se firmó con sus iniciales nada más. Arregla, según la norma que aconsejaba Moratín, y suprime los dos últimos actos donde ocurren «*las escenas repugnantes de los sepultureros, las ridículas fanfarronadas de Hamlet y Laertes con otros incidentes que retardan el sangriento desenlace*». Así, pues, el Príncipe mata a Claudio y es proclamado Rey, con lo que pierde el asunto toda la grandeza. También este año y el 22 de Noviembre se estrenó la traducción hecha por Carlos Coello, expresamente para el gran actor Antonio Vico. Se imprimió en 1876. Madrid, imp. de Fortanet.

Hemos de señalar ahora el trabajo que lleva por título: «Obras de William Shakspeare, traducidas fielmente del original inglés con presencia de las primeras ediciones y de los textos dados a luz por los más célebres comentaristas del inmortal poeta, por el Excmo. Sr. D. Matías de Velasco y Rojas, Marqués de Dos Hermanas. Madrid. Manuel Minuesa, 1877.» Los dos tomos siguientes llevan la fecha de 1872 y fueron impresos por R. Berenguillo. El esfuerzo era grande y digno del mayor elogio; pero debe tenerse en cuenta lo dicho al hablar de la traducción de Otelo.

Estos volúmenes contienen: I: *Poemas y sonetos* (a). II: *El Mercader de Venecia*. III: *Julieta y Romeo*. Desenlace de Romeo y Julieta, según Garrick. (Ya se ha hecho constar que inserta una traducción de las fuentes y profusión de notas).

En el año 1872 apareció en la «Ilustración Española y Americana» un artículo de Eusebio Blasco (núm. XXVII) intitulado «Guillermo Shakespeare». Se funda en la autoridad de Benjamín Laroche, uno de los traductores franceses, por lo que se ve que anduvo un poco des-

Upland, Rückert y otros poetas; varios artículos políticos y de costumbres; una reseña de su viaje a Alsacia y Lorena y, sobre todo y principalmente, una rotable versión de las mejores obras de Shakespeare. (Vid. «Ilustración Española y Americana», 1875, p. 422 del suplemento al núm. XXIV).

(a) Venus y Adonis. La Violación de Lucrecia, Ayes de un amante, El Fénix y la Tórtola, Estrofas sueltas del Peregrino Apasionado... También se incluye en este volumen una traducción del testamento,

orientado el celoso escritor. Al hablar de Ofelia y Desdémona, pregunta: ¿Pensaría Shakspeare en su mujer Ana Hathawag (sic) al describir este carácter?

Del año 1873 es la primera versión que hemos encontrado de obras de Shakespeare hecha por Macpherson. Es el *Hamlet* impreso en Cádiz. Las introducciones las fué mejorando en las sucesivas ediciones, hasta llegar a las insertadas en la Biblioteca clásica (a).

El 30 de Enero de 1875 representaron por primera vez en el Teatro Circo de Madrid el *Romeo y Julieta*, arreglado por D. Lucio Viñas y Deza y D. Fabio Suñols. El papel de Julieta fué desempeñado por la actriz sevillana Elisa Boldún, muerta algunos años hace en Valencia, y el de Romeo por Rafael Calvo.

No debemos pasar en silencio el folleto: *Pensamientos, máximas, aforismos y definiciones entresacados de todos los poemas, sonetos, comedias, historias y tragedias de William Shakspeare con adición de los trozos más selectos contenidos en sus diversas obras. Traducción fiel de la edición inglesa de Mr. Ed. Malone y ajustadas a las interpretaciones de los primeros comentaristas del poeta, por D. Matías de Velasco y Rojas, Marqués de Dos Hermanas.—Madrid. Establecimientos tipográficos de M. Minuesa, 1879, 8.º* Decía el Marqués en el prólogo que él fué el primero que empezó a traducir a Shakespeare (I) y quería tener la primacía en lo de dar a conocer sus principales bellezas, por lo que publicó tal folleto, ya que le faltaba tiempo para hacer los 37 tomos que había pensado escribir. Empezó a traducir, según su testimonio, en 1864.

En 1880 publicó Macpherson su primera edición de *Macbeth*, y la de *Romeo y Julieta*, ambas en Madrid. También en este año publicó Dos Hermanas un trabajo en la «Ilust. Esp. y Americana»: *El sueño de una noche de verano*. En él cuenta las fiestas de Kenilworth, y dice que la idea de la obra que estudia es poner en evidencia las locuras del amor y probar que *mientras más sincero más disgustos ocasiona* (III).

En 1881 se publicó la primera versión del *Otelo*, debida a Macpherson, y empezó la traducción de las obras de Shakespeare el maestro de maestros y nunca bastante llorado D. Marcelino Menéndez y Pelayo, la cual se editó en Barcelona por la Biblioteca «Arte y Letras». El polígrafo Santanderino sólo tradujo el primer tomo, en el que se incluyen:

El Mercader de Venecia, Macbeth, Romeo y Julieta y Otelo. Los otros dos tomos publicados por esta Biblioteca fueron traducidos por D. José Arnaldo Márquez.

Dos estudios merecen ser tenidos en cuenta, al llegar a esta época: *Calderón y Shakespeare*, de D. Manuel de la Revilla, publicado en la «Ilustración Española y Americana». 1881, Junio, p. 322, y «*Shakspeare y Calderón. Notas e indicaciones para un paralelo entre ambos autores*», impreso en Lugo, y debido a D. Aureliano J. Pereira.

(a) La segunda edición de este *Hamlet* es de 1879, en Madrid.

En el primero se afirma que Shakespeare en los dramas históricos es más veraz que Calderón, y que éste tuvo sobre aquél la ventaja del idioma. El resto de la comparación parte de la base falsa de que el inglés fué protestante.

En el segundo, que fué premiado por el Instituto Provincial de Lugo en el Certamen que convocó el 25 de Mayo, se hacen atinadas observaciones con gran modestia. En resumen puede afirmarse, según el autor, que: despojado el teatro español de Calderón, quedaría siendo el teatro grande entre los grandes; Shakespeare fundó y es el teatro inglés. Calderón hace dramas ideales con la raíz en su fantasía: sus héroes están en el pensamiento; los de Shakespeare están en la vida. El español piensa, el inglés siente.

Macpherson publicó en 1882 su Ricardo III, y de esta fecha es la advertencia de los editores de la Biblioteca Universal, cuando imprimieron las traducciones de aquél, formando el *Hamlet* el tomo 78, el *Romeo y Julieta* el 82 y *Otelo* el 112 de su colección.

Un trabajo de D. Daniel López, inserto en la «Ilustración Española y Americana», 2.º semestre de 1883, págs. 10, 22, 46, 58 y 74, se intitula: *Shakespeare en España*; pero mejor le convendría titularse: *Panegírico de Villalta*. José García Villalta, de quien no hemos hablado por esperar esta ocasión, era amigo de Espronceda y murió en Atenas. Tradujo el *Macbeth* con destino al teatro del Príncipe en 1838. Empezó también a traducir el *Otelo*; pero le sorprendió la muerte apenas iniciada la tarea. Bien merece aplausos el trabajo de Villalta; empero, quizá resulten un poco exagerados los que en el artículo en cuestión se le prodigan.

Un notable estudio es el de D. Manuel Cañete, titulado: *Bosquejo crítico relativo a la representación dramática. Ernesto Rossi en las tragedias de Shakespeare, en las comedias de Goldoni y en las obras del repertorio moderno*. (Ilus. esp. y amer. 1884, 2.º semestre, págs. 19, 35, 103 y 134).

En 1885 empezó a publicarse en la Biblioteca clásica el mayor trabajo hecho hasta el día para verter al castellano las obras del vate del Avon. Macpherson fué el encargado de llevarlo a cabo. Sus intentos aislados cristalizaron en esta obra. Esta traducción es algo pálida, llena de expresiones poco fáciles; pero representa un esfuerzo hasta ahora no igualado en la materia. Las introducciones son atinadas en general y precede a la obra un estudio de D. Eduardo Benot, que, aunque hoy resulta anticuado, debe reputarse como lo más serio que se ha hecho hasta el día entre nosotros referente a esta materia. El contenido de cada volumen es el siguiente:

Tomo 80: Estudio de Benot.—Traducción de *El Rey Lear* y *Sueño de una noche de verbenas*; tomo 81:—*Ricardo III*—*Macbeth*—*Julio César*; tomo 85:—*Otelo*—*Romeo y Julieta*—*Hamlet*; tomo 102:—*Coriolano*.—*La Tempestad*.—*El Mercader de Venecia*; tomo 166:—*Antonio y Cleopatra*.—*Timón de Atenas*.—*El cuento de invierno*; tomo 190: *Cimbelina*.—*Las alegres comadres de Windsor*—*La Fiera domada*.—tomo 195:—*Troilo y Crésida*—*El Rey Juan*—*Me-*

didá por Medida—tomo 201:—*Como os gusta*.—*Enrique IV (a)*.

En el tomo 51 de la Colección Diamante publicó el insigne novelista D. Benito Pérez Galdós su trabajo: *La Casa de Shakespeare*, en el que relata la impresión de una visita a Stratford. La figura de Galdós es venerable, y este trabajo, momento feliz de su vida, es uno de los jirones del manto que envuelve como túnica dorada su reputación de hombre para quien la literatura no tiene secretos.

En el número 2.868 del catálogo de Vindel hemos encontrado referencia a la traducción de 31 dramas hecha por varios literatos e impresa en Barcelona por F. Nacente, en dos vols. fol. No hemos logrado examinarla todavía.

El mallorquín D. José María Quadrado, publicó en Palma, en 1886, sus traducciones de *Macbeth*, *Medida por medida* y *El Rey Lear*. Esta fecha lleva la edición del arreglo del *Hamlet* debido a Manuel Pérez Bibbins y Francisco López Carvajal, impresa en México.

M. A. Caro publicó en *La España Moderna*, tomos 44, 48, 58 y 59 la traducción de cuatro sonetos, uno de ellos: *Amor de mujer*, repetido en el número de Febrero de 1893, p. 170, y en la p. 42 del tomo 59. Los títulos de los demás son: *Retractación*, *Día y noche* y *Amor verdadero (b)*.

De 1895 es el arreglo de *La Fiercilla domada*, escrito por Manuel Matoses, el cual se estrenó en el teatro de la Comedia la noche del 31 de Enero, desempeñando los protagonistas doña Carmen Cobeña y don Emilio Thuiller (c). Con el título: *La indómita* se representó en Málaga el 23 de Abril de 1897, siendo impresa en Madrid, por V. Vela.

Un año después publicó Clarín sus *Cartas a Hamlet* en la Ilus. española y americana, primer semestre, páginas 7 y 214.

Inspirándose en *La Fiercilla domada* escribieron un bonito sainete D. José López Silva y D. Carlos Fernández Shaw: el titulado *Las Bravías*, al cual puso música el maestro Chapí.—Fué publicado en Madrid el año 1896.

También en Cataluña se ha hecho alguna versión de los dramas shakesperianos. Una de ellas, muy notable por cierto, es la que en 1898 publicó Arturo Masriera con el título *Hamlet Princep de Dinamarca*, en Barcelona, por la Tip. de «L'Atlántida».

Don Luis Vía, D. José O. Martí y D. Salvador Vilaregut, publicaron en Barcelona también, y al año siguiente, una tragedia: *Antonio y Cleopatra*, «en cuatro actos, en verso, tomada de Shakespeare».—Confiesan en una advertencia preliminar que fué escrita precipitadamente por encargo de la Compañía Guerrero-Mendoza, pero que no se llegó a representar por la catástrofe de Santiago de Cuba: algo de la precipitación se nota en la obra. En aquella misma temporada se estrenó en Madrid, teatro de la Comedia, la refundición del *Cuento de amor* hecha por el

(a) La numeración corresponde a la Biblioteca.

(b) El primero no hemos podido acertar a cual se refiere. Los otros son el XXIX, XLIII y CXVI respectivamente; pero difieren mucho del original sobre todo el último.

(c) Impreso en Madrid por R. Velasco, el mismo año.

insigne dramaturgo Jacinto Benavente, el cual es uno de los paladines castellanos más enamorados del poeta inglés.

El actor D. Francisco Fuentes interpretó el *Hamlet* en los teatros Eldorado de Barcelona y la Zarzuela de Madrid, allá en el año 1901, y en éste dos temporadas más tarde. Utilizó la refundición compuesta por D. Luis López Ballesteros y D. Félix González Llana, impresa en Madrid el año 1903.

En 1902 tradujo Ricardo J. Catarineu un fragmento de la primera escena de *Romeo y Julieta*, publicándola en la «Ilustración Española y Americana», 2.º sem. pág. 275. En «El Arte del Teatro», publicó Carlos Navarro Lamarca un artículo sobre Shakespeare que contiene algunos errores.

En 1904 publicó su adaptación del *Macbeth* D. José de Elola. Afirma el autor que no la pudo estrenar por informalidades de una empresa, y que se apresuró a darla a luz por haber visto anunciada la representación que iba a hacerse del arreglo de los Sres. Luis París y López Marín, a quienes no conocía, a fin de ser todos absueltos del título de plagarios si había alguna coincidencia en las dos obras. Acerca del modo como está interpretado el drama nos da una idea exacta este párrafo del Sr. Elola: «Treinta decoraciones reducidas a ocho; repeticiones suprimidas; largos monólogos distribuidos entre varios personajes; hacer decir a algunos lo que el original pone en boca de otros (para disminuir el número de actores) y, algunos cortes indispensables, a fin de reducir las dimensiones de la obra, demasiado larga para el tiempo que hoy duran las usuales, son prueba de la necesidad imprescindible de hacer, no una ordenada traducción, sino una adaptación». Tiempo después en 1913 se ha publicado este arreglo en los números 244 y 245 del semanario «Los Contemporáneos».

Con algunas expresiones caprichosas y con profusión de notas en las que explica tal cual interpretación filológica o alguna curiosidad, hizo una traducción castellana de *Hamlet* D. José Roviralta y Borrell en 1905, impresa en Barcelona, imp. de «La Renaixensa». En tal año estrenaron una adaptación de *Otelo* el malogrado catedrático D. Francisco Navarro Ledesma y su pariente D. José de Cubas. El encargado del protagonista fué el Sr. Thuiller; Desdémona fué interpretada por la actriz mejicana Sra. Ferri. Es tal arreglo uno de los más teatrales que se han hecho en castellano, y el más aceptado por los pocos actores que hoy ponen en escena la historia del infortunado moro veneciano.

Dedicado al actor Borrás publicó en Valladolid, año 1906, una versión del *Macbeth* D. José López Tomás. No tenemos noticia de que se haya representado. Con esta fecha se imprimió la adaptación de los Sres. París y López-Marín de que hemos tratado ya. El principal escollo con que tropiezan los adaptadores de esta obra es la escena del sonambulismo de Lady Macbeth. Todos, y estos de quienes hablamos principalmente, presentan a la desequilibrada criminal como sujeta a los horrores de los remordimientos, cuando lo único que sufre es el trastorno criminal. Además prolongan esta escena mucho más de lo que en el original aparece.

Entre los bocetos que en el núm. 2 de «El Cuento Semanal» publicó D. Jacinto Benavente el año 1907, encontramos *La Historia de Otelo*, que es tal vez el más hermoso de todos los que allí se reúnen. La traducción catalana de *Macbeth* escrita por Cipriano Montolíu, se publicó en este año, formando parte de la biblioteca popular de «L'Avenx». El editor advierte que por las reducidas dimensiones del libro no puede insertar los estudios y notas. El año siguiente, 1908, dió a luz la obra completa. El prólogo de Montolíu revela un grande amor a Cataluña, y las notas se refieren principalmente a explicaciones filológicas.

Formando parte del Teatro antiguo y moderno, apareció la traducción del *Romeo y Julieta*, por José Roviralta y Borrell, en 1908. Inserta al pie de las páginas una profusión de notas, y en un corto preámbulo explica el procedimiento que ha seguido.

La *Comedia semanal* ha publicado con grandes mutilaciones las obras: *El mercader de Venecia*, *Otelo* y *Romeo y Julieta*, en los años 1909 y 1910.

Catalana es la versión de *Hamlet* debida a Antoni Bulbena y Tossell, y publicada en Barcelona el año 1910. Está en prosa y las noticias preliminares son interesantes por las que nos da acerca de las traducciones catalanas de que ya hemos hablado y entre ellas de una debida a G. S., de la cual, como dice el Sr. Bulbena, es mejor no hablar (a).

De 1911 es el primer tomo de las *Obras completas de Shakespeare*, traducidas por Jacinto Benavente, y editadas por «La Lectura». El nombre de nuestro ilustre dramaturgo brilla hoy en las letras con demasiado esplendor para que intentemos nosotros prodigarle alabanzas; y así únicamente deseamos que prosiga su trabajo, del que, según nos dicen, pronto poseeremos nuevas pruebas, a fin de que tengamos en nuestro idioma si no una versión rigurosamente literal, sí muy artística, como la que tenemos ya en el «*El Rey Lear*».

En 1912 hemos de volver de nuevo nuestros ojos a Cataluña para hablar de la versión de esta última obra hecha por Alfonso Par. Fué editada por la Asociación Wagneriana en Mayo del año citado. En el volumen aparecen los facsímiles de la portada del primer *in folio*, del primer *in quarto*, y en la pág. 322 una reproducción del grabado de Albright, en el que dibuja un teatro de la época. Esto es lo más débil de la obra, pues el autor norteamericano desvirtuó bastante la escena, y se ve que es la única fuente en que ha bebido el Sr. Par. Sin embargo, sus estudios merecen ser consultados detenidamente, pues tiene algunos extremos muy interesantes.

Alterando bastante el texto, ha hecho una adaptación de *Macbeth* en 1913, D. Francisco de Cossío. El autor pide benevolencia y debe concedérsela, pues su trabajo es meritorio.

La *Colección Araluce*, de Barcelona, ha dado cabida entre sus tomos

(a) Basta decir que suprime el personaje de la Reina, poniendo en boca del Rey lo que necesita de lo que aquélla dice en el original. Fué impresa en 1898. Entre las traducciones hechas en Cataluña debe citarse la de algunos sonetos hecha por Morera y Galicia.

a tres que contienen: *Historias de Shakespeare explicadas a los niños*. La idea es hermosa y debe continuarse, para que desde la infancia se empiece a conocer en España al inmortal dramaturgo, y eduquen sus cuentos, que, relatados con la discreción con que en esta obra se relatan, producirán mejores resultados que muchas historietas descabelladas que contemplamos frecuentemente en manos infantiles.

La casa Montaner y Simón editó en 1912 la obra «*Creaciones de Shakespeare, por María Macleod, con una introducción por Sidney Lee*», obra traducida del inglés por Enrique Messaguer. Contiene: La Tempestad.—Gentiles hombres de Verona.—Más es el ruido que las nueces.—Sueño de una noche de verano.—El mercader de Venecia.—Como gustéis.—La fierecilla domada.—La noche de Reyes.—Macbeth. Hamlet.—El Rey Lear.—Otelo.—Cimbelino.—El cuento de invierno. La Comedia de las equivocaciones.

En el número de Septiembre de 1915, insertó la revista: *Cuba contemporánea* la traducción de los sonetos XXXVII, LXXI, XXV, C, XXIX, CXXI, CXXXVIII, LXV., CLIII y XVIII (a) debida a Don José de Armas.

Y con citar a D. Luis de Oteyza, el cual, en su *Galería de obras famosas* que publica en «El Liberal» incluyó el día 3 de Enero último un artículo sobre *Hamlet*, y la Crónica de D. Luis Astrana Marín titulada: *El misterioso Shakespeare*, publicada en el mismo «Liberal» el día 13 de Marzo, terminaremos esta reseña (b).

Como se ve no han sido pocos los que se han preocupado de dar a conocer al poeta inglés, y si a esto se añade que se han perdido algunas traducciones como las de *Hamlet*, *Macbeth* y *Sueño de una noche de verano* escritas por el señor Conde de Torrijos (c) habremos de concluir que la bibliografía shakespeareana española no es escasa en cantidad, aunque lo sea en calidad. Todos cuantos sobre Shakespeare han escrito, o han puesto límites estrechos a su trabajo, o lo han basado sobre cimientos poco sólidos. El mal es hondo. Para nosotros está en las relaciones históricas, que siempre nos han hecho conocer a los ingleses al través de Francia, y en la íntegra diferencia de psicología nacional.

Hoy parece que se nota una reacción en favor del vate de Stratford. Hace falta estudiarle con mejores orientación y autoridades. Sería para

nosotros un motivo de satisfacción y orgullo, si la fecha del Centenario que ahora se cumple marcarse para España la era en que se empezase a divulgar un autor a quien se le ama y admira más cuanto más se le va conociendo; y si este nuestro intento de divulgación hiciera salir de su apatía a mejor tajadas péñolas, llegarían nuestros deseos a la cumbre. Inglaterra estudia al gran Cervantes; España no debe dejar en el olvido al genio más hermano de nuestro excelso humorista que en el mundo ha habido.

(a) Por errata está señalado este soneto con el núm. CLIII, en la citada Revista.

(b) Sería alambicar demasiado hablar de las obras cuyos títulos han sido inspirados por Shakespeare. Citaremos, como muestra de estas obras que pueden inducir a error creyendo que se trata de traducciones: *Fieras doméstica amor*, de Enrique Zumel; *Otelo y Desdémona*, de Calisto Navarro; *Otelo*, de D. Celestino Mayor; *El sueño de una noche de verano*, de D. Gabriel Merino y D. Celso Lucio; *El domador de mujeres*, de Manuel Martín Rodríguez; *Romeo y Julieta*, de D. Antonio Casero, y *Las Alegres Comadres*, de D. Ceferino Palencia. La amabilidad de este celebrado autor, me ha permitido ver el ms. de esta obra, ya que no se encuentra impresa, a pesar del éxito que obtuvo en su representación. Desgraciadamente hemos de terminar esta nota lamentando la pérdida de uno de los actores que más y mejor han interpretado las obras de Shakespeare entre nosotros: D. José Tallaví.

(c) Vid. Prólogo de la tr. del Fausto de Marlowe, por D. José Alcalá-Galiano. (p. 9).

ADVERTENCIA

Hemos observado algunas ligeras erratas que se han deslizado, bien a pesar nuestro; el buen juicio del lector las subsanará. Por su importancia señalaremos que en la pág. 5, línea 27, debe decir: *como de un recuerdo*; en la 53, línea 26, *Teseo e Hipólita*; en la 112, línea 12, *representada*; y por la incorrección gramatical que resulta debemos también indicar que en la pág. 8, línea 2, dice *atenderles*, debiendo decir *atenderlos*. Esta misma incorrección aparece en tres o cuatro pasajes más. Salve el culto lector estas erratas, difíciles de evitar por nuestra parte.

*Este libro se acabó de imprimir
en la Imprenta Renacimiento
el día 22 de Marzo del año
1916, habiéndose hecho una
tirada especial de cincuenta
ejemplares, los cuales
no se pusieron a
la venta.*